

EL  
LAMENTO  
DE LOS ABEDULES

ENARA DE LA PEÑA

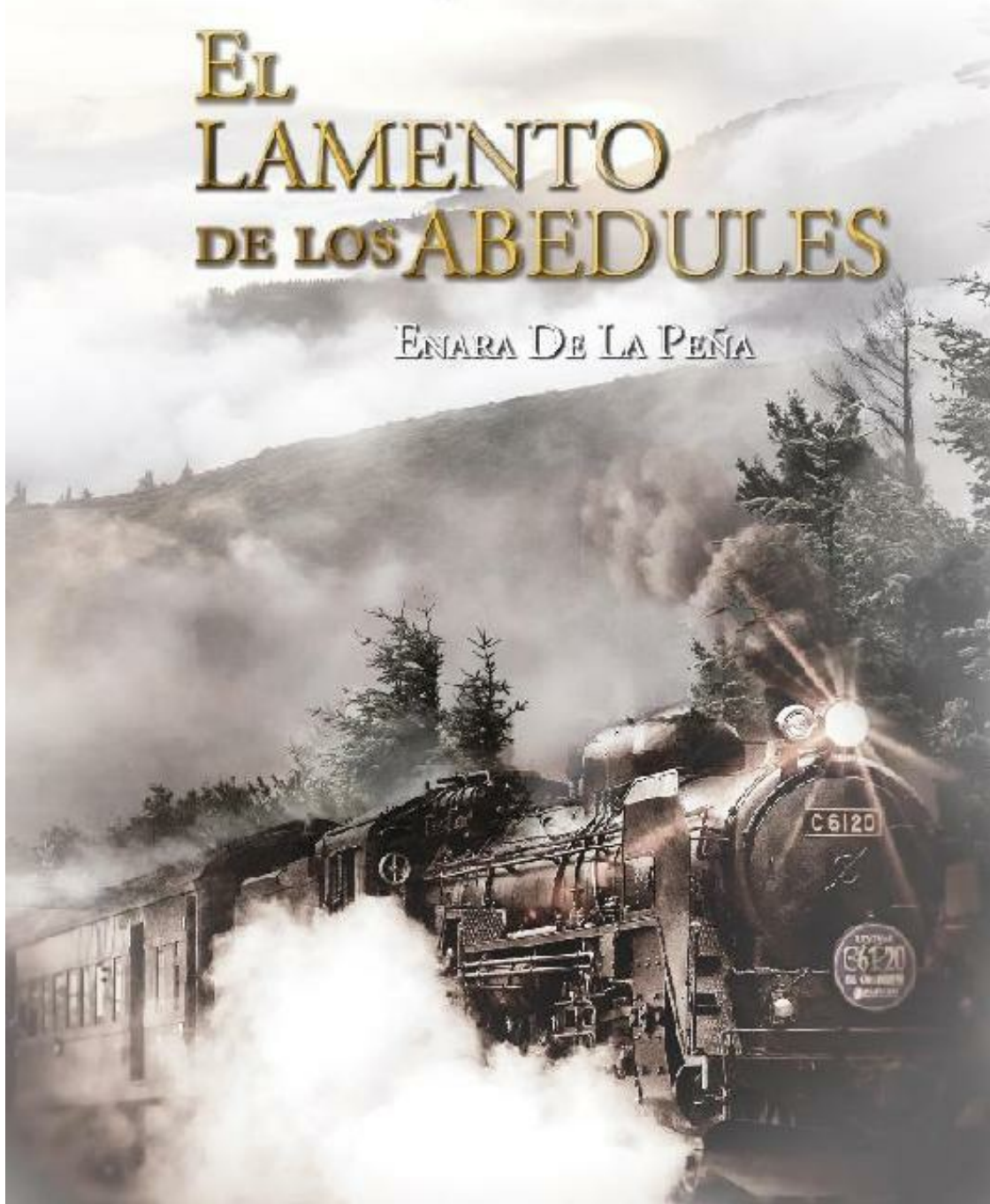


Escarlata  
ROMÁNTICA

 **Escarlata**  
EDICIONES

# EL LAMENTO DE LOS ABEDULES

ENARA DE LA PEÑA



*El lamento de los abedules*

Primera edición: abril, 2018

©Enara de la Peña, abril 2018

Publicado por:

© Escarlata Ediciones S.L., 2018

[www.escarlataediciones.com](http://www.escarlataediciones.com)

[hola@escarlataediciones.com](mailto:hola@escarlataediciones.com)

ISBN: 978-84-16618-33-0

IBIC: FRH

Dirección editorial: Scarlett de Pablo

Corrección de estilo: Sofía Aguerre

Diseño de la cubierta: ©Marta Pena

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 93 272 04 47).

[Prólogo](#)  
[Capítulo I](#)  
[Capítulo II](#)  
[Capítulo III](#)  
[Capítulo IV](#)  
[Capítulo V](#)  
[Capítulo VI](#)  
[Capítulo VII](#)  
[Capítulo VIII](#)  
[Capítulo IX](#)  
[Capítulo X](#)  
[Capítulo XI](#)  
[Capítulo XII](#)  
[Capítulo XIII](#)  
[Capítulo XIV](#)  
[Capítulo XV](#)  
[Capítulo XVI](#)  
[Epílogo](#)  
[Agradecimientos](#)

# Prólogo

Nadia Khilkova sabía usar un arma, aunque detestaba la caza. Era una afición poco apropiada para una dama de alta cuna como ella. No se recomendaba incitar a las jóvenes aristócratas peterburguesas a salir al campo para disparar contra troncos o animales. Su tiempo debía invertirse en actividades más productivas, como la costura, la música o la lectura, aunque nada de ello en exceso, pues su objetivo era dar a luz a un heredero cuanto antes. Sin embargo, su hermano mellizo, Nikolay, se había obstinado en inculcarle una tarea propia de los hombres y le había enseñado a usar el revólver de su padre cuando apenas contaba con trece años. Dijo que era por su protección y continuó como tutor durante una temporada, en las inesperadas excursiones a las afueras de la ciudad, casi a escondidas, entre pinos y abedules.

Por aquel entonces, no le hacían mucha ilusión las lecciones. Al acabar, siempre se le entumecían el hombro, la muñeca y el brazo. Además, los vestidos que con tanto esmero encargaba madre terminaban impregnados del olor a humo y a pólvora. A pesar de realizar las prácticas de tiro a campo abierto, la humareda blanca que producía el arma de fuego le provocaba picor en los ojos y en la nariz. Todo eran inconvenientes. Pero era buena, su hermano se había esmerado en cada sesión y los resultados habían merecido la pena. «Tanto como un caballero», solía decir él, con un cariz de orgullo.

Ahora, oculta en ese cobertizo lleno de secretos de juventud y con las paredes de madera petrificada por las heladas del crudo invierno, sujetaba la Colt 45 de su esposo. La pistola había sido un preciado regalo de un americano, colega de profesión, otro magnate ferroviario, creador de vías de hierro y bestias de vapor que unían ciudades para convertirlas en portentos de

la innovación tecnológica. O eso era lo que tanto repetía él. En ese momento, lo único que preocupaba a la princesa era el peso del arma y si había seguido correctamente los pasos para cargarla sin olvidar ningún detalle. Dedicó un instante a agradecer su enfado de chiquilla que la había llevado a ocultar el revólver en ese lugar, lejos del alcance de su marido y de sus insensateces. Su actitud infantil iba a salvarle la vida, por una vez.

Su puntería era envidiable, muy poca gente lo sabía. Pillaría al intruso desprevenido y no fallaría. Lo tenía claro. El pulso no le temblaría como lo estaba haciendo en ese instante.

Miró a la puerta y escuchó atenta. Esperaba la llegada del sonido de los pasos que deberían hundirse en la nieve recién caída del primer día de marzo.

Podía conseguirlo.

Ella era la princesa Nadiezhda Khilkova, hija del príncipe Aleksandr Volkonsky, hermana del teniente primero de infantería Nikolay Volkonsky. La esposa del príncipe Yuri Khilkov. Heredera de un apellido centenario, descendiente de valerosos rusos. Sus antepasados observaban y amparaban sus decisiones.

Apretó la Colt entre las manos y apuntó. Cada lágrima y gota de sudor derramada, los días perdidos, apestando y dolorida, se condensaban en esa bala, en ese dedo a punto de presionar el gatillo.

Iba a hacerlo.

No dudaría.

Mataría a ese malnacido.

# Capítulo I

*Septiembre de 1880*

Yuri llegaba tarde y se odiaba por ello. Sentía el reloj de bolsillo, palpitando con cada avance de las manecillas junto a su corazón. Había sido un regalo de su padre antes de partir hacia la ciudad que lo vio nacer. Los años la habían hecho irreconocible. No recordaba que las calles fueran tan estrechas, ni frías, ni tampoco húmedas. En su pasado, San Petersburgo estaba lleno de luz; rosa pálido en primavera, anaranjada en verano, oro bruñido otoñal y brillante blanco en invierno. Claro que los colores de su niñez se veían ensombrecidos por los acontecimientos recientes, y una pátina gris cubría cada detalle que pudiera traerle hermosos recuerdos. No, Yuri no se sentía lo feliz que la situación requería, y el hecho de su tardía presentación solo ensombreció más su rostro en cuanto entró en el restaurante del Grand Hotel L'Europe.

—¡Yura!

Los sonidos del local disminuyeron de golpe cuando escuchó el diminutivo de su nombre. Muy pocas personas le llamaban así. El resto de los comensales se quedaron observando al escandaloso hombre que, sin previo aviso, se incorporó de la mesa dispuesta para la cena y se acercó apresuradamente hacia el recién llegado. Yuri se dejó abrazar y besar efusivamente en cada mejilla.

—Príncipe Yuri Mikhailovich Khilkov —dijo de manera ceremoniosa e hizo una sutil reverencia.

—Conde Lev Sergerievich Golitsin —le imitó Yuri, que no pudo aguantar tanta formalidad y volvió a abrazarle—. ¡Lev, maldito bribón!

—Cuidado con ese lenguaje. Parece que los americanos te han arrebatado

la elegancia eslava y también el sentido del gusto —le recriminó y tiró con suavidad del vello color cobrizo de su mentón—. ¿A qué viene esa barba tan poblada? ¿Acaso quieres esconderte de tus viejos amigos?

—¿Yo? ¿Ocultarme? —preguntó de forma retórica y soltó una carcajada que sobresaltó a los clientes de las mesas más próximas—. Sabes que no es mi estilo, querido amigo.

—No, en absoluto —le siguió el juego Lev y le cogió del brazo para llevarlo hasta la mesa que tenían reservada—. Vamos, tenemos que beber, comer y hablar. Hace demasiado que no celebramos ninguna de estas cosas juntos.

Yuri se dejó arrastrar por el entusiasmo de su amigo. Entregó el abrigo al camarero que, torpemente, se acercó para ofrecerles las cartas del menú. Por su expresión, era evidente que la clientela habitual no era tan ruidosa como los recién llegados. Se sentaron el uno frente al otro y se dedicaron un segundo a reconocerse mutuamente, como si necesitaran confirmar que tras aquella expresión y mirada de adulto todavía se guarecían los niños que habían compartido horas de juego y miles de cartas de sueños e ilusiones infantiles, convertidas después en las fantasías de un par de adolescentes y, finalmente, en dos hombres considerados parte importante de la alta sociedad rusa, al menos según su título nobiliario.

Aunque Lev y él eran de la misma estatura, el diferente estilo de vida del conde lo había moldeado para adaptarse con facilidad al decorado de las cenas de etiqueta y los bailes de salón. Su esbelta figura estaba hecha a medida para el traje, ceñido y de corte europeo, con el chaleco de verde esmeralda que hacía juego con sus ojos y realzaba su tono pálido de piel. La levita, gris oscuro, lo hacía parecer más delgado pero con porte regio, ensalzado por el pelo castaño peinado hacia atrás. Todavía conservaba el fino bigote que había empezado a dejarse en cuanto aparecieron los primeros



signos de su hombría. La última vez que se habían visto, en la casa de los Khilkov en Kiev, le había parecido ridículo, pero no le había dicho nada por no herir su orgullo. Pasado el tiempo, tenía que admitir que no le quedaba tan mal, podía que el rostro se adaptara a él o él al fino vello marrón claro.

Desde el punto de vista del resto de los clientes, Yuri debía de parecer una bestia salvaje venida más allá de los Balcanes. En cierto modo, así se consideraba: con su traje gastado, sus botas llenas de polvo y el rostro curtido por las jornadas laborales bajo un sol sin justicia, no era propio de un príncipe del imperio.

Yuri Khilkov llevaba más tiempo viviendo fuera de las fronteras rusas que dentro de ellas, y su padre se había encargado de mantenerlo ocupado —en la medida de lo posible— en tareas más relevantes que las inocuas reuniones sociales o los conciertos de ópera. Padre e hijo habían trabajado mano a mano, levantando cada cimiento de la familia Khilkov, que casi había desaparecido del panorama peterburgués después de que el príncipe Mikhail entregara sus tierras a los siervos que, según él, les pertenecían por derecho. Su mentalidad era demasiado abierta, demasiado europea para sus amigos de gustos refinados, que en cuanto los habían visto caer en desgracia no habían movido un dedo por ellos.

Los Khilkov se marcharon, pero no olvidaron, y ahora Yuri regresaba tras años de duro trabajo, para reivindicar y tomar el puesto que les correspondía.

—¿Qué tal el viaje desde Turkmenistán? —dijo Lev y dejó la carta del restaurante a un lado.

—Una pesadilla. Siento que llevo meses saltando de un tren a un barco o a un maldito coche, ¡solo me ha faltado montar en cabra! —Yuri bebió de un trago la copa de vino blanco de la botella que le había servido el camarero, la misma que había empezado a tomar Lev mientras le esperaba—. Desde Serdar hasta el puerto de Krasnovodsk a caballo, acabé con las piernas

destrozadas y los muslos desollados. Después atravesamos el mar Caspio hasta Bakú. Ya, ya sé que Astracán parece más próximo, pero hay mejores conexiones desde que los suecos y británicos se instalaron por los pozos de petróleo. Así que pude coger un tren. Luego, en barco por el mar Negro hasta Odessa, de ahí a Kiev y a Moscú, con una maravillosa parada en Tula, con sus cielos oscuros y ese olor a alquitrán que se te clava en las fosas nasales.

—Suenas como un poeta despechado —observó Lev, con la cara apoyada sobre una mano.

—Sueno como un ruso desterrado... —Yuri hizo el comentario sin pensar. Su tono animado había variado desde la alegría por el recibimiento de su amigo a un amargor difícil de quitar. Dio otro sorbo a la copa, llena otra vez gracias a la excelente atención.

El príncipe Yuri observó a su alrededor. La impecable mantelería blanca resaltaba el brillo de la cubertería y la vajilla, sin un solo desperfecto. La luz eléctrica de una enorme lámpara que colgaba del techo iluminaba la sala, imitando un gran candelabro de color amarillo, y sus versiones reales más pequeñas, repartidas en cada mesa, le daban un toque íntimo a la cena. El estilo del edificio, tanto por dentro como por fuera, era muy similar a las fachadas europeas, de ahí su nombre. En realidad, en su paseo por la tarde, Yuri se había percatado de que era complicado encontrar las diferencias entre las calles rusas y las que había conocido durante sus viajes.

Aún tenía reciente la decadencia de Londres, la deslumbrante París o la sencillez de Kiev, pero nada era comparable a sus primeros años en Estados Unidos. La amalgama de sonidos y olores que le habían abofeteado al pisar el puerto era inolvidable. Se había criado con ese alboroto, con esa algarabía de la comunidad que comenzaba a abrirse paso y formar una sociedad decente. Echaba en falta esa locura. Aquí todo parecía demasiado pulcro, como si las piezas estuvieran diseñadas de una forma para encajar a la perfección con las

demás y él estuviera fuera de la composición.

Durante el instante de silencio, se acercó el camarero y tomó nota. Pidieron sopa de verduras, ostras, bistec y queso fuerte, regado con champán que se encargó de escoger Lev, dueño de las bodegas Golitsin, en Crimea.

—Vamos maravillosamente, ¿cómo iríamos si no? —contestó cuando Yuri le preguntó por los negocios—. A la gente le gusta la fiesta y la diversión, y nosotros somos los mejores proporcionándoselo. Sí, claro que tenemos un buqué excelente y la fabricación de nuestras bodegas es de una calidad exquisita, pero no deja de ser vino, y a todo el mundo le gusta.

—Es increíble lo simple que puedes sonar a veces —se metió con él—. No sé cómo tus hermanas te dejan estar a cargo de la herencia familiar.

—No les queda otra. Ellas ya tienen bastante con los problemas de sus maridos y sus hijos. Yo tengo la empresa y la noche me pertenece, ¿qué más necesito? —dijo Lev con sinceridad. Estaba claro que se sentía satisfecho consigo mismo, o al menos ocultaba muy bien las inseguridades que Yuri entreveía más allá de su sonrisa de pícaro rompedor de corazones—. Eres tú el que está a punto de cometer un error.

Por su tono socarrón, Yuri sabía que no hablaba en serio, pero él mismo se había planteado recientemente si estaba haciendo lo correcto. Empezó a exponer en voz alta sus miedos, gestados desde que había dejado a su padre en tierras desconocidas para partir hacia su supuesto hogar y que se habían confirmado hacía unas horas.

—Tal vez tengas razón, Lev, puede que no deba...

—¡Chist! —le interrumpió su amigo—. Ahora no puedes echarte para atrás, es demasiado tarde.

—La he visto, ¿sabes? Esta tarde.

Lev torció el labio, intuía que lo que oiría no le iba a gustar, pero no tenía más remedio que escuchar los lamentos de su viejo amigo y ser su apoyo.

Mentiría si dijera que sabía cómo se sentía, aunque tenía que intentarlo si quería seguir manteniendo esa relación que había durado desde que tenían uso de razón.

—Fui a su casa. —Yuri fijó los ojos en el cuenco de sopa que les acaban de servir. Los trozos de verdura que flotaban se reían de él—. Su padre me recibió.

—¿El príncipe Aleksandr Volkonsky? —preguntó Lev, sorprendido.

—El mismo.

—Creía que no le gustabas —dijo mientras se metía una cucharada en la boca.

—Yo pensaba igual, pero resulta que ha bendecido nuestro compromiso. —Yuri alzó la mirada para darle más énfasis a sus palabras—. Bueno, en realidad, ya lo había hecho, pero no había tenido oportunidad de decírmelo cara a cara.

—Ya. —Lev frunció el ceño, con suspicacia—. ¿Y ella? —se atrevió a preguntar.

—Indispuesta, o eso dijo el príncipe. Ni siquiera bajó a saludar.

—¿Pero no has dicho que sí la habías visto?

—Paseábamos por el jardín cuando la vislumbré. Nos observaba entre las cortinas de un cuarto de la planta superior. —Yuri apartó la vista, como si fuera él al que habían pillado fisgando—. Nos espiaba.

—Bueno, eso no es tan raro, sabes que es tímida y...

—Me estaba evitando, a propósito.

Lev sorbió de forma sonora y la mujer de la mesa de al lado le lanzó una mirada de reproche. Él le guiñó un ojo y la clienta tuvo que girarse, con el rubor tiñendo su piel desde el cuello hasta la raíz del cabello.

—Vale, deja ya de lamentarte. —Tomó la palabra al ver que el silencio estaba haciendo mella en el alegre carácter de su amigo—. Sois adultos, lo

habéis planeado juntos.

—Nuestras familias lo han arreglado.

—¡Qué más da! Es bueno para todos, ¿no? Los Volkonsky consiguen casar a uno de sus hijos y los Khilkov regresan a los círculos de sociedad con el más alto de los reclamos. Una boda entre nobles es un evento muy cotizado. Seréis el centro de atención durante unas semanas y eso te ayudará para dar un empujón a tus empresas. ¿No necesitas contactos? ¿Apoyos? Es la mejor forma de lograrlo.

—Siento que la utilizo...

—¿Acaso ella no hace lo mismo contigo? —Lev dejó a un lado la sopa y se centró en las ostras. El plato de su compañero de mesa estaba prácticamente intacto, pero no se sintió culpable por su apetito—. ¡Vamos! Anímate, amigo mío.

—No pude verla bien, no sé la cara que tiene, hace tanto tiempo que...

—Mira —empezó mientras se secaba la boca con la punta de la servilleta—, tu prometida, la princesa Nadiezhda Volkonskaya, es una belleza. Yo sí la he visto y puedo asegurártelo. No sale mucho de su palacio y eso provoca que cada avistamiento sea todo un espectáculo. Créeme si te digo que eres afortunado por haber sido escogido como su futuro esposo.

—Estás siendo demasiado amable —dijo Yuri y se pasó la concha vacía de la ostra de una mano a otra—. Los dos tenemos ya una edad, y seguir soltero pasados los veinte no suele ser muy común.

—¡Ni que fuerais un par de ancianos! Tú tienes veinticinco y ella uno más, tampoco es para tanto —trató de quitarle los temores su amigo—. Solo sois un par de nobles con los humos tan altos que nadie ha podido soportaros.

—Sabes que esa observación no te deja en buen lugar, ¿verdad? —le devolvió la pulla.

—Al menos yo asumo mi carácter indomable.

—Alguien habrá que lo pueda controlar.

—No necesito nada de eso. —Lev se atusó el bigote; era un gesto que repetía cuando quería imbuir de inteligencia su oratoria—. Soy como los caballos salvajes, dadme campo para correr y pastar, y seré feliz.

—Es decir, alcohol, juego y las calles abarrotadas de San Petersburgo — apostilló Yuri.

—Exacto. Cómo me conoces —dijo Lev con una sonrisa y alzó la copa para brindar por sus palabras—. Echaba de menos estas conversaciones.

—Lo mismo digo.

—Mis saludos, señores.

La prominente presencia a su lado cortó de raíz el buen ambiente que, con esfuerzo, Lev había logrado mantener. Este miró al recién aparecido y lo saludó con una leve inclinación de cabeza. Lo correcto habría sido levantarse, aunque también lo era que les dejara comer en paz. Con Obolensky, lo que se suponía correcto desaparecía, sobre todo si llevaba más de una botella entre pecho y espalda, como era el caso por la sonrojada nariz que delataba su estado de embriaguez.

—Príncipe Khilkov, siento molestar, soy el príncipe Iván Mikhailovich Obolensky. Solo he venido a presentar mis respetos al recién llegado y a darle la enhorabuena por el futuro enlace —dijo y sonrió con la boca, no así con los ojos, grises y fríos—. Bienvenido y felicidades.

Era más alto y ancho de envergadura que Yuri, con las marcas de una fuerte viruela sufrida en la infancia visibles en ambas mejillas, medio cubiertas por enormes patillas. Vestía de un burdeos brillante y los botones dorados de su chaleco reflejaban la luz de las velas de la mesa. Estaba claro que había ido a exhibirse, no a conocerse. Quería hacerse notar, que supiera quién era y lo tuviera bien presente.

—Gracias.

La incomodidad de Yuri era palpable, hasta los comensales más cercanos vigilaban de reojo lo que ocurría en la mesa adyacente sin perder detalle. Aunque el príncipe llevara años sin pisar San Petersburgo, conocía perfectamente a los aristócratas como Obolensky. Era un gato que se creía dueño de la colonia de felinos y debía proteger los límites de su territorio. En Kiev, la tercera ciudad más importante del imperio, había visto el mismo comportamiento defensivo en algunos encuentros de sociedad, pero nunca le había dado demasiada importancia. Cada uno podía ser más o menos confiado respecto a los asistentes a una fiesta, y su aspecto en muchas ocasiones creaba confusión entre los anfitriones, así que estaba habituado a recibir palabras de doble sentido o con malas intenciones ocultas entre cada sílaba. Sin embargo, ese rechazo era mayor desde su llegada a la ciudad.

Los dos nobles se escrutaron el uno al otro. Yuri no pensaba darle la satisfacción de incorporarse y cumplir con el protocolo de un cordial saludo. Aquel individuo le estaba midiendo, observando su reacción, y no estaba nada contento con lo que veía. Finalmente, Obolensky se dio por vencido y apartó el rostro con claro gesto de desprecio.

—Recuerde dónde está ahora, príncipe Khilkov. —Le habló con la barbilla bien levantada—. Puede que su apellido le permita acceder a nuestro círculo, pero si quiere permanecer en él, tendrá que ganárselo.

—Claro, como comprando una fábrica humeante, ¿no? —intervino Lev con una frase sin sentido aparente que enrojeció de ira la cara de Obolensky.

—Señor, eso ha sido... —iba a responder el aludido, cuando se vio interrumpido por el suave tirón de su esposa en el brazo, oculta hasta ese momento tras su gran figura. No era el momento ni el lugar para una discusión, a pesar de que los participantes estaban deseando soltar la lengua frente a sus contrincantes.

La mujer, de la mitad de tamaño que Obolensky y con un vestido oscuro

abotonado hasta el cuello, se puso de puntillas y le susurró algo a su marido, que soltó un bufido mezcla de rabia y contención.

—Claro, Kat. —Ni siquiera dirigió la mirada hacia los comensales antes de despedirse—. Discúlpennos, señores.

En cuanto se alejaron de la mesa, el aire se volvió ligero y Lev tomó una gran bocanada de aire, acompañado después de un buen trago de vino blanco.

—Solo por ser descendiente de la dinastía Riurik, se piensa que debemos besarle los pies —empezó Lev, explicando su versión de los hechos—. A algunos deberían quitarles el título de príncipe, para bajar los humos.

El silencio de su amigo alertó al conde, que tuvo que golpear la mesa para recuperar su atención.

—Perdona —se disculpó Yuri y relajó el puño, clavado en el mantel para no salir disparado contra alguien. Su cuerpo respondía mejor a los malos momentos que sus palabras—. Es que no puedo con estas personas.

—Bueno, él tiene sus razones para estar disgustado. No contigo, por supuesto, pero su situación actual no es la mejor.

El príncipe recordó su extraña referencia durante la conversación.

—¿A qué te referías con la fábrica humeante?

—Lo de las revueltas, ya sabes.

Yuri lo sabía, había leído las noticias en la prensa; no era ajeno a los problemas que vivían en su hogar, sobre todo por los atentados que había sufrido el zar Alexandr II. El año anterior había habido dos intentos, uno en primavera a manos del joven estudiante Soloviov, que le había disparado con un revólver. Cinco balas y una pésima puntería. Había sido condenado a muerte y ahorcado un mes después.

Por si no fuera poco, los revolucionarios se habían unido y creado el grupo *Narodnaya Volya*, la Voluntad del Pueblo. Todavía estaban cogiendo fuerza, pero se veía que no eran una panda de chiquillos. El pasado diciembre habían



hecho explotar el ferrocarril que iba de Livadia a Moscú, pero no habían alcanzado el vagón del Zar. Era evidente que sus intentos no pararían ahí y, a comienzos de este año, habían atentado en el mismo Palacio de Invierno. Casi setenta personas entre heridos y muertos y, sin embargo, su objetivo había salido ileso. El pueblo ruso estaba cada vez más convencido de que el emperador estaba bendecido. Yuri, en cambio, sabía que la suerte tenía un límite, y pensar en las consecuencias le aterraba.

—Los trabajadores se reúnen para planear manifestaciones y protestas. Hay fábricas que se han visto muy afectadas por ello. —Lev hizo una pausa y se humedeció los labios—. Obolensky se metió en el negocio textil sin tener ni idea. Dejó que un inglés le recomendara comprar maquinaria para acelerar los procesos de elaboración y, bueno, los trabajadores las quemaron. Todas. Menos mal que ahora usamos más ladrillo que madera, o todo Smolny habría ardido como los hornos del infierno.

Yuri pinchó la carne que les acababan de servir y masticó despacio. Pensaba en las palabras de su amigo. Entendía mejor la actitud de Obolensky, pero ello no le perdonaba su falta de educación. Aun así, había un tema más acuciante tras aquella revelación.

—Dime cómo están mis propiedades. —Su tono fue más exigente que amistoso. Al hablar de la empresa familiar, se ponía tenso de forma automática. A veces sentía que todo lo que habían tardado años en construir no era más que un castillo de naipes y cualquier soplo derrumbaría el duro esfuerzo de los Khilkov.

—No soy tu abogado —dijo Lev, concentrado en cortar el bistec.

—Vamos, sé que has ido a echar un vistazo. Vasily me lo contó —le animó Yuri—. Se te da bien recopilar información.

—Sí, y ni siquiera te has ofrecido a pagarme el transporte. Tener amigos para esto —se lamentó Lev con demasiado buen humor. Tragó la comida y

volvió a la conversación. Sabía que el ceño fruncido no le favorecía—. Veamos. La fábrica de acero del barrio de Lyetiny va bien, el de las pequeñas piezas para las vías. Me dijiste que la producción más grande la tenéis en la ciudad de Tula, la misma que hace un momento se llevaba tus peores elogios. Estuve hace un mes, en uno de mis viajes a Moscú. Ahí me enteré de que tus competidores directos más fuertes son los fabricantes de armas. Os gusta demasiado pelear por la materia prima. Debes estar atento al apellido Kirov. Pero ahora estamos en tiempos de paz, al menos fuera de las fronteras, y no hay una producción tan intensa como hace unos años. —Hizo una pausa mientras el camarero volvía a rellenar la copa—. Así que sí, a la familia Khilkov le va bien, al menos para empezar con buen pie. Conserva tus fábricas, trata bien a tus trabajadores, y tu padre y tú podréis terminar ese maldito tren en medio de los desiertos turcomanos en un año.

—No estamos en medio de un desierto. Ya sabes lo importante que es la creación de un camino seguro para...

—Sí, para lo que sea. Siempre que me explicabas en nuestras cartas tus buenas razones para hacer trenes, pasaba los párrafos por encima. No me va la economía, ni la política.

—Claro, hasta que te afecte.

—Así es. Además, si tanto te preocupan tus propiedades, podrías pasarte mañana. Seguro que al tal Vasily, tu abogado de verdad, le alegrará ver a alguien ilusionado con su retórica. Después podemos quedar para almorzar, o al día siguiente, porque te quedas, ¿no?

A pesar de haber realizado la pregunta de pasada, con la copa en alto, ocultando a medias su rostro, Yuri sabía el interés que tenía su amigo por conocer la respuesta. Por un segundo, le pareció que con su última frase estaba conteniendo la respiración.

—Sí, claro, pero no por mucho tiempo.

La sonrisa de Lev se evaporó y dio otro trago para disimular su descontento.

—Llevo aquí dos días y apenas he cumplido con lo que venía a hacer. Hace años que vendimos nuestra casa y estoy agotado de los hoteles. Pronto me caso y todavía no tengo un hogar.

—Sí lo tienes. —Yuri soltó una risa amarga, preparado para algún chiste absurdo, falto de malicia, que soltaría el conde. Estaba equivocado—. No, de verdad que lo tienes. ¿Recuerdas aquel sitio en medio del montón de abedules?

—villa Betulia.

El príncipe se quedó petrificado. Demasiado tiempo sin pensar en ese lugar y ahora el recuerdo surgía con total naturalidad. No pudo evitar sonreír. Tal vez no fuera un gran palacio, pero era el hogar de su infancia y pensar en ello le devolvía a sus años de juego inocente, a veces solo, a veces con los Volkonsky y otros niños. Era fácil evocar la imagen de la pequeña Nadia intentando ocultar su menudo cuerpo tras los árboles y su rostro asomando tras el tronco esquelético que competía en palidez con su piel.

—Ha sido cosa de mi padre —afirmó el príncipe más que preguntar.

—Por supuesto —dijo Lev con una profunda expresión de satisfacción, de un amigo que acababa de dar una gran sorpresa y sabía que sería gratificado por ello, aunque fuera con un leve gesto de alegría—. Siente profundamente no poder asistir al enlace y es su forma de daros una casa. Ha estado prácticamente abandonada desde que os fuisteis a las Américas, así que la compra ha sido sencilla y rápida. Vasily te dará los papeles para firmar. Además, contrató a una muchacha para que se encargara de adecentar el nido de amor de los recién casados.

Yuri no sabía qué contestar. Por un lado, se sentía agradecido por el regalo de su padre, pero al mismo tiempo creía que se había inmiscuido en temas

que no le concernían. Él era un hombre adulto y le molestaba que Mikhail todavía lo tratara como a un niño. «Qué se le va a hacer», pensó, sin rencores. Seguramente en su lugar habría hecho lo mismo.

—Pero antes, debemos celebrarlo —soltó de repente Lev.

—¿El qué? —Habían terminado la cena y Yuri le estaba pidiendo al camarero que le anotara la cuenta al número de su habitación.

—¡Tu compromiso! —dijo el conde y le dio una fuerte palmada en el hombro—. Vamos, conozco un par de locales no lejos de aquí con la perversión suficiente para hacerte sonrojar, pero sin llegar a manchar tu reputación previa al matrimonio.

—No creo que sea una buena idea, Lev...

La última vez que se había dejado guiar por los peculiares gustos de su amigo, habían terminado involucrados en una pelea con unos soldados en Kiev, junto a unas caballerizas. Ni siquiera recordaba la razón de la disputa, habría sido un tema insulso por el que alguien se habría sentido tremendamente ofendido, como era habitual entre ciertos jóvenes uniformados de piel fina ansiosos por despellejarse los nudillos. Lo que Yuri jamás olvidaría era su despertar, hundido en una montaña de heno y con la sangre reseca pegada al rostro. Años después, aquella vivencia se transformaría en una anécdota que a ambos les gustaba repetir entre sus amistades cercanas como una divertida historia de juventud. Sin embargo, el dolor con el que había tenido que convivir durante semanas por las costillas rotas prefería guardárselo para las confesiones de almohada, con los hematomas y la impotencia propios de un chaval que se veía forzado a aceptar la superioridad de sus contrincantes y asumía, por primera vez, la falta de justicia en el mundo. Entonces había descubierto lo doloroso y humillante que era madurar.

—Alcohol, apuestas y las calles de San Petersburgo son lo mío,

¿recuerdas? —afirmó Lev. Aquello lo apartó de los fantasmas del pasado.

—Dime que al menos dormiré en mi cama esta noche.

—Puede que te permita descansar algunas horas, eso depende —dijo con un toque de malicia en la mirada.

—¿De qué dependerá? Oh, vale. —Yuri cayó en la cuenta mientras pedían sus abrigos, listos para enfrentarse a las frías calles otoñales de la ciudad—. El truco del vodka.

—Así es, el truco del vodka, amigo mío. —Lev se envolvió en su bufanda, que a pesar de cubrirle medio rostro, no podía ocultar la expectación que albergaba en su mirada esmeralda—. Vamos a despedir tu soltería, príncipe.

Larissa cruzó las piernas, incómoda, ante la reprobatoria mirada de uno de los hombres de la mesa de enfrente. Sabía que no debía llamar la atención, pero cuando se había puesto los pantalones para salir, lo había hecho por comodidad, no por querer levantar una revuelta entre el género femenino local. Al parecer, había olvidado la mentalidad cerrada de la mayoría de los varones en aquella zona de la ciudad, y de toda la capital, en general.

A pesar de ser media tarde, en esas fechas otoñales la oscuridad engullía las calles de Lyetiny, tímidamente alejada por las farolas que todavía se prendían a mano y de una en una. Los empleados de las fábricas colindantes salían en masa, hambrientos y agotados por sus largas jornadas trabajando en el acero, la fundición y el alquitrán. El río Nevá apestaba en su paso hacia la costa. En algunos lugares se mezclaban con la porquería procedente del casco antiguo o de las barriadas donde habitaban las familias de los empleados y carbonizaban los muros y los puentes que unían aquel tejido podrido de la ciudad.

Las mendicidad se guarecía a la vuelta de la esquina, entre tablas de partidas ilegales de dados donde se jugaba la única comida del día o un capote que no tuviera agujeros. Larissa todavía se preguntaba por qué había

accedido a reunirse ahí, pero sabía que era la mejor forma de contactar con sus viejas amistades, las mismas que nunca la habían abandonado, a pesar del tiempo y la distancia. Dio un sorbo a la cerveza, o lo que suponía que era aquel mejunje líquido, para tratar de aclararse la garganta.

El ambiente del Brynza estaba cargado del humo de tabaco barato y de las cocinas. No estaba a gusto, pero esperó, paciente, a que su invitado hiciera acto de presencia, que escogía ese preciso instante para cruzar la puerta y sentarse frente a ella en la mesa.

Kovalyov nunca había sido de constitución recia, pero conservaba una fuerza física envidiable para sobrevivir fuera de la casa donde había servido, junto con su madre, a la familia de Larissa. Debajo de su mandíbula cuadrada ocultaba el delgado cuello con una bufanda oscura; el gorro de lana aplastaba unos mechones, también negros, que resaltaban la palidez de su rostro. Los pómulos marcados y las bolsas bajo los ojos eran síntomas de preocupación, pero su mirada, del verde que recordaba al musgo que crecía en la profundidad de los bosques, más allá de la ciudad y las cenizas, eran el reflejo de un espíritu luchador.

—¿Cerveza? —le ofreció Larissa.

—¿Esa agua que sabe a meados? —Kovalyov no era de los que usaban un lenguaje fino, aunque el entorno tampoco había fomentado que fuera cuidadoso con sus expresiones. Había sido él quien le enseñara a maldecir en dos lenguas diferentes—. No, mejor vodka.

—Claro. —Larissa se iba a levantar a por los dos vasos, pero su amigo la detuvo con un gesto y fue en su lugar. En ese sitio no atendían en las mesas. Estuvo tentada de comentarle que trajera la botella, pero acabarían vaciándola y necesitaba estar despejada para el tema que quería tratar. Kovalyov regresó además con un humeante *chebureki*, una empanada de carne típica de los tártaros de Crimea, de donde procedían los dueños del local y varios de sus

clientes.

—Kova... —Le llamó. Había empezado a comer y apenas le dirigía la mirada. Las cosas no iban como las había planeado. «Un abrazo, por ejemplo», pensó, «habría estado bien».

—¿Qué? —exclamó con la boca llena mientras partía con sus dedos, ennegrecidos por la brea que manejaba en la fábrica, un gran trozo de empanada. Tragó de forma sonora y sus ojos se encontraron por primera vez en años—. Después de tanto tiempo solo sé de ti por una nota de cuatro palabras. ¿Quieres besos? ¿Palabras amables? Haber venido antes.

—Kova, yo... —quiso disculparse.

—Murió, ¿sabes? Sveta. Hace un año.

Larissa lo miró sin decir nada. Lo supo cuando le devolvieron la correspondencia mensual que incluía una pequeña ayuda a la economía familiar. No sabía si se trataba de un error del servicio de correos o si su amigo lo había rechazado a propósito. En ambos casos, el silencio le había dolido y le había costado medio mundo reunir el valor para concertar esa cita.

—Siempre que escupía sangre, se limpiaba rápidamente y ocultaba el pañuelo. Pensaba que no me daba cuenta y me decía que toda nuestra energía debía estar centrada en nuestro hijo. Qué tonta. —Hizo una pausa y agachó la cabeza. Su voz apenas era audible—. Cayó a plomo en mitad de su turno. Yo no me enteré hasta horas después. Esa noche no dejó de toser y disimulaba diciendo que era un simple resfriado. Qué estúpida, mi pobre Sveta...

Un sabor amargo inundó el paladar de Larissa. Le habría gustado consolar a su amigo, alargar la mano y estrechar la suya, que apretaba en un puño contra la mesa. Pero esa relación estaba resquebrajada y tenía miedo de su reacción.

—Encontré vuestras cartas —susurró Kovalyov—. Las escondía en un hueco de la pared, pegado a la cama. No me sorprendió; eso explicaba por

qué no preguntaba por ti. Te quería como a una hermana.

Sobrecogida por la emoción y con las lágrimas picando debajo de las pestañas, Larissa estiró la mano y atrapó la de su amigo.

—Lo siento, Kova, tendría que haber estado aquí.

El aludido rehusó el contacto físico y se apartó con un mal gesto.

—No habrías podido hacer nada. Ya no importa —dijo, aunque su voz se partió al final. Kovalyov se recompuso y bebió el vodka de un trago—. Ahora cuéntame para qué me has llamado.

—Toma.

Larissa puso el paquete sobre la mesa sin más ceremonias y él lo miró con desprecio.

—No lo quiero —se opuso y se cruzó de brazos.

—Si te molesta recibir dinero de una mujer, puedo decir que me lo han entregado para ti, ¿eso ayudaría? —El tono de Larissa sonó más irritado de lo que se había propuesto. Estaba acostumbrada a que la menospreciaran por su sexo, pero que lo hiciera alguien a quien consideraba su amigo le dolía sinceramente.

—No, para nada. —Kova hizo amago de mirarla, pero rápidamente volvió a una actitud indiferente—. Pero no lo necesito.

«Los hombres y su maldito orgullo», pensó ella, y atacó en su punto débil:

—¿Ni siquiera por Alyosha?

Kovalyov relajó los brazos y se quedó con la mano en alto, a unos centímetros del paquete amarillento. Finalmente lo bajó y aceptó a regañadientes. Guardó el sobre dentro del abrigo, entre maldiciones en su polaco natal.

—¿Cómo se encuentra? —se atrevió a preguntar.

—Mal —confesó él con los hombros caídos, y su aspecto envejeció de golpe—. Lo cuida mi hermana. Le cuesta respirar; dicen que es asma, que



debería llevarlo al campo. —Soltó una breve risa en voz alta—. Pero fuera de aquí no hay trabajo ni dinero. Si nos vamos, muere de hambre, y si nos quedamos, los pulmones se le encogen.

—¿Seguís viviendo en la misma casa?

Él asintió con la cabeza, sin entender a qué venía la pregunta.

—Mañana mismo iré un médico a verle. Ni se te ocurra replicarme, Kova.

—Larissa le lanzó una mirada llena de amenazas, que perdió fuerza por la rojez a causa de las lágrimas contenidas—. Haz lo que te diga y acepta sus consejos, ¿de acuerdo?

Su amigo volvió a asentir.

La sola idea de pensar en el pobre muchacho moribundo en un desgastado colchón le rompía el alma. Conocía su delicado estado de salud, Sveta se lo había comentado en numerosas ocasiones, pero no esperaba que hubiera empeorado tanto en tan poco tiempo. El fallecimiento de su madre y las largas ausencias de su padre estaba acelerando la enfermedad, y Larissa no podía permitir que aquel niño, al que quería como a un sobrino, tuviera los días contados.

—Supongo que a los Gustav os vuelve a ir bien. —No había rencor en su voz, pero sí una nota de curiosidad.

—Tenía un palacio, ahora un apartamento —aclaró, sin querer darle más importancia—. No me quejo, vivo más humildemente. A madre se le daban bien las telas y los arreglos florales, yo prefiero la compraventa de inmuebles.

En unas palabras había resumido un océano de diferencias. Su madre, Sonya, que había enviudado joven, siempre había sido muy protectora con ella. Prácticamente vivía encerrada en aquel edificio situado en la avenida Nevsky, a pocas calles del prestigioso distrito del casco antiguo. La había educado de la forma tradicional, con bordados, bailes y rectitud social. Pero de nada servía la formalidad metida a presión en su cabeza cuando la

liberaban en la casa que tenían en el campo. Ella era la más veloz subiendo a los árboles, la más ingeniosa preparando trampas para los conejos y la más astuta huyendo de los sirvientes que la perseguían de manera incansable. Al final, cuando la pillaban, Sonya la regañaba en la bañera mientras Olga, la madre de Kova, le frotaba el barro de las mejillas y limpiaba la sangre de sus rodillas. No era agradable, pero siempre merecía la pena.

Con el paso del tiempo, se volvió más cuidadosa y menos inocente. Sus escapadas nocturnas fueron recompensadas con una larga estancia en internados, lejos de lo que su madre creía era una mala influencia: Kova y su pandilla imberbe de rateros. A pesar de las profesoras sin escrúpulos y las interminables normas, Larissa aprendió a sacar provecho de sus estudios. Sabía que los libros le podían abrir puertas, aunque no precisamente las que su familia había planeado para ella. El fallecimiento de su madre la liberó del yugo de las obligaciones y pudo exprimir las oportunidades que se le ofrecían fuera de Rusia.

En la Universidad de Zúrich eran muchas las alumnas en su misma condición que, tras la prohibición de estudiar en las aulas peterburguesas, se veían empujadas al «exilio» por la búsqueda del conocimiento. Saltaba de una clase de Derecho a otra de Anatomía, probó Magisterio y algo de Filología. No todos los compañeros la aceptaban y otros la observaban como una mascota de laboratorio, esperando el momento para poder diseccionarla y averiguar los misterios que albergaba la mente de una mujer dispuesta a ignorar los abucheos e insultos con tal de aprender algo que no fuera punto de cruz o canto.

El repiqueteo de las campanas de la iglesia de Vladimirskaia sonaron a través de los cristales ahumados del Brynza y Kova alzó el rostro hacia el exterior, con la expresión de repente tensa.

—Tengo que marcharme, le dije a Alina que no tardaría.

—Te acompaño —afirmó Larissa y se incorporó tras dejar unos rublos sobre la mesa—. A menos que tengas inconvenientes en ir con una mujer que lleva pantalones —le provocó con una media sonrisa, aunque con un matiz de interés por su respuesta. La última vez que se habían visto, todavía interpretaba el papel de mujer perfecta lista para el compromiso, al menos de puertas hacia afuera. Hasta que había descubierto que ser actriz no era lo suyo y había preferido aceptarse como era, a pesar de las consecuencias.

—¿Mujer? ¡Ja! —exclamó al cielo oscuro de la ciudad—. Eres mi hermanita, no importa si vas con pantalones o un saco de cebollas. Además, desde atrás pareces un muchacho al que le queda por dar el último estirón.

Larissa sintió alivio por su actitud; podía que no le preocupara la opinión del resto, pero sí la de él.

—¡Oye! Que me saques una cabeza no te da derecho a tratarme así.

—Claro que sí —dijo, y su expresión, llena de ternura, calmó todos los nervios previos a la cita. Kova pasó el brazo por encima de sus hombros y le dio un suave apretón, y por un instante sintió que estaba en casa—. Háblame de tu regreso, pequeña.

Y en cuanto Larissa abrió la boca, no pudo parar. Le contó las anécdotas más escandalosas de su época en la universidad, que eran menos de las habituales; de su estancia en París, en Kiev, en Moscú y, desde hacía seis meses, en San Petersburgo.

—Desde que madre murió, mis ahorros van disminuyendo. No me queda prácticamente nada de cuando ella estaba viva —comentó Larissa y de reojo vio que Kova metía la mano en el interior del abrigo—. Te juro que como saques el paquete que te he entregado, te lo meto por debajo de la rabadilla.

—Es bueno saber que todavía recuerdas mis lecciones de polaco —dijo él con un deje de orgullo.

—Son cosas que nunca se olvidan —repuso ella y continuó con el relato—.

Te repetiré las veces que haga falta que me va bien. Me las arreglo. Solo que es difícil moverse por aquí si no tienes un título.

Todavía recordaba cómo había tenido que humillarse y pedir ayuda a un abogado para que intermediara por ella en un negocio. Un apellido vulgar y su género no ayudaban en el mundo empresarial, al menos en el ruso. Anhelaba el trato que había recibido en Zúrich o en París, con algún encontronazo ocasional para que no olvidara su discurso de igualdad. Aquí, sin embargo, debía luchar continuamente e intuía, con acierto, el agotamiento físico y mental que acarreaba. Su «pelear o morir» se estaba transformando en «sucumbir o morir».

—Nos llaman clase media y cada vez somos más, aunque en San Petersburgo apenas seamos visibles con tanto barón, conde y príncipe — Larissa permitió que el desprecio se filtrara entre sus palabras. La aristocracia era una élite que no comprendía y aborrecía desde su más tierna infancia. Siempre había culpado de ello a su madre, pero con la perspectiva más madura, iba entendiendo y asumiendo el profundo odio que le inspiraban, más allá de las rencillas familiares.

Bajaron hacia la plaza Vladimirskaia por el pasaje Povarskoy y siguieron hasta el cruce que llevaba a la calle Marata. Según se adentraban en los callejones, Larissa agradeció tener a Kova de guía. Era una mujer valiente, pero también sensata, y sabía que si permanecía en ese lugar más de diez minutos sola, terminaría más que desplumada. El número de farolas se había reducido a lo largo de su trayecto y la luz que provenía de los hogares casi no se percibía desde las ventanas. Un niño, de unos diez años, los vio venir de lejos y salió corriendo. Kova le explicó que hacía poco lo había pillado robando y le dio una colleja; desde entonces, lo rehuía.

—No es el único, ¿no? —apuntó Larissa cuando observó a un grupo de muchachos de su misma edad amontonados debajo de las escaleras de una

casa, proporcionándose calor mutuo mientras uno de ellos escrutaba a una posible víctima.

—Va a peor. En muchas fábricas están echando a los críos por las manifestaciones. Hace poco hubo un incendio aquí cerca y otro en el distrito de Smolny —dijo y señaló con la cabeza hacia el norte, como si aún fueran visibles las torres de humo—. Hay jefes que se asustan y se dejan convencer por esas ideas y hay otros que prefieren hacer cumplir la ley por la fuerza y dan ejemplo con castigos. Es como hace veinte años, cuando los amos apaleaban a los criados porque sí. —Movi6 los hombros hacia otro grupo de jóvenes, reunidos alrededor de un contenedor al que echaban papel y trozos de madera antes de prenderle fuego—. Dime tú si aquí ves los derechos o las libertades que tanto predicán los huelguistas.

Larissa quiso replicar, pero entendía el punto de vista de su amigo. Cruzaron el umbral de un edificio sin puerta y comenzaron a ascender unas empinadas escaleras. Olía a humedad, orín y desesperación. En el descansillo de la segunda planta, una mujer daba de mamar a un bebé y una niña fruncía unos calcetines, ambas sentadas en el suelo. Larissa sintió un nudo en la boca del est6mago ante el enorme proyecto que tenía por delante si quería construir el país con el que soñaba. «Las cosas no pueden seguir así».

Nada más bajar del tren en San Petersburgo, supo que las cosas tenían que cambiar, y si no lo hacían de forma natural, tendría que forzar la maquinaria. «Todos somos una pieza en este engranaje», recordó las palabras de un hombre que le había dedicado en otra conversación, y pensar en él la animó a seguir adelante con sus intenciones.

—Conozco esa mirada —dijo Kova mientras ascendía con una respiración irregular. Los vapores de la brea lo estaban destrozando por dentro—. Es la misma de cuando te enfadaste con la vieja Zenhya y le prendiste fuego a la cocina. Por poco haces estallar media casa. —La mención despertó una

sonrisa en la boca de su amigo. Parecía que había olvidado cómo hacerlo y los músculos del rostro se tensaron por el esfuerzo—. ¿Qué tienes en mente, pequeña lagartija?

Los ojos de Larissa brillaron de alegría; así era como la llamaba de niños. Sintió que volvía a tener diez años y estaba preparando una jugarreta con él, al que había llamado hermano hasta que su difunta madre le dio una bofetada y tuvo que relegar esa palabra a la intimidad de su hogar.

—Tengo un plan, bueno, tenemos. Te presentaré a un amigo muy querido, es de confianza. —Terminaron de subir las escaleras y ella le detuvo antes de abrir la puerta de su casa—. Te aseguro, Kova, que después de esto nuestras vidas mejorarán y no volverán a aplastarnos nunca más.

## Capítulo II

La princesa Nadia Volkonskaya no se reconocía metida en el vestido, tan abultado y exagerado, ni con el peinado o el tono de carmín. Contempló el día de su boda como si lo hiciera desde los ojos de otra persona. Los invitados interactuaron de la misma forma que habrían hecho de estar en una fiesta más, tras la sesión de ópera o el último estreno de ballet en el Teatro Mariinsky. Solo que ellos dos eran el espectáculo principal de esa noche. Sintió de soslayo las miradas de los testigos, miembros de la alta sociedad con los que había coincidido en todo tipo de actos aburridos y repetitivos. Pudo escuchar cómo la juzgaban en voz baja. «Al fin se casa». «La Volkonskaya ya tiene quien la dome». No todas las palabras estaban dirigidas a ella: «El americano ha pescado una buena pieza». «Después de esto, creerá que lo van a tratar como a uno más».

Sus padres, orgullosos, recibieron las felicitaciones con amplias sonrisas de complicidad. Habían planeado aquel encuentro a sus espaldas y, tras sus elaboradas mentiras y palabras enrevesadas, lograron convencerla.

—Es algo bueno, mi niña. —Su madre solo la llamaba así cuando quería calmarla o conseguir algo—. Debes casarte. No podrás prolongar el apellido ni heredar la fortuna familiar. Necesitas un hombre que cuide de ti, que te mantenga y nos dé nietos.

—Él todavía se acuerda de ti —añadió su padre—. Es una oportunidad. Inténtalo al menos.

Echando la vista atrás, Nadia no supo concretar el momento exacto en que había aceptado, podía que se dejara arrastrar por inercia o por agotamiento. Estaba cansada de vivir su vida. Su madre lo sabía y había aprovechado su debilidad. Su padre, en cambio, intuía los límites emocionales en los que se

encontraba, a un paso de la apatía y la desdicha, que teñían el fondo de sus azules ojos.

En la ceremonia, Nadia cumplió con su papel a la perfección, tal como le habían aleccionado desde su más tierna infancia. Sonreír, asentir y pasar desapercibida eran habilidades sociales que formaban parte de su naturaleza, o eso le habían hecho creer.

Con el paso del tiempo, la alegría de los bailes, las fiestas y las salidas a actos de relevancia para conservar la imagen de su estatus se había disipado. No le llenaba de orgullo escuchar a su padre defender los intereses de los nobles en Crimea, ni que su madre hablara con sutiles desprecios del último concierto de alguna soprano conocida. Tras el fallecimiento de su hermano mayor, solo le quedaba Nikolay, su mellizo, pero despreciaba todo lo relacionado con la guerra y los soldados, así que las conversaciones sobre sus avances en la carrera militar le horrorizaban. Sus amigas se casaron, tuvieron hijos, viajaron, alguna desapareció en países lejanos o en las habitaciones conyugales, sin volver a dar señales de vida. Nadia no quería compartir ese destino, se negaba a dejar de existir tras la espalda de un hombre.

«¿Habré hecho lo correcto?». No había marcha atrás. Bueno, existía la opción del divorcio, pero la humillación social acabaría con su poca autoestima. Se sentía un pedazo de carne que había sido vendido al mejor postor, a última hora, momentos antes de que cerrara el mercado y para que no se echara a perder. Mientras le colocaban el velo sobre el elaborado recogido, fue incapaz de mostrar sus miedos en el hogar. Solo su sirvienta, Polina, intuía el pánico que se ocultaba tras su férrea expresión y, aun así, no hizo ningún amago por acercarse e intentar calmarla. Conocía su posición, sabía las consecuencias, madre se las había enseñado. Además, un sencillo gesto amable momentos antes de la boda habría derrumbado a Nadia. La sola idea de que alguien apoyara sus «quizá» o «tal vez» le habría dado la fuerza



suficiente para rechazar a su prometido y huir.

«Y después ¿qué?». Agitó la cabeza, sin respuestas para sus elucubraciones. Al menos su hermano Nikolay la acompañó desde la distancia y su gesto, tan gélido como el de ella, le aportó seguridad para soportar esas horas frente a los invitados sin derramar una lágrima ni torcer el labio. Juntos eran invencibles, dos reflejos de un mismo espejo, creados de la misma urna de porcelana. Dos hermanos mellizos, rubios, casi albinos, de ojos azules y piel blanca. El tono de Nikolay se había visto enturbiado a lo largo de los años a causa de su oficio y las temporadas en los cuarteles militares, fuera de casa. Su tez era más bronceada, su cabello, pajizo, y el iris se había oscurecido, tal vez alimentado por los fantasmas traídos del campo de batalla.

Aquella tarde, Nadia primero bailó con su esposo, pero el momento más especial fue cuando se reunió con su hermano en la pista y sus manos se entrelazaron. Estaba completa. Entonces pudo respirar. Sus pies se movieron con las notas de inicio de la polonesa, con un ritmo pausado, muy marcado.

—Estás resplandeciente, Nadia.

Ella sonrió y, al ser de la misma altura, apoyó su frente contra la de él.

—Eso es porque estás aquí.

—Lo siento —se apresuró a disculparse Nikolay, y apretó con sutileza los dedos en su espalda—. He estado ocupado.

«Ocupado lejos de mí», pensó Nadia con tristeza. Huía de ella, pero no podía soltárselo de esa manera, en ese momento. Presentía una discusión entre ellos y prefería alejar todo lo posible aquella situación que, tarde o temprano, explotaría.

—Pensé que madre buscaría otro... príncipe. —Su hermano habló sin malicia, pero con un claro desprecio en su entonación que no pudo disimular.

—Ya no hay ninguno, al menos para mí. —Había serena melancolía en su

voz, consciente de la verdad—. Tengo una edad que ninguno de los presentes puede ignorar y convertirme en una solterona mancharía nuestro apellido familiar.

—Tal vez sea preferible a él.

—Podrías habérselo dicho a madre antes de que contratara a la orquesta —apuntó Nadia con sarcasmo. No podía ocultar el dolor de su ausencia. Nikolay se tensó por su comentario y ella, empujada por las emociones que siempre salían a relucir en presencia de su otra mitad, lo abrazó en medio de la pista de baile—. Te he echado tanto de menos.

—Y yo a ti. —Su hermano mellizo le devolvió el abrazo que apenas duró un instante, lo suficiente para que sus corazones volvieran a latir al unísono. Se separaron y siguieron los pasos que dictaba la polonesa—. Ten cuidado con él.

—Qué actitud más inapropiada, Kolya —quiso reprocharle, pero una ligera sonrisa se lo impidió y su voz perdió cualquier tono autoritario—. Lo tradicional es que bendigas nuestro matrimonio y nos desees una feliz vida juntos.

—Puede, pero tú eres mi hermana, no me valen los protocolos sociales —dijo con el rictus serio y una convicción absoluta en la mirada—. Avísame si ocurre cualquier cosa, no lo dudes. Estaré en Moscú una temporada, pero regresaré en cuanto me lo pidas.

«Otra vez se marcha» pensó, pero no era lo único que acababa de sacar en claro de sus palabras.

—Parece que no confías en mi esposo.

Nadia se separó lo justo para dar una vuelta y regresar de nuevo a sus brazos.

—No lo hago. Sé cómo son los hombres, eso me basta.

La música seguía sonando, pero Nikolay se detuvo. Las manos le

temblaban y estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por seguir en pie. La novia hizo amago de ofrecerse como apoyo.

—Te acompaño...

—No —rechazó él y se distanció de su hermana, sin apenas ocultar la cojera de su pierna izquierda.

Nadia apartó la vista, sabía que lo que más odiaba Nikolay era que lo miraran con compasión. Un soldado mutilado, así se describía él, y la impotencia que sintió su hermana le provocó un nudo en el estómago que, junto con los nervios de la extraña boda, le dieron náuseas. La canción terminó y empezó una *suite* francesa más alegre, que animaba al resto de invitados que todavía no se habían reunido en la pista. No podía soportarlo más. Nadia abandonó la sala precipitadamente.

Mientras la gente disfrutaba en el que tendría que haber sido el día más feliz de su vida, la princesa se adentró en los jardines con laberínticos pasillos de arbustos, bordeado por rosales soñadores en otoño, y deseó no encontrar la salida jamás.

Yuri Khilkov ignoraba su batalla interior, dudaba siquiera que fuera capaz de percibir el remolino de emociones que la embargaban mientras confirmaban ante Dios un amor que no se profesaban. Ella le dio un casto beso en la mejilla y él apenas sonrió. Durante la noche de bodas, Nadia estaba tan nerviosa que se quedó petrificada contra el colchón. No era la primera vez que tocaba a un hombre, estaba preparada para lo que vendría después. Sin embargo, él ni la rozó. Se disculpó y salió del dormitorio nupcial. Regresó de madrugada, borracho por el olor que desprendía. Se quedó dormido en el sillón que había en un rincón, girado hacia la cama, como si hubiera estado velando su reposo. No quiso pensar más en ello, le incomodaba. Todavía no asumía la idea de tener que pasar más noches con él.

La mañana siguiente, la princesa observaba, indiferente, la lluvia a través

de la ventana. A sus espaldas, Polina recogía la ropa y la guardaba con cuidado en los baúles mientras, a ratos, se secaba las lágrimas con un pañuelo que guardaba en la manga.

—Mi Nadia, mi pobre Nadia —se lamentaba entre prendas dobladas y botines lustrados.

—Déjalo, Polina, tampoco es para tanto.

—Pero... ¡Ay, mi Nadia! —se sonó la nariz de forma ruidosa—. ¡Se nos va!

A pesar de tener diez años menos que ella, Polina solía actuar como una madre recién enviudada: demasiado madura, protectora y llorona. Nadia la miró con ternura; era agradable que al menos una persona en aquella casa guardara algún sentimiento hacia ella y fuera capaz de expresarlo. Se acercó e hizo amago de abrazarla, pero el momento de debilidad se disipó tan rápido como surgió y prefirió ayudarla con el equipaje.

Abrió los últimos cajones que quedaban por vaciar y sacó los libros de poesía que le había recomendado Nikolay. El estilo de los románticos la aburría y *El último poeta*, de Baratynski, la había deprimido. «Sus sueños, su absurdo regalo» eran versos que la incomodaban por la crudeza sentimentalista, la misma que le habían enseñado a ocultar desde que tenía conciencia. Su hermano, en cambio, dejaba entrever esa sensibilidad a través de palabras que era incapaz de transcribir. Envidiaba su capacidad para percibir el reflejo de su alma en las rimas de terceras personas. Ella era ciega al individuo ajeno. La habían acusado de egoísta, insensible, incluso cruel. No entendía la razón por la que usaban esos términos, tampoco les daba importancia.

Nadia prefería la prosa, como Gógol y sus *Almas muertas*, sobre un misterioso caballero que llega a una aldea con intención de recolectar el alma de los siervos que ya no están, sus almas muertas. Atrás quedaron las fábulas

de Krylov que su madre les leía, que recitaba cada verso con voz cantarina. Tal vez de ahí provenía la afición de Nikolay a la poesía; quería evocar y repetir uno de los breves momentos cálidos que vivían con su madre. La lectura era sagrada en su hogar, solo con una buena dicción en voz alta lograban ablandar el corazón de la princesa. Aunque una palabra mal pronunciada en francés o inglés era castigada con un azote, a veces con una vara de abedul, flexible y pulida por el uso.

No, en la familia Volkonsky no se daban abrazos, y menos a las sirvientas.

—Lo estás aplastando, Polina. —Señaló las prendas que perdían su forma natural bajo el peso de la criada.

—Ya... Voy a... —sollozó y volvió a sonarse.

Nadia suspiró, no le quedaba otra opción que encargarse ella.

—Mejor baja y descansa un rato, yo seguiré.

—¡Pero...!

—Madre no está en casa, estás a salvo —dijo y se tomó la libertad de apoyar la mano sobre su hombro para empujarla hacia la puerta del dormitorio. El poder matriarcal en su hogar era aterrador para todos los habitantes—. Vamos, ve.

Polina asintió y abandonó el cuarto. Nadia corrió hacia la puerta y la cerró. Si hubiera tenido llave, la habría echado. Quería estar sola, lejos del mundo, incluso de sí misma. Apoyada de espaldas contra la pared, se dejó caer hasta el suelo en una nube de satén celeste y detalles de encaje blanco. Hecha un ovillo, golpeó el vestido para aplanarlo y poder abrazar sus piernas. «Qué he hecho», se repetía.

En realidad, la respuesta era sencilla: casarse. «Con un hombre al que no conozco». Pensó justificarse con su infancia compartida, pero fue incapaz de evocar al niño que una vez había querido en aquellos ojos pardos en medio de un rostro barbudo. No se habían carteadado en quince años ni se veían desde

que tenía diez. De hecho, no había sabido de su regreso a la capital hasta hacía unas semanas. Todo había ido demasiado rápido, sin tiempo para reflexionar o tantear otras alternativas, aunque sabía que ya no le quedaban más salidas.

El ruido de los nudillos en la puerta la sacó de sus oscuras elucubraciones.

—Ha llegado el carruaje, princesa.

La lluvia azotaba con más intensidad la ventana del dormitorio en que Nadia se había criado. Veinticinco años viendo las mismas paredes nada más despertar y ahora, por primera vez, desconocía el panorama que la esperaría cuando abriera los ojos a la mañana siguiente. «Una princesa jamás debe mostrar sus sentimientos», recordó las sabias palabras de su madre. Razonó su miedo, lo asimiló, hundiéndolo en el fondo de sus entrañas, alzó el mentón y abrió la puerta del cuarto para enfrentarse a su futuro. Polina insistió en acompañarla, pero ella se negó. Nadia ahora era una Khilkova y debía acostumbrarse cuanto antes.

Seryozha, el hermano pequeño de la sirvienta, la esperaba guarecido bajo el portal del palacio. A sus catorce años acababa de dar un estirón y era de la misma estatura que su hermana, lo que la enfurecía y enorgullecía a partes iguales. Sin mediar palabra, abrió un paraguas y la acompañó hasta el coche y, tras cerrar, colocaron la última maleta que quedaba. El látigo chasqueó y los caballos iniciaron su rítmico andar.

El temporal había ahuyentado a la mayoría de paseantes de las calles. A pesar de ser media mañana, las nubes ocultaban el sol como si estuviera anocheciendo y los caminos más allá de la avenida principal se volvieron oscuros y peligrosos. Bajaron por la Avenida Nevsky y Nadia se entretuvo contando los puentes que cruzaban, una costumbre que tenía de pequeña.

Desde la ventanilla la visión era cada vez más borrosa, con el agua enturbiando el cristal, y sintió que viajaban hacia un mundo de tinieblas con

personas retorcidas y edificios que imitaban el rostro humano, de grandes bocas abiertas y ojos vacíos de luz. Las vistas no eran nada alentadoras. Al rato, las casas dieron paso a los árboles y el camino se volvió blando e inestable, casi podía sentir el barro pegado a las ruedas del carruaje. El trayecto no era excesivamente largo, pero los baches, las piedras sueltas y la tormenta entorpecieron los cascos de los caballos y tardaron casi una hora en llegar al que era su nuevo hogar: villa Betulia.

Se encontraban casi a las afueras de San Petersburgo, rodeados por un millar de abedules que daban nombre a la casa en latín. Tal vez con mejor luz podría vislumbrar la humareda proveniente de la ciudad o la punta de los edificios más altos, pero la oscuridad de las nubes la alejaba todavía más de la civilización. El edificio consistía en dos plantas compactas, de paredes amarillentas y ladrillo rojo en las esquinas. Algunas ventanas del piso superior estaban tapiadas y solo se vislumbraba luz en un par de habitaciones. El camino de la entrada era de tierra, convertido en barrizal por la lluvia.

A pesar de las insistencias del cochero, Nadia se bajó del vehículo, levantó su vestido hasta los tobillos y esquivó los charcos hasta alcanzar la puerta. Tenía que comprobar por ella misma cuanto antes la horrible vivienda en la que debía habitar. Nada más llegar a la entrada, el botín se hundió y a punto estuvo de perder el equilibrio y destrozar su vestido azul celeste, que ya había comenzado a empaparse debajo del abrigo. Iba a llamar a la puerta cuando esta se abrió de golpe y una mano la arrastró al interior de la casa. La diferencia lumínica no le permitió adivinar el aspecto del anfitrión hasta que sus ojos se habituaron a la penumbra y reconoció el velludo rostro de su esposo, con los castaños ojos abiertos como platos y los labios separados a punto de hablar. Todavía la sujetaba por los hombros y, al ser consciente de ello, la soltó rápidamente.

—Llueve.

—Lo sé —dijo ella.

Era la primera vez que se encontraban fuera de cualquier acto protocolario y ninguno de los dos sabía muy bien qué decir, así que Nadia hizo lo que mejor se le daba, quedarse quieta como una estatua. Pero lo que no esperaba era que Yuri permaneciera frente a ella, observándola fijamente, como quien contempla una obra de arte en el museo.

—¡Está empapada!

La aguda voz sacó a la pareja del extraño ensimismamiento. Una mujer, de unos cuarenta años, ancha de caderas y con el rostro en forma de bollo de pan, se acercó a ella con los brazos extendidos. Nadia dio un paso atrás, pensando que la iba a abrazar; no estaba preparada para el contacto físico tan directo. Sin embargo, la desconocida la cogió de los hombros, tal como había hecho su esposo, y la empujó hacia lo que suponía era el salón.

—¡Entre, entre! Calientese junto al fuego. Cuando el cochero saque sus pertenencias podrá cambiarse, pero ahora necesita entrar en calor, ¿verdad, señor Khilkov?

El aludido reaccionó al oír su apellido y asintió, todavía de pie en la entrada. Se llevó la mano a la barba y la peinó con los dedos. Más adelante Nadia descubriría que era un gesto que repetía cuando pensaba en el siguiente paso que iba a dar.

Ella caminó hacia el interior de la estancia, con la mano a su espalda guiándola hacia un sillón orejero que había junto a la chimenea. Había más sofás y asientos mullidos repartidos por la estancia, todos ellos con la tapicería descolorida. El escritorio del rincón le indicó que el lugar también se usaba de despacho y, por los platos sucios sobre él, incluso de comedor. Los huecos de la pintura en la pared eran la prueba de los trofeos de caza que ahí se habían colgado y ahora permanecían amontonados en una esquina, como una creación antinatural disecada.



—Siéntese, póngase cómoda, yo voy a por una taza de té con miel, ¿le apetece? Claro que le apetece. Ahora mismo vuelvo.

La mujer, que era un torrente de energía, salió del cuarto y cerró las puertas para conservar el calor. Nadia pensó que tendría que haberle preguntado su nombre o dado alguna indicación, ya que era parte del servicio de su casa y ella, como señora Khilkova, debía empezar a organizarla. Y según apreció en ese rápido vistazo, había mucho que arreglar. Sin embargo, Nadia se quedó embelesada en el fuego que latía dentro de la chimenea, decorada con un relieve de forma irregular que recordaba a una ristra de dientes afilados. En los laterales sobresalían unas piezas ovaladas con finos surcos que simulaban las orejas peludas de un animal salvaje.

—De pequeños nos daba miedo —dijo Yuri a su lado. No lo había sentido acercarse, absorta como estaba en el crepitar de las llamas—. Creíamos que era la boca de un lobo y mi padre fomentaba nuestras fantasías con historias de niños devorados, ¿recuerdas?

Ella negó con la cabeza, no tenía memoria de haber estado en esa habitación, aunque tenía lógica; al fin y al cabo, habían pasado parte de su niñez en compañía mutua. En cambio, sí que había escenas que le venían a la mente de ese lugar, pero el escenario se encontraba más allá de las paredes, entre los troncos de los abedules.

—Siento el desorden. Hace unas semanas que me puse a organizarlo todo y la casa estaba más abandonada de lo que pensaba —comentó Yuri mientras se sentaba en el sillón a juego que estaba colocado junto al de ella, de cara a la chimenea.

Nadia también se sentó y la proximidad con el fuego comenzó a agobiarla. Notaba las mejillas ardiendo, pero los tobillos seguían helados. Sabía que lo correcto era darle pie para continuar con la conversación, asentir y mostrar interés en sus palabras. Sin embargo, no estaba con ánimo suficiente para

actuar. Ya no. Yuri siguió hablando.

—Arriba hay habitaciones que permanecen cerradas, no sé muy bien qué hacer con ellas. Estoy planeando reformas para poner luz eléctrica. La cocina y el salón son lo único que se salvan. Masha se ha encargado de adecentarlos y darles vida. ¡Ah! Claro, no os he presentado, perdona. —Él se sonrojó, o podía que fuera el reflejo de las llamas en su rostro—. Masha era la mujer de la entrada. Es el ama de llaves, la criada, limpiadora, cocinera... Era una de las doncellas que trabajaba en villa Betulia cuando éramos niños, pero entonces había más gente, así que es normal que no la recuerdes. Sé que debería contratar más gente, pero de momento no lo he visto necesario. La casa es de ambos, así que toma las decisiones que creas más convenientes.

Yuri cerró la boca de golpe, consciente de que llevaba varios minutos acaparando el aire que había entre ellos. Nadia lo observó con atención bajo la luz anaranjada del hogar. Iba vestido con un traje marrón que claramente tenía varios usos a sus espaldas y los zapatos para andar en la casa tenían manchas de tierra, como si no estuviera acostumbrado a tenerlas y hubiera salido en más de una ocasión con ellas puestas. Aun así, las prendas estaban hechas a su medida e, incluso sentado en el sillón, mantenía una pose erguida, tal vez por la tensión, tal vez por la educación recibida. Llevaba la barba castaña perfectamente recortada; a pesar de ser larga y espesa, se veía brillante y bien peinada, igual que su cabello. Su mirada oscilaba entre ella y los puntos invisibles que de repente despertaban su atención. Estaba nervioso, era evidente y, por extraño que pareciera, a Nadia eso la calmó. No era la única incómoda con la situación, por ello le sorprendió lo que dijo a continuación:

—Nadia. —Yuri se inclinó hacia delante y apoyó los codos en sus rodillas, con los ojos color almendra fijos en los lagos congelados de ella—. No soy de los que se guardan las cosas, quiero que lo sepas cuanto antes para que

puedas entender mi comportamiento. Sé que todo esto es... extraño, al menos para mí. Quiero saber tu opinión, quiero que hablemos, que compartamos nuestras preocupaciones y, tal vez así, empezar a conocernos. Estamos en esto juntos, ¿de acuerdo?

Él esperó una respuesta que no iba a recibir. Nadia permaneció en silencio, con los labios sellados, y desvió la mirada. Había hecho bien en advertirle de su forma de actuar, al menos las próximas ocasiones sabría mejor cómo esquivar la situación. Cuando Yuri volvió a acomodarse en el sillón, percibió decepción en su expresión, tal vez angustia. No se le daba bien leer a las personas. En ese momento apareció Masha con dos tazas humeantes de té.

—Aquí tienen, señores. Con un toque de limón —dijo con una sonrisa amable mientras le tendía la taza a la princesa, en vez de dejarla sobre la mesa como dictaba el protocolo. Por lo que estaba comprobando, en esa casa las normas de etiqueta quedaban fuera de sus fronteras—. ¡Miren! Parece que ha parado de llover. La próxima vez que el cielo se nuble, caerán copos de nieve. Se acercan las primeras heladas.

Pronto sería invierno y se quedarían prácticamente aislados. «Sin escapatoria».

La princesa contempló a través de los grandes ventanales del salón los árboles que formaban líneas y líneas con su textura en blanco y marrón, rodeando la finca. Disimuló el suspiro y sopló el líquido dorado. Había cambiado los barrotes de las vallas de su palacio por los abedules que formaban su nueva jaula.

Nikolay Volkonsky arrugó el papel que acababa de leer e hizo un revoltijo con él. Dio el último trago al vodka y lanzó el vaso con rabia contra el suelo, donde un centenar de cristales brillaron bajo los rayos del atardecer. Los veloces pasos escaleras arriba no se hicieron esperar y una tímida Polina asomó tras la puerta, que perdió el miedo tras ver el espectáculo que había

orquestrado su señor. Se dispuso a recoger el estropicio.

—Alteza, voy a...

—¡No! —exclamó él, sin alzar el rostro—. ¡Vete!

Polina iba a replicar cuando la helada mirada de Nikolay la detuvo junto a la puerta. Se marchó con la misma celeridad con que había aparecido, seguramente para contarle la situación a Seryozha o a cualquier otro miembro del personal. Poco le importaba a él. En ese momento, lo único que realmente podía causarle algo de interés se encontraba entre las arrugadas palabras atrapadas entre sus dedos. Eran malas noticias. Terribles. Y, lo peor, esperadas.

Cuando un joven soldado pidió permiso para hacerle entrega de una documentación procedente de los altos mandos del Ejército Imperial, Nikolay predijo el significado del escrito que tanto malestar le estaba causando. Si se habían excedido en los plazos para tomar la decisión final y hacérsela saber, era por su apellido. Podía que pertenecer a la nobleza ya no fuera una barrera para realizar el servicio militar, pero sí le proporcionaba una posición privilegiada sobre el resto de sus compañeros. Aun así, no había sido suficiente. Se había convertido en un mueble roto que nadie sabía dónde colocar. Durante meses había permanecido relegado en un rincón oscuro, lejos de preguntas y miradas indiscretas. Hasta que el polvo sobre la repisa fue imposible de disimular. Estaba hecho. Los días del oficial Volkonsky habían acabado.

El príncipe maldijo en silencio y agarró la botella de vodka que Polina le había puesto sobre el escritorio. Era un mal bebedor, no calculaba la cantidad para un estado de embriaguez «óptimo» y a causa de ello su ánimo variaba con facilidad, sin importar si frente a él tenía o no a un amigo. Por eso solía evitar el alcohol, al contrario que sus congéneres, que cualquier acto en sociedad lo acompañaban con al menos una botella de vino o de champán.

Sus compañeros de regimiento habían sufrido en primera persona las consecuencias del exceso de copas en el príncipe y hacía tiempo que no le insistían cuando no los seguía de bar en bar. Siempre que tenían la oportunidad, bromeaban sobre el asunto de su doble personalidad. Una noche lo habían bautizado como «demonio de hielo», pues se mantenía en un falso estado de calma hasta que explotaba. Pobre de aquel que le provocara, sobre todo si tenía algún arma a mano. Nikolay esbozó una sonrisa al evocar el recuerdo, que se ensombreció cuando tuvo que corregirse: «antiguos compañeros de regimiento». Cogió la botella y bebió directamente de ella.

—Alteza.

Seryozha entró en la sala sin temor. Al contrario que su hermana mayor, era sigiloso y apenas hablaba, como si atesorara cada palabra. Por ello se llevaba bien con Nikolay, que se veía reflejado en él, en sus tiernos catorce años, ajenos a la maldad de la vida real más allá del palacio. El príncipe lo invitó a entrar con un gesto de cabeza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el sirviente, que esperaba sus indicaciones de pie en medio de la alfombra persa, con las manos tras la espalda y un porte impecable.

—Sí —mintió—. Dile a tu hermana que puede pasar.

—Polina —llamó Seryozha.

Ella apareció al momento con otro vaso, un cuenco con agua y telas blancas sobre una bandeja de plata. Dejó los artículos sobre el escritorio, lo rodeó y extendió la mano hacia el príncipe, que se mantuvo imperturbable, sin comprender su aproximación.

—Déjeme curarle —dijo y señaló hacia su muñeca.

Él se miró extrañado y descubrió la sangre. Al parecer, se había cortado en su ataque de ira. Le entraron ganas de reír. «Vencido por un trozo de cristal». Pero se contuvo y le ofreció la mano herida a la sirvienta, que limpió con

agua el corte y lo vendó con delicadeza. Cuando notó su piel, sus miradas se encontraron y ella apartó los ojos para centrarse en su tarea. Nikolay ni se inmutó, permaneció sentado como hasta entonces junto a la mesa, con el contenido de la carta estrujado en su otra mano.

Seryozha recogió con cuidado los cristales rotos y los echó sobre una servilleta. El príncipe no perdió detalle de sus movimientos y se percató de que Polina era la única de los hermanos que se ponía nerviosa en su presencia. Tenía una edad para comprender el significado de su actitud, así que interrumpió de golpe su labor y se alejó de ella.

—Puedes irte.

Polina se levantó, recogió la bandeja, que tembló entre sus manos, y abandonó la estancia a gran velocidad, seguramente para tratar de ocultar el evidente rubor en sus mejillas. Seryozha, sin embargo, siguió estático a unos pasos de él. Estaba esperando una orden, una palabra que le hiciera reaccionar. Aquella lealtad le traía viejos recuerdos y se permitió compartir en voz alta sus pensamientos:

—Serás un fantástico soldado del Ejército Imperial.

—Gracias, alteza —contestó el joven que, con la mirada gacha, se animó a seguir hablando—. Todavía me faltan seis años para entrar, pero estoy deseando honrar a nuestro país como lo hizo usted.

Seryozha se calló al momento, con aparente miedo de haber cometido una falta por su atrevimiento. No debía estar habituado a confesar sus sueños a los demás. Nikolay torció la boca y, tal vez por la correspondencia que había recibido, con palabras que se le clavaban como agujas en el pecho, o puede que por la ingesta del alcohol, decidió soltar un poco del lastre que presionaba sus costillas.

—Siéntate, muchacho.

Él obedeció y cogió la silla que había frente al escritorio.

—La historia que tú conoces es mentira. —Nikolay hizo una pausa, consciente de que la conversación que iban a tener podría considerarse traición, según los oídos que escucharan. Sin embargo, el pesar de sus entrañas comenzó a salir de su boca como el cieno removido en agua estancada—. A treinta días a caballo de tu hogar es fácil perder la perspectiva. Ciertamente, mis hombres y yo soportamos el ataque de los turcos que nos tenían asediados en el paso de Shipka, a casi mil doscientos metros de altura. Pero ten muy presente que no lo hicimos por honor, lo que queríamos era sobrevivir.

Nikolay evocó aquellos días con nitidez, como si los dos años transcurridos fueran un mal sueño o la duermevela previa al despertar. El pueblo de Gabrovo se encontraba más al sur de lo que había viajado en su vida y casi había podido saborear el mar salado del Mediterráneo antes de subir a lo alto de los Balcanes. El puerto de montaña unía la población con Kazanlak, más al sur todavía. Las órdenes eran sencillas: Impedir que los turcos sobrepasaran la barrera, que se quedaran al otro lado del desfiladero a cualquier precio. Cumplieron y pagaron con creces.

—Cuando el estómago vacío ruge, dolorido, y el agotamiento y la desesperación hacen mella en el espíritu de tus compañeros, hay principios morales que pierden valor. En unos días nos quedamos sin balas, pero debíamos seguir adelante con la misión. No era por un «poder superior» o por la idea de «liberar a un pueblo». Lo único que queríamos era volver a casa, regresar...

Nikolay se llevó la mano al rostro y cerró los ojos, atrapado de nuevo en aquel remoto lugar entre las montañas, convencido de que iban a acabar siendo el alimento de los buitres, seguros de que sus cuerpos permanecerían atados a aquellas tierras lejanas para siempre.

—Queríamos seguir vivos. Esa era la causa por la que sangraban nuestras

manos y nos despellejábamos los nudillos. Si teníamos que lanzarles troncos y piedras a esos mal nacidos para aguantar una noche más mientras nuestros compañeros avanzaban hacia la zona de batalla, lo hacíamos. Si teníamos que tirar los cadáveres de los voluntarios búlgaros o soldados del Ejército Imperial Ruso para detenerles, lo hacíamos.

El príncipe detuvo un instante su narración, con la imagen de cientos de rostros sin nombre desfilando en su memoria. Caras descompuestas, destrozadas, sin nacionalidad ni familia. Tan solo cuerpos amontonados, resultado de una pésima decisión estratégica. En teoría, eran ellos los que estaban ganando

—Al final, lo logramos. Luchamos por la independencia de un pueblo al que consideramos hermano, pero del que solo nos interesaba su ubicación por la cercanía al mar Negro. Luchamos, y perdimos a miles de hombres en una pelea que, en realidad, no era nuestra.

Nikolay se frotó la pierna y la masajéo para intentar calmar la picazón que siempre surgía al recordar el campo de batalla. Las balas silbaban a su alrededor sin clemencia. El humo blanco de las armas, el olor de la pólvora, el sudor y la carne pudriéndose regresaron con fuerza. A pesar de ser agosto, el sol no caldeaba su interior y sus hombres, sedientos, insistían, con preguntas a las que no podía dar respuesta.

—Estuvimos semanas esperando la llegada del resto del ejército — continuó—. Los mensajeros habían muerto o huido, solo nos quedaba la esperanza de saber que no estábamos solos, que acudirían a la llamada de socorro. Éramos un punto estratégico, maldita sea, no tendrían que haber tardado...

La mano se le crispó justo encima de la vieja herida que parecía no terminar de sanar. A pesar de lo que dijeran los médicos, él la seguía notando abierta y supurando. La imagen de la piel desgarrada que mostraba partes que



debían estar cubiertas era inolvidable. No había desviado la mirada al vislumbrar los músculos y el hueso a través de su pantalón; había sido testigo de amputaciones más brutales en las tiendas de los «carniceros» de la guerra. Pero no había doctores en lo alto de la montaña, el equipo médico era insuficiente para paliar su dolor y los puntos se abrían continuamente. El hombre, por no llamarlo animal, que le había sacado la bala se había llevado más que plomo con la navaja. Ahora una terrible cicatriz le recordaba la supuesta victoria en el paso de Shipka.

Los galardones que le otorgaron sus superiores fueron la invalidez y la expulsión no oficial «con honores». Conservaría el cargo, pero no así sus funciones. Un intenso calambre detuvo su hilo de pensamiento y cerró la mandíbula de golpe, que crujió con intensidad. Se encogió y apretó con más fuerza el muslo.

—Alteza.

Escuchó a Seryozha trasteando en los cajones del despacho y después apareció a su lado, como una sombra que cobra forma repentinamente, con una jeringuilla y un pequeño bote en una bandeja. Nikolay le dio un manotazo y lanzó el contenido que voló por los aires.

—No pienso tomar esa basura.

—Pero alteza... —El joven titubeó.

—¡No! —insistió el príncipe, y le atravesó con una mirada aterradora—. Me niego a inyectarme una sustancia que me anula. Me niego.

Se tambaleó en la silla y cayó sobre la alfombra. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente y su rostro estaba macilento.

—¡Polina, Ivan, Olenka! —llamó Seryozha a pleno pulmón. Era la primera vez que el príncipe lo veía alzar la voz, y tal observación le pareció graciosa. El dolor le hacía delirar.

Después vinieron los sonidos de botas escaleras arriba, más exclamaciones,

más gritos. Brazos alrededor de su cuello, de su cintura y bajo su hombro. Sintió el roce de las sábanas en su desnudez, el pinchazo y, a continuación, el silencio. El bendito silencio. En ese instante se permitió pensar en Nadia, en su hermana melliza, y la ausencia de su presencia agrandó la oscuridad que engullía su consciencia.

—¿Se encuentra mejor?

Nikolay abrió un ojo y gruñó, malhumorado, a modo de respuesta. Estaba en su dormitorio. A pesar del gran tamaño del cuarto, con las cortinas verde esmeralda echadas y los escasos muebles dispuestos de una forma estratégica, se sentía asfixiado. Iván dejó la cena a los pies de su cama y se acercó para ayudarlo a incorporarse.

—No. Lo haré solo —dijo el príncipe, deseoso de recuperar algo de dignidad, pero estaba claro que si había acudido Iván a llevarle la comida, era para poder vigilarlo y ser su bastón en caso de necesitarlo. «Soy un lisiado con un enorme perro guardián».

El hombre solía encargarse de las tareas más pesadas del hogar, sus casi dos metros de altura y anchos hombros le daban la corpulencia adecuada para cumplir con su labor con rapidez y eficacia. Sin embargo, la fuerza bruta era su único punto a favor, pues un golpe en la cabeza de niño le había inutilizado para el aprendizaje básico. Apenas sabía escribir su nombre y contar hasta diez. Pero era educado y obediente, y su padre le había enseñado los valores esenciales para ser parte del servicio de la casa Volkonsky. Él parecía feliz concentrado en sus pequeños trabajos, no se quejaba y, cuando había que inmovilizar a alguien para inyectarle una dosis de morfina, era el verdugo ideal.

Ivan le puso con cuidado la bandeja sobre las piernas y destapó la sopa. El delicioso aroma del caldo de gallina de Sveta le abrió el apetito y Nikolay casi se quemó la lengua cuando introdujo la cuchara en su boca. Al menos

había superado la parte de las náuseas a causa de la medicación. Eso era un punto positivo, y tampoco sentía la cicatriz en llamas, como hacía un momento en su despacho. Era efectivo, no podía negarlo, pero también era consciente de que no debía abusar de ello.

Había sido testigo de las consecuencias y la adicción era un mundo demasiado peligroso y tentador. Dejarse arrastrar por el vacío blanco, la inmensidad del silencio, era un camino sencillo de tomar y prácticamente imposible de abandonar. Y él era el caminante idóneo para perderse, pues el miedo a la muerte ya no era un impedimento, tan solo un trámite hacia la libertad.

—Alteza, ha recibido correo —dijo Ivan, y le entregó el sobre. A continuación, cogió la bandeja y salió del cuarto.

«Más malas noticias no, por favor», pero al ver el remitente no pudo disimular la sonrisa. Las palabras escritas, sin embargo, le crearon un desasosiego que ya alimentaba su corazón. Releyó la última frase:

«Estoy bien, soy feliz. Te quiere, tu hermana».

Mentiras. Nikolay estaba convencido de que todas y cada una de las palabras que acababa de leer eran una sucesión de engaños, ideados por su hermana, para no preocuparle. Pero él no era el niño ingenuo que se dejaba arrastrar por los actos de Nadia como si de una divinidad se tratara, no. Su hermana le mentía y, por extraño que pareciera, no sabía qué hacer. En su último encuentro, el día de su boda, le había dicho que acudiera a él si necesitaba ayuda, que no dudara en pedírsela. Por el contrario, le enviaba un sobre con falsas ilusiones que no podía creer.

No confiaba en Yuri Khilkov. No lo odiaba, pero tampoco tenía una buena opinión de él. Era un desconocido, un extranjero que había aparecido en la casa de sus padres para robar la mano de su hermana por conveniencia. Había convertido a su preciosa melliza en un objeto, una mercancía que podía

intercambiar a placer. Ella a cambio de un poco de prestigio y un puesto asegurado entre la alta sociedad petersburguesa.

Tras el enlace, Nikolay había tenido que abandonar la ciudad. La cercanía de Nadia solía incitarle al desastre, y había decidido dar una oportunidad al matrimonio antes de intervenir. Cualquier mal gesto, una mirada inapropiada o un desprecio, por absurdo que pareciera, serían la mecha que prendiera su enfado con rapidez y terminaría pagándolo con su nuevo cuñado. No era objetivo, no podía serlo con Nadia. A razón de su bienestar, se había marchado a Moscú durante un par de semanas, con la excusa de solucionar temas financieros con el administrador de una de sus fincas. Aunque también necesitaba alejarse de sí mismo, de la inevitable respuesta de sus superiores y del revés que sufriría su existencia en breve. Había huido, lo sabía perfectamente. Pero ya era hora de enfrentarse a la realidad y poner las cartas sobre la mesa. No permitiría que el fracaso de su carrera militar le hundiera, y menos cuando su hermana le necesitaba.

Lo podía sentir entre las líneas, entre los puntos y el hueco entre los párrafos. Tal como había notado el corte en sus brazos cuando ella había caído de lo alto de un árbol en los jardines y él había sido el primero en acudir. O cuando habían encontrado al príncipe en los establos, con dos costillas rotas y el ojo amoratado. Ella había dado la voz de alarma y lo primero que había visto Nikolay al recuperar la consciencia eran los cristalinos ojos de Nadia, un reflejo de su propia mirada.

—Ivan —llamó. El sirviente había permanecido a pocos pasos de la puerta y enseguida asomó tras ella—. Ayúdame, necesito un baño y afeitarme —le pidió. Aunque no quisiera admitirlo, todavía estaba débil y quedarse dormido en la bañera no era un buen plan, sobre todo si quería llevar a cabo el que tenía en mente—. Pero antes dile a Seryozha que venga, debo preparar el equipaje.

El muchacho apareció y cumplió con la tarea sin hacer ninguna pregunta, más allá de las estrictamente necesarias.

—¿Volverá antes de la Pascua, alteza?

—No lo sé. Padre y madre continuarán en los balnearios de Haapsalu durante unos meses más. Mandadme toda la correspondencia que recibáis, cualquier noticia me debe ser comunicada inmediatamente.

La salud de su madre era delicada y en teoría el viaje servía para fortalecer sus pulmones. Sin embargo, en la familia estaban preparados para lo peor. Era parte del apellido Volkonsky, de esta forma la tragedia no golpeaba con la misma fuerza. Sin embargo, para Nikolay había alguien más importante y que tambaleaba los cimientos de su mundo.

—¿A dónde le remito el correo?

—A villa Betulia.

# Capítulo III

*Noviembre de 1880*

Yuri se despertó y un intenso frío atravesó su cuerpo, como un fantasma del pasado que reclamara su atención. Abrió los ojos y se estiró, todavía tumbado en el sofá. Durante la noche se había caído la manta y se había quedado solo con la camisa y los pantalones, poco abrigo para el inminente invierno que se colaba entre las rendijas de su supuesto hogar. El príncipe se levantó de mala gana, con los músculos agarrotados y el vello de punta. La chimenea del salón se había apagado durante la noche y Masha había olvidado volver a encenderla. Tosió y trató de adecentarse sin mucho éxito.

Llevaba varios días durmiendo ahí abajo y su cuerpo se lo estaba recriminando. A pesar de la incomodidad, sabía que estaba haciendo lo correcto. A lo largo de varias noches había intentado aunar el valor suficiente para subir al dormitorio, aunque fuera para hacer compañía a su esposa, pero había sido incapaz. Su frialdad, su falta de contacto y las gélidas miradas hacían mella en el carácter amable del príncipe, que se sentía un marido miserable. «No estoy hecho para el matrimonio».

Se acercó a la chimenea, cogió los troncos junto a la piedra y los dispuso en un pequeño montículo. Prendió fuego a unas hojas secas y las introdujo entre la madera. Tardaría un rato en caldear el cuarto, así que lo abandonó y se fue directo a la cocina, donde sabía que le esperaba un completo desayuno. Más o menos. Nada más entrar, Masha le dio los buenos días con un golpe en el hombro que casi lo tumbó. No importaba el tiempo que pasara, siempre se sentiría un débil chiquillo comparado con esa mujer.

—¿Cuántas noches van ya? —preguntó ella mientras le servía unos huevos

revueltos, tocino, pan y una taza de café, una de las costumbres que se había traído desde el otro lado del océano—. ¿Cinco? ¿Seis, tal vez?

—No las cuento —contestó.

—Estoy convencida de ello, señor blandengue.

Yuri dejó que una leve sonrisa asomara en su rostro. El olor de la comida, el crepitar de las llamas en la cocina y las mofas de su ama de llaves le animaron. Era el sabor de su infancia.

—Cuando acepté volver a trabajar en esta casa que se cae a pedazos, pensé que sería para ayudar a crecer a una familia. Ya sabe; limpiar prendas de confección europea, preparar exquisitos manjares y cambiar pañales — enumeró con tono neutral. Se sirvió una taza de té en la que había estrujado un limón y medio y se sentó frente a él en la mesa que presidía la cocina—. Lo normal.

—A ti no te gusta hacer nada de eso, Masha.

—Ya lo hice una vez —dijo y torció el labio de forma exagerada—. Tuve suficiente con los «regalitos» que dejaba a la pobre Masha su «alteza» en los calzones.

—No me hagas sonrojar...

—¡Lo haré si me da la gana! —exclamó ella y dio un golpe en la mesa—. Era yo la que recogía tus desastres mientras correteabas desnudo entre estas mismas paredes. Fui de las pocas que se mantuvo leal a los Khilkov. La mayoría cogió su porción de tierra que le correspondía por ley, sin importar que estaban vaciando los bolsillos de sus viejos señores, o precisamente porque sabían que os estaban saqueando, y os dieron la espalda. Pero tu madre fue buena conmigo mientras vivió y tu padre mantuvo su promesa de cuidar de los míos. Por eso no pude rechazar la oferta de Vasily. —Dio un breve sorbo al té—. Lo que no me esperaba era encontrarme con esta situación.

—¿Y a qué situación te refieres, exactamente? —le espetó Yuri.

No estaba enfadado, Masha jamás había logrado llevarlo a esos límites. Era más bien una figura maternal a la que le encantaba resaltar sus fallos, que últimamente eran numerosos y demasiado llamativos. Él lo sabía mejor que nadie, así que no necesitaba que se lo echaran en cara, y las observaciones de la ama de llaves le molestó.

—Estáis casados, para bien o para mal —dijo Masha y señaló al techo, a la planta superior—. Por lo menos deberíais compartir dormitorio, ¿no?

—No tiene por qué.

—¿Qué quieres decir con...?

—¡Que no lo haré! —le interrumpió Yuri, cansado física y mentalmente—. Que hayamos jurado unos votos no quiere decir que ella sea nada mío. Yo no lo veo así. Puede que para los demás sea sencillo, pero para mí no lo es. ¿Acaso creéis que con meterme en su cama lo solucionaremos todo? No. Estáis muy equivocados. Ella no se merece ese trato...

El príncipe agachó la cabeza y vio su reflejo en el fondo de la taza de café. El líquido oscuro le devolvió una mirada llena de culpabilidad y angustia, enmarcada en unas ojeras violáceas y la barba enmarañada. Él no era así de descuidado.

Las recientes cartas de su padre contenían una serie de consejos que le parecieron absurdos nada más leerlos. Sus padres también habían contraído matrimonio con intereses de por medio. «El amor surgirá, ahora no tiene sentido buscarlo, simplemente hazle saber que es tu mujer y lo demás saldrá natural». Cada palabra le provocó un profundo sentimiento de desasosiego y confirmaba por qué sus padres no habían sido una pareja muy feliz. Al menos entre ellos y de puertas para adentro. «Id a la ópera, al ballet o a las cenas con amigos, estar en compañía de más gente os ayudará a conoceros mejor e intimar».



Lo que Mikhail Khilkov quería era que su hijo luciera a su recién adquirida esposa en los círculos más altos de la sociedad y mandar un claro mensaje de poder. Lo entendía, y compartía sus ganas de venganza hacia la panda de estirados que había promovido el hundimiento de su familia y los habían forzado a abandonar el país. Sin embargo, no se veía con la fuerza de voluntad suficiente para utilizar de esa manera a Nadia, y menos ahora que llevaba su apellido. Debía protegerla de las manadas de feroces lobos que se alimentaban de su luz y prestigio, él entre ellas.

—Los carpinteros tampoco vendrán hoy —le informó el ama de llaves—. Con suerte empezarán con las reformas después del invierno. Ya le advertí a Vasily que si quería arreglar las habitaciones de arriba, tendría que haber empezado en primavera, pero no, había que esperar a que el príncipe llegara a casa. Sobre la electricidad mejor ni hablemos, ya tenemos bastante preocupación con mantener calientes un par de habitaciones como para centrarnos en iluminar cuartos que no usamos. Por cierto, hay que revisar la fachada y los cimientos, cualquier brecha o rendija será terrible cuando lleguen las heladas y las filtraciones podrían terminar por echar abajo toda la casa, ¿me estás escuchando?

—Sí, claro. —Yuri tragó con desgana el trozo de pan que tenía en la mano desde hacía cinco minutos y sorbió el café—. Haz lo que debas.

El príncipe se levantó y se marchó, dejando el desayuno a medias. Masha masculló para sí las nuevas denominaciones que tenía pensado usar en su «señor» y recogió los platos mientras pensaba en las tareas que la mantendrían entretenida durante todo el día.

Yuri entró en el tocador de la planta inferior que había para los invitados y se acicaló. Miró al individuo del espejo y analizó su expresión con calma, sin entender muy bien la razón de su pesar. «Es por ella», se dijo, pero seguía sin ser un argumento válido. Vació la jarra en la pila, se mojó la cara con agua

helada y se peinó la barba despacio. Era una actividad que solía relajarle y le ayudaba a despejar la mente. Debía atender las necesidades del hogar, organizar con Masha la alacena, hablar de la reparación de los establos y decidir qué muebles tirar o volver a tapizar. Sin embargo, cada vez que se sentaba en el escritorio y trataba de poner de forma esquemática su línea de pensamientos, divagaba. Su cuerpo permanecía ahí, inerte, mientras su mente viajaba al pasado, a su vida de hacía unas semanas.

Todavía recordaba el impacto que había recibido al ver a Nadia por primera vez en el altar. La palabra «hermosa» se quedaba corta, y él mismo había sido incapaz de emitir más de dos frases con sentido a lo largo de la jornada. No había podido dejar de contemplar a la hija de los Volkonsky, que acababa de adoptar su apellido. La había observado mientras comía, charlaba con los invitados y bailaba. Fue en ese escenario donde un fragmento de su corazón se desprendió. Desde los límites de la sala se había percatado de cómo la actitud de la princesa había cambiado cuando los mellizos se habían reencontrado en la pista de baile. Su gesto se había suavizado, sus brazos habían dejado de estar rígidos y su cuerpo se había movido con fluidez. Yuri había tenido que apartar la mirada. Se sintió ruin por envidiar la relación de los hermanos, por la especial conexión que flotaba a entre ellos. Pero, sobre todo, porque había querido que solo le mostrara esa expresión a él, y durante el día apenas había conseguido que le dedicara unas palabras de calculada amabilidad.

—En villa Betulia también llueve dentro de las personas.

Esas habían sido las palabras de Masha el día en que el matrimonio se había mudado a su antiguo hogar. No supo si se refería a la princesa o a él, o podía que a ambos. Desde luego, no podía más que darle la razón.

Yuri iba a regresar al salón cuando se detuvo en la entrada, inmovilizado como un animal que presiente la vibración en el aire. Al principio, no supo

definir qué era lo que había causado ese breve cambio en la atmósfera, pero, sin duda, era algo que lo atrapó como una mariposa en una tela de araña. Cerró los ojos y volvió a escucharlo. El piano. El viejo piano de su madre sonaba en la planta de arriba.

Subió las escaleras hipnotizado, intentando reconocer las notas que resonaban en las paredes y pintaban de luz las salas que rezumaban oscuridad. Todavía recordaba el lugar donde su padre había anclado el instrumento tras la muerte de su madre, convencido de que nadie más volvería a sacar provecho del gran piano de cola negra que tanto orgullo le causara el día en que se lo había regalado a su esposa. Yuri podría haber caminado a ciegas y encontrado el lugar perfectamente, siguiendo la música que despertaba extrañas emociones que revoloteaban en él sin parar.

Nada más entrar, el príncipe se quedó paralizado, apoyado en el marco de la puerta. Temía que cualquier mínimo movimiento delatara su presencia y rompiera el hechizo que imbuía la escena que observaba. Nadia acariciaba las notas despacio, en una canción lenta con toques nostálgicos que henchían su corazón. Su mano danzaba sobre las teclas blancas y negras. Fue subiendo de velocidad, cada vez más intensa, cada vez más arriba, para volver al ritmo pausado del principio. El piano resonó, furioso, cuando los breves y agudos compases se transformaron en una aglomeración de notas graves. Eran las pisadas de una bestia que ensordecía los delicados pasos de bailarina de ballet y, curiosamente, se entretejían a la perfección. Entonces vino el silencio. Nadia se detuvo un instante y volvió a la pieza inicial, con una cadencia pausada. La melodía volvió a dibujar de tonos pastel las partículas de polvo que brillaban a su alrededor, iluminadas por el sol que se colaba entre las cortinas. Sus dedos se detuvieron a unos centímetros de las teclas de marfil. El suelo bajo los zapatos de Yuri crujió, y el embrujó desapareció.

Durante la interpretación, Nadia había mantenido los ojos cerrados y la

expresión serena, tan solo un leve fruncimiento en los labios en los fragmentos más complejos de la composición. Sin embargo, cuando descubrió que no estaba sola, su piel se tornó de mármol y Yuri fue incapaz de ver más allá de la máscara que acababa de colocarse. Aunque creía haber vislumbrado una brizna de su alma, se guardó la imagen en su memoria.

—¿Llevas mucho ahí? —preguntó ella. A pesar de su dulce voz, las palabras sonaron forzadas.

Él negó con la cabeza y, ante la inacción del príncipe, Nadia se incorporó y agachó la cabeza. Yuri no se lo podía creer: estaba avergonzada.

—¿Qué era? —carraspeó. Se sintió obligado a romper la tensión del ambiente—. La música, quiero decir.

«Torpe, torpe, torpe», se repitió, dándose cabezadas contra la pared mentalmente. ¿Por qué resultaba tan difícil hablar con ella? Lo único que quería era tener su atención unos instantes más, que su mirada se posara en la de él y compartir una charla, aunque fuera insustancial.

Nadia se movió, inquieta, y se alisó su sencillo vestido turquesa. El príncipe temió que volviera a huir de él como un cervatillo asustado. Así habían sido la mayoría de los días hasta entonces. Amagos que no llevaban a ningún lado, tan solo a un malestar que oprimía sus costillas. «No te vayas», rogó con su mirada. Estuvo tentado de crear una barrera física entre ella y la salida, pero una sola palabra suya y se rendiría sin dudar.

—El piano está desafinado y hace mucho que no practico... —empezó, titubeante—. Era Chopin. Mi madre prefería que tocara a Antón Rubinstein, incluso al polaco Leschetizki, pero sus canciones me gustan más. Son más... sinceras. —Nadia hizo una pausa y apoyó la cadera en el piano de cola, con los brazos cruzados y la mirada perdida en el brillo apagado del instrumento a causa del polvo—. Lo escribí cuando estaba en París y hay quien lo considera una muestra de amor hacia su patria. Tal vez por ello lo llaman

*Tristesse... ¿Qué?*

La princesa alzó los ojos y se encontró con la expresión de Yuri, que oscilaba entre el asombro y la fascinación.

—No... Nada. —Ella se removió, incómoda—. Perdona, es que es la primera vez que me diriges tantas palabras seguidas y no quería interrumpirte.

Nada más cerrar la boca, Yuri se arrepintió. Estaba poniendo en relieve su desastrosa relación que, en un trato no verbal, habían decidido que era un tema tabú. Ambos eran conscientes de la triste situación de sus vidas, pero parecía que ninguno supiera cómo cambiar la dirección que habían escogido o, al menos, hacer el trayecto más llevadero. Una nube cruzó frente al sol y llenó la habitación de sombras. Esa casa estaba consumiendo la poca alegría que podían albergar. Vio el paisaje blanco desde los grandes ventanales, los montículos immaculados que daban por finalizado el otoño y clamaban la imposición del manto invernal. Yuri tuvo una idea.

—¿Te gustaría salir? —pidió más que preguntar. Alargó la mano hacia Nadia—. Por favor.

Ella se aproximó y pasó a su lado sin mirarle. Yuri apretó los dedos, helados, y se permitió insultarse a sí mismo por tal atrevimiento. Era un iluso, un...

—Tengo los guantes en el dormitorio. Si no te importa esperar abajo, enseguida estaré lista.

Una minúscula chispa prendió en el centro del pecho del príncipe, que se quedó rígido a la entrada de la sala de música. Aspiró profundamente y sus pulmones se hincharon con algo más que aire. Era esperanza, y su calidez le insufló fuerzas para seguir adelante, al menos un día más.

La nieve caía sin cesar desde hacía varios días y la tierra húmeda se había empezado a congelar bajo las plantas somnolientas. Caminaron en silencio,

en un intervalo de la tempestad, con el sonido del viento entre los abedules como única compañía real. Yuri tenía tendencia a la verborrea descontrolada, sobre todo cuando la tensión mascaba el interior de su mejilla.

—En América estuvimos trabajando en la costa y a finales de año nos adentramos en los desiertos del oeste —comenzó a hablar—. Apenas llovía y el frío era muy diferente. Seco. Los primeros años lo eché mucho de menos. ¡Añorar el frío! Mi padre decía que estaba loco; otros, que tenía nostalgia de mi tierra. También es verdad que con la nieve tuve los mejores momentos de mi infancia. Pocos lo entendían.

Se acercaron a una caseta en medio de la arboleda, con el tejado cubierto por una gruesa capa blanca y paredes claras que camuflaban su presencia. Nadia tardó un instante en caer en la cuenta de que no era la primera vez que visitaba el lugar.

—Recuerdo este sitio —dijo, y señaló la básica construcción—. Lo usábamos de escondite.

Yuri casi pudo percibir cómo los engranajes se movían bajo el gorro de piel de zorro de la princesa y enlazaba escenas de su pasado en común. Apenas habían convivido durante unos meses, pero Yuri podía enumerar a la perfección la cantidad de caídas que habían sufrido, los juegos que se habían inventado o el color del vestido que ella había lucido el último día. Cuando salió del cobertizo, observó que Nadia se frotaba las mejillas, ligeramente sonrojadas. Lo achacó al frío y le mostró la razón por la que habían ido hasta allí: un trineo sencillo de madera, lacado en rojo escarlata y sin ningún adorno, aparte de las abolladuras y roces por el uso continuado, años atrás.

—¿Quieres probar?

—No sé si debería.

En cierto modo, se lo esperaba; era la típica respuesta de las «mujeres de bien» que habitaban en los palacios de marfil de San Petersburgo. Pero debía

intentar sacar a la luz a la Nadia que, sentada frente al piano, había dejado entrever su verdadera naturaleza. La misma con la que había soñado desde que se habían separado de niños. La que creía desaparecida hasta hacía unos minutos. Para él, Nadia era la pequeña de mechones rubios alborotados a la que siempre regañaban sus padres por incumplir las normas establecidas en aquel paraíso lejos de la ciudad y de las obligaciones. Entonces, recordó la palabra clave que hacía reaccionar a la princesa.

—¿Acaso tienes miedo?

La transformación fue todo un espectáculo. La forma en que apretó la mandíbula, inclinó la cabeza y le atravesó con una mirada capaz de fulminarle le provocó un escalofrío.

—En absoluto —dijo rotunda. Le dio la espalda y empezó a caminar—. Antes he visto una ladera.

El príncipe avanzó a dos pasos tras ella, arrastrando el trineo. Tuvo que contener sus emociones, que daban vueltas como un carrusel a la altura de su corazón. La ladera en cuestión apenas era una pendiente, más pronunciada por la nieve recién caída. Subieron con pasos lentos y el crujir de sus botas, que se hundían hasta el tobillo. Nadia cogió el trineo y lo colocó en posición, ignorando la presencia de Yuri, que empezó a replantearse el pasatiempo.

¿Y si se caía y se rompía un hueso? ¿Y si ocurría algo más grave? Los árboles no eran muy gruesos, pero un golpe en la cabeza, por leve que fuera, era fatal. Además, había piedras ocultas y raíces que podían desviar el trayecto del trineo y hacerlo volcar. Iba a detener a la princesa de su inminente imprudencia cuando la vio deslizarse cuesta abajo. Ella se lanzó sin dudar, con las piernas envueltas en la falda y el abrigo, agarrada a las asas que servían para cambiar el rumbo. La velocidad disminuyó hasta detenerse unos metros más adelante, a salvo de todos los peligros que el príncipe había imaginado. Yuri bajó de lado, con los pies inclinados para no resbalar y,

cuando llegó a su altura, cogió la cuerda para tirar del trineo, dispuesto a devolverlo al cobertizo.

—Vamos a repetirlo. —La voz de Nadia sonó un tono más agudo de lo habitual, causada por la tirantez en la comisura de sus labios. Estaba sonriendo, y Yuri se sintió un privilegiado por ser testigo de tal milagro. Así que hizo lo posible por prolongarlo.

Ascendieron la pendiente dos, tres, hasta cinco veces. Nadia le insistió para que ocupara su lugar en un par de ocasiones, pero él se excusó con que le dolía la espalda —lo que, a causa del sofá infernal en el que dormía, no era del todo falso— y la princesa dejó de pedírselo. En realidad, él deseaba subir al trineo, sobre todo compartirlo con ella. Bajar la cuesta juntos, con las manos en su cintura y poder ver en primera persona cómo el viento azotaba su rostro y avivaba el brillo de sus ojos. Sin embargo, la sola idea de proponérselo le abochornaba. Tan solo con contemplarla volvían a embargarle los sentimientos de su infancia. Sin preocupaciones, miedos ni responsabilidades. Entre los abedules tenían ocho años y el mundo les pertenecía. Hasta que el ruido del impacto lo sacó de su ensoñación.

Yuri casi rodó cuesta abajo y sus botas patinaron peligrosamente. Poco le importaba su bienestar con tal de llegar cuanto antes al pie de la ladera, donde el trineo había volcado y Nadia permanecía a unos palmos, tumbada de costado. El pánico se apoderó del príncipe cuando la oyó respirar con dificultad.

—¿Estás bien? —le preguntó, ansioso, y se inclinó a su lado.

Lo que confundió con un lamento era en realidad una carcajada ronca, sin el tono punzante con el que reían las aristócratas en un encuentro social relevante. Mezclaba graves con notas más agudas a un ritmo desacompasado. Era un sonido adictivo.

—No me acordaba de lo divertido que era caer.



Yuri la observó y se quedó embelesado con su sonrisa, que formaba minúsculas arrugas junto a sus ojos. Tenía el rostro sonrosado por la risa, el frío y la actividad física. Su cabello rubio se había liberado del gorro y estaba esparcido en un mar de oro. Un copo de nieve se posó en su nariz de ardilla y Yuri deseó conservar ese instante para siempre.

Apenas los separaban unos centímetros. La distancia empezó a recortarse y no sabía quién era el que la estaba reduciendo. Una liebre salió corriendo de su madriguera a diez pasos de la pareja y Yuri parpadeó. Era él quien se aproximaba, y no al revés.

—Yo no... —dijo él y se separó, con el aliento de ambos visible entre sus labios—. Será mejor que volvamos. ¿Puedes caminar?

—Sí.

—Voy a dejarlo en el cobertizo, si quieres...

—Te espero en casa —le interrumpió ella. En un parpadeo volvió a estar de pie y se colocó el gorro de piel correctamente, ocultando su cabello con olor primaveral. Ya no sonreía.

Yuri se limpió la nieve del abrigo y caminó de regreso a la caseta. Las ramas de los árboles bailaron encima de su cabeza y los restos de la tempestad se precipitaron a su alrededor, imitando una nueva tormenta blanca que no daba tregua. El trineo dejaba a su paso dos marcas profundas, como un lienzo de sus propias huellas. Miró al cielo nublado, consciente de que el buen tiempo había concluido y se avecinaban días aciagos y oscuros.

«Debemos prepararnos, hay tanto que arreglar en la villa», pensó. También le convenía echar un vistazo a la fábrica en Lyetiny, las condiciones del edificio, el estado de sus trabajadores y los problemas a los que debía hacer frente. Porque siempre había complicaciones que solucionar. De paso, se acercaría a Tula para ver cómo avanzaba la producción antes del último envío a Turkmenistán. Su padre le había solicitado un informe completo e iba

siendo hora de cumplir con sus obligaciones. Ya que el papel de marido no se le daba bien, al menos trataría de mostrar sus cualidades en el de empresario. Con ese traje se sentía más cómodo, donde lo único que podía dolerle eran la cabeza y los nudillos. «Dejemos las preocupaciones del hogar a un lado y centrémonos en algo productivo», podía decirse que era el lema de su padre, uno que había adoptado durante prácticamente toda su vida y con el cual había funcionado bastante bien. Casi sonrió con tristeza. Había finalizado la época de sol y un frío que se estaba transformando en una sensación muy familiar se cobijó en su pecho.

Larissa se ajustó el vestido que había usado el día anterior y apartó con el zapato un montón de ropa que había al pie de la cama. Su apartamento tampoco era un ejemplo a imitar, pero al menos una persona se encargaba una vez a la semana de fregar el suelo y limpiar el polvo de su escaso mobiliario. Esa no era su casa, así que no pensaba recoger; con esquivar el desorden sería suficiente. Estaba acostumbrada.

Cruzó de puntillas por el salón, que tenía una enorme y abultada manta en su centro, y llegó a la utilitaria cocina. Prendió la leña y colocó sobre el hierro la tetera mientras rebuscaba entre las estanterías los ingredientes que necesitaría. A pesar del ruido, nadie asomó por la puerta, lo que no le sorprendió, teniendo en cuenta el estado de los actuales habitantes de la casa. Ella sonrió para sí. Había sido una buena noche. El silbido de la tetera era el despertador ideal. Echó el líquido hirviendo en dos tazas apenas desportilladas y las llevó al salón.

—Arriba, dormilón.

La criatura bajo la manta gruñó y, ante su quietud, fue ella quien tuvo que desmontar la improvisada guarida.

—Tomar más alcohol no te sentará bien, Kova —regañó a su amigo que, tirado sobre la alfombra, la miraba con los ojos entrecerrados. Sus palabras

no hicieron mella en él y abrazó con fervor la botella de vodka que acababa de coger. Lo acercó a su pecho como si fuera una tabla en medio del océano, su salvación a la deriva.

—Creo que voy a vomitar —se lamentó con voz ronca y pastosa.

—Sería lo lógico. Anoche casi te bebiste hasta el iodo.

—Oh, Dios... —maldijo y se sentó como pudo—. ¿Por qué sonríes? ¿Estás bien? ¿Cómo puedes estar contenta? Mi cabeza va a estallar, pero antes echaré papilla de cerebro. Eso es, sí, eso haré...

—Calla y tómate esto —dijo Larissa y le tendió una taza.

Kova bebió un sorbo y escupió.

—¡Puaj! ¿Qué demonios es esto? ¿Orín de cabra?

—Deja de quejarte y bébetelo. Es té con un toque especial que te ayudará.

—Él la miró con suspicacia y Larissa se contuvo de estamparle la lista de ingredientes en su atolondrado rostro—. Son hierbas. Nada mortal. Hazme caso.

—Claro, señora.

Kova nunca le había dado el trato «correcto» cuando servía en su casa, y que lo hiciera tantos años después le hizo gracia. Ambos se bebieron el contenido, aunque uno con más lentitud, motivado por el desconocimiento. Larissa, en cambio, se lo tomó en dos tragos. Estaba acostumbrada a su amargo sabor y la picazón final le recordó a las resacas vividas en su época universitaria. El remedio no era agradable, pero aliviaba el dolor de cabeza y las náuseas.

Larissa dejó la taza vacía sobre la mesita de té y observó el cambio en su amigo somnoliento. Se frotó el cabello oscuro, del que salieron volando virutas de ceniza. Llevaba la bufanda todavía enroscada al cuello y el jersey de lana había cedido tanto con el uso que podría albergar a dos Kova y medio. El pantalón estaba desabrochado y había dormido con las botas

puestas. Su rostro, más pálido de lo habitual, y el enrojecimiento en sus ojos eran pruebas irrefutables de la endemoniada noche que todavía daba vueltas en su barriga. Sin embargo, le otorgaban un brillo más intenso a su iris verde.

—Vamos a la cocina, ahí hace más calor.

Él obedeció sin rechistar. Envuelto en la manta y sin soltar la taza, la siguió despacio. Se sentó pesadamente sobre un taburete y su cabeza acabó en la mesa como un plato más para el desayuno.

El pequeño tamaño de la habitación facilitaba que se calentara antes, al contrario que el salón, pensado para recibir visitas y algún encuentro en *petit comité*. Larissa se había criado en una casa un poco más grande que esa y conocía lo difícil que era mantenerla, así que mejor aprovechar el fuego de la cocina que derrochar leña en cuatro paredes que absorbían sin piedad toda sensación agradable.

—Supongo que no querrás pan o tocino.

—No...

Larissa le sirvió más de su «mejunje» especial y le dio una suave palmadita en la nuca.

—Que ahora te encuentres tan mal demuestra que eres un buen hombre.

—Odio tu lógica —dijo Kova con los labios pegados a la taza.

—No estás acostumbrado al alcohol, por eso te sientes así.

—Imagino que lo fácil en mi situación habría sido darme a la bebida, ¿no? —exclamó y, en un gesto brusco, derramó la mitad del té—. Como la mayoría de mis compañeros de la fábrica, como todos los malditos hombres enviudados que viven en Smolny, como... —Kovalyov se interrumpió y contuvo una arcada—. Eso...

—Sabes a lo que me refiero —contestó ella, paciente. Su amigo no estaba ofendido, simplemente respondía a la defensiva, como había hecho siempre.

Él asintió con la cabeza gacha y se centró en terminar el líquido. Larissa

tiró un trapo al suelo para que absorbiera el té malgastado.

—Lo siento —se disculpó Kova—. Yo...

—Buenos días, o tardes, ya.

Alexander Biery, el anfitrión, apareció con la camisa arrugada pero impecable y perfectamente metida dentro de los pantalones. Se había puesto una gruesa chaqueta de punto para estar en casa. Hijo de terrateniente y con sangre de labrador, a pesar de haber heredado los rasgos de sus antepasados, las prendas formales le sentaban bien y favorecían su figura, pues le aportaban un toque elegante a sus grandes hombros y espalda ancha. Su cabello oscuro mostraba los inicios prematuros de la madurez con algunos mechones canosos, aunque su poblado bigote y barba recién cortada mostraban a un joven que todavía esperaba lograr un bello facial homogéneo sin éxito. Sus facciones eran más finas que las de Kova, con la piel menos curtida y de un tono saludable. Se le enrojecían las mejillas sin razón aparente, ya fuera por la ingesta de alcohol, el frío o un roce imperceptible, y eso a Larissa le parecía adorable. Sus ojos, de un marrón tan oscuro que parecía madera quemada, repasaron el cuarto hasta posarse en los de la mujer, ocupada junto al fuego. Se acercó a Larissa por detrás y le dio un beso en la mejilla, a lo que ella respondió con un ligero codazo en las costillas.

—Tenemos un invitado, compórtate —dijo sin dejar de sonreír—. ¿Té?

—¿Ese brebaje que parece ordeñado del mismísimo Lucifer? Claro. En una jarra, por favor —aceptó y se dirigió a su malhumorado huésped—. ¿Qué tal va la mañana?

—Mal. Muy mal.

—Perfecto, es síntoma de una noche apoteósica.

—Ugh... —farfulló Kova y, tras terminar su segunda taza, apoyó la mejilla sobre la mesa, a lo que Biery contestó con una risa entre dientes.

Ella había sabido, en cuanto los había presentado, que se llevarían bien,

aunque todavía se intuía la tirantez de la intimidad recién adquirida.

*La noche anterior*

Larissa salió al encuentro de su amigo con el abrigo abrochado hasta el mentón. Marchaba a zancadas largas al tiempo que maldecía por haberse puesto un absurdo tocado. Echaba en falta el gorro de piel o cualquier trozo de tela que pudiera alejar el frío de sus orejas, que se estaban convirtiendo en dos carámbanos pegados a su cabeza. El clima europeo era más cálido, o al menos más suave. Se sentía una estúpida por haber desestimado el terrible temporal que asolaba las calles de San Petersburgo en cuanto empezaban las noches invernales. Que aún no fuera diciembre no quería decir que la nieve esperaría, de hecho, ya cubría las aceras y los tejados. El tráfico de carruajes conservaba las vías menos blancas, pero en su lugar habían surgido desagradables protuberancias negruzcas que moteaban las calles, mezcla de excremento de caballos y agua turbia.

El punto de encuentro era el café de La Rata Callejera, ubicado en el sótano de la Casa Nikeen. Por fuera, aparentaba ser un edificio más, no muy alejado de la zona céntrica de la capital, en la avenida Lyetiny, con acceso también a las calles Pestel y Korolenko. Pero en su interior escondía un local clandestino, donde el juego y el trapicheo a pequeña escala campaban a sus anchas. Nada grave. Compraventa de artículos conseguidos en hurtos menores o el intercambio de mercancía procedente de los muelles, sin los molestos pagos aduaneros de por medio. Era el sitio idóneo para compartir las ideas prohibidas.

Habían quedado en el exterior y ella movía los pies, inquieta y helada, mientras esperaba. Llevaba un vestido granate debajo de su abrigo, sin lazos ni fruncidos. Lo que menos le interesaba aquella noche era llamar la atención. Se había recogido el cabello acorde a la moda y cambiaba de lugar cada vez que descubría a alguien observándola fijamente. Toda precaución era poca, y

las últimas revueltas habían empeorado el ambiente en las calles. A pesar de estar en el centro de la ciudad, sentía las miradas de desconfianza a su alrededor. Los estudiantes y los trabajadores eran peligrosos. «No te queremos aquí», parecían decir los fríos ojos de una señora mayor que se apoyaba en el brazo de un joven muchacho, más largo que la última noche del año.

—Qué hay, pequeña lagartija —saludó Kova, o supuso que era él, con medio rostro oculto por el cuello del abrigo y un gorro de lana, que había tenido mejores tiempos. En ese momento era una franja de piel con dos ojos que la escrutaban, todavía recelosos de su invitación.

—Vamos.

Larissa lo cogió por el codo y lo arrastró a un lateral del edificio. Sus pasos quedaron silenciados por la nieve amontonada que no había sido pisada. Era un día tranquilo, sin mucha afluencia, por lo que simplificaría el primer contacto de Kovalyov con su mundo secreto.

—Espera, espera... —trató de frenar el ritmo de su amiga, convencido de que entre la oscuridad y las placas de hielo terminaría por romperse una pierna.

Ella lo ignoró y bajaron unas empinadas escaleras. Se detuvieron frente a una puerta y Larissa llamó seis veces, dejando un espacio de tiempo entre golpe y golpe. Un hombre les abrió, aunque no se vio más que una mano enguantada. Siguieron por un pasillo con paredes de ladrillo rojo hasta otra puerta. De nuevo usó el código, pero a una velocidad diferente, y les permitieron pasar.

Una bocanada de humo salió del interior de local, junto a una sinfonía de voces y olor a alcohol rancio. El estilo tosco de las paredes del pasillo continuaba dentro de La Rata Callejera, con algún estante con botellas vacías, libros desgastados y vasos por todas partes, como si hubieran celebrado una

fiesta y llevaran semanas sin limpiar, según indicaba la capa de polvo que cubría el cristal. Las pequeñas ventanas altas, o las pocas que no estaban tapiadas, daban a un callejón sin luz artificial y la única iluminación del lugar estaba a cargo de unas farolas rojizas de gas que proporcionaban un tono carmesí al rostro de los parroquianos. Todos parecían enfadados o borrachos, o podía que ambas cosas.

—Te aseguro que aquí la cerveza sabe mejor que en el Brynza —comentó Larissa y lo llevó hasta la barra, donde un camarero que le doblaba en tamaño y con una cicatriz que le cruzaba la mejilla los miró y escupió al suelo—. Sé amable, Borya y sírvenos dos jarras.

—¿Quién es? —preguntó con el ceño fruncido.

—Un amigo.

—Yo no le conozco.

—Kovalyov, Borya; Borya, Kovalyov —Larissa los presentó realizando gestos teatrales con ambos brazos—. ¿Ahora puedes atendernos?

—No me gusta la gente nueva.

—Lo sé, pero necesitamos más personas que se unan a la Voluntad.

—Justo eso es lo que no me gusta. Vuestras charlas y discursos y ganas de complicarlo todo. Con lo bien que se vive con unos rublos en el bolsillo y alguien que caliente la cama —dijo con una sonrisa de dientes grises mientras llenaba dos jarras del líquido espumoso—. Los jóvenes de hoy en día no sabéis dónde os estáis metiendo. Ya tuvimos bastantes problemas en el pasado y nunca trajeron nada bueno. Solo más problemas, más sangre y más muerte.

—No le hagas caso —le comentó Larissa a Kova mientras se movían entre las mesas medio vacías—. Es un pobre hombre amargado que lleva muchos años regentando un negocio ilegal. Se hace viejo y le empieza a entrar la preocupación.



—O el sentido común —dijo él y bebió un largo trago de cerveza—. ¿Cómo dices que se llama ese amigo que me ibas a presentar? No será con el que acabamos de hablar.

Larissa contuvo a duras penas la bebida dentro de la boca y estalló en una carcajada.

—¡No! De hecho, está aquí, pero no quiero distraerle.

—¿De qué?

La joven señaló hacia una mesa próxima a ellos, con una docena de personas a su alrededor de pie, sentados o de cuclillas, escuchando con atención las palabras del hombre que presidía la mesa. Kova se quedó quieto a unos pasos del grupo

—¡Pero nada de eso ha servido hasta ahora! —increpó uno de los reunidos. Todos parecían respirar una tensión contenida, y este era el que más nervioso se mostraba, como un gato a punto de saltar sobre su presa. Se trataba de Ilya, un quinceañero que desconocía la palabra paciencia.

—Una generación entera fue sesgada, cierto —le dio la razón el líder de la comitiva—. Todos recordamos a Rogachov, cómo se la jugó en Tver para repartir propaganda entre los campesinos. Lo atraparon, a él y a sus amigos. Nuestros amigos. Un millar fueron juzgados por sus ideas.

—¿Y qué propones? ¿Probar en otros lugares? Podríamos intentarlo en Tula, seguro que un levantamiento entre los trabajadores...

—¡Qué tontería! No serviría —aportó una mujer menuda con el pelo muy corto y ropa masculina. Varenka, así era su nombre, habría pasado desapercibida como un varón más si no fuera por su generosa delantera—. Mira cómo acabamos en Smolny. Uno de los que provocó el fuego se quedó atrapado entre las llamas y nadie movió un dedo mientras lo veían arder tras la valla. Y todos sabemos por qué.

—Por miedo —siguió el joven y nervioso Ilya.

—Así es —replicó la mujer vestida de varón—. Todos son una panda de cobardes. Nadie se atrevió a dar el paso, y los que lo hicieron pagaron con su vida o con un duro castigo.

—No olvidéis a Rogachov —se alzó otra voz.

—Pero Rogachov era un propagandista.

—Sí. Los propagandistas, que no quieren nada para sí y personifican la abnegación pura. Románticos ilusos —intervino con desprecio el líder, a lo que los demás contestaron con rotundos asentimientos de cabeza y alguna exclamación—. El tipo de propaganda para ellos era más religioso que revolucionario. Su fe era el socialismo y su dios, el pueblo. Creían que la revolución estallaría sola por su cuenta, que era algo inevitable. Pero la realidad fue implacable y mostró a su dios tal como era. Carecían de ímpetu y espíritu de lucha. ¿Y qué hicieron los propagandistas? ¿Odiar a sus verdugos? —Hizo una pausa y dedicó un segundo a mirar a su audiencia fijamente, como animándoles a dar su opinión, aunque se tratara de una pregunta retórica—. No, prefirieron colgarse la corona de espinas que la de laurel. Ser unos mártires. Estaban destinados a morir. Fueron compañeros que se sacrificaron por la causa para hacer comprender a sus sucesores la ruta que debían tomar. Rogachov, Stiva, Zoyenka. Y así nosotros daríamos el paso, la verdadera voluntad del pueblo. —Levantó la mano y golpeó la superficie de madera con la palma—. Somos la mano firme que responde a sus auténticos deseos de libertad, sin escrúpulos, sin mirar atrás, tan solo cumpliendo con lo que dicta nuestro corazón, por Rusia.

Algunos que escuchaban embobados se levantaron y aplaudieron con efusividad. Larissa observó a su amigo, con la jarra de cerveza intacta, todavía atrapado en el hechizo que se había creado una noche más. A ella le había ocurrido algo parecido la primera vez que había asistido a uno de sus «recitales». La forma de hablar Biery la había embelesado y su pasión,

enamorado.

—¡Lara! —Llamó Biery en cuanto la vio más allá de las cabezas inclinadas hacia él—. No estaba seguro de que fueras a venir.

Se acercó a ella, cogió su mano y le dio un suave beso sobre los nudillos.

—Es miércoles. Siempre nos vemos en miércoles —contestó ella con naturalidad.

—Cada día sin ti es un día perdido —dijo sin soltarla y acarició con el pulgar sus dedos—. También podemos vernos los jueves, los viernes y los sábados...

Kova, incómodo, tosió y Larissa recordó su presencia.

—Os presento. Alexandr Biery, Oleg Kovalyov.

Ambos se estrecharon las manos y se alejaron de los que Larissa denominaba «fanáticos». Podía comprender el sentimiento que Biery despertaba en otras personas, pero la forma en que seguían y admiraban cada paso que daba, al menos en los lugares alejados del orden público, le parecía enfermizo. En especial las miradas de adoración divina que le dedicaba el joven Ilya, al que Biery consideraba un hermano pequeño. Se sentaron en una mesa arrinconada y pidieron una botella de vodka y tres vasos cortos.

—Lara me ha hablado mucho de ti, Kovalyov, eres un amigo muy querido para ella —comenzó Biery y sirvió las bebidas—. Me alegra que finalmente haya decidido presentarnos.

—Sí, bueno, nos conocemos desde hace mucho... —dijo Kova y desvió la mirada. Las frases largas y las conversaciones profundas no eran su fuerte.

—Te estarás preguntando por qué te ha traído aquí.

—No sabes lo que hay en mi cabeza —soltó Kova sin elevar el tono—. He conocido a charlatanes como tú que se aprovechan de las desdichas de los demás para sacarse unos rublos. Hablan y hablan sin parar, haciendo parecer estúpidos a los demás, y los idiotas les pagan para que sigan llenando de miel

sus oídos.

—Pero yo no estoy en una esquina oscura de Smolny pidiendo unas monedas.

—Tampoco estás con el pico cerrado. Y no me fío de la gente que no sabe estar callada.

Biery puso ambos brazos sobre la mesa y le dedicó una sonrisa apagada a Larissa. Habían conversado con anterioridad de cómo iría el primer encuentro. Ella entendía que Kova fuera reacio a escuchar, básicamente porque era reticente a aceptar cualquier realidad ajena a él. No era dado a tener amigos y, con los años, su particular carácter había empeorado. «Con razón», pensó ella.

—Sé lo duro que es, ¿sabes? La vida en la fábrica —dijo Biery, con las manos juntas—. Cuando echaron a mi familia de nuestras tierras, de nuestro hogar, no tuvimos más remedio que sobrevivir en la ciudad y trabajar. El acero o el alquitrán eran lo único que hacía entrar dinero en casa. —Bebió de golpe el vodka y siguió hablando sin apartar sus oscuros ojos de Kova—. Tenía catorce años cuando estuve a punto de morir. Una de las barras que sujetaba el contenedor de brea se partió y derramó el líquido hirviendo sobre los trabajadores. Yo me salvé porque uno de mis compañeros me empujó en el último momento. Se llamaba Stefan Belanov y su piel ardió como si fuera papel de fumar. Era un hombre grande y fuerte, como tú. Todavía no sé por qué lo hizo.

Larissa alargó la mano y acarició el brazo de Biery. Cada vez que escuchaba la historia, se le ponía el vello de punta y veía cómo una parte de él volvía a descomponerse. Llenó de nuevo el vaso.

—Es por él que estoy aquí vivo y luchando por una causa justa. No es posible que haya familias enteras muertas de hambre a dos calles de otra que disfruta de un banquete solo por haber nacido en el lado opuesto del río. Mi

pelea es para proteger a hombres como Stefan Belanov, para que no se vean forzados a dar su vida por críos que apenas se sostienen sobre sus piernas. Por gente como tú, Kovalyov, que quema sus días y sus entrañas por mantener en pie la empresa de monstruos sin piedad mientras nuestras mujeres y niños mueren, asesinados por los venenos de sus chimeneas.

Larissa apretó el brazo de Biery. Conocía su causa, la de ambos, pero le pareció prematuro mencionar a la familia de su amigo. Sin embargo, cuando observó a Kova, solo vio rabia, y la llama del odio que apenas había sido una mecha se alimentó del carbón que le proporcionaban las palabras de Biery.

—Debemos parales. Lo entiendes, ¿verdad? No podemos dejarles hacer lo que les venga en gana solo para hinchar más sus bolsillos y exprimir a los buenos rusos que lo único que quieren es comer un día más. Necesitamos a hombres que luchen a nuestro lado. Con Lara y conmigo, podremos acabar con ellos. Te aseguro que lo haremos, si te unes. ¿Estás con nosotros?

La joven visualizó la línea de pensamientos de su amigo. Si merecía la pena prestar atención a los ideales de un tipo al que acababa de conocer, más aún, de pelear por ellos hasta las últimas consecuencias. Que fuera el hombre que Larissa había escogido no aseguraba nada, de hecho, solo remarcaba lo delicado de su posición. Kova se miró los dedos ennegrecidos, temblorosos por el esfuerzo diario. Seguramente pensaría en su hijo, en el pequeño Alyosha, convaleciente en cama. Y también en Sveta, su pobre Sveta, a la que no había podido dar ni un entierro digno. Esas manos, inútiles para proteger a sus seres queridos, tal vez podrían servir para una buena causa. Tal vez algo de lo que, al fin, pudiera estar orgulloso.

Kova asintió con la cabeza.

—Todavía no puedo confiar en ti —dijo, reticente.

—Lo entiendo —le dio la razón el revolucionario—. Confía entonces en ella.

Larissa le dedicó una sonrisa llena de ternura. Él no era el único que pensaba en su difunta esposa, la joven también había perdido a personas importantes, y la dramática situación que respiraban los peterburgueses en las congeladas calles solo hacía que se reafirmara en su decisión. Estaba convencida de que cambiarían las cosas.

—Te necesitamos, Kova —repitió ella, como un eco de las palabras de Biery, pero con un significado más profundo, más íntimo.

Él los observó a ambos durante un segundo. Todavía tenían un largo camino que recorrer juntos para convertirlo en un miembro más del movimiento, pero lo lograrían, tarde o temprano; serían imparables. Larissa alzó su vaso, el resto la imitó y los chocaron en el aire, derramando medio contenido sobre la mesa.

—Brindemos, por las nuevas amistades —dijo.

—Por los hombres buenos —añadió Biery.

—Por el fin del miedo —murmuró Kova antes de vaciar la copa de un trago.

## Capítulo IV

Sentada frente al tocador del dormitorio, Nadia se peinaba despacio su larga melena. Llevaba una hora observando el reflejo de su rostro sin ver más que una imagen borrosa de sí misma. «¿Por qué soy así?» se interrogaba, y sus labios permanecían sellados, incapaces de darle una respuesta congruente. «¿Por qué me siento así?». Cogió varios mechones y los cepilló con fuerza, acompañados de dolorosos tirones. «No», corrigió su interrogante, «¿qué es lo que siento?». Dejó el peine sobre la mesa y se hizo un recogido alto, con el clásico moño apretado que le había enseñado su madre. Su inocua actividad la había distraído de tal manera que no oyó las voces de Masha desde la planta inferior y esta entró en el cuarto sin llamar.

—Ha venido un hombre.

—¿Qué hombre?

Su pregunta quedó en el aire, pues la ama de llaves se fue, sin mediar palabra, a realizar alguna de sus otras tareas, que seguramente dejaría sin terminar y acumularía para el día siguiente. Aquella mujer la sacaba de sus casillas, pero carecía de fuerzas para reprocharle nada. La princesa apenas se sentía dueña de su persona como para intentar poner orden en una casa ajena. Nadia se incorporó y alisó su vestido antes de salir. Era el modelo color malva que había encargado hacía unos meses, abotonado hasta el mentón y con la cintura estrecha, le daba a su cuerpo la forma de un reloj de arena. Verlo en los dibujos de la modista le había hecho más ilusión que ponérselo. Tenía un par de cintas en los hombros, muy sobrias, y las mangas se ajustaban a sus finos brazos hasta las muñecas, sin un ápice de piel al descubierto más que su rostro y sus manos.

Se observó una última vez y asintió, satisfecha. Estaba preparada para

cumplir con las apariencias, una vez más.

No le sorprendió encontrar el recibidor vacío, así que se dirigió al salón, el único lugar, aparte del dormitorio y la cocina, que conservaba el calor en esa casa llena de rendijas. Reconoció la figura de su hermano mellizo frente a la ventana. A pesar de no llevar el uniforme militar, su postura y actitud revelaban su profesión. Golpeaba el bastón, inquieto, contra la alfombra desgastada. El movimiento de sus dedos sobre el mango de nácar pulido confirmaba las sospechas de Nadia de que no iba a ser una visita de cortesía.

—No esperaba tu llegada.

—Quería darte una sorpresa —dijo Nikolay e intentó sonreír, pero la tirantez en la mejilla lo delataba.

—Nunca te han gustado las sorpresas. En realidad, a ninguno de los dos nos gustan. —Nadia caminó muy erguida, con los brazos cruzados y mirándole de reojo. Se dirigió a la chimenea, donde los restos de leña aún prendían—. Puedes decirme la verdad, hermano. Estamos solos.

—Vaya, pensé que podría saludar a mi nuevo cuñado.

—Nikolay —le cortó ella, tajante.

El príncipe se mantuvo en silencio junto al ventanal. Nadia intuía la razón de su llegada, pero quería darle la oportunidad de retractarse. Ante la falta de respuesta, tomó la iniciativa.

—Si hubiera pasado algo grave, tu actitud no sería tan altiva; y tampoco es algo sin importancia, porque no te habrías dignado a pisar la casa Khilkov por una nimiedad. —Se giró hacia su hermano mellizo y tendió su mano, invitándole a acercarse—. Habla.

Nikolay expulsó el aire, en un suspiro desganado, y apretó con fuerza el mango del bastón.

—¿Tan mala crees que es mi relación con tu marido?

—Bueno, para empezar, no hemos recibido noticias tuyas desde que



contrajimos nupcias. Te he escrito cartas que no han tenido respuesta, ¿cómo piensas que debo sentirme al respecto?

El príncipe metió la mano libre bajo su chaqueta, sacó un fardo y lo lanzó a la mesa baja que había entre ellos. Los sobres se dispersaron y desvelaron las misivas que había guardado desde que su hermana empezara a enviárselas.

—¿Y cómo debo sentirme yo? —le espetó y señaló las cartas—. Puedo recitar de memoria frases que en absoluto saldrían de tu boca. Todo lo que he leído ahí son mentiras, no hay más que observar cómo está este lugar para confirmarlo.

Nadia estuvo tentada de inclinarse hacia delante, coger los trozos de papel y arrojarlos a la chimenea. Que sus palabras ardieran y salieran de esa casa.

Comprendía a su hermano más de lo que pensaba admitir. Ella también veía la vajilla sucia y sin recoger del escritorio, las manchas sin fregar en el suelo y la ceniza amontonada que nadie vaciaba. Lo veía perfectamente. De repente, tuvo la imperiosa necesidad de arremangarse el vestido y adecentar el salón, pero se contuvo, no iba a hacer el ridículo de esa forma frente a su hermano.

—A eso has venido, ¿no es así? Ha contemplar mi desdicha y a regodearte en ella.

—¡No! ¿Cómo puedes siquiera pensar eso? —Nikolay dio un paso hacia su melliza y suavizó su mirada—. Solo quería ...

—¿Qué? ¿Ayudar? No soy ninguna jovencita que necesita que la rescaten. Recuerda que nací unos minutos antes que tú, y aun así te consideras superior a mí solo por ser el varón —dijo con veneno en la voz—. Siempre te has creído con derecho a intervenir en mi vida privada.

—Lo tengo —afirmó categórico—. El matrimonio no anula nuestros lazos familiares, si todavía quieres conservarlos.

—No soy yo la que ha ignorado a la persona con quien compartió

prácticamente toda su existencia. —Ella le dio la espalda—. Tal vez sea hora de cortar de raíz. Así me desharé de invitados inesperados.

Nadia escuchó los pasos tras ella acompañados del ritmo del bastón. No iba a perder la discusión. Esa pequeña victoria era un dulce bálsamo que obtenía en mucho tiempo, a pesar de las consecuencias que acarreaba.

—Había olvidado lo insufrible que puedes llegar a ser, hermana. —Nikolay habló a unos centímetros de distancia. Le irritaba que no se hubiera marchado—. Creía que había aprendido a tolerarte, de hecho, puede que sea la única persona que ha sido capaz de convivir contigo en paz.

—¡En paz! Con lo que amas las disputas. Te encanta tener la última palabra y lanzar miradas para amedrentar, al contrario. —Su hermano era la única persona que había visto sobreponerse en una discusión sin levantar la voz—. Yo también he convivido contigo, y no eres nada fácil de llevar.

—Supongo, pero no soy yo el que ha ahuyentado a su recién adquirido esposo.

—Al menos yo tengo uno.

Nadia supo que sus palabras habían herido al príncipe. La soltería era un tema delicado en su hogar. Ella había tardado más de lo esperado en aceptar un compromiso y, aunque habían obrado sin su pleno consentimiento, una hija casada era una preocupación menos. Sin embargo, Nikolay no había mostrado interés en ninguna de las posibles candidatas para prolongar el apellido familiar. El matrimonio de Nadia había sosegado los ánimos de sus padres, pero en breve regresarían con las fuerzas renovadas y una larga lista de mujeres deseosas de otorgarle una descendencia digna que asegurara la continuidad de su noble escudo. Solo su carácter distante y su lesión en la pierna eran impedimentos para una vida en pareja, dos defectos que él alimentaba constantemente, o al menos no olvidaba con facilidad.

Nadia se preguntó por primera vez si su nuevo futuro provocaba celos en

su hermano. Lo dudaba, estaba convencida de que él se lo habría hecho saber. Aunque también era cierto que las conversaciones entre ambos se habían limitado a las breves palabras que habían cruzado tras la boda y las cartas sin respuesta que permanecían sobre la mesita.

—Llevamos días sin hablarnos y crees que conoces mi nueva vida. Te presentas aquí para criticar mi matrimonio y desprestigiar mi hogar. Recuerda que estoy casada, ya no eres mi guardián. —Nadia habló en voz baja, con un tono grave, cargado de reproches—. Tú ya no tienes ninguna obligación hacia mí, en todo caso sería preocupación de mi marido.

—¿Y dónde está tu esposo, que no es capaz de mantener en orden su propia casa? —continuó él y abarcó con sus brazos el cuarto, cerrando el puño con rabia.

—No es de tu incumbencia —dijo y le dio la espalda—. Para empezar, no tendrías que haberte presentado sin haber enviado un aviso, no son formas para el heredero de los Volkonsky.

A Nikolay no le entusiasmaba que usara esa referencia. Tendría que haber sido su hermano mayor, Sergey, quien llevara la carga del apellido familiar. El fallecimiento prematuro del primogénito había hecho recaer en él tales obligaciones, aunque también le había librado de un destino, posiblemente, peor. Nadia todavía recordaba con un escalofrío cómo lo había encontrado en los establos.

—Ha sido una trampa de mal gusto —le recriminó ella, alejando los oscuros recuerdos. Su intento por sonar imperturbable fue frustrado por el gesto al extender la mano hacia la repisa de la chimenea. El temblor la traicionó. Era más fácil conservar su máscara de una pieza hacia el resto del mundo que hacia su hermano, siempre lo había sido.

—De acuerdo —cedió Nikolay—. Debí enviar un mensajero.

La aceptación de su derrota hizo más respirable la atmósfera. La tempestad

había concluido. La madurez había otorgado a los mellizos una paciencia mutua que a veces restallaba como un látigo, para después regresar a su forma natural. Habían tenido que superar muchos baches para llegar a esa serenidad.

Su juventud había estado colmada de treguas, con combates que no terminaban, tan solo se daban pausas para recuperar el aliento y enfrentarse, más tarde, con más ahínco. Podían estar días en un tira y afloja continuo, hasta que las lágrimas y los silencios se volvían insoportables y daban por finalizado el debate. Los dos eran tercos y duros contrincantes, pero solo las paredes de su casa paternal habían sido testigos de sus desencuentros. Tras cruzar el umbral, se convertían en lo que la sociedad dictaba que debían ser. Aunque internamente estuvieran deseando cruzarse la cara. Los años les habían enseñado a valorar y prolongar los estados de concordia, tan necesarios para ambos.

Nikolay caminó hasta ponerse frente a ella y cogió una de sus manos. Sin esperar la presencia de la criada, cogió uno de los troncos junto a la chimenea y lo arrojó al fuego. Usó el atizador para avivar las llamas. Nadia lo observó, sentada en uno de los sillones orejeros. Nikolay se acomodó en la alfombra, junto a sus piernas. Sus movimientos eran lentos por la vieja lesión, pero todavía conservaba la flexibilidad propia de su edad. Apoyó la cabeza en la rodilla de su hermana, que le acarició el corto cabello rubio.

—Mi esposo marchó a Moscú hace dos semanas y Masha ha salido a por provisiones —empezó a justificarse la princesa—. No hace más que comprar comida, telas y lana, como si la nieve fuera a enterrarnos en cualquier momento. Ni que fuéramos osos que se preparan para hibernar. Corretea arriba y abajo, incansable, farfullando para sí y repitiendo las mismas palabras de rabia una y otra vez. Que si hay que arreglar los tabiques, preparar la alacena y coser las cortinas, pero luego apenas hace ni una octava

parte de lo que se propone. Solo se queja y hace mucho ruido. —Hizo un gesto con la mano, como queriendo quitarle importancia al asunto—. Ahora te toca a ti.

Al no recibir respuesta, Nadia dio unos golpes en la frente de su hermano para llamar su atención. Él alzó el rostro y sus ojos, de un azul cristalino, la conmovieron. Era uno de esos momentos en que no necesitaba hablar para saber que sentía retorcer sus entrañas. Nikolay separó los labios, a punto de soltar lo que aprisionaba su corazón. Sin embargo, sacó otro sobre, hecho un revoltijo, del interior de la chaqueta y se lo entregó.

—Oh, Kolya...

Nadia leyó las palabras de los superiores de su hermano. Podía imaginar las emociones que palpitaban bajo su piel, herido y avergonzado por el rechazo. No debía hablar del contenido de la carta, la forma en que Nikolay abría y cerraba el puño, le indicaba que no estaba preparado para desahogarse con ella, por el momento. Continuó masajeando con delicadeza su cabello. Recordaba cuando lo tenían igual de largo y se lo trenzaban el uno al otro, después se intercambiaban las prendas y confundían al personal de la casa de los Volkonsky. Incluso su padre había caído en el engaño. Luego crecieron y sus cuerpos se volvieron diferentes, a veces irreconocibles. Podía que su aspecto físico guardara alguna relación, pero sentía que el muchacho que había acudido a su cama asustado por los truenos se escondía ahora de ella. Aun así, se empeñaba en ser su héroe.

—No puedes venir a arreglar mi vida, Kolya —le dijo sin dejar de presionar su cuero cabelludo—. Son mis problemas. ¿Acaso te acompañé más allá de las fronteras? ¿O traté de impedir tu marcha? No. Era tu deber y cada uno lucha sus propias batallas.

—Pero yo estaba obligado a ello —se defendió y ladeó la cabeza para ver de perfil la expresión de Nadia—. Tú, en cambio, podrías haber rechazado la

propuesta de matrimonio y esperar.

—No tenía elección. Me negaba a terminar mis días sola.

Era la primera vez que confesaba en voz alta la verdadera razón de su sometimiento. El miedo a la soledad. En el fondo, guardaba la esperanza de que un marido le daría la compañía que tanta falta le hacía. Decidió otorgar la duda razonable a las insistentes afirmaciones de sus congéneres, que cacareaban que el compromiso con un hombre había hecho que se reafirmaran en el objetivo de engendrar vida y formar una familia. Katya había sido una de sus amigas más reacias al matrimonio y que, a pesar de los momentos duros y las decepciones, había conseguido sobreponerse gracias al apoyo de su esposo. Eso era lo que ella buscaba tan desesperadamente. ¿Se habría equivocado?

—Nadia, si hubiera sabido que te sentías así, habría venido antes.

Su hermano atrapó la mano que le acariciaba y la apretó con ternura.

—¿Para qué? Los acontecimientos habrían proseguido de la misma forma, contigo o sin ti. No me mires así, Kolya —pidió al ver la culpabilidad en sus ojos—. Sabes que solo digo la verdad.

—¿Cómo va vuestra... relación? —preguntó él, sin saber muy bien cómo abordar el tema.

—Yuri es... Él... —Nadia se quedó un instante en silencio, seleccionando las palabras que iba a pronunciar cuidadosamente—. Me hace sentir. —La princesa se peinó con los dedos un mechón de pelo que se había soltado del moño mientras hablaba. Se había estado tocando el recogido, nerviosa, y las horquillas no habían soportado su insistencia—. Habla mucho, de hecho, casi nunca está en silencio. Incluso cuando estoy en la planta superior, lo oigo vociferando con Masha. Discuten muy a menudo. Delante de mí se comporta como un caballero, pero sé que cuando se encierra en el salón se pone a murmurar y hablar en voz baja. Es irritante. Luego, además, me trata como si

fuera una pieza decorativa de porcelana. Cada vez que nos cruzamos se queda paralizado y me mira... Su forma de mirarme es...

—¿Te incomoda? —le interrogó, con un matiz ansioso.

—No exactamente —dijo ella con los labios muy juntos, y entonces se sonrojó—. Creo que no sabe qué decir o hacer. Ninguno de los dos lo sabe. Y no, no me refiero a «eso». De hecho, no me ha tocado desde la boda. Él duerme en el salón y yo arriba.

—¿Desde la boda? ¿Quieres decir que lleva más de un mes durmiendo en un sofá?

Por la forma en que había expuesto la pregunta, Nadia supo que su hermano no sabía si mostrarse asombrado, admirado o decepcionado. Desde luego, ese era uno de los detalles que más tranquilidad le había proporcionado a la princesa. Estaba segura de que Yuri no daría un paso adelante sin su consentimiento. Aunque cuando había tomado la iniciativa, hacía unas semanas, le había sorprendido gratamente. ¿A quién se le habría ocurrido tentarla con una pequeña aventura en trineo? Solo a alguien que todavía recordaba lo que había disfrutado con aquel artilugio. Eran muchos los que la habían llevado a los bailes, la ópera, al teatro, incluso a patinar sobre hielo, pero ninguno le había pedido que se lanzara cuesta abajo con la única protección de un manto de nieve a sus pies.

La idea le había entusiasmado, y lo había disfrutado como una chiquilla. Echando la vista atrás, se avergonzaba de su comportamiento infantil. Es más, al llegar a la pequeña cabaña, los primeros pensamientos de la princesa no habían sido nada pudorosos, pues era aquel el mismo lugar en el que jugaban al escondite de niños y Yuri le había robado su primer beso. Aunque, según pudo descubrir, su esposo había olvidado aquel momento que tantos quebraderos de cabeza le había causado durante su juventud, con el resurgir de unas sensaciones que no comprendía y que se ocultaban en los tímidos

labios de ese muchacho que al día siguiente la había abandonado para irse a vivir al otro lado del océano.

Todavía se sentía dolida por su marcha, sobre todo por las extrañas secuelas que había dejado en su inocente corazón. Aunque, según había averiguado, era la única a la que le había preocupado la separación. ¿Acaso le había guardado rencor durante años sin que él fuera consciente? ¿Debía compartir su antiguo desengaño con él? ¿Era pueril y mezquina por haberlo culpado de su forzado exilio? Desde que habían contraído nupcias, su mente era un enjambre de preguntas sin respuesta que atacaban sin piedad el contenido bajo su pecho. ¿En eso consistía el matrimonio? ¿En un sentimiento caótico continuo?

El soliloquio que estaba teniendo lugar en su cabeza se vio interrumpido por el sonido de los cascos de los caballos en el exterior. Su hermano se incorporó y la miró, interrogante. No esperaba más visita. Ambos permanecieron erguidos, como dos estatuas que perdían movilidad en cuanto eran descubiertas. Su momento de intimidad se había agotado. No llamaron a la puerta, tan solo entraron en la casa. Nada más escuchar las voces, el cuerpo de Nadia se tensó y los recién llegados pasaron al salón. Por un instante, la escena quedó congelada en el tiempo. Yuri había vuelto a casa, pero no venía solo: el conde Lev Sergerievich Golitsin iba con él.

Su familia y los Volkonsky se conocían desde hacía mucho tiempo. Habían coincidido y compartido momentos de su juventud, igual que con los Khilkov. De hecho, Nikolay y Lev habían sido muy buenos amigos. Nadia recordaba la envidia que le causaban las noches que su hermano iba con Lev a disfrutar de las calles de San Petersburgo. Pero un día, todo había cambiado. Si atendía a los rumores, que solía ignorar, la culpable había sido una mujer, aunque había sido incapaz de esclarecerlo con un hermano tan impenetrable como ella misma. Kolya se había centrado en su carrera militar



y no habían vuelto a hablar. Podía que fuera la primera vez que se encontraban después de años de silencio. Así que el rostro imperturbable de su hermano no le sorprendió. Cuanta más aflicción interna sintiera, más pétrea era su expresión.

Los dos hombres se quedaron bajo el marco de la puerta doble, todavía con los abrigos puestos, cubiertos de la nieve que comenzaba a derretirse y emparar sus prendas a causa del calor del cuarto. Yuri se acababa de quitar el gorro y tenía el cabello despeinado; si no hubiera sido por la barba, habría parecido varios años más joven. Sus ojos castaños brillaban y tenía las mejillas ligeramente sonrosadas. Debían de haber ido contando alguna anécdota divertida por el camino, pues aún conservaba la sonrisa, que lentamente regresaba al rictus indefinido que le mostraba a la princesa cuando se cruzaban en los pasillos de la casa.

—Nadia, qué alegría encontrarte aquí —empezó Yuri, azorado. Seguramente esperaba que persistiera en su encierro autoimpuesto, y verla junto a la chimenea en compañía de otro hombre lo había desconcertado—. Al parecer, tenemos visita. Príncipe Volkonsky —dijo y se inclinó levemente, a lo que su hermano contestó con otra breve reverencia.

—Las formalidades sobran entre los miembros de una misma familia. — Fueron sus palabras, pero Nadia sabía que, si hubiera actuado de una manera más cercana, Nikolay lo habría humillado con algún comentario.

—Princesa Nadia. —Se adelantó Lev y la saludó al estilo francés, con un sutil beso en los nudillos—. Estáis tan radiante como de costumbre, el matrimonio le ha otorgado una belleza espectacular. No nos veíamos desde... ¿la fiesta de Katherina?

—Desde la presentación en sociedad de la pequeña de los Naryshkin — corrigió ella.

—Vaya, eso es demasiado tiempo.

Nadia iba a comenzar con la charla protocolaria, pero el invitado se giró hacia su hermano. Movi6 la mano de una forma teatral y pr6cticamente se dobl6 por la mitad.

—Pr6ncipe Nikolay, es un verdadero honor poder coincidir con usted. — No era necesario que alzara el rostro para intuir la socarronería dibujada en su sonrisa—. Espero que sea digno de respirar el mismo aire, al menos por un rato.

El aludido entrecerr6 los ojos y Nadia temió su reacci6n. Nikolay no toleraba muy bien las bromas. Sin embargo, chasque6 la lengua y lo ignor6. Tan solo la forma en que apretaba el mango del bast6n delataba su incomodidad. Resultaba que el 6ltimo en llegar era el que parecía estar m6s relajado, y Nadia medit6 en lo triste que sonaba aquella observaci6n. Esa casa, llena de agujeros y de fallos, albergaba a m6s gente de la que había visto a lo largo de una d6cada y la tensi6n que hacía crepitar el ambiente ahogaba cualquier amago de una conversaci6n civilizada. La princesa estaba convencida de que, a ese ritmo, acabaría asfixiada.

Nikolay empuj6 con la cuchara el trozo de carne cocida que flotaba en medio de una sopa marron6cea de aspecto no muy salubre. Había habido una 6poca en la que habría atravesado con un hueso afilado a cualquiera por devorar un plato como aquel. Sin embargo, el apetito era incomparable al de aquellos a6os, y ya no se encontraba en el campo de batalla, a pesar de la tensi6n que reinaba en el comedor.

—Mi hermana desconocía que fueras a regresar esta tarde —coment6 Nikolay y sujet6 el cubierto con el pulgar y el 6ndice frente a su rostro, buscando alguna imperfecci6n en la plata de ley.

—Envi6 un mensaje hace dos días, se suponía que Masha... —En cuanto la mencion6, Yuri se dio cuenta de su error—. No lo ha entregado, ¿verdad?

—Así es —contest6 su cu6ado.

A Nikolay le habría gustado dedicarle unas cuantas palabras sobre su ama de llaves y subrayar la ineptitud de la mujer. Pero no era quién para criticar a los subordinados de su hermana, aunque deseara encarecidamente que le preguntaran su opinión. El príncipe disfrutó con el silencio que se impuso en la habitación, con el repiquetear de los cubiertos y algún sorbo ocasional.

Parecía que había pasado una eternidad cuando, tras la llegada de los viajeros, apareció la escurridiza sirvienta, apenas una sombra en los recuerdos de su infancia en aquella casa, y dio aviso de que la cena estaría lista en media hora. Previamente, Nadia le había invitado a quedarse unos días en la casa, tal vez se había visto comprometida al descubrir su maleta de viaje, o podía que se compadeciera de él tras la expulsión del ejército, preocupada por su inestable ánimo. Nikolay estaba satisfecho. Sin embargo, su plan no incluía a su esposo. ¿Podría sacar partido de la situación? La repentina posibilidad de seguir observando a la pareja, cómo interactuaban y los gestos con los que respondía Nadia, era una oportunidad única. A pesar de la terriblemente molesta presencia del conde Golitsin.

Cada uno de los comensales ocupaba un lado de la mesa y su hermana, sentada frente a él, le dedicó una mirada con un mensaje claro: debía comportarse. Le irritaba que en ocasiones lo tratara como a un niño, pero era cierto que con algunas personas le costaba conservar la calma habitual. La inesperada aparición del conde le estaba alterando más de lo que le habría gustado admitir. Por supuesto, Nadia captó su inquietud y recuperó las pautas de una buena anfitriona, viejas costumbres difíciles de quitar, incluso en una situación como aquella.

—¿Cómo ha ido el viaje? —comenzó ella y Nikolay vio cómo una pátina de cortesía cubría su rostro y hacía su expresión ilegible.

—Bien...

—¡Agotador! —interrumpió Lev, de cara a su amigo—. Leyssa, ¿recuerdas

a mi hermana mayor? Acaba de dar a luz a mi quinto sobrino. ¡Otro varón! Así que tuve que acompañar a mi hermana pequeña Lidia a Moscú, pues su marido opina que su pánico a viajar en tren debe superarlo sola, pero ya sabes que soy incapaz de negarme cuando una damisela pide que la ayude, y más si lleva mi sangre. Así que tuve que dejar mi importantísimo trabajo y una montaña de responsabilidades para irme unos días y, qué casualidad, nada más llegar recibo noticias de que mi querido y olvidadizo amigo Yuri está en la ciudad. Así que aprovechamos los pocos momentos que se alejaba de su despacho para tomar juntos el aire intoxicado, como lo llama él, de las calles moscovitas.

—Tampoco es para tanto —objetó el príncipe—. Las últimas revueltas han atrasado la producción, así que tuvimos que negociar con los capataces para llegar a un acuerdo y que el envío no se perdiera, ya sabes que...

Yuri cerró la boca de golpe al ver cómo Lev ponía los ojos en blanco de forma exagerada.

—¿Lo escuchas, princesa? Pues así lleva todo el maldito trayecto, ni siquiera de noche fue capaz de callarse, murmurando que si la empresa esto, que si la mercancía lo otro. Es un compañero de viaje insoportable.

—Al menos yo daba conversación —replicó su amigo—. Tú no hacías más que bostezar y esconder la cabeza debajo del cuello del abrigo.

—Estoy cansado —se defendió y lo señaló con el tenedor—. Mi hermana ha tenido un bebé y son criaturas muy ruidosas. Además de la obsesión que tienen mis sobrinos por tirarse encima de mí siempre que me ven. Son cuatro pequeñas bestias que consiguen perturbar a los habitantes de la casa con métodos cada vez más originales. No hay duda de que son de la familia Golitsin.

Yuri contuvo una carcajada mientras troceaba un pedazo de carne y habló sin levantar el rostro de la ardua tarea.

—Dudo que sentirse orgulloso sea la reacción correcta por que unos críos hayan hecho trizas tu sombrero preferido.

—Bueno —dijo Lev, que se había hartado de luchar con la comida y se servía vino a sí mismo, una vez más—. Cosas peores hicimos nosotros a su edad, ¿no crees?

Desde la distancia, la conversación habría sido entretenida para Nikolay. No necesitaba intervenir para saber que de aquella charla podía salir material muy interesante para echarle en cara después a su cuñado. Pero le costaba disfrutar del momento. No solo por la cena, un sustituto válido para la munición de su escopeta de caza, o por la ausencia de protocolo, visible en cada copa sin rellenar, la falta de coordinación en el menú —carne de primero y carne de segundo, ¿a quién se le ocurría?— y los cubiertos colocados de manera incorrecta. Todo ello eran detalles apenas perceptibles frente al polvo en los rincones de la sala, la pésima iluminación que otorgaban las velas y el humo de la chimenea, que no se filtraba como debía y ahogaba poco a poco el ambiente. Su hermana, en silencio, cortaba pequeños pedazos del estofado y se concentraba en masticar cuidadosamente cada uno. La notaba ausente, tan distante como la había visto el día de su boda, y lo único que quería hacer era alargar la mano y apretar la suya con ternura. ¿Cómo podía demostrarle que todavía estaba ahí por ella?

—El temporal arrecia, señores. —Masha hizo una de sus inesperadas apariciones y trajo con ella más pan, más carne y otra botella de vino tinto—. No creo que sea seguro que el conde salga después de cenar. Estas carreteras están llenas de trampas y el hielo podría partir la pata del caballo o provocar cualquier desgracia.

—Masha tiene razón —aportó Yuri—. ¿Por qué no te quedas a dormir? Hay habitaciones de sobra.

—Sí, bueno, haberlas las hay, pero a estas alturas solo puedo acondicionar

una, en el estado en el que están —Masha dijo lo último apenas en un murmullo, pero Nikolay lo escuchó perfectamente y dio forma corpórea a los malos presagios que albergaba sobre ese lugar—. Sería la habitación doble del fondo del pasillo.

—Ese era nuestro cuarto, Kolya. —La princesa alzó el rostro y le regaló una sonrisa cálida.

«Es cierto, era nuestro cuarto». Todavía recordaba las ocasionales visitas a la casa de los Khilkov en su infancia. Estaban llenas de días luminosos, con absurdas aventuras ocultas entre los abedules y mil historias que compartir bajo el cielo estrellado sin fin. Fue en esos días cuando Nikolay había visto por primera vez cómo Nadia se fijaba en otra persona ajena a la familia y le prestaba más atención que a él. Yuri había sido el centro de sus celos durante muchos años, tanto por su amabilidad infantil como por el dolor que había causado después a su hermana. Sin embargo, durante una temporada, en ese lugar había probado el sabor de la libertad, lejos de las exigencias de madre y las «atenciones» de Sergey. ¿Cómo había acabado transformándose en aquella casa de pesadilla? El abandono era notable, y sus nuevos habitantes apenas eran capaces de ordenar su vida en común como para intentar construir un hogar juntos. Tal vez, con su presencia, despertaba la sonrisa de su hermana. Era visible que le necesitaba, a pesar de sus palabras en el salón. Su breve alegría solo sirvió para reafirmar su decisión.

—Los señores tendrán que compartir habitación, espero que no les importe —añadió Masha, y la convicción de Nikolay se tambaleó. Miró de reojo a Lev, que parecía muy satisfecho consigo mismo, y se dirigió a la ama de llaves.

—No habrá problema —respondió, y miró al príncipe—, ¿verdad, *alteza*?

Su entonación, la forma en que se regodeaba y la expresión petulante eran demasiado. El príncipe apretó el mango del bastón, que permanecía apoyado

en la silla, y se contuvo. De nuevo, sintió la mirada reprobatoria de Nadia. «Compórtate».

—Ninguno —concluyó.

Iba a ser una noche difícil, así que la cercanía de la botella le ayudó a calmar su desasosiego. Vació la copa sin apenas ser consciente de ello, pero la enorme consistencia de las viandas ralentizaba los efectos del alcohol, por fortuna. Observó el avance del acto social como si no tuviera relación con él. Simplemente analizaba la forma en que su hermana apenas levantaba el rostro del plato o las miradas de soslayo que le lanzaba su marido.

Le había decepcionado saber que no había intentado propasarse con Nadia, más que nada porque ese acto habría sido la razón perfecta para iniciar el retorno de su otra mitad al verdadero hogar y una buena causa para odiar a su nuevo cuñado. Por el contrario, era un caballero. O eso le gustaba aparentar. ¿Qué habría tras su iris castaño? ¿Frustración? ¿Anhelos? ¿Tal vez enfado por la falta de interacción de su esposa? No, era evidente que la ira no cabía en sus ojos, pero sí una tristeza que estaba arrastrando a Nadia hacia un océano de soledad. El príncipe casi podía palpar el muro que existía entre el matrimonio, con paredes cada vez más altas y gruesas.

En el fondo Nikolay, se apiadaba de Yuri Khilkov. Muchos hombres habían intentado cortejar a su hermana sin éxito. Habían organizado grandes fiestas con tal de atraer su atención o enviado caros obsequios a su residencia para que recordara el nombre de alguno de sus pretendientes. Nada de eso había surtido efecto. Su corazón llevaba muchos años sellado; había sido víctima del desengaño, aunque ella lo negara, y había probado los sinsabores del amor. Desde entonces, la única persona a la que se había abierto con sinceridad era su otra mitad, aquel con quien había compartido el vientre materno. Durante su infancia, ella había sido su sostén emocional, después le había llegado a él el turno de cumplir la función de hermano mayor. Se

intercambiaban los roles según necesidad. Si uno tropezaba, se apoyaba en el otro hasta que recuperaba el paso habitual, siempre buscando el equilibrio y avanzando con gesto firme. Sin embargo, a la edad adulta un velo de aprensión había dividido su confianza.

—¿Y tú qué opinas, Kolya?

—¿Cómo?

Nadia ocultó con el borde de la servilleta la sonrisa. Era poco común pillar a su hermano distraído.

—Sobre el maestro Tchaikovsky —le aclaró ella—. Según Lev, está trabajando en una ópera sobre la leyenda de Juana de Arco, la dama de Nueva Orleans.

—Conozco a una de las cantantes del coro y me ha confirmado que están con los ensayos —apuntó el conde, con un deje de orgullo por compartir la primicia—. La mismísima Marina Kamenskaya lo va a protagonizar.

—Es una gran artista —prosiguió la princesa con la conversación—. Pero su música no me convence. Es demasiado repetitiva y pegadiza.

—¿Y por qué tienen que ser características negativas? Querida Nadia, a veces sueñas como los ancianos que solo quieren ver ópera de zares muertos y antiguos dioses eslavos. Además, sus historias son maravillosas —apuntó Lev—. Mira en Romeo y Julieta, donde nos presenta un amor inocente, limpio, sin dobleces: un primer amor de niños, puramente platónico y, por eso mismo, romántico y apasionado.

—Cualquiera diría que sabe de lo que habla, conde —replicó la princesa, claramente molesta por su comparación.

—Me gusta considerarme un gran conocedor de la cultura musical.

—Claro... —dijo Nikolay en voz baja y miró de reojo a su hermana. Sabía que su comentario no iba en esa dirección, pero no pensaba entrar en un juego del que saldría perdiendo, así que optó por contestar a la primera



pregunta—. Su música es conmovedora y es innegable que la forma en que logra que la madera y el metal dialoguen es admirable. Sin embargo, el contexto de fondo es pura basura.

—Si no hablara más de la cuenta, podría pasar por poeta, príncipe.

Lev le dedicó una media sonrisa y él se encogió de hombros, centrado en el color del vino bajo el brillo de las velas de la mesa.

—Solo digo la verdad; además, su opinión, conde, es irrelevante —respondió y terminó de golpe el contenido de la copa—. Que se meta bajo las faldas de los miembros del coro no le convierte en experto, a pesar de que insista en ello.

Nikolay observó la reacción del conde. Deseaba que golpeará la mesa, que se levantara y le increpara. Quería una reacción auténtica. Por el contrario, lo sorprendió con una breve carcajada.

—Ahí me ha pillado —dijo y le guiñó un ojo, para después girarse a su amigo, concentrado en terminar el segundo plato de carne sin romperlo en el transcurso—. ¿Tú no opinas, Yura?

—A mí no me miréis, yo prefiero el teatro —comentó sin levantar la vista—. Es más directo, sin tanta canción de por medio ni tanta floritura. Es más real.

—Pero la forma que tienen de describir su amor, ¿no crees que es hermoso?

—Me parece absurdo —atajó Yuri, y trató de suavizar su afirmación con una sonrisa amistosa—. No creo que sea necesario estar horas dando vueltas sobre el odio, el miedo o el amor. Ahora canto, luego entra el coro y también hay sitio para el grupo de baile. Me parece una pérdida de tiempo.

—Pues hay gente que aprecia esa «pérdida de tiempo» y lo considera arte —rebatía su esposa.

Su expresión se había endurecido y Nikolay supo, por la forma de su

mandíbula, que apretaba los dientes.

—Lo dudo. En realidad, las óperas no son más que una excusa para intercambiar chismes con algo de música de fondo. —Masticó y tragó de forma brusca—. El Mariinsky está lleno de cotorras, hombres y mujeres que aprovechan los interludios para ponerse al día de los últimos trapos sucios de sus iguales y se regodean en la desgracia ajena. Buitres sin corazón. —«¡Cómo se atreve!»—. Nikolay apretó el borde de la mesa, conteniendo el impulso de increpar a su cuñado la deshonra que representaban sus palabras hacia su hermana y su nueva familia. Una sola frase más y...—. No es más que un palomar de nobles perfumados, un estier...

El sonido de la silla siendo arrastrada hizo que Yuri alzara el rostro, hasta entonces centrado en el plato. Nadia se había levantado y dejaba la servilleta con pulcritud sobre el mantel.

—Si me disculpan, caballeros, me retiro. Buenas noches.

Nikolay notó sus músculos relajarse al instante y observó la escena con cierta satisfacción. El enfado velado de su hermana, que salió de la sala con la serenidad de una reina, y el rostro entre la sorpresa y el desconcierto de su cuñado. En cuanto se cerró la puerta, Lev suspiró.

—La has ofendido —aclaró al anfitrión.

—Pero ¿cómo?

—A veces eres un inútil, querido amigo —continuó—. Tu esposa es una apasionada de la ópera, como la mayoría de sus amigos, familiares y conocidos. ¿O es que has olvidado que te has casado con una aristócrata? Has pasado demasiado tiempo en el campo, con tus tiendas de campaña, tus trenes y tus desiertos, y al parecer has olvidado cómo tratar a una mujer.

—Yo no pretendía...

—Ve y discúlpate de inmediato —le ordenó Lev.

—¿Y si se molesta más?

—Es una posibilidad, pero te aseguro que es mucho peor permitir que guarde en su memoria tus palabras, porque te aseguro que en cuanto pueda te las echará en cara y las consecuencias serán mucho peores que las que te esperan si ahora vas con ella.

Ante la sorpresa de Nikolay, Yuri se incorporó y la servilleta cayó al suelo en su precipitada salida. No escucharían gritos, su hermana excepcionalmente alzaba la voz, y una vulgar discusión con su marido no era razón para ello. Al menos había comprobado que, efectivamente, no se conocían lo más mínimo, y de alguna forma aquel dato le alegró, porque sentía que no había perdido a su hermana, por el momento. Aun así, también constató el poder que tenía el conde sobre su cuñado. Una palabra suya y reaccionaba sin preguntar. ¿Podría usar aquello de alguna manera? Se dio cuenta de que estaban los dos solos en el comedor y la sirvienta parecía que no tenía intención de volver a aparecer por ahí en un rato. Esa casa era un desastre.

—¿Has venido a vigilar a tu hermana, a tu cuñado o a ambos?

Lev lo miraba con los brazos apoyados sobre la mesa e inclinado hacia delante. La tenue luz de las velas confería a su expresión un aire felino, con largas sombras que perfilaban sus rasgos y ojos que podían ver más allá de la oscuridad de su alma. Bebió de su copa para tratar de apaciguar esa incómoda sensación que ascendía desde su estómago.

—No le incumbe.

—Sí lo hace si afecta al bienestar de mi amigo. Por un momento, he temido que el cuchillo de mantequilla terminara en su ojo. Sé que lo estaba deseando.

—Ignoro de lo que habla, conde —dijo y se secó los labios con la servilleta para, a continuación, posarla sobre la mesa—. Es tarde y nuestros anfitriones han abandonado la mesa. No es correcto permanecer aquí.

Nikolay se levantó sin inmutarse y abandonó la sala. Todavía recordaba dónde se encontraba la habitación que compartía con su hermana de

pequeños y pudo guiarse en la penumbra. Escuchó los pasos detrás de él, pero los ignoró. Una solitaria lámpara de aceite iluminaba el cuarto que seguía igual que en sus recuerdos. En el ambiente flotaba el olor del aire estancado. La ama de llaves había preferido mantener el frío alejado en vez de ventilar y quitar el aroma a polvo, cera e insectos muertos. Nikolay arrugó la nariz, pero tampoco le molestaba demasiado. El hedor de sus pesadillas era mil veces peor a un cuarto cerrado.

Dejó el bastón sobre la cama que había pegada a la pared de la izquierda, la que le había pertenecido de niño, y comenzó a desvestirse. Había comenzado a desabrocharse los botones de la camisa cuando la puerta de la habitación se cerró a sus espaldas.

—Sigues sin contestarme.

El príncipe se volvió hacia Lev, apoyado contra la puerta y con los brazos cruzados sobre el pecho. El vino le había afectado más de lo que pensaba admitir y hacía rato que luchaba por contener su actitud agresiva. Lev lo sabía, y por eso le provocaba. Conocía sus puntos débiles demasiado bien.

—No deberías dirigirte a mí con esa cercanía. Respeta mi rango, conde.

—¿Ahora me tuteas? —Le sonrió de lado, con esa expresión divertida que tanto sacaba de quicio al príncipe—. Sabes que no se me da bien respetar la autoridad y a los que se creen superiores, Nikki.

La furibunda mirada que le lanzó pareció intimidar un instante a Lev.

—No tienes derecho a llamarme así. Ya no.

—¿Y antes sí? —dijo, de nuevo bravucón.

—No juegues con mis palabras, conde.

—No es mi culpa si tus expresiones llevan a malentendidos. Puede que primero debas aclarar lo que quieres decir antes de tratar que yo averigüe su significado.

—Solo estás diciendo frases sin sentido. —Nikolay le dio la espalda y se

acercó a la maleta, sobre el baúl a los pies de la cama—. Te gusta demasiado engatusar a tu contrincante verbal.

—Creía que era un divertimento que compartíamos los dos.

La voz sonó más próxima y sintió el cuerpo de Lev a unos centímetros del suyo. Sus músculos se tensaron y cerró los dedos alrededor de una camisa arrugada.

—Nosotros no compartimos nada.

—Bueno, una habitación, al parecer —notó la respiración del conde en su nuca y el vello se le erizó—. A menos que su alteza tenga por norma forzarme a dormir en el pasillo.

—Es una propuesta demasiado interesante. —Se giró y lo apartó de un empujón—. Y como sigas así, ten por seguro que se cumplirá.

Lev se alejó y abrió los brazos. Si no hubiera sido por su sonrisa, Nikolay habría pensado que estaba deseando que le golpeará, pero quería tocarle lo menos posible.

—¿Y cuál es el plan? ¿Una pelea de puños? ¿Tal vez sacarás el filo que oculta tu bastón? ¿O buscarás palabras dolientes que me hagan abandonar el cuarto?

—Las palabras no hieren al conde Golitsin —masculló el príncipe.

—Algunas sí. Sobre todo, la ausencia de ellas —dijo y en tres pasos volvió a desaparecer el espacio entre los dos—. Las últimas que me dedicaste me dolieron profundamente y el silencio fue devastador.

—¡Mientes! —Nikolay agarró por la pechera a Lev. Había sido un día de mil demonios y aquello solo empeoraba su estado anímico. Su sutil embriaguez no ayudaba, ni las intenciones de su interlocutor—. Disimulas muy bien, el engaño es un disfraz en el que te sientes cómodo, sin importar cómo afecte a los demás.

—Pero nosotros...

—¡Basta! —le interrumpió el príncipe, con el rostro a unos centímetros del suyo, y percibió el intenso olor a vino en su aliento. No importaba el lugar o la hora, el perfume del conde siempre se mezclaba con el del alcohol, en dulce fruta fermentada, embriagador. Demasiado empalagoso para él—. Basta, Lev. —El conde tenía las mejillas de un tono escarlata, como si la bebida y el calor hubieran ascendido hasta su cabeza—. Duerme —le ordenó el príncipe—. Pasa la borrachera y olvida esta conversación. Hay momentos que es mejor no recordar.

Y con esas palabras Nikolay se tumbó sobre la cama, con escenas del pasado que, precisamente, se había prometido ahogar en lo más hondo de su ser y, sin embargo, surgían una vez más. Escuchó movimiento tras él, sonido de tela, pasos y, al final, la oscuridad adueñándose del cuarto con un largo suspiro. Las imágenes emergían tras sus ojos sin querer, como invocadas por los fantasmas que vivían en aquella casa. De la época de cuando dormía toda la noche sin desvelarse, cuando aún podía caminar erguido y correr, con grandes zancadas, sin pinchazos ni bastón. Nikolay hundió los dedos en la carne alrededor de la cicatriz, que con un repentino espasmo le recordó su presencia, el paso del tiempo y las heridas que jamás se cerrarían.

# Capítulo V

*Diciembre de 1880*

Yuri apartó los dedos del teclado y bostezó de forma sonora. Llevaba horas transcribiendo la terrible caligrafía del administrador. Era innegable que hacía su tarea a la perfección, pero a la hora de plasmarlo sobre el papel perdía toda capacidad comunicativa. Formaba pequeños y apretados símbolos que apenas se diferenciaban de hileras de hormigas que buscaban enloquecidas migas de pan en el folio. Yuri sabía que debía contratar a alguien que se encargara de pasar a limpio los informes, pero estaba demasiado acostumbrado a organizarse a su manera, así que en el fondo no le molestaba mucho coger su Remington, traída desde América por un viejo amigo de su padre, y revisar los textos que revelaban los datos positivos que estaba consiguiendo la fábrica.

Estaba agotado, pero no solo por la falta de sueño. La vida en su hogar se había convertido en un infierno, así que pasaba la mayor parte del día inmerso en el trabajo. Anteriormente, había sido su padre el encargado de confirmar los pedidos, hablar con proveedores, controlar el avance de la producción y las nuevas contrataciones. Había aprendido de él y sentía que desde que lo había enviado de vuelta a San Petersburgo, estaba a prueba. No hacía más que enviarle cartas preguntando por su esposa y su empresa. Era lo único que le interesaba a Mikhail Khilkov. Recuperar el prestigio. Y su hijo era el medio para conseguirlo. Por ello, Yuri debía esforzarse para complacer a su padre y, por supuesto, honrar el apellido familiar. Sin embargo, estaba siendo más duro de lo que esperaba.

—Señor.

El joven Ilya entró justo después de llamar a la puerta. Era un muchacho

nervioso que provenía de un hogar humilde. Lo había contratado más por la velocidad de sus piernas que por la fuerza de sus brazos, aunque a sus quince años superaba en estatura a la mayoría de los aprendices. Hacía las veces de recadero y secretario personal.

—Tiene visita —dijo, y tras él apareció el primogénito de los Golitsin.

—¡Yura! —saludó Lev y se dirigió al escritorio—. No hace falta que te levantes, estás muy bien detrás de ese montón de obligaciones mecanografiadas. Te favorece.

—¿Habíamos quedado?

El príncipe miró su reloj de bolsillo, de repente tenso por faltar a una cita que ni recordaba haber concertado.

—Sí, para cenar, hace una hora, en el restaurante de tu hotel. —Se atusó el bigote de forma vigorosa, con un enfado en absoluto realista—. Además de impuntual, no eres nada original.

Yuri se incorporó, apurado, y se peinó con los dedos el cabello hacia atrás.

—Perdona, se me había olvidado, seguro que todavía nos guardan la mesa y...

—Ni hablar —lo interrumpió Lev mientras se ponía el abrigo—. No pienso coger un coche de caballos para llenar el estómago. Además, estoy convencido de que si te alejo demasiado de tu despacho, sufrirás un ataque y perderás la razón —dijo y soltó un suspiro exagerado—. Tu ayudante dice que hay un sitio cerca y que tienen unas empanadillas que harían caer de rodillas al mismísimo zar.

—Bien, pero te recuerdo que los locales de aquí no se parecen mucho a los de la avenida Nevsky —le recordó Yuri mientras salían de la oficina y cerraba con llave.

La mayoría de los trabajadores había finalizado su jornada, y los que quedaban en esa zona de la fábrica no eran muchos. Yuri saludó al capataz,



que supervisaba a un grupo que cargaba placas de metal en una carretilla. Después las llevarían a los altos hornos, situados en la otra punta de los terrenos. Enormes trozos de acero que se soldarían para crear la estructura inferior de la locomotora, aunque debían dar prioridad a las piezas para las vías. El traslado no era cómodo, pero el puesto de entrada y salida de transporte debía ser el más seguro y alejado del fuego.

—Yo no soy más que un conde desconocido —apuntó Lev según bajaban por las escaleras hacia el exterior—. Un hombre con el sombrero más rígido y el abrigo sin remendar, cierto, pero con un rango que podría adquirir cualquiera con unos ingresos altos y una labia que encandile a la corte. Tú, sin embargo, eres el príncipe.

—Bueno, no creo que eso importe demasiado a este lado del río Fontanka.

—Precisamente, esa forma de pensar es la prueba de tu ingenuidad, querido amigo.

Yuri lo ignoró y caminaron calle abajo, siguiendo las indicaciones que les había dado Ilya. A pesar de convivir la mayor parte de las horas del día en aquella zona, con la gente que habitaba las paredes grises y suelos húmedos, se sentía más extranjero que en el centro de la ciudad. El barrio de Lyetiny tenía un espíritu muy particular; era el esqueleto de un animal, famélico, que continuaba en pie a duras penas. Pero cada puesta de sol era una pequeña victoria que se veía reflejado en los ojos de los más pequeños, que correteaban con zapatos de lona desgastada los rincones malolientes de ese olvidado suburbio de San Petersburgo. Sus habitantes eran supervivientes por la fuerza, y él admiraba esa habilidad para continuar luchando. Podía encontrar ánimos para su propia batalla en la energía que emanaba de los adoquines, ahora cubiertos por las primeras capas de nieve.

El Brynza era uno de los locales más concurridos de la zona. A esas horas los juegos de cartas y de dados se convertían en el centro de las apuestas,

entre vasos de ginebra, cerveza aguada y botellas con olor a cloaca. El ajetreado ambiente hizo que la entrada de los nobles pasara desapercibida.

—Qué recuerdos —dijo Yuri con nostalgia al entrar y reconocer el acento ucraniano.

Se acomodaron en una de las mesas del fondo del local, cerca de la barra. La comida llegaría rápido y en ningún momento les faltaría bebida. Una gran chimenea caldeaba el ambiente y la mala ventilación creaba el entorno ideal para que el humo del fuego y del tabaco se mezclara. Al menos ocultaba el olor corporal de la mayoría de los presentes.

—Tendrás que aconsejarme —sugirió Lev, con los codos apoyados sobre la mesa—. Yo dejé de frecuentar estos bares hace ya varios años, mientras que tú parece que no los has abandonado nunca.

Yuri soltó una de sus breves carcajadas.

—No importaba si estábamos en San Francisco, Liverpool o Kiev, siempre encontraba uno de estos lugares donde esconderme de las responsabilidades. —Yuri suspiró y su mirada se oscureció—. Ahora parece que no tengo donde huir y los problemas me siguen allá donde vaya.

—De acuerdo. Mi misión hoy es cambiar esa expresión cuanto antes y lo mejor es empezar con comida. ¡Camarero!

Pidieron una sopa de remolacha conocida como *borsch*, que teñía de rojo sangre la vajilla. Después, un *täkä*, un pastel con forma de media luna relleno de calabaza, zanahoria y repollo. Un plato de carne encarecía demasiado la cocina, y la clientela media apenas tendría para un cuenco de estofado ligero cada quince días, como mucho. Para beber, Lev tomó cerveza sin espuma y Yuri, por su parte, pidió un *kvas*, una bebida que se estaba volviendo muy popular entre la clase obrera. Su sabor a pan engañaba el apetito y, al apenas contener alcohol, lo tomaban hasta los niños. Que el príncipe no tuviera intención de emborracharse fue una de las primeras señales que preocuparon

al conde. Debía solucionar aquello cuanto antes.

Con las copas llenas y los platos sobre la mesa, comenzó su interrogatorio:

—Ahora cuéntame por qué llevas una semana sin aparecer por tu preciosa mansión.

—No se le escapa nada al conde de los cotilleos.

—Vamos —le insistió—. Habla.

—Esa «preciosa mansión» que mencionas no me pertenece, ya no. Mi esposa me lo ha dejado bastante claro.

Yuri comenzó su relato de cómo Nadia y su hermano prácticamente lo habían expulsado de la casa, o así lo veía él.

—Comenzaron a cambiar cortinas, arreglar la pared y mover los muebles —protestó después de tragar un gran trozo de pastel relleno—. El martillear era continuo, con obreros que entraban y salían, discusiones con Masha, montañas de desperdicio que caían por las escaleras. Era imposible estar tranquilo. Y yo necesitaba concentrarme, así que acabé viniendo aquí.

—Claro, no hay nada como darle la razón a tu endemoniado cuñado y rendirse.

—¿Por qué dices eso? —dijo Yuri acompañado del fuerte chocar de los cubiertos sobre el plato.

—Porque es la verdad, te guste o no. El matrimonio, la casa, todo se te viene abajo, ¿y qué haces? ¡Irte a tu condenada empresa!

—Tengo trabajo pendiente... —trató de justificarse.

—Siempre hay trabajo pendiente, pero tú lo usas como excusa —apuntó mientras troceaba el pastel con verduras—. La fábrica es tu entorno seguro, tu madriguera de cobarde.

—Lev, que te aprecie no impide que termine arrancándote el bigote, así que contén tus palabras.

—Ahora dime que miento. Vamos, demuéstramelo —le retó y señaló con

el tenedor.

El silencio del príncipe ensanchó la sonrisa de victoria de Lev. Pero poco duró su satisfacción al ser consciente de la entristecida cara de Yuri.

—No es fácil, ¿sabes? —dijo el príncipe, que a pesar de la conversación había devorado la comida con rapidez y apilaba los platos vacíos al borde de la mesa.

—Claro que no lo es, ¿acaso alguien te ha dicho lo contrario?

—Dios, no tienes ni idea de lo que me cabrea cuando vas de listillo, como si conocieras el origen de todas mis desgracias.

—Y lo conozco —afirmó el conde con naturalidad mientras se atusaba el fino bigote.

—¡Agh!

Yuri se terminó la bebida, tragando por el camino más de un insulto envenenado, y pidió otra. Se estaba replanteando pedir algo más fuerte, pero no sabía cómo le afectaría en ese momento el alcohol, «sobre todo con un acompañante tan insoportable». Sin embargo, debía darle la razón. La fábrica era su escondite, donde tomaba sus propias decisiones sin que nadie le llevara la contraria o insinuara su inutilidad como «hombre de la casa». Recordar las discusiones mantenidas con su esposa y su hermano mellizo no ayudaba. Todavía tenía presente cuando, en la última visita de Lev, Nadia había ido a su cuarto, dolida por sus desprecios a la ópera y el «refinado público» que acudía a las actuaciones.

—Nadia, ¿me abres? Perdona, lo que he dicho no lo pienso de verdad.

Silencio, silencio y más silencio. Era lo que más le había afectado. Y le enfadó. Después, su hermano había tomado el control de la villa y había empezado a traer a sirvientes de su propio palacio para reorganizar su adorado desorden. Tendría que haberlo expulsado de villa Betulia, pero sabía que aquello solo angustiaría más a su esposa, y lo que menos quería era ser la

causa de su pesar. «Ya le he creado bastante dolor».

Al menos, desde la distancia, había podido observar el cambio en Nadia con la presencia de Nikolay. Salía del cuarto más a menudo y se preocupaba por el avance de las reformas, la mayoría superficiales por la proximidad del invierno y el inicio de la temporada de intensas nevadas. De todas formas, escuchar de fondo la voz de su esposa era una delicia. Música para sus oídos. A veces soltaba una risa, tan clara como la superficie del lago Ladoga a comienzos de primavera, y la casa cobraba vida. Pero no estaba dirigida a él, no le pertenecía. La razón siempre era algún comentario que hacía su hermano o alguna observación maliciosa sobre el estado del hogar de sus antepasados. Era como contemplar de lejos una agradable hoguera en una noche fría. Las llamas prendían y danzaban a kilómetros de sus dedos, helados e insensibles.

—Tuve que irme —dijo el príncipe, de vuelta al presente—. O terminaría por odiar todo lo que me rodeaba.

Lev asintió en silencio, como si comprendiera el significado de sus palabras, aunque Yuri ignoraba que hubiera tenido que realizar auténticos sacrificios alguna vez en su vida. El conde era producto de una educación exquisita y mimada, sin problemas financieros ni amorosos, con unas hermanas con las que se carteaba y veía a menudo. Su visión del día a día era sencilla, con la única preocupación de encontrar una fiesta a la que acudir o una buena historia a la que hincarle el diente para susurrar a otros miembros de alta cuna.

El príncipe y él habían compartido los momentos más importantes de su madurez, por lo que nunca le había molestado la actitud caprichosa o banal de su amigo, de hecho, en ocasiones le convenía esa frivolidad, tan habitual entre los de su misma condición y que solía olvidar con facilidad. Yuri sabía que, en el fondo —tal vez demasiado oculto—, Lev escondía una

personalidad auténtica, con la que conectaba fuera de sus círculos habituales. Su amistad era el punto que unía los dos mundos que definían su vida, el reverso de la máscara que se veía forzado a usar en las altas esferas.

—Nikolay es muy controlador, ¿verdad? —preguntó con una sutil media sonrisa el conde, con clara intención de desviar ligeramente el tema.

—¡No lo sabes tú bien! El Ejército Imperial ha perdido a un prometedor soldado que ha elegido mi casa como centro estratégico.

—¡Pues déjale! Está entretenido con un proyecto nuevo y todos sabemos que esa villa necesita unos cuantos arreglos.

—Sí, claro, pero su presencia hace más difícil acercarme a Nadia y no he podido poner en práctica ninguno de los consejos que me diste —comentó Yuri con un toque de decepción.

Suspiró. Tanto esfuerzo malgastado. Horas y horas de charla con su amigo sobre cómo tratar apropiadamente a una mujer, la importancia de prestar atención a sus palabras, tanto las verbales como las que no se decían, o las últimas modas absurdas de los peterburgueses. Yuri tenía experiencia con mujeres, o ese había sido su consuelo hasta que se había reencontrado con Nadia. Todo lo que creía saber había desaparecido de un plumazo. Olvidaba cómo actuar con naturalidad, qué bromas hacer o los pasos de una conversación coherente. Por encima de todo, había un problema mayor:

—Además, su hermano siempre está con ella, es prácticamente imposible sacar un rato para...

—¿Mostrar un poco de la magia Khilkov?

—¡Claro que no! —exclamó el príncipe, sonrojado hasta las orejas. Le dieron ganas de borrarle de un puñetazo la sonrisa felina a su amigo.

—Tal vez yo podría hacer algo, ya sabes, por la causa.

—Lo dices como si se tratara de una recaudación benéfica.

—La cuestión es invertir tiempo y dinero en un tema que no se puede ver

ni tocar llamado amor, ¿no? Lo mismo que los que buscan donaciones por temas tan dispersos como la «solidaridad» o la «esperanza» —apuntó el conde con su típico tono de insoportable prepotencia—. Así que sí, colaborar en vuestra unión es como realizar una labor de voluntariado, seguro que me gano una buena parcela en el cielo.

—Sí, claro, como sea —dijo Yuri, cansado de tanta charlatanería—. ¿Cuál es tu plan?

Lev se acabó con calma la cerveza que, por su expresión, no era de su agrado, y contestó:

—El problema es su hermano, ¿no? Porque antes de que apareciera, vuestra relación empezaba a florecer. Oh, vamos, deja ya de ponerte rojo, tu idea del trineo fue brillante, llena de ternura e inocencia infantil. Muy... tú. Aunque no es el mejor método para encontrar el camino hacia el tesoro que oculta entre sus...

—¡Lev! ¡Hablas de mi esposa! —gritó el príncipe—. Te he escuchado mil veces referirte de esa manera a las mujeres, pero no te permitiré que trates igual a Nadia, y no es la primera vez que te lo advierto.

—Ya... —comentó el conde, que todavía tenía presente el golpe que se había llevado en Moscú en una de sus charlas después de la cena, cuando había hecho una poco original comparación entre su matrimonio y la doma de animales.

—Bueno, entonces, ¿hay un plan o no? —le instó una vez más Yuri.

—El momento es el más adecuado, pues los hermanos acaban de regresar al palacio de los Volkonsky por esas engorrosas reformas. No me mires como si fuera un escenario desfavorable, ¡al contrario! Ella está más cerca, y en su territorio, así que se mostrará más serena, con la guardia baja. Solo hay un inconveniente: has de quitarte de encima a tu cuñado.

—¿Y qué sugieres? —preguntó con suspicacia—. No lo enviarán al cuartel

otra vez, no tengo tan buena relación con sus antiguos jefes.

—Yo me encargo, le daré una distracción —agitó la mano el conde, quitándole importancia a su papel en la trama—. En ese momento, aprovechas y atacas.

Yuri se quedó mirándole con un enorme interrogante pintado en la frente. Lev pensaba que su ingenuidad era adorable, pero a veces se cansaba de tener que explicar cada paso minuciosamente.

—Ya sabes —anotó—. Hablas con ella, salís a pasear, la llevas al teatro o a la ópera, todos esos molestos quehaceres que habitualmente se realizan de forma previa a una pedida de mano. Vosotros tendréis que hacerlo del revés. Pronto es la celebración de año nuevo en el Palacio de Invierno, con el tradicional baile de disfraces, y los Khilkov asistiréis.

—Supongo que sí... —murmuró y soltó un largo suspiro.

—Maldita sea, Yura —dijo de repente el conde y golpeó con el puño cerrado la mesa, haciendo tintinear los platos vacíos sobre esta—. Como no cambies de actitud, tendré que darle la razón a tu padre y apoyar su proyecto de regresar con él a Turkmenistán. Creo recordar que la idea de seguir con las vías la antigua ruta de la seda era tuya, y tal vez con tu presencia avancéis más rápido.

—Perfecto, ahora mismo es como si estuviera hablando con él. Gracias, Lev.

—Oye, no me eches la culpa. Tu cara lo dice todo y yo ya no sé qué hacer para que mejores. Solo te recuerdo tus alternativas.

—¿Crees que no las conozco? ¿Que no le doy vueltas cada noche en el hotel o mientras intento trabajar? Vine aquí con el propósito de que el apellido Khilkov volviera a significar algo en las salas de fiesta y entre los aristócratas, para que supieran que, a pesar de haber bajado de escalafón y vivir con el «vulgo», como ellos lo llaman, todavía conservábamos dignidad,



honor y lealtad. —Los ojos de Yuri brillaban con la cólera y la pasión de sus palabras, había alzado el tono y algunos de los comensales se giraban en busca del origen del emotivo discurso. Un grupo de jóvenes que terminaba una partida de cartas junto a la ventana les prestó especial atención y no apartó la vista—. Que a pesar de los maliciosos rumores, hay un sitio que nos pertenece entre los asientos de la mesa del zar y tenemos derecho a reclamarlo. Sin embargo...

Abrió la mano que había cerrado con fuerza, ahora débil, libre de toda tensión.

—Vamos, vamos, amigo mío —trató de animarle Lev, con suaves toques sobre el brazo—. Acabas de llegar tras pasar casi toda tu vida lejos de la patria, tu matrimonio no va bien, ¿y qué? Como a la mayoría de los peterburgueses. Si tu refugio es la empresa, adelante, pero sé que así no serás feliz. Confía en mí, como hiciste antaño. Prometo que a partir de ahora las cosas solo podrán mejorar.

Yuri alzó el rostro y se encontró con la sincera sonrisa del conde. Sin torcer el labio, sin segundas intenciones. «Ahí estás, Lev, el de verdad», y le devolvió la sonrisa, con oscuros tintes de pesar que se esforzaría en eliminar. «Poco a poco». El príncipe evocó el rostro de Nadia, su sutil rubor, la forma en que rompía el silencio con su risa, y volvió a tener esperanzas.

—¿Les conoces?

Yuri miró a donde el conde señalaba con la cabeza. Se trataba de cuatro muchachos que simulaban jugar a los naipes, pero su objetivo era otro. No tuvo más que esperar unos segundos para comprobar las miradas de reojo y los lentos gestos. Se estaban preparando. «¿Para qué?». Sobre la tabla había varios vasos vacíos y tres botellas de *slivovitza*, un aguardiente de ciruelas de los Balcanes. Sus rostros le sonaban de la fábrica, debían de ser trabajadores experimentados, con una constitución fuerte y el rostro macilento por los

humos de los hornos. Uno de ellos soltó las cartas y miró fijamente a Yuri, olvidando el juego que sus compañeros todavía seguían. Su nombre era Anatoli y el otro día habían estado bromeando sobre las rabetas de sus hijas pequeñas cada vez que se marchaba a trabajar. Sin embargo, en el Brynza, se había convertido en un desconocido y sus ojos, negros como el carbón, parecían querer fulminarlo.

—Deberíamos irnos de aquí —le dijo a Lev, que no tardó en ponerse el abrigo. Pagó con más rublos de los necesarios y salieron del local.

El frío del exterior los golpeó de lleno y Yuri se caló el sombrero. Una ráfaga de viento le provocó un escalofrío y aceleró el paso. Lev caminaba a su lado, en silencio, con las manos guarecidas en los bolsillos y el abrigo abrochado hasta la nariz. Sabían que tres calles más allá habría coches de caballos a la espera de algún cliente que les entregara unas monedas por cobijarse bajo su techo, pero estarían en los límites del barrio y la nieve y la oscuridad solo ralentizaba su caminar. Escuchó las botas, con fuertes pisadas, detrás de ellos, que trató de ignorar. Era consciente que girarse y encarar la realidad solo traería más problemas. Sin embargo, no contaba con que fuera la realidad la que decidiera ir a por él.

—Mierda —masculló el conde a su lado. Los habían rodeado.

—Mierda —secundó el príncipe.

Larissa se apoyó contra la pared de ladrillo y trató de recuperar el aliento. Apartó la bufanda y tomó aire, que salió en bocanadas blanquecinas y bordeaban su rostro. Las piernas le flaquearon y tuvo que sujetarse a una cañería para no caerse. Estaba helada y el contacto con su piel sudorosa fue desagradable. Desconocía la calle donde se encontraba, pero sabía que era cerca de la avenida principal de Lyetiny, al oeste del barrio Smolny, por el ruido de gente que todavía escuchaba. Debía alejarse más. Llevaba pantalones y el pelo recogido debajo de una gorra, así que era fácil

confundirla con un muchacho que tenía que entregar un recado. En realidad, se sentía como una niña asustada que solo estaba huyendo. «Vamos, no empieces con lamentaciones, tienes que llegar al punto de encuentro». Cogió aire y retomó la carrera.

Se adentró en el hueco que había entre los edificios, zonas de paso sin nombre que amontonaban deshechos y nieve parda. Larissa ignoró los pies empapados, el cansancio que le agarrotaba la espalda y le hacía apretar las manos con fuerza dentro del abrigo de lana raído. Se encontró de golpe con la calle Madezhny, que a pesar de las horas nocturnas albergaba a trabajadores que regresaban a su hogar. Había algún trineo y coche de caballos, muy diferentes a los que recorrían las vías de la avenida Nevsky, con el brillo perdido por el humo de las chimeneas y los animales, viejos y derrotados, incapaces de trotar o relinchar con energía.

Larissa regresó a los recovecos entre las fachadas, esos caminos por los que últimamente había aprendido a convivir con tranquilidad. El repentino maullido de un felino la hizo detenerse en seco. Se trataba de un gato negro, con el pelaje lustroso, que se limpiaba los bigotes con despreocupación. Sus ojos, tal vez verdes, tal vez dorados, la observaron sin interés. Para ser un gato callejero, era bastante confiado; seguro que se habría dejado acariciar. Pero Larissa tenía otras prioridades en mente. Transitó por el inquietante silencio, a veces completamente a oscuras. El ladrillo, frío bajo sus dedos, parecía exudar, febril. Era una minúscula mota que se dejaba arrastrar por las estrechas venas de una ciudad moribunda. Percibió de una de las ventanas altas el olor a coliflor y el estómago le rugió. No debía retrasarse más. Recto, izquierda, derecha y de nuevo recto. Dos puertas más allá estaba su destino.

Subió las escaleras de dos en dos, de tres en tres. Con cada zancada el cansancio dio paso a una sensación más cálida y más intensa que reforzaba sus músculos. Llevaba todo el recorrido dándole vueltas a la misma idea y no

le gustaba nada la conclusión a la que había llegado. Todavía estaba asimilando lo que había ocurrido, pero lo poco que había comprendido le ponía los pelos de punta y tensaba sus nervios. Esperó frente a la puerta tras realizar los golpes en el orden apropiado. Varenka le abrió. Tenían prácticamente la misma edad, pero el dolor había endurecido y añadido finas arrugas a su expresión. Se había cortado más la melena y llevaba el mismo atuendo que ella. Con su físico recio, parecía otro hombre más.

Larissa la apartó con brusquedad y fue directa a la sala, donde sabía que estaría él. Se lo encontró con la cadera apoyada en la mesa, donde descansaban varios papeles dispersos con planos y media docena de paquetes marrones. Hablaba animadamente, con grandes aspavientos y una enorme sonrisa infantil en la cara. Aquello solo la enfureció más. Ella se acercó y, sin inmutarse, le cruzó la cara con una bofetada.

—¡Cómo te atreves! —gritó ella.

Ilya, el objeto de su ira, se llevó la mano a la mejilla, sorprendido por su reacción. Poco tardó en decidir lo que haría a continuación, pues cerró la mano en un puño y lo dirigió hacia ella. Kova, que había estado calentándose frente a la chimenea a medio paso de distancia, detuvo su brazo en el aire. A pesar de la altura del adolescente, Kovalyov le sacaba una cabeza y lo doblaba en anchura. Aun así, Ilya, con la valentía propia de la juventud, trató de zafarse.

—¿¡A qué ha venido eso, puta!?

—Así no se trata a una dama.

Biery, alertado por los gritos, salió de la habitación adyacente y se acercó a Larissa. Enmarcó su rostro en un gesto cariñoso, que ella rechazó.

—¿Estás bien, querida?

—Yo sí —respondió entre dientes—. Pero ese niño merece un castigo.

—Bueno, creo que ya te has encargado de darle una lección, ¿no crees?

—¿Una lección? ¡Pero si casi mata un hombre!

—Baja el tono —dijo él y se puso el dedo índice sobre los labios—. Los vecinos sospecharán.

Tenía razón, no debía alzar la voz, así que Larissa cerró la boca y bufó, disconforme.

—Vamos, Kovalyov, suéltale, no es más que un cachorro herido.

—¡No soy un perro! —se quejó Ilya, con la vergüenza tiñendo de escarlata su cara. Pero las palabras de Biery calaron hondo y se fue al rincón, lejos del fuego, humillado por su dueño.

—Ha ido bastante bien —comentó Varenka, quitándole hierro al asunto. Había observado el espectáculo apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados—. Puede que el plan original se nos desviara un poco...

—No digas tonterías, Vare, la mitad de lo que ha ocurrido hoy no estaba previsto —rebató Larissa.

—Pero funcionó, ¿verdad? —dijo y señaló el botín sobre la mesa—. Lo tenemos.

—Sí, el resultado ha sido fructífero.

Ignatei Isaev se secaba las manos con un trapo mientras caminaba hacia ellas. Biery lo había presentado hacía unos días como un amigo «esencial» para el éxito. A Larissa le daba escalofríos. Era un hombre desgarrado, que el tiempo y el trabajo le habían provocado una protuberancia en la espalda. Nada más verle daban ganas de ofrecerle un plato de gachas y una cama, tal vez así su rostro parecería menos cadavérico.

Su hermana, Anna, había heredado los mismos genes y su piel pálida adquiría un tono translúcido con la luz de las llamas que iluminaban el cuarto. Sus prendas eran oscuras, como si guardaran luto por el fallecimiento de un familiar y los movimientos de ambos estaban coordinados, igual de ensayados que la coreografía de los protagonistas del número principal del

teatro Mariinsky. Nunca se separaban más de unos pasos el uno del otro.

Ignatei cogió uno de los paquetes sobre la mesa y deshizo el lazo con cuidado y precisión. Sus dedos de pianista se movieron con agilidad y sacaron el contenido con una expresión triunfal: dos tubos de cartón de unos diez centímetros de largo.

—Su diseño es tan sencillo y efectivo —comentó Anna, sosteniendo con admiración uno de los tubos.

—Desde que se añadió el dióxido de silicio, la nitroglicerina se estabiliza mejor —continuó su hermano—. Pero no es muy elegante.

—Sigo pensando que una granada de mano sería más útil.

—Deja de repetir lo mismo, Varenka. Mientras no tengamos una confirmación de que tu contacto vaya a conseguirlo, es mejor buscar una alternativa —dijo Biery, y señaló el resto de paquetes a los hermanos Isaev—. ¿Será suficiente con tres pares?

—Sí, sí, no habrá problema.

—¿Seguro? Dijiste lo mismo en la misión del tren y el resultado fue muy... desafortunado.

—Ahí no tuve yo la culpa —contraatacó Ignatei—. Controlo el material, no su ubicación. Lo importante es que el vagón estalló, ¿no?

—¡Para lo que sirvió! —Alzó las manos Varenka, exasperada—. Ahora el objetivo está rodeado de cosacos, la vigilancia es mayor y ya conocen nuestros métodos.

—Eso es, después de aquello la Voluntad adquirió más poder. Nos tienen miedo, ¿no lo veis? —preguntó Biery de forma retórica—. Ignoran nuestro número, a pesar de los duros interrogatorios que han sufrido nuestros compañeros. Solo saben que estamos dispuestos a ir hasta las últimas consecuencias para lograr la liberación del pueblo.

—¡A qué precio! —intervino Larissa, que se había mantenido al margen

hasta el momento—. Ese hombre no tenía culpa de nada y lo hemos dejado con la cabeza abierta en el suelo de la fábrica.

Ilya dio un paso al frente para dar su versión de los hechos y señaló con el dedo índice la mesa, como si estuvieran junto a la víctima y continuaran la discusión que se había quedado a medias durante el robo.

—Para empezar, él no debía estar ahí —dijo y lanzó una mirada furibunda a Kova, que se había interpuesto entre los dos—. Yo soy de los últimos de salir y esa zona se cierra con llave. Tardé dos días en quitársela al capataz para hacer una copia. No había seguridad, tan solo una puerta. ¿Cómo íbamos a saber que el nuevo se perdería y terminaría a los pies de la oficina del jefe?

—¿Y eso era necesario? ¿Atizarle con un hierro? Tal vez está muerto y nosotros aquí, debatiendo los beneficios e inconvenientes de unos cuantos tubos de dinamita. No creo que esto...

—Lo que importa es el fin, creía que lo entendías, ¿ahora vas a dudar? —cuestionó su lealtad Biery.

Ante sus ojos, Larissa se vio como una criatura débil e inservible. No podía permitirse perder su confianza. «Deja de mirarme como a las demás», como a otro gorrión malherido en el bosque, como decía él. Odiaba que la consideraran la presa, un animal al que proteger y cuidar. Ella era una mujer fuerte, con convicciones y valores arraigados. Sin embargo, con el acto que acababan de cometer, la seguridad en sí misma se tambaleaba.

Larissa giró el rostro, incapaz de sostener su mirada ni su significado: decepción. Le dio la espalda y se dirigió a uno de los cuartos del pequeño piso franco que Varenka había alquilado. Era la que mejor se conocía la zona sin antecedentes. Su presencia no levantaría sospechas.

Una cama deshecha, un armario y una minúscula ventana de la que apenas entraba la luz artificial de las farolas de gas. Se acercó a la mesita de noche y prendió el quinqué de aceite, que alumbró las paredes amarillentas, con

manchas de moho y finas grietas. No era el lugar más apropiado para que una mujer como ella se planteara los cimientos de su existencia, pero era lo que había más a mano. Se sentó en el borde del colchón y ocultó su rostro entre las manos. «¿Esto es lo correcto?».

Biery pasó sin llamar. Era una de sus costumbres que no le gustaba. De todas formas, tampoco le habría dado permiso para entrar. Sintió su peso sobre la cama, a su lado, pero ella lo ignoró.

—Dime qué te aflige.

Larissa no pudo evitar sonreír para sí. Esas palabras eran las mismas que le había dicho al conocerse, en la estación de tren de San Petersburgo. Entonces, hacía pocos días que había regresado de París y su piel aún sentía el frescor de los Campos Elíseos. Pero la agri dulce alegría de volver al hogar pronto se había visto truncada. Tras el fallecimiento de su madre, había vendido la casa familiar, a la que no tenía ningún apego especial, por lo que se había instalado en un hotel mientras buscaba un apartamento y una forma de vivir dignamente. Qué estúpida era. Una mujer joven, soltera y sin título nobiliario en Rusia no servía más que para coser, educar los hijos de los otros o convertirse en la criada de alguna casa señorial. Tenía estudios, por lo que ascendería rápidamente de posición, sin embargo, siempre estaría por debajo de una dama de renombre, aunque tuviera cinco años. Mientras que en los centros neurálgicos de Europa comenzaba a tomar fuerza el movimiento sufragista y se hablaba en voz baja de que la mujer pudiera votar en igualdad de condiciones que un hombre, en su tierra natal no era más que un maniquí a la espera de cobrar vida con la «adquisición» de un esposo.

La energía que creía haber acumulado durante su estancia fuera de las fronteras rusas desaparecía con cada giro de las manecillas del reloj, atrapada entre los cientos de puentes que conectaban las húmedas callejuelas peterburguesas. Tenía dos opciones: o huir o terminar en el fondo del Neva.



Así que cogió sus pocas pertenencias y se quedó en el andén de la estación Nikolayevskiy, quieta como una estatua, con la mirada perdida en el horizonte. Ella, que siempre había sabido hacia dónde dirigir el rumbo, se encontraba perdida. Las aventuras que había buscado como una adicta durante su época universitaria no tenían importancia ni sentido. ¿Qué iba a hacer? ¿Volver a París o a Zúrich? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haría después? Cerró los párpados, abrumada por la realidad que le había sobrevenido de golpe.

—¿Qué le aflige, señorita?

Larissa se encontró con la intensa mirada de Alexander Biery, que brillaba como dos piedras de carbón con el fuego oculto bajo la superficie oscura. Tenía la barba mal recortada y los mechones, negros y canosos, se escapaban bajo su sombrero. En su mano, la bolsa de viaje de la joven, que había debido de caerse durante su ausencia mental. Biery la acompañó hasta un banco y se comportó como el caballero que había aprendido a imitar. Cumplía muy bien con el papel, aunque su carácter hacía que el personaje no fuera creíble, al menos para quien observara más detenidamente su postura y sus palabras. Su aspecto descuidado parecía no importarle, ni los sutiles gestos reprobatorios de varios de los usuarios de la línea ferroviaria. Asumía que no era aceptado, y lo llevaba con orgullo, como una reluciente medalla prendida del pecho.

En ese corto encuentro, Larissa vio en él todo lo que quería ser. Estaba habituada a relacionarse con gente como Biery, que se alimentaba de ilusiones y esperanzas. Era un soñador. Lo había descubierto cuando la noche de aquel miércoles había aceptado la invitación de acudir a La Rata Callejera, en el sótano de la Casa Nikeen. Alexander Biery era un «provocador», como decían las autoridades, un agitador de masas y de conciencias. Era la cura para la enfermedad que mataba lentamente el corazón de San Petersburgo. Era su salvador. El mismo que hacía una hora había organizado un robo y

participado en la agresión a un pobre hombre sin dudar.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó él, de vuelta al minúsculo apartamento en el barrio de Lyetiny.

—De si esto está bien —confesó—. De los límites y de las consecuencias que tiene cruzarlos.

—Lara, cariño, entiendo lo difícil que puede ser para ti, pero no debemos perder de vista el objetivo, la razón por la que llevamos tanto tiempo luchando: el surgir de una idea que lo cambiará todo.

—Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en el rostro ensangrentado de ese hombre —se lamentó ella. A pesar de haber vivido la violencia de cerca en ocasiones anteriores, no estaba nada entusiasmada con los sentimientos que despertaban en ella. Terror, inseguridad, pero también emoción.

—Muchos de los nuestros han sido secuestrados, torturados y asesinados. —Biery bajó la mirada, como si el simple evocar de los padecimientos de sus compañeros le afectara nuevamente—. Sabes que no soy un insensible, pero en ocasiones es mejor acallar la conciencia para avanzar, por un bien mayor. No estamos en situación de ser condescendientes, o peor, benévolos. Ellos nunca lo han sido con nosotros, jamás nos han dirigido su amabilidad. Los nobles, aristócratas y sus lacayos, todos son igual de perniciosos para la nueva Rusia que queremos construir, juntos, ¿recuerdas?

Asintió en silencio. «Juntos». Biery extendió el brazo y acercó a la joven, estrechándola con suavidad contra su pecho. Ella alzó el rostro, suplicante de unas gotas de ternura. Él inclinó la cabeza y sus labios se unieron en un beso dulce, con sabor a nieve y sal. Larissa rodeó sus hombros e hizo desaparecer el espacio que los separaba. Se estremeció cuando notó los finos dedos de él adentrándose bajo el abrigo, ascendiendo por el jersey de lana y jugueteando con los botones de la fina camisa. El tamaño de sus pechos hacía innecesario que los vendara para disimular su sexo, como hacía Varenka, así que el

contacto fue inmediato y erizó su vello.

—Alex, espera... —pidió ella, apenas audible.

—Hace tanto que no estamos a solas, déjame tenerte así un poco más.

La respuesta de Larissa fue un beso más profundo. Con los preparativos y las reuniones de madrugada, no habían tenido tiempo de disfrutar de sus breves encuentros, y por el calor que emanaba de sus cuerpos, era evidente que ambos sentían con intensidad la ausencia del otro.

Larissa apretó su nuca, impidiendo cualquier escapatoria, mientras un millar de mariposas revoloteaban en su estómago y cubrían su piel de invisibles caricias. Los dedos de Biery descendieron por su cintura y tiraron del filo del pantalón. Si seguía así, no podrían parar, pero era imposible detenerse con el deseo palpitante bajo las capas de tela que cada vez molestaban más.

Tres golpes en la puerta y regresaron a la realidad.

—Debemos irnos.

Era la voz de Kova, y la conciencia de lo que estaba ocurriendo en la habitación, con nada más que un muro entre ellos y el resto de sus compañeros, provocó una súbita timidez en Larissa, que sonrojó sus mejillas por la pasión y el bochorno. Biery le dedicó una sonrisa encantadora y besó la punta de su nariz.

—Habrá que posponerlo para otra ocasión.

Los dos se incorporaron y recolocaron sus prendas en silencio. Nada más salir, se encontró con la expresión ufana de Varenka, de labios estirados en un gesto casi obsceno. Al parecer, no podía engañar a nadie. Durante su ausencia, los hermanos Isaev habían guardado la mercancía robada en dos bolsas de viaje y despejado la mesa, sin planos ni mapas que delataran el proyecto que llevaban entre manos.

—El trabajo de hoy ha concluido, marchaos —ordenó Biery, sin perder

nunca su posición de líder—. Sabéis el lugar y la hora del próximo encuentro. Conocéis vuestro cometido. Recordad no dejar pruebas físicas, nada de papel o mensajes verbales; hasta el más inocente nos puede traicionar y ninguno quiere acabar en Karkov.

Tan mísera era la condición de los presos políticos en la temida cárcel de Karkov, llamada «casa de los horrores», que se habían amotinado para que al menos se les equiparara a los delincuentes comunes. Solo sabían de ellos por trozos de papel que se pasaban de uno en uno hasta que, por fortuna o por algún funcionario caritativo, lograba enviarlo hasta sus familias. El boca a boca era peor, lleno de historias terribles, sacadas de las pesadillas de un loco.

Abandonaron el piso franco en pequeños grupos para no levantar sospechas. Primero los hermanos Isaev, después Ilya y Biery y, por último, Kova y Larissa. Varenka, propietaria temporal del apartamento, se despidió de ella con una suave palmada en el trasero. Larissa no supo muy bien cómo interpretar aquel gesto.

La hora de cenar había pasado y era el turno de los borrachos, apostadores y pequeños delincuentes de tomar las calles. Transeúntes y mendigos se guarecían del frío junto a pequeñas hogueras que encendían pegados a los edificios. Estaban prohibidas, eran un riesgo para las construcciones de madera. Sin embargo, en esa zona no había agentes de la seguridad que vigilaran y los denunciara; todos se amontonaban al otro lado del río Fontanka, donde el dinero y la vida de los residentes era más valorada.

Larissa respiró contra el cuello subido del abrigo para intentar calentar su nariz. El invierno apenas había empezado a dar sus coletazos, pero pronto habría otra nevada importante y ya sería imposible eliminar el gris blanquecino del paisaje urbano durante unos meses. Miró a Kova de reojo. Quiso preguntarle por la salud del pequeño Alyosha, sabía que la medicina

estaba teniendo efectos positivos, pero le quedaba un largo camino hasta la recuperación. «Si lo consigue...». Negó enérgicamente con la cabeza, debía expulsar los pensamientos negativos. Una sola mirada de su amigo y leería sus preocupaciones enseguida, como si él no tuviera suficiente ya. Kova ralentizó el paso y comenzó a balancearse como un niño inquieto. Era la actitud que tomaba cuando iba a tratar un tema que a él le parecía trascendental. Los hombros de ambos chocaron y su amigo empezó a hablar.

—No me fío de él.

—¿De quién, Alex o Ilya?

—De ninguno.

Larissa sonrió, imaginaba una respuesta así. Desde que habían ideado el plan, él se había mantenido todo lo al margen que había podido, tan solo esperando órdenes directas para actuar. Tanteaba a los demás, los observaba con cuidado, siempre con el recelo oculto tras sus pupilas. Sabía que la agresión de Ilya tampoco le había parecido correcta, aunque al momento había evitado cualquier enfrentamiento con el resto de los miembros del grupo. Larissa estaba convencida de que, si la discusión en el apartamento de Varenka hubiera ido a más, él la habría defendido hasta el final. Todavía estaba dispuesto a hacerlo, se intuía en su expresión. Tal vez por eso se había atrevido a llegar hasta ese punto sin retorno con la Voluntad, porque le tenía de su lado.

—Hay algo en él que no me gusta y no creo que...

Kova se detuvo a mitad de la frase. Larissa iba a preguntarle de nuevo a quién se refería, sin embargo, el ruido proveniente de uno de los callejones la interrumpió.

—¿Eso es una pelea? —preguntó y al momento resolvió la incógnita.

De hecho, era una pelea claramente injusta. Cuatro contra dos. En una esquina, uno de los hombres ayudaba a incorporarse a un compañero con la

pierna en una postura terriblemente dolorosa. Larissa y Kova se apoyaron contra la pared, protegidos por la oscuridad. Ella golpeó accidentalmente los restos de una fogata que había a su lado y se quedó petrificada. No los habían descubierto y preferían seguir así. Los problemas de Lyetiny, Smolny o Sennaya, donde ella vivía, eran similares. Solo cambiaban las calles, el conflicto interno variaba de una zona a otra y se extendía, como una plaga incontrolable.

Los dos agresores restantes habían rodeado a los otros hombres que, a pesar del barro húmedo en sus ropas, debían ser adinerados o de buena posición. Uno de ellos llevaba un abrigo negro, hecho a medida y con unos botones plateados que brillaban a pesar de la poca luz que se filtraba desde la calle principal. La otra víctima iba de gris ratón, como lo llamaban en muchas sastrerías, que lucía un desgarrón en el hombro izquierdo. Había dos sombreros de bombín olvidados en el suelo, que sus dueños habían perdido en el transcurso de la pelea. El resto eran la típica panda de matones que se encontraba vagando junto al río, sin nada mejor que hacer que robar a un par de idiotas. «¿A quién se le ocurrirá andar por estos sitios de madrugada?». Ella estaba ahí, pero sus asuntos eran bien diferentes.

—Vámonos —le instó Kova.

—Sí.

Dieron media vuelta, pero un largo gemido detuvo sus pasos. Conocía esa voz. «No puede ser». Larissa se giró, de nuevo inmóvil junto a la pared.

—Acércate a la luz, acércate un poco más... —murmuró contra los ladrillos. Su petición fue inútil, solo veía barba, pelo castaño y el horrible abrigo gris. Él volvió a quejarse cuando se encogió por el rodillazo en el estómago y se balanceó hacia delante. Su compañero había recibido un fuerte puñetazo y tenía medio rostro ensangrentado. Estaba sentado, con la espalda ligeramente encorvada y las piernas estiradas. Parecía inconsciente. Goteaba

rojo desde su ceja, manchando su ropa. Tenía pinta de que aquello terminaría mal. Debía comprobarlo.

—¿Qué haces? —Kova la agarró del brazo.

—Tengo una corazonada.

—¿Vas a arriesgar tu vida por una corazonada?

—¿No es lo que he hecho siempre? —respondió con una sonrisa que trató de mostrar una confianza en sí misma algo endeble.

Antes de que su amigo tuviera oportunidad de pararla otra vez, se adentró en el callejón y, con el tono más grave que pudo componer, les increpó:

—¡Eh, capullos! ¡Dejadlos en paz!

El de la pierna rota y su «bastón humano» habían abandonado el escenario y los otros dos se miraron, decidiendo si debían mostrarse sorprendidos o burlarse del recién aparecido. Al fin y al cabo, iba vestida de hombre y se había hecho con un tronco medio negruzco que no se había consumido del todo en la fogata. Blandió el trozo de madera como una espada frente a ella. Sabía usar un arma cuando era necesario, pero en ese momento su valor era lo único afilado entre esos edificios. Y el cuchillo que acababa de sacar uno de los agresores.

—Anatoli y Czeslaw, será mejor que os vayáis —dijo Kova en polaco tras ella—. A vuestras esposas no les hará ni pizca de gracia saber que os dedicáis a apalear gente por las noches.

—Son nobles —exclamó en el mismo idioma el tal Anatoli, que parecía el líder del grupo—. Se lo merecen.

Kova se encogió de hombros y habló sin mirarles, con las manos en los bolsillos.

—Puede, pero si sangran mucho traeréis problemas al barrio. ¿Es eso lo que queréis? ¿Que haya represalias?

Anatoli maldijo en voz baja y escupió a los pies del hombre barbudo, que

había caído de rodillas y sujetaba su dolorido abdomen. Hizo una señal con la cabeza al otro, que siguió sus pasos en silencio.

—Ya puedes soltar eso, pequeña lagartija.

Las palabras de su amigo hicieron reaccionar a Larissa, que todavía blandía el tronco quemado, con las falanges blanquecinas por la presión que ejercía. Soltó la madera.

—¡Sabías quiénes eran! —le acusó mientras aceleraba el ritmo hacia el herido que le interesaba.

—Sí, por aquí todos nos conocemos.

Su indiferencia fue lo que más le cabreó.

—¿Y por qué no los habías detenido antes!?

—Porque «ellos» no son nuestro problema.

—Pues ahora sí lo son. En realidad, hace mucho que lo son. ¿Te suena?

Según se estaban acercando, el noble herido, que se había quedado tumbado de lado, abrazado a sí mismo, se giró hacia sus salvadores. Kova pronunció un insulto en su lengua materna con tantas consonantes juntas que ni ella podría reproducir. El hombre del abrigo gris entrecerró los ojos y parpadeó. A pesar de la sangre en la frente y en la boca, su mirada avellana seguía conservando una ternura inmaculada que Larissa jamás olvidaría.

—¿Lara?

—Hola, Yura.



## Capítulo VI

Los fuertes golpes en la puerta despertaron a la mitad del personal del palacio Volkonsky. Una adormilada Nadia escuchó los pasos de su hermano, siempre acompañado del bastón, cruzar el pasillo y bajar.

—¿¡A qué viene este jaleo!?

El príncipe no tenía buen despertar y, aunque en su época de soldado había aprendido a controlar su humor, nadie en su sano juicio se atrevía a molestarle en su reposo.

—Alteza, son el príncipe Khilkov y el conde Golitsin.

A pesar de la situación, la voz de Seryozha se mantuvo firme y Nadia entendió a la perfección el apellido de su marido. Hacía unos días que se habían trasladado al hogar de sus padres para que las reformas en villa Betulia avanzaran más deprisa. Estos continuaban en los balnearios de Haapsalu, por lo que tampoco habían puesto objeción. Al parecer, la salud de su madre había mejorado ligeramente, y tenían previsto alargar su estancia hasta que las temperaturas peterburguesas fueran más apropiadas para sus delicados pulmones. Por lo tanto, el ambiente en el palacio era bastante relajado. Pensaba que en su antigua habitación encontraría un poco de paz, con la compañía de su hermano y las habitaciones que tan bien conocía. Sin embargo, solo consiguió noches de desasosiego e inquietud, por lo que, en su ligero sueño, su reacción fue más instintiva que racional. Descendió por las escaleras con su grueso batín turquesa y unas zapatillas tan ligeras que nadie se percató de su presencia, hasta que gritó.

—¡Yuri!

El príncipe, apoyado como podía en el joven muchacho que lo había traído, tenía el rostro magullado y sangraba por el labio. Su abrigo gris estaba

desgarrado y sucio. Parecía un pobre vagabundo al que acababan de apalear. Tenía los ojos entrecerrados, seguramente aturdido. La princesa se acercó a él, pero su hermano extendió un brazo para impedirselo.

—¿Qué queréis? —inquirió, con su afilada mirada azul clavada en los intrusos que sostenían a los dos nobles. El conde era el que peor aspecto presentaba, inconsciente y con la sangre manando abundante desde su ceja.

—Menuda bienvenida, menos mal que son de los vuestros —dijo el muchacho, y Nadia se dio cuenta al instante de su error. Era una mujer, no un hombre—. Nosotros no queremos nada, y menos de los Volkonsky, pero pensábamos que os interesaría conservarlos con vida.

La mujer hizo un gesto con la cabeza y su compañero entregó el cuerpo del conde a Ivan, que no tenía nada que envidiar en estatura y fortaleza al extraño. Gregori, cochero y marido de la cocinera, hizo lo propio con el príncipe Khilkov, que balanceaba la cabeza con los ojos entornados.

Los desconocidos se quedaron en la puerta, con bocas que exhalaban vaho y tensión mientras Nikolay apretaba con fuerza el mango del bastón. Nadia sabía que en un movimiento podía desenfundar el estoque y herir de gravedad a cualquiera que tratara de sobrepasarse. Lo había visto en una ocasión, tras su regreso de Shipka, cuando había tenido que dar una lección a unos esgrimistas novatos que se creían capaces de vencer al legendario heredero de los Volkonsky. En el momento del duelo, el dolor de su pierna había desaparecido y había recuperado su vieja agilidad, aunque fuera por unos segundos. Suficiente para perforar la carne.

—No nos mires así —se enfrentó la mujer, con el pelo recogido bajo una gorra de lana. Nadia se preguntó cómo no se había percatado antes de su sexualidad, pues sus pómulos altos y grandes ojos grises no daban lugar a duda—. Su *alteza* es inteligente y sabe que no hemos sido nosotros, porque sería irracional presentarse a estas horas en la casa de la esposa y el cuñado

de la víctima. —Echó un último vistazo al príncipe Khilkov, que luchaba por seguir despierto y observar a su extraña salvadora—. Decidle a Yura que deje de frecuentar esos lugares, que ya no está en Kiev.

Se dieron la vuelta para marcharse por donde habían venido. El temporal de nieve empeoró y no tardó en aparecer un cochero que recogía a todo aquel que pagara unos rublos por su servicio, ya fuera de transporte o como simple techo protector. Pero en cuanto vio que no eran su clientela habitual, los ignoró, y la extraña pareja desapareció en la madrugada de San Petersburgo.

Parecía que habían pasado días desde aquella aparición fantasmal, más propia de uno de los oscuros relatos de Gogol, pero hacía solo unas horas que su marido yacía en el lecho conyugal. La princesa Nadezhda se quedó pensativa bajo el marco de la puerta de su antiguo dormitorio, con los brazos caídos a cada lado y la mirada fija en el ocupante de la cama. ¿Cómo se suponía que debía actuar una dama de su categoría en una situación así? ¿Qué debía decir al servicio o a los amigos que venían de visita sobre los rumores? Las habladurías eran inevitables, y pocas veces de su incumbencia, pero afectaban a la reputación de su familia. Bastaba con prestar la suficiente atención para escuchar las voces que se quedaban a través de las habitaciones del palacio, a los criados cuchicheando sobre el estado del príncipe y el conde, la imprevista visita del médico de madrugada y las manchas de sangre que, a pesar de limpiar, volvían a aparecer en el vestíbulo y en las escaleras. Eran imaginaciones suyas, por supuesto.

Su antiguo dormitorio era ahora la cama de un matrimonio enfermo y un esposo malherido. El doctor había sanado y vendado su cuerpo. O eso suponía la princesa. Desde que habían entrado en palacio, su hermano se había esforzado por mantenerla alejada de las curas y las preocupaciones. Al menos la mantenía informada, pero era insuficiente. Debía verlo por ella misma.

Cruzó la puerta del dormitorio. Los muebles de estilo francés que tan añiados le habían parecido en el pasado, ahora desentonaban más. Nadia se detuvo frente al tocador y se dedicó un rápido vistazo, una costumbre demasiado arraigada. Su palidez natural resaltaba aún más por el tono morado oscuro de su vestido de cuello alto. Comprobó los botones de las mangas y su recogido, con los mechones rubios perfectamente contenidos en un moño apretado.

Estaba nerviosa y no sabía por qué. «Solo es extrañeza porque no estás acostumbrada a estas situaciones, eso es todo», trató de calmarse, y se convenció a sí misma de que esa debía ser la razón por la que sentía los latidos de su corazón y le apretaba tanto el corsé, no podía ser agitación ni preocupación. ¿Cómo iba a estar intranquila por un hombre al que apenas conocía? Por un hombre al que prácticamente había estado evitando desde que prometieron sus votos en el altar. Alguien con quien había compartido unos instantes de convivencia, pero cuya mirada conseguía sonrojar sus mejillas sin razón.

De pie, junto a la cama, Nadia se llevó la mano a los labios y contuvo una exclamación de sorpresa. Se inclinó, instintivamente, para ver de cerca la gravedad de las heridas. La zona alrededor del ojo continuaba hinchada, pero ya no parecía una bola de billar. Debieron de hacerle un corte para sacar la sangre sucia y evitar que perdiera la vista. El labio inferior también estaba inflamado con una pequeña costra sobre él. Tenía una venda alrededor de la cabeza. Vislumbró un pedazo de tela blanca debajo de la sábana y, sin pensarlo, la levantó para confirmar que no llevaba camisa. Su torso estaba envuelto por el vendaje y la mano con que Nadia ocultaba su boca comenzó a temblar.

—Tranquila, solo son dos costillas rotas.

La princesa bajó la sábana de golpe por la impresión y sintió el rostro en

llamas. Yuri estaba despierto, lo cual empeoraba su aspecto. Ahora tenía un ojo medio cerrado, el otro le lagrimeaba y trataba de sonreír, tal vez para intentar calmarla; solo que le otorgaba una expresión depravada.

—Tienes un aspecto terrible —dijo ella sin pensar.

—He estado peor, créeme.

El príncipe apoyó los codos y se incorporó con mucho esfuerzo. Nadia se alejó para dejar que se acomodara en la cama, sin saber muy bien cómo obrar a continuación. Vio varios cojines amontonados sobre una banqueta y le ofreció una.

—Gracias.

Yuri se quedó sentado, en silencio, con la cabeza inclinada hacia delante y los puños cerrados alrededor de la colcha.

—¿Estás bien? —se preocupó Nadia—. ¿Llamo al médico? Creo que ha dejado unas medicinas para que te tomes después de comer.

—No, no —le interrumpió y agitó la mano para reforzar su negativa—. Solo dame un segundo y estaré bien.

La princesa ocupó la silla estilo Luis XVI que había cerca del cabezal. Podía escuchar la respiración pesada de su esposo mientras recuperaba el aliento por la maniobra. Nadia se miró las manos, que frotaba con insistencia. Era un gesto que repetía cuando no sabía cómo se suponía que debía reaccionar. Tenía tantas preguntas y tan pocas maneras de formularlas correctamente. «Tal vez deba hacer como la mayoría de las esposas; ver y callar, ignorar lo ocurrido y pensar en el color de la nueva colcha que combinará con las cortinas». Sin embargo, ella necesitaba saber.

—Nos atacaron —empezó Yuri, dándole así la oportunidad de conocer la verdad sin verse forzada a realizar preguntas incómodas—. Ocurrió en Lyetiny, salimos de la fábrica, fuimos a cenar y volvíamos a casa. No esperaba que las calles se hubieran vuelto tan peligrosas en tan poco tiempo.

—Algunos barrios por la noche son lugares que se deben evitar, y más donde ha habido revueltas —le regañó ella—. Puede que sea mujer, pero tengo oídos y hasta yo sé que no somos bien recibidos al otro lado del Fontanka.

Yuri se llevó la mano a la cabeza y frotó sus cabellos castaños, enmarañados.

—Fui un estúpido.

—Sí, lo fuiste.

Nadia se quedó paralizada. Había llamado «estúpido» a su marido a la cara. Sus pensamientos pocas veces eran escuchados, por lo que a veces se escapaban por su lengua y soltaba frases como aquella. Aunque solía esperar hasta estar sola, con Yuri el comentario salió natural. Alzó la vista. ¿Se habría ofendido? ¿Se enfadaría con ella? Pero él la miraba, con un ojo más abierto que otro, en una ridícula expresión de sorpresa, y comenzó a reírse a mandíbula batiente. Su risa se extendió por el cuarto y una extraña calidez ascendió por el cuerpo de la princesa. Ella también sonreía. El sonido cesó de golpe y el príncipe se llevó las manos al vendaje. La herida por las costillas rotas debía ser terriblemente dolorosa.

—¿Cómo está Lev? —se interesó su marido, con la expresión todavía contraída.

—El médico dice que bien, solo inconsciente; no sangró mucho. Mi hermano hace guardia frente a su puerta, para que en cuanto despierte pueda echarlo.

—Muy propio de él.

—Sí.

Después vino el silencio incómodo. Tenían varios asuntos que hablar y zanjar entre ellos, pero él no estaba con fuerzas y a ella no le apetecía entrar en ese terreno pantanoso. ¿Sentimientos? ¿Problemas conyugales? Mejor

buscar una conversación neutral.

—A comienzos del año que viene tendremos luz de gas en nuestra casa.

—¿Nuestra casa?

—Sí, en villa Betulia.

—Es la primera vez que te oigo llamarla «nuestra».

Nadia mantuvo la vista fija en él. No se había percatado del pequeño detalle, aunque podía entender el significado que ocultaba. No era la única.

—Supongo que es normal —dijo Yuri con voz apagada—. Desde que nos casamos, no he hecho absolutamente nada para que sientas que es también tu hogar; de hecho, puede que no sea ni siquiera el mío. —Nadia se quedó estupefacta. ¿Debía responderle de alguna forma? ¿Por qué se mostraba de repente tan sincero? ¿Sería a causa de alguna de las medicinas que le habían administrado?—. Perdóname, Nadia, me importas y quiero ser un buen marido para ti.

Llamaron a la puerta y Polina, la criada, entró sin apenas esperar.

—Disculpad, debo cambiar las sábanas.

Nadia se incorporó como un resorte y aprovechó la coyuntura para salir del cuarto sin que Yuri le viera el rostro, con los ojos muy abiertos y el rictus serio. ¿Por qué había pedido perdón? ¿A qué venían aquellas palabras? Más aún, ¿por qué le había hecho sentir un cosquilleo bajo su pecho?

Caminó con paso acelerado hacia la sala de música, donde el gran piano de cola negro esperaba, como siempre, el suave roce de sus dedos. La princesa se sentó en la banqueta y se desabrochó los dos primeros botones del vestido. Le faltaba el aire. Levantó la tapa que protegía las teclas y comenzó a acariciarlas, despacio. El sonido de uno de los Nocturnos de Chopin inundó el cuarto. Casi podía sentir cómo las notas salían a borbotones de sus entrañas y fluían por el instrumento, haciendo vibrar las paredes.

La música siempre había sido su escapatoria, su lugar seguro. La dura

formación a la que se había visto sometida fue suavizada por el placer que sentía al dar vida a las innumerables partituras. Aunque a su madre no le hacían especial ilusión sus sueños de pianista profesional, le había permitido recibir clases. Debía cultivar algún talento que pudiera atraer a los futuros pretendientes. Sin embargo, aquello solo había servido para que se aislara más, pues había descubierto, para su desgracia, que era incapaz de tocar en público y se negaba a deleitar a sus padres, mostrándola como un mono amaestrado que sabía aporrear unas teclas. Otra decepción para su progenitora.

«Perdóname, Nadia». Sus manos flotaban a escasos centímetros de las piezas blancas y negras, bailaban y ondeaban al ritmo de su corazón. «Me importas». Su pecho ascendía y bajaba cada vez más rápido. Sus dedos recorrieron las notas más altas, con un marcado compás que solo ella conocía «Quiero ser un buen marido». Se detuvo y cerró la tapa, provocando que todas las cuerdas vibraran al unísono.

—¿De nuevo inquieta?

Su hermano Nikolay entró en la sala, apoyando su peso en el bastón. Iba impoluto, con una levita oscura, chaleco gris perla y la corbata blanca, perfectamente anudada alrededor del cuello. Llevaba los guantes en la mano y la chistera esperaría en la entrada. Al parecer estaba a punto de salir al club.

—Supongo. —Nadia se llevó las manos heladas a las mejillas. El frío alivió el ardor de su piel—. ¿Lev ha despertado?

—Sí —gruñó el príncipe, más que afirmar—. Es insoportable, por eso necesito airearme. Ya le he dicho que más le vale no estar aquí para cuando regrese.

—Seguro que le has dedicado una ingeniosa amenaza.

—Con él, nunca son suficientes —farfulló mientras se ponía los guantes, deseoso de ir al exterior cuanto antes. Al parecer, no era la única que estaba



nerviosa—. ¿Vas a ir a verle otra vez?

—Por supuesto, es mi marido.

—Claro.

Nadia apoyó las manos sobre la tapa negra lacada que protegía las teclas y se incorporó despacio. Fue su forma de pronunciarlo, con el desprecio germinando bajo cada consonante, lo que le irritó tanto.

—No puedo quedarme más tiempo aquí, Kolya.

—Yo no te he pedido que lo hicieras —dijo él sin mirarla. De nuevo esa actitud a la defensiva.

—En cuanto Yuri se recupere, volveremos a nuestra casa. —La princesa caminó hacia la ventana y apartó las cortinas sin interés en lo que había en el exterior—. Ya me enfadé en su momento cuando apareciste en la villa con los obreros, sin tiempo a aceptar una negativa. De acuerdo, fueron útiles, pero prácticamente ha concluido su trabajo, y el tuyo también. Eres un buen hermano, preocupado por mi bienestar, por eso regresé a la casa de nuestros padres por unos días, para ofrecerte mi compañía. Pero he podido comprobar que estás bien. No me necesitas aquí y yo no te necesito ahí. Tú eres el príncipe Volkonsky y yo la princesa Khilkova, espero no tener que repetirlo.

—¿Y qué vas a hacer? —A pesar de la calma que mostraba, vio cómo apretaba con fuerza los guantes.

Ella se giró y le sostuvo la mirada. Azul contra azul. Dos bloques de hielo a la deriva en el océano que entrechocaban de improviso.

—Estar donde una esposa debe estar.

En realidad, no habló muy convencida, pero logró sonar con firmeza y, lo más importante, que su hermano le creyera.

—Como veas —dijo y le dio la espalda—. Me marchó.

Sin besos ni abrazos; cada vez eran más raras las ocasiones en que se tocaban, y solo lo hacían cuando el cuerpo se lo exigía, como una imposición

genética que debían cumplir cada cierto tiempo para seguir siendo ellos mismos.

La princesa regresó a su dormitorio, donde Yuri dormitaba. Recordó cuando enfermaba de pequeña y su madre no permitía a nadie acercarse a su cama a menos que fuera para darle la medicación o servirle la comida. De hecho, en cuanto recuperaba un poco de fuerza, le exigía vestirse y retornar a su día a día habitual. A pesar de la fiebre y del riesgo de recaída. Ocurría en pocas ocasiones, pero en cada una de ellas, la soledad era lo que peor llevaba. Ella no iba a ser como su madre.

Ocupó de nuevo su lugar en la silla estilo francés y repasó el trabajo de Polina. La habitación olía a lavanda y a jabón. Su esposo mostraba un aspecto más reposado; le había recortado la barba, cambiado las vendas y lavado el cuerpo. Pensó en acercarse a la librería, al otro lado del pasillo, y coger un tomo al azar cuando le escuchó murmurar.

Estaba soñando.

—Nadia...

En un movimiento apartó media colcha. Debía de tener calor, tal vez fiebre por la infección que estaba sanando. Se acercó a él y volvió a cubrirle. Cogió la pequeña toalla y la humedeció en la pila para, a continuación, refrescarle el rostro con ella. Al momento, su respiración se calmó. La princesa repitió el gesto. Humedecer, escurrir y frotar con suavidad. Dejó la tela sobre su frente y, con otra, secó las gotas que caían por su cuello.

Sus dedos, involuntarios, acariciaron el hueso de la clavícula y los hombros. Su piel era caliente y conservaba el tono moreno del trabajo bajo el intenso sol del sur. Acarició, despacio, una antigua cicatriz en lo alto del esternón, como si hubieran tratado de atravesarlo con un punzón. Quiso saber si había más marcas que relataran su pasado y deslizó la mano por su pecho, hasta el límite de la venda. Alzó los ojos por inercia y se encontró con la

expresión sorprendida de Yuri. Tenía la boca entreabierta y apenas parpadeaba. Estaba completamente paralizado, a la espera del siguiente movimiento de la princesa. Las mejillas de Nadia adquirieron el tono escarlata que solo él conseguía provocar. Iba a levantar la mano, pero los dedos de él la apresaron y volvió a posarla sobre su pecho.

—No te detengas, por favor.

Nadia extendió la mano y sintió el latido de su corazón bajo la palma. Su pulso era fuerte y acelerado. Estuvo tentada de continuar descubriendo lo que ocultaban los pliegues de la colcha, pero el decoro pudo con ella. Trató de separarse, pero Yuri no la soltó. El contacto de sus manos entrelazadas no la alteraba tanto, podía soportarlo. Sin embargo, necesitaban una distracción.

—¿Cómo te hiciste la marca del cuello?

—¿Esto? —preguntó él y se tocó el punto exacto con la mano libre—. Nos asaltaron, cuando vivíamos en Liverpool. Por aquel entonces, todavía no habíamos recuperado nuestra fortuna, pero mi padre y yo podíamos permitirnos un pequeño apartamento. Teníamos muy pocas pertenencias y el día en que me dejaron esta marca acababa de cobrar mi primer sueldo. Era un crío, supongo que presumí demasiado de ello. Me enfrenté a mi agresor, más grande y experimentado que yo. Probablemente podría haber peleado hasta las últimas consecuencias, pero entonces entendí las palabras que siempre decía mi padre, las mismas que usó cuando repartió sus tierras a los siervos antes de marcharnos a América.

—¿Qué palabras eran? —le alentó la princesa.

—Unas monedas no merecen tanto sufrimiento. —Presionó con dulzura los dedos de Nadia, ahora calientes por su cercanía—. Por eso me cuesta relacionarme con otros nobles, que conservan su posición pese a no haber trabajado nunca en serio por sus bienes. Yo he ganado cada dólar y cada rublo con mi esfuerzo y sacrificio.

—Creo que puedo entenderlo —se atrevió a decir ella—. Pero debes comprender tú también que no todo el mundo comparte esa visión, o volverás a acabar malherido.

—Lo sé. Me basta con que una persona me escuche.

Su voz, llena de ternura y alivio, le partió el corazón. Yuri era una buena persona que contaba con un peligroso defecto: su ingenuidad. En ese momento, Nadia percibió con magnitud la inocencia de sus sentimientos. Lo contempló como lo que era, un hombre sediento de amor. «Busca en el lugar equivocado». Ella había cerrado esa puerta hacía muchos años. Sin embargo, le otorgó un pequeño presente. Se inclinó y le dio un fugaz beso en la mejilla, encima de la barba. Captó el aroma de la loción que le había echado Polina, a eucalipto y aceite, y por un instante pensó que era un olor al que se podía acostumbrar con facilidad.

Nikolay Volkonsky ojeaba la prensa matutina en uno de los salones del club. Al ser temprano por la mañana, el ambiente era calmado. El resto de los nobles, ociosos, no asomarían por el lugar hasta después de la comida, tal vez distraídos con sus trabajos en rellenar papeles de sus propiedades o en reuniones medianamente oficiales. El príncipe, por su parte, había decidido tomarse el día libre, se lo merecía. Tal vez un mes de descanso le convendría más. Pero ¿para qué? ¿Tal vez para ir junto con sus padres a un balneario europeo? ¿Coger el primer transporte y avanzar de un punto a otro hasta recorrer el globo? No se consideraba aventurero, el contenido de sus propias fronteras había acaparado su interés lo suficiente para permanecer dentro de ellas. Hasta que había salido para cumplir con su deber como miembro del ejército. «Para lo que sirvió».

Se tocó la pierna de forma involuntaria. Llevaba molestándole desde que se había levantado. Seryozha, el criado con más coraje del servicio, le había insinuado que debía tomarse el medicamento, a lo que él se negó al instante.

No hubo más réplicas. En realidad, los pinchazos habían regresado con más fuerza desde la marcha de su hermana con su marido, de regreso a villa Betulia. Las paredes del palacio se le echaban encima, pero no pensaba admitirlo. Hacerlo habría sido muestra de su debilidad, y él era un soldado. O lo había sido.

Pasó las páginas y revisó cada noticia. Su aparente desinterés ocultaba una mirada analítica. Al parecer, sus amenazas habían surtido efecto. Cerró la publicación y la dobló sobre la mesa; a continuación, tomó la taza de té y dio un breve sorbo. Era uno de esos pequeños momentos en que se sentía satisfecho consigo mismo. Pero la temperatura del líquido enturbió el momento, estaba frío, y torció la boca en una expresión de desagrado. Iba a llamar a uno de los camareros para que le trajera otro cuando vio a alguien que empeoró su repentino mal humor.

—Pensé que sus horarios eran inexistentes hasta después del almuerzo, conde Golitsin —dijo el príncipe a modo de saludo.

Nada más entrar, Lev acaparó las pocas miradas de los presentes. Vestía de traje oscuro, con un chaleco escarlata que mostraba intrincados motivos florales y detalles bordados en oro. Su atuendo no era el más apropiado para visitar el club, aunque tampoco era un lugar que frecuentara, al menos con el sol en lo alto del cielo. Como miembro de la aristocracia, el club se mostraba indulgente con sus estilos y sus modos, en ocasiones demasiado llamativos para la estricta y cuadrículada mentalidad de los usuarios. Nikolay entre ellos.

El conde se sentó, o más bien se dejó caer en el sillón orejero dispuesto junto al del príncipe, ligeramente girados para poder hablar con algo de intimidad. Llevaba el cabello castaño peinado hacia atrás y el fino bigote recién arreglado. La hinchazón en el pómulo derecho había disminuido y los puntos de la costura sobre la ceja apenas se percibían. A simple vista, era imposible confirmar que le habían pegado hasta sangrar. Sus ojos verdes

brillaban con un sentimiento que conocía muy bien y que habría sido más apropiado unas noches antes. Rabia.

—Fui a casa de los Volkonsky, pero no estabas. Tienes buenos criados, nadie quería decirme dónde encontrarte. Pero tus actos son demasiado previsibles, eres un hombre de costumbres, así que imaginé que estarías aquí, *jet voilà!*

Lev dibujó un arco con el brazo de forma dramática y lo señaló, como un director de circo presentando a su artista principal. Era un gesto muy propio de él, pero su expresión se mantenía en una falsa serenidad, con el labio fruncido en una sonrisa casi perversa.

—Vodka —pidió al camarero. Echó un vistazo a la taza todavía llena del príncipe y añadió—: Y té para su alteza, que se le ha enfriado y le gusta ardiendo, como los ríos de lava del infierno que tan bien conoce.

El sirviente se marchó sin hacer ningún comentario, pero claramente incómodo.

—¿A qué has venido, Lev? ¿A poner nervioso al personal? —preguntó Nikolay e ignoró sus palabras. Había escuchado referencias menos elegantes hacia su persona y, en cierta manera, debía darle la razón.

—Primero beber, luego hablar.

El príncipe no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa.

—No me digas que se han agotado las reservas de alcohol en la mansión Golitsin.

Lev le lanzó una mirada que lo fulminó en el sillón y alzó el dedo índice para pedir silencio. Nikolay estuvo tentando de devolver la pelota por todas las veces que había sido una molestia, correteando y parloteando a su alrededor. Pero se contuvo, no iba a rebajarse a su nivel. Aunque la idea y sus consecuencias le provocaron un cosquilleo agradable. El camarero regresó y, en cuanto posó el vaso frente al conde, este lo cogió, bebió de golpe y pidió

otro. La charla sería interesante, al menos antes de que se emborrachara.

—Mis hermanas se presentaron ayer en mi casa —empezó Lev su relato—. Las dos, incluso Leyssa, desde Moscú, cuando solo ha transcurrido un mes desde que dio a luz. Ha tenido que traer al pequeño Luka, y claro sus hermanos se han puesto celosos y han querido acompañar a su madre. Los cuatro. Laurente, Leonide, Lyonya y Viktor. Son un dolor de cabeza. —Se terminó de un trago la nueva copa de vodka y azuzó al camarero con la mano para que le trajera otra—. Lo peor son ellas. Mis dos hermanas se han encargado de guardar bajo llave todo aquello que pueda ser un riesgo para mi salud. Están convencidas de que lo ocurrido la otra noche se debe a una pelea de borrachos o una apuesta o cualquier historia que se habrán inventado entre ellas. El hecho de que nunca les haya contado nada de mis salidas nocturnas aviva sus mentes calenturientas y es terrible. Mi vida es una pesadilla.

—No sabía que el conde Golitsin tendiera a las lamentaciones —se regodeó el príncipe.

Lev era una de esas personas que conseguía sacar divertimento de cualquier tipo de situación, lo cual enervaba al príncipe, aunque también le producía cierta envidia. Por lo que verlo, por una vez, con la fortuna dándole la espalda era una visión inusual y que pensaba atesorar con esmero.

—Cierto, no suelo hacerlo, y por eso estoy aquí. —Su tono, de por sí más apagado de lo habitual, se volvió más oscuro—. Para dilucidar ciertos detalles que solo tú me puedes aclarar.

—No sé de qué habla, conde.

Nikolay cogió de nuevo el periódico y lo extendió frente a él, como un muro infranqueable entre ambos.

—Claro, dos hombres moribundos aparecen en la puerta del hogar de los Volkonsky y el primogénito no indaga el fondo del asunto. Sí, no sería nada propio de él.

—Hablas demasiado, Lev —dijo y recogió las páginas del periódico con tal énfasis que provocó un crujido ensordecedor en la sala, casi vacía—. A veces lo recomendable es volver a casa, descansar y esperar a que pase otro día.

—¿Me pides que lo ignore? ¿Que deje a un lado lo que pasó aquella noche? —exclamó el conde y golpeó con el puño sobre la mesa. Su voz, de por sí estridente, era cada vez más aguda, y el príncipe podía sentir los ojos ajenos curioseando por encima de su hombro—. Nos dieron una paliza y después unos desconocidos nos salvaron para llevarnos a tu casa. ¿Cómo es posible? ¿Nos conocían? ¿Los conocías tú a ellos? ¿Quiénes eran, Nikolay?

El príncipe no dio muestra de que le molestara esa familiaridad. Sabía que a esas alturas no servía de nada quejarse del trato de Lev, pues no lo cambiaría. De hecho, estaba convencido de que cada vez que expresaba su descontento, el conde lo repetía con más ahínco, como si le produjera un placer especial. De todas formas, era evidente que su nerviosismo le impedía reaccionar con normalidad, o al menos la normalidad que lo caracterizaba.

—Agradece que no te tocan la nariz y sigue adelante con tu vida —dijo agitando las hojas de la edición matutina del diario en su regazo—. Insisto en que es lo mejor.

Lev soltó el aire con fuerza y le arrancó el periódico de entre las manos.

—No soy un crío. Yo decido si quiero saber una información o no, así que ya estás soltando esa lengua tan presuntuosa —exclamó.

Si antes tenían un par de miradas ávidas de una disputa o un cotilleo jugoso, ahora toda la sala les prestaba atención. Media docena de nobles y el personal observaban sus movimientos. Muchos sabían que ocultaba un estoque en el bastón, y también que el conde había fanfarroneado una semana atrás sobre su nueva pistola de fabricación alemana. Aunque lo correcto era programar un duelo formal —que la ley no amparaba—, no sería la primera



vez que el calor de la discusión, junto con los excesos de alcohol, volvieran los dedos ligeros y la mente turbia, lo cual daba como consecuencia un par de heridos por una estupidez. No era una idea imposible, sobre todo en los bares y pubs de los barrios más allá de la avenida Nevsky. Pero estaban en un local para caballeros, descendientes de familias de alta cuna, no iban a manchar sus apellidos. Él, al menos, no pensaba hacerlo. Pero debía calmar al temperamental conde.

—De acuerdo, pero vayamos a otra sala.

El príncipe se incorporó y caminó hacia una de las puertas del fondo, seguido muy de cerca por Lev. Recorrieron el pasillo con las altas molduras de madera y los cuadros que mostraban escenas de caza o paisajes montañosos. Ascendieron por la gran escalera central hacia una de las habitaciones que Nikolay conocía bien. Entraron y cerró con pestillo. Se trataba de un despacho con una librería y una mesa de billar en un rincón. Era una sala que solía reservar habitualmente, en busca de tranquilidad y desconexión, sin miradas que juzgaran ni comentarios maliciosos. El trabajo se quedaba fuera y ahí se encontraba en paz, la mayoría de las veces. Pocos de sus amigos conocían esa costumbre, de hecho, jamás había usado el billar con otro contrincante más que consigo mismo, igual que el tablero de ajedrez, que descansaba en una mesita junto a la ventana.

Con el interruptor, subió la intensidad de la luz para alejar la oscuridad del exterior. A pesar de ser temprano por la mañana, las nubes ocultaban el sol y alertaban de otra tormenta de nieve. Uno de los sirvientes había debido de encender la chimenea del fondo a primera hora, gracias a lo cual el cuarto estaba caldeado. Se dirigió al escritorio y se apoyó en él, con los brazos cruzados sobre el pecho. Con las prisas, había olvidado su bastón en el salón principal, así que le convenía no hacer demasiado esfuerzo.

—¿Qué es lo que recuerdas? —inició la charla el príncipe. Primero quería

saber con qué información contaba para no tener que repetirse o decidir qué compartir.

Lev, visiblemente más tranquilo, se aproximó a la mesa de billar. Cogió la bola blanca entre sus dedos y la lanzó contra el montón, desperdigado cerca del agujero. No entró ni una.

—No mucho —confesó tras un suspiro—. Me noquearon enseguida, supongo que por eso me dejaron en paz y fueron a por Yuri, que se resistía y ofrecía más entretenimiento para esas bestias. —Al recordarlo, apretó el puño con fuerza—. Oía voces de fondo, como un eco debajo del agua, nada que pudiera comprender realmente. Después me desperté y te vi y, no sé, supe que todo había acabado y me sentí a salvo.

Nikolay rememoró esas horas que no hacían más que perseguirle. El momento en que había abierto la puerta y lo había encontrado con el rostro ensangrentado. Había pensado que estaba muerto. Había sido un instante aterrador que no pensaba mencionarle. El doctor Zhukov había asegurado que solo había perdido la conciencia. La herida de la ceja parecía más grave de lo que realmente era, y en cuanto habían cerrado y limpiado el corte, había quedado patente que no era el que había acabado peor parado en la pelea. Debía admitir que su cuñado tenía buen aguante, aunque esa capacidad había sido la causa de su perdición.

—He intentado hablar con Yuri —continuó el conde—. Pero no hace más que cambiar de tema con evasivas. Sé que me oculta algo.

Lev recorrió la sala bajo la atenta mirada del príncipe. Se acercó hasta la estantería, con una mano oculta en el bolsillo del chaleco y otra rozando los lomos de los volúmenes, ordenados alfabéticamente con pulcritud. La mayoría eran enciclopedias naturistas, con estudios sobre los hábitos de culturas que jamás había imaginado que existían más allá del océano. El conde cogió uno al azar; era un compendio sobre árboles y plantas, y

comenzó a ojearlo por encima antes de seguir hablando.

—La historia es jugosa, así que busqué en la prensa por si se mencionaba, pero no encontré nada. Ni una palabra.

—Tal vez los poderes fácticos se hayan percatado de que no es recomendable caldear la situación social actual con una pequeña trifulca que algunos pueden usar como símbolo o, peor, alzar mártires con los detenidos —aportó el príncipe desde el filo del escritorio.

—Pero no se ha apresado a nadie ni se ha denunciado lo ocurrido, ¿verdad?

—Así es.

La tajante respuesta fue lo que confirmó las sospechas del conde, que cerró el libro de golpe.

—Lo has tapado —le acusó.

El príncipe le sostuvo la mirada sin moverse, con los brazos todavía sobre el pecho y el gesto impasible.

—El jefe de policía fue muy comprensivo cuando hablé con él —dijo—. Los rumores vuelan rápido en esta ciudad y tuvo la deferencia de citarme antes de crear más polémica.

—Pero ¿por qué?

—No era necesario; además, los causantes ya han recibido su merecido.

Lev volvió a colocar el tomo en su lugar y le dirigió una mirada cargada de miedo y tristeza que, al príncipe, quisiera admitirlo o no, le dolió.

—¿Qué has hecho, Nikolay?

—Seguir el rastro de las ratas hasta su maloliente agujero y encargarme de que no abandonen su madriguera en una temporada.

—A veces me das escalofríos...

—Como debe ser.

El príncipe sabía la imagen que proyectaba, se había encargado de perfilarla a lo largo de los años y labrarse una reputación. El «demonio de

hielo», así le habían bautizado los soldados que tenía bajo su mando. Lo decían en voz baja y lo susurraban, pensando que él jamás lo descubriría. Sin embargo, el día que lo había oído en una de las conversaciones de madrugada, entre juegos de naipes y vodka de elaboración casera, lo había asumido como propio con orgullo. Era una buena referencia para su personalidad. Ahora que había dejado el ejército «voluntariamente», no podía permitirse perder la poca dignidad que le quedaba de aquellos tiempos de gloria y honor.

—No me engañas —le cuestionó Lev sin que le temblara la voz. Era complicado intimidar a alguien con quien había vivido las mayores locuras de su juventud—. Podríais haberlos torturado igualmente en las dependencias policiales y cerrar bocas con algunas monedas. Tú también ocultas algo más, y no sabes lo que me cabrea. ¡Dios! ¡Sois insoportables! —El conde estalló y lo pagó con la mesa de billar, provocando que las bolas se removieran, inquietas por su reacción—. Mis hermanas, Yuri y tú, todos igual. «Lev, déjalo, olvídalos». No puedo, ¿tan difícil es entenderlo? ¿Tan difícil? —Apoyó la otra mano sobre la tela verde y agachó la cabeza para esconder el rostro de la mirada del príncipe—. Fue mi culpa. Yo le dije que fuéramos a ese lugar a comer porque no me apetecía coger un coche de vuelta al centro. Yo le animé para que me hablara y se nos fue de las manos. Si tan solo le hubiera sugerido que se contuviera, que no era el lugar indicado, si tan solo...

Culpabilidad. Ese era el sentimiento que azuzaba al conde, la razón por la que estaba tan alterado y buscaba un medio para liberar su frustración. Nikolay le entendía perfectamente. Relajó los brazos, que cayeron a sus lados, a la espera de recibir una orden. Tal vez debía aproximarse, ofrecerle algo de consuelo, una mano amiga. Recortó en medio paso la distancia cuando las heridas del pasado que continuaban abiertas comenzaron a supurar. «No», se detuvo. «Es su dolor, que lo digiera él solo».

—No hice absolutamente nada —continuó Lev—, con un golpe me convertí en un trasto inservible y fueron a por él. Maldita sea, su cara acabó tan... Lo dejé a su suerte, como he hecho siempre que hay problemas. —Levantó la cabeza y la giró hacia el príncipe, con una mirada decidida que no aceptaba réplicas—. Por eso no puedo olvidar, debo arreglarlo y, si hace falta, recorreré hasta el último callejón de Lyetiny para descubrir lo que tan encarecidamente silenciáis.

—Menuda estampa —se mofó Nikolay—. El conde Golitsin bajando de un elegante coche de caballos con su mejor traje, momentos antes del pase de la ópera, recorriendo de puntillas los apestosos recovecos del barrio entre mendigos y furiosos trabajadores. Sí, por supuesto, un buen plan, ¿y luego qué?

—No eres el único que tiene cierta fama. Yo también poseo amigos y medios —se defendió entre dientes; era evidente que no estaba de humor.

—Se ha terminado, Lev, ellos ya han pagado. ¿Qué piensas conseguir?

—Respuestas.

Nikolay sabía que cuando se le metía una idea en la cabeza, podía ser terriblemente insistente, solo que en esta ocasión se vería forzado a husmear entre los pozos de la decrepitud humana que se alimentaban y convivían en esa zona infecta de la ciudad. Los ojos esmeralda del conde crepitaban con llamas de rabia y odio hacia sí mismo. «Lo que busca es tranquilidad». El príncipe se vio reflejado en su mirada, en las noches sin reposo y en el fracaso martilleando en las sienes sin cesar. Era un hombre capaz de rozar sus límites de moralidad.

Cambió el peso de una pierna a otra, los pinchazos eran cada vez más persistentes, como la cuenta atrás de un reloj que le forzaba a tomar una decisión cuanto antes o se arrepentiría. La escena de aquella noche en la puerta de su casa retornó con un significado nuevo. Las gotas de sangre

todavía manchaban su conciencia. Cerró los párpados y apretó los labios. No iba a permitir que volviera a ponerse en peligro, aunque tuviera que romper una promesa familiar.

—Larissa estaba ahí —claudicó—. Fue ella quien os salvó a ambos.

Las reacciones de Lev fueron claramente identificables con su estado mental. Sorpresa, desconcierto, preocupación, enfado, duda y, por último, incredulidad.

—¿La pequeña Lara?

—Ya no tiene nada de pequeña.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? No lo entiendo.

—No, ya se ve que no. —El príncipe tomó aire, como un profesor de ciencias dispuesto a detallar los pasos de una compleja fórmula a sus alumnos—. Piensa en las calles de Lyetiny, de madrugada. Una mujer joven, vestida de varón y acompañada por un hombre que rozaba con sus hombros los bordes del marco de la puerta. No son indicaciones de una actividad lícita, sino una clara advertencia.

—Entonces con más razón debemos ayudarla.

—No —dijo rotundo el príncipe.

—¿Qué? ¿Cómo te atreves a negar ayuda a una dama? ¡Y, además, Lara! —Lev se alejó de la mesa de billar y paseó por el despacho con la cabeza inclinada, rumiando sus propias conclusiones—. Hace tantos años que no sabemos nada de ella...

—El príncipe Khilkov me lo pidió.

El conde se detuvo.

—¿Yuri?

—Así es. Pero no te confundas, no lo hago por que sea de mi familia, sino por Nadia. —Las palabras de Nikolay se volvieron afiladas—. Ni se te ocurra involucrarla en esto. Solo le haría daño, y merece ser feliz.

Lev asintió una sola vez con la cabeza.

—¿Y qué habéis pensado hacer?

—Nada, al menos yo. El problema es de mi cuñado, y si Nadia lo descubre, lo seguirá siendo, solo que conmigo.

—Te escudas en tu frialdad, como siempre —habló de más Lev—. Pero me agrada saber que al menos ella te sigue importando. Pensábamos que la guerra te había arrancado el corazón.

«Más bien lo ha incinerado», pensó el príncipe, pero todavía guardaba las cenizas para su hermana melliza, la única que conservaría los restos de su fantasma. Nikolay bordeó el escritorio y miró a través del ventanal, imposible de abrir por los primeros signos de congelación. La plaza de San Isaac, ubicada frente al club, estaba prácticamente vacía. En el exterior, las farolas de gas apenas lograban proporcionar luz entre la nieve de la ventisca, que formaba finos velos blanquecinos y complicaban la visión. Un cochero pasó a gran velocidad, poniendo en peligro su vida y la de los equinos. Había cambiado las ruedas por las palas del trineo, lo que hacía oficial el inicio de la época invernal. El empedrado y el asfalto no serían visibles hasta dentro de un par de meses, y según cómo se comportara el tiempo, tal vez hasta finales de abril.

—Voy a contárselo a Yuri, ya no tiene sentido ocultarme más secretos —dijo el conde detrás de él.

—Haz lo que te venga en gana.

Escuchó pasos a sus espaldas, suaves sobre la alfombra y más sonoros sobre la madera. Pensó que el conde estaría junto a la puerta, a punto de marcharse, por eso se sobresaltó cuando le habló a escasos centímetros de distancia.

—Gracias —le susurró.

—De alguna u otra forma, habrías acabado enterándote —contestó el

príncipe sin voltearse.

—No, gracias por ayudarme. Podrías haberte desentendido del asunto y dejarme en la puerta de tu casa sin ningún remordimiento. Sé que te lo planteaste, supongo que también te he dado razones para ello. —Posó la mano sobre el hombro del príncipe y presionó con suavidad—. Lo siento, Nikki, y gracias otra vez.

El príncipe permaneció completamente estático mientras se centraba en el ruido de sus botas, cada vez más lejos, cada vez más inalcanzable. Su mano temblaba, pero era incapaz de desvelar la causa. Estaba demasiado afectado, ¿por qué? Se dejó caer en el sillón tras el escritorio, tal como el conde había hecho en el salón principal. Ideas y recuerdos revoloteaban detrás de sus párpados cerrados mientras se masajeaba las sienes con el pulgar y el dedo corazón. Necesitaba algo fuerte para digerir aquello. Se incorporó y caminó hacia el llamador que conectaba con el servicio, en la planta inferior. Se sentó de nuevo y, con la mirada perdida entre los nuevos copos de nieve, se llevó la mano automáticamente a la pierna y se quedó perplejo.

El escozor habitual había desaparecido. De hecho, a pesar del largo rato en pie, no había echado en falta el bastón. Sus preocupaciones habían apaciguado los pinchazos que siempre palpitaban debajo de su piel. En realidad, desde la visita de Lev, el dolor en su muslo había pasado a un segundo plano y se había ido trasladando a un lugar cada vez más profundo de su mente. Debía reflexionar sobre aquello con calma. «Primero beber, luego pensar», se dijo a sí mismo, parafraseando al conde, y soltó una breve carcajada que resonó en el cuarto vacío.



# Capítulo VII

*Primavera de 1862*

El pequeño Yuri se tocó los labios y, al separar los dedos, vio la sangre. No era la primera vez que su padre le daba una bofetada; a sus seis años había cometido suficientes trastadas para no tener miedo a sus golpes, sobre todo porque sabía que se los merecía. Sin embargo, en esta ocasión no entendía muy bien la razón. Solo sabía que había hecho algo mal, algo que no debía. Entonces, ¿por qué notaba el corazón galopar a toda velocidad? ¿Por qué había sentido las mejillas ardiendo antes incluso de que Mikhail le pusiera la mano encima?

—No vuelvas a acercarte a ella, Yura —dijo Masha mientras le aplicaba un unguento apestoso con un trapo sobre la zona inflamada.

El niño, sentado sobre un taburete, balanceaba las piernas y mantenía los ojos fijos en la lámpara de aceite sobre la mesa de la cocina. Aquella tarde habían cocinado bizcocho con canela y limón y el dulzor todavía flotaba en el ambiente.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar el joven príncipe.

—No puedes estar con ella, ¿lo comprendes? Es mejor que dejéis de veros.

—Pero... ¡Auch!

La criada presionó con demasiada fuerza la herida, todavía abierta, y su mirada aterradora detuvo las réplicas debajo de la lengua del niño. Puede que fuera pequeño, o eso era lo que los adultos le repetían cada vez que trataba de asimilar el mundo que le rodeaba, pero se equivocaban. A su edad era capaz de comprender que el hecho de que el futuro heredero de los Khilkov se hubiera besado a escondidas con la hija de un mercader no era «apropiado». Por un instante, se planteó confesarle a Masha que había sido la otra niña

quien había recortado el último paso entre sus labios. Lo desechó al momento. Aquello solo traería más problemas, y ya tenían suficientes con los que lidiar.

Masha se levantó del taburete, frente al joven príncipe, y se frotó las manos en el delantal, dando la labor por concluida.

—Deberías jugar más con la princesa Nadia, y no con esa otra niña, como se llame.

—Se llama Larissa y es muy divertida —la defendió—. Sabe jugar a peleas, al escondite y a la caza del turco mejor que Lev y Nikolay. Siempre nos gana.

—Ya, ya, vamos, arriba, que tengo que preparar la cena.

Yuri escuchó de fondo los pasos del personal de la casa. Masha cogió un par de troncos y los lanzó al fondo del horno. En unos minutos, las cocinas serían un hervidero de actividad, entre cubertería de plata, platos europeos y champán de Crimea. Su padre había invitado a «gente muy importante», como decía él. Más nobles con los que comería, bebería y charlaría hasta las tantas de la noche.

El joven príncipe no sabía qué era lo que tramaba su progenitor, pero intuía que no estaba consiguiendo su objetivo, o esos eventos habrían terminado hacía semanas y Mikhail no estaría tan cabizbajo. Yuri sentía que cada vez estaba más lejos de él. En sus viajes juntos por el continente, le había contado mil y una historias, había conocido a grandes profesores y artistas, con el mundo como su sala de juegos y lugar de estudio. No se habían separado en ningún momento. Sin embargo, desde que habían regresado, prácticamente no coincidían ni siquiera en las comidas y ya no le narraba uno de sus cuentos antes de acostarse. Le echaba de menos. Solo los niños que iban a visitarles de vez en cuando le animaban, y entre ellos había una con la que sentía una relación más estrecha. Y su padre se lo quería arrebatarse.

—No lo entiendo, Masha, es mi mejor amiga. Vive cerca y no le importa venir cuando hay hielo en el camino. ¿Por qué padre no me deja estar con ella? ¿Por qué quiere que esté solo?

La criada miró al pequeño. En dos pasos volvió a estar a su lado y lo abrazó con ternura, ocultando con su gran cuerpo las minúsculas lágrimas no derramadas del príncipe.

—Oh, Yura, cariño, él no quiere eso —dijo mientras le acariciaba su cabello castaño—. Pero tienes que hacerle caso, es por tu bien, ¿de acuerdo? Prométeme que no volverás a ver a esa niña.

Yuri asintió con la cabeza. Su intención desde un principio fue cumplir su palabra. Sin embargo, nadie había contado con qué ocurriría si era Larissa la que no quería alejarse de él.

—Lara...

### *Diciembre de 1880*

Habían pasado dieciocho años desde aquella discusión. Durante mucho tiempo, su menté la evitó, consciente del significado tras cada frase y la mirada que le había dedicado su padre. De adulto, todo cobró sentido y, en cierta forma, pudo perdonar a Mikhail, aunque tenía claro que él no habría actuado de esa manera en su lugar.

—¡Ay!

—Debe estar quieto, alteza.

La modista Anastasia Donkova alzó una mirada reprobatoria mientras blandía el alfiler causante de su exclamación. Si Yuri había decidido acudir a su taller en persona había sido por la ilusión en el semblante de su esposa cuando se lo propuso. La princesa era clienta habitual de la diseñadora, conocida entre los círculos de la alta sociedad como Madame Nastya. Toda mujer que quisiera destacar en un baile o buscara una proposición seria en las pausas de la ópera, sabía que debía acudir a Madame Nastya. Sus diseños,

según le había explicado Nadia, lograban unir la esencia rusa con el corte francés.

Donkova se alejó para lograr una mayor perspectiva y miró a su modelo de arriba abajo con ojo crítico, mientras golpeaba con los dedos índice y corazón el mentón.

—¿Qué le parece, princesa?

Tras una larga estancia en París, había adquirido una extraña mezcla de acentos que, sin embargo, lograba darle un toque de sofisticación a su dicción. La aludida, sentada en uno de los sillones estilo rococó y con la tapicería rojo escarlata, idéntica al de las cortinas, posó sus clarísimos ojos en la figura de Yuri, ataviado con un esmoquin más estrecho de los que estaba habituado.

—Le favorece —musitó y apartó la mirada, como si un segundo más sobre su esposo hiciera emerger el recuerdo de lo que ocultaba la tela y prendiera de nuevo sus mejillas.

—Claro que le favorece, Madame Nastya sabe lo que hace —dijo la modista refiriéndose a sí misma en tercera persona. Ante tal comentario, Yuri puso los ojos en blanco y la princesa, al verlo, ocultó su sonrisa con disimulo —. De acuerdo, puede vestirse, alteza. Unos arreglos más y tendremos el traje listo para el gran día, no se preocupe.

—No pensaba hacerlo.

El príncipe suspiró. Sitios como aquel le irritaban sobremanera, donde el ambiente que más detestaba se ensalzaba y vanagloriaba en una retroalimentación continua de palabras superfluas y artículos banales. Los evitaba en la medida de lo posible, pero algunas citas sociales eran ineludibles. Aunque la temporada de bailes en San Petersburgo había comenzado en otoño, en breve estarían a 1 de enero y el zar lo celebraba con un baile de disfraces en el Palacio de Invierno.

Algunos lo tildaban de temeridad por el riesgo de atentado que sufría el zar, pero también como una necesidad para recordar a los ciudadanos que la vida continuaba con normalidad. Se trataba de uno de los actos más importantes del año para ahuyentar los fantasmas del frío. No le hacía ninguna ilusión rodearse de la calaña que se creía intocable y forzarse a dar conversación para «ser uno más», pero, por otra parte, tener la oportunidad de ver a su esposa con un vestido de fiesta y poder bailar con ella, aunque fuera por cumplir con la formalidad como marido y mujer, le inflaba el pecho de emoción. Eso sí, él también debía vestir acorde a la etiqueta, por muy molestos que le parecieran tales trámites.

Una de las jóvenes aprendizas de Madame Nastya le quitó con un movimiento rápido las prendas para, a continuación, llevarlas a hacer los últimos retoques. El príncipe se quedó con el pecho al descubierto frente al espejo con el sobrecargado marco dorado. Contempló su reflejo y se permitió lamentarse por su propio aspecto.

Las nuevas cicatrices se habían unido a las viejas como un paso más hacia la madurez. Las inflamaciones se habían reducido y la gama de colores de los cardenales se mantenía entre el rojo y el amarillo. Nada de negros ni morados. Se tocó la costra sobre el labio, la razón por la que había rememorado lo ocurrido hacía casi dos décadas; ya no le escocía. Se palpó el filo de la ceja. El golpe ahí había contundente. De hecho, estaba convencido de que el médico le confirmaría que había perdido el globo ocular. Sin embargo, habían drenado la sangre y podido salvarlo. Todavía estaba hinchado, sobre todo el lado del rabillo del ojo, donde habían cortado y cosido. De regreso a villa Betulia, Masha le había ayudado a afeitarse y arreglarle el cabello, así que el hombre que le devolvía la mirada desde el espejo bien podría parecerse al mismo de hacía un par de semanas. Una pequeña victoria en su maldito regreso a la ciudad. Porque, aunque el

príncipe no creía en brujería ni hechizos, cada vez estaba más convencido de que alguien le había echado el «mal de ojo», como decían las viejas gitanas. La boda forzada, el asalto a la fábrica —en el que por fortuna solo había salido herido un trabajador— y la paliza eran invitaciones claras de que Rusia no le quería, un sentimiento, en ese momento, compartido. En otras circunstancias, habría aceptado las señales y cogido el primer tren hacia Turkmenistán, donde su padre le esperaba con los brazos abiertos para continuar con las vías de acero sobre la antigua ruta de la seda. Sin embargo, había una pequeña, cálida y titilante luz que le impedía abandonar la ciudad.

—Será mejor que te vistas...

La princesa Nadezhda apareció tras él y le tendió su camisa. Yuri echó el brazo hacia atrás, pero el punzante dolor en las costillas lo detuvo. Su esposa, que vio el gesto de sufrimiento, le ayudó a colocarse la prenda correctamente. Sus fríos dedos acariciaron la piel al colocarle el cuello de la camisa y el príncipe se estremeció. Bajó el rostro y comenzó a abotonarse con meticulosidad.

—No es necesario —dijo él cuando Nadia lo rodeó y continuó su tarea.

—Lo es.

Yuri ladeó la cabeza, pues mantener la vista fija en su mujer le hacía volar la mente demasiado lejos, a un punto imposible, y no quería que la imaginación, unida al sutil roce de sus pulgares sobre el pecho y cerca del ombligo, le jugara una mala pasada. ¿Cómo podía oler tan endemoniadamente bien? A lilas y frutas silvestres. De reojo se percató de que no era el único azorado, pues ella se concentraba en cada botón como si no hubiera nada más allá de la tela. Desde el exterior debían de parecer dos tímidos críos.

Nadia lucía un vestido rosa suave con finas líneas de color terroso que cubría cada centímetro de su piel, aunque en esa ocasión el diseño hacía

visible su cuello. Dos mechones se habían soltado de su recogido y bailaban al filo de su mentón con cada movimiento de su rostro. Al percatarse de ello, Yuri tragó saliva. Deseó alargar los dedos y acariciar ahí donde el cabello bordeaba su mejilla, aunque fuera por un instante. Pero sabía que pagaría cara su insolencia, por lo que contuvo su mano y se colocó la camisa adecuadamente dentro del pantalón.

—Gracias —dijo y carraspeó.

Ella alzó los ojos, de un azul tan intenso que competía con el cielo del primer día de verano. Esa mujer tenía la capacidad de secarle la boca con solo una caída de párpados y él no podía estar más encantado. La princesa separó los labios, a punto de hablar, y hubo un detalle en su mirada que le dio la señal de alarma. Recordó su expresión cuando la modista se había empeñado en quitarle la venda, de poca utilidad a esas alturas, y había descubierto los restos de la pelea adheridos a su piel. No era solo pudor lo que había hecho que ella girara el rostro, también había compasión. Se negaba a alargar ese sentimiento y más si estaba dirigido a él.

—¿Seguro que estás...?

—Debo marcharme. —Detuvo la pregunta de la princesa.

Yuri cogió la levita, unos centímetros más corta que la moda rusa, y abandonó el taller. Sus zapatos resonaron sobre la madera mientras bajaba las escaleras. La barandilla recién encerada brillaba bajo la luz de las lámparas de gas, encendidas durante todo el día. El avance de las horas se conocía por las manecillas del reloj, no por la posición del sol, ausente de las vidas de los peterburgueses durante la mayor parte del invierno.

Cada paso iba acompañado de un insulto en inglés, un idioma con el que se sentía muy identificado en cuanto a despreciarse a sí mismo se refería. «Estúpido, qué estúpido». Ella solo quería ser amable y él la había rechazado. «Tan idiota, tan imbécil y estúpido». Lo ocurrido días atrás en las calles de

Lyetiny había sido más que suficiente para hundir su autoestima, ya de por sí bastante machacada.

No era la primera vez que recibía una paliza, pero siempre conocía la causa o sabía que, de alguna forma, se lo merecía. En su juventud, su boca le había traído más de un problema. Pero lo asumía. Ahora, sin embargo, se encontraba malherido simplemente por dónde le había tocado nacer, cuando ni siquiera representaba al estereotipo que tanto odiaban sus trabajadores. Tal vez eso era lo que más le había dolido, que fuera uno de los suyos, alguien con quien había compartido los saludos por la mañana, se lo devolviera con una patada en las costillas. No se consideraba un mal jefe, tampoco hacía uso de su rango para conseguir beneficios, de hecho, había ganado cada rublo con duro trabajo y no menospreciaba la labor de los demás, precisamente porque conocía en su piel el esfuerzo que acarreaba.

La humillación propia era bastante grande como para además ver su reflejo en la mirada de su esposa. Ya tenían suficiente con su situación actual. Días atrás, al regresar a su hogar, habían constatado que la mayoría de salas habían sido reformadas, y aunque no estaban decoradas a la última moda, al menos eran habitables. No hacía falta ser un genio para captar la indirecta de Masha al descubrir las pertenencias de ambos en el dormitorio principal. Sabía que su intención era buena, pero el príncipe había tenido que hacer uso de su posición dentro de la casa para que la situación no se descarrilara demasiado, a tenor de la discusión inminente con su ama de llaves. Una hora después, el contenido del armario había sido dividido en el de dos dormitorios diferentes.

Puerta con puerta, solo un pasillo los distanciaba. Unos centímetros convertidos en una muralla con alambre de púas. Se repetía que cada paso era un gran avance y se imaginaba escalando un monte del que desconocía la altura. Se vislumbraba con los dedos de los pies congelados y la punta de la nariz negra, pero sin detener su ascenso, pues la llama que caldeaba sus



entrañas mantenía su cuerpo y mente intactos. «Hasta cuándo».

Debía solucionar lo ocurrido en aquel callejón y sus consecuencias, de hecho, ya había comenzado a dar los primeros pasos a espaldas de la princesa. Las horas posteriores al incidente habían sido esenciales y en su fatídico estado había tenido que utilizar a su cuñado Nikolay como ojos y piernas. No estaba orgulloso de ello. A Nadia le habría encantado escuchar los avances sobre su acercamiento familiar, a pesar de que el momento y las razones no eran las adecuadas.

En sus pesquisas, había contactado con el antiguo abogado de los Gustavov. No estaba muy comunicador, pero tras presionar los puntos indicados, literalmente, le había indicado dónde había alquilado un apartamento. No se presentaba mejor ocasión que la actual para indagar en si los datos eran correctos. Nikolay le había dejado claro que no iba a involucrarse más; le parecía bien, el problema era suyo y debía arreglárselas solo.

Todavía recordaba la discusión con Lev; no esperaba que descubriera tan rápidamente que Larissa estaba implicada, aunque con una visita al príncipe Volkonsky todos los misterios habían quedado revelados. Por lo visto, su cuñado era hablador solo con quien le interesaba.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —le había interrogado el conde, dos días atrás, cuando todavía llevaba medio rostro vendado y había comenzado a pasearse por el cuarto, deseoso por recuperar algo de libertad y aplacar su ansiedad.

—Hablar. Tengo que saber qué hacía ahí.

—Tal vez no te «atienda» como esperas, Yura. —Trató de hacerle entrar en razón al príncipe mientras lo observaba recorrer arriba y abajo la estancia, con pasos cada vez más largos y veloces—. Hace mucho que no sabemos nada de Larissa.

—Cuento con ello.

—¿Que cuentas con ello? ¿Acaso tienes un plan o algo semejante? —Lev había alzado las manos, pidiendo una explicación razonable de su amigo—. No es buena idea. ¿Y si sus intenciones no son apropiadas? No acabasteis muy bien que digamos.

El conde le había dedicado una media sonrisa, una forma fina de describir su gran última discusión.

—Nos salvó la vida —había rebatido el príncipe—. Creo que eso cuenta como una invitación amistosa.

—O puede que solo se apiadara de ti en el último momento.

—Bueno, eso al menos es prueba de que le queda una mínima porción de corazón, así que aún tengo una oportunidad.

—Yo también estaba en ese callejón —le había recordado Lev—. Suponía que mi opinión contaba. No eres el único con cicatrices.

—Las mías son más antiguas y todavía no se han cerrado, por eso debo verla.

Lev había bufado para manifestar su descontento, sabía que no lograría hacer cambiar de opinión a Yuri, así que el príncipe intuía que lo tendría vigilado de cerca los próximos días. Por lo pronto, la inesperada salida al taller de la modista Madame Nastya debió de descolocar bastante a los espías del conde, que sabía que eran unos cuantos repartidos por la capital.

—¡Cochero! —llamó mientras terminaba de cerrarse el abrigo y se colocaba la bufanda correctamente.

Tras dar al conductor la dirección que le había proporcionado Nikolay, se permitió un instante de flaqueza en el interior del vehículo. Todavía le costaba coger aire y sentía el pecho encogido por el dolor. El trayecto le sirvió para mentalizarse y salir con las fuerzas renovadas, listo para enfrentarse a su pasado y que no destrozara su quebradizo presente.

Yuri miró a su alrededor, desubicado. Habían bajado por la calle Gorokhvaya hacia Sadovaya y continuado hasta el centro del barrio Mariinsky. Con el fluir del Griboyedova a un lado, cruzaron el canal de Kryukov y llegaron al distrito de Sennaya. No conocía esa parte de San Petersburgo o, desde luego, el cambio que había dado con el paso de los años lo había transformado por completo.

Los antiguos edificios señoriales que antes acogían a miembros de la nobleza rusa se habían convertido en lugares inhóspitos y apenas transitados. El dinero para las reformas y el mantenimiento se había perdido en los insaciables bolsillos de sus propietarios. Los campos se estaban vaciando y aquellos que no habían intuido el cambio en la industria habían visto sus negocios hundidos de la noche a la mañana. Sin embargo, el estatus era un privilegio que no se debía menospreciar en San Petersburgo, así que muchos aristócratas alquilaban zonas de sus casas, convertidos en apartamentos para extranjeros o visitantes puntuales en busca de fortuna. Larissa era una retornada, como él, por lo que también la considerarían «turista». Aquel lugar era ideal para ocultarse de los que pudieran reconocerla.

Un hombre, completamente cubierto por un capote negro y que apestaba a licorería rancia, salió y se cruzó con el príncipe en la entrada, que aprovechó su embriaguez para hacerse pasar por otro inquilino más. Tres plantas y estaba frente a la puerta.

Llamó. Nadie contestó, así que insistió. No se había preparado ningún discurso, tampoco había ideado otro plan. Solo actuó, como solía hacer cuando la situación le sobrepasaba.

—¿Qué quieres?

Yuri alzó el rostro para encontrarse con el hombre que le había abierto la puerta. Le sonaba, aunque tardó un instante en caer en la cuenta de que era el mismo que había acudido en su auxilio en aquel callejón. La iluminación de

las lámparas de aceite del pasillo le permitió observar mejor al misterioso acompañante de Larissa. Vestía un grueso jersey, negro como su cabello, que enmarcaba un rostro macilento, demasiado delgado para su complexión natural, que debía de ser más recia, a juzgar por el ancho de sus hombros y su altura. Aunque estaba encorvado, sus ojos, de un verde apagado, mostraban determinación.

—Vengo a hablar con Larissa.

—No está, vete —dijo y, sin darle opción a replicar, cerró la puerta, solo que el calzado del príncipe se lo impidió.

—No me iré sin verla.

Yuri le sostuvo la mirada, en un choque de voluntades que no pensaba perder. Sin embargo, el otro tampoco tenía intención de darse por vencido tan fácilmente.

—Déjame pasar —le ordenó.

Puede que fuera el tono que utilizó o la manera en que frunció el ceño, el caso es que su antiguo salvador abrió la puerta para, inmediatamente, salir al pasillo y enfrentarse al príncipe. Lo cogió de la pechera y lo empujó contra la pared. El golpe hizo que el aire abandonara sus pulmones y, en su estado actual, el dolor se incrementó por las heridas previas. El otro ni se inmutó.

—Ten muy claro que hace unos días intervino la buena suerte porque, si no hubiera estado ella, yo no habría movido un dedo por ti, Khilkov. Los de tu calaña nunca me han caído bien, y tú menos que nadie. Conozco a Larissa desde hace más años que tú, lo sé todo de ella, ¿lo entiendes? Todo. Así que márchate.

Yuri no se esperaba semejante respuesta, ¿quién era él? ¿Sería verdad lo que afirmaba? En ese caso, debía comprender mejor lo que ocurría, ¿no? Se hundió en sus recuerdos para averiguar quién podía saber su secreto o por qué ella lo compartiría con alguien como él. «Si la conoce desde antes que yo,

entonces solo puede ser...»

—Eres Oleg Kovalyov, el polaco, su sirviente.

Kova presionó el puño contra el pecho del príncipe ante tal mención, con la chispa de la ira avivando su mirada.

—Soy su amigo y no voy a permitir que un maldito fantoche del pasado venga a atormentarla.

—Te equivocas —trató de explicarse—. Solo quiero hablar, ella es... importante para mí.

—También lo es para mí, ¿puedes comprender eso, príncipe de pacotilla? No vengas a remover mierda, ya hay bastante porquería en la superficie como para que rebusques en el fondo del barril.

En otras circunstancias, Yuri le habría dedicado una carcajada ante tal metáfora, si no fuera porque Kova comenzó a apretar la palma abierta sobre una de sus costillas sin sanar. Soltó un gemido de dolor.

—No vayas de valiente, *alteza*; en el distrito donde yo nací, usábamos a tipos como tú de sacos de boxeo y, a pesar de que tengas un buen aguante, sé que otra paliza podría lesionarte de por vida, ¿es eso lo que quieres?

Kova se tomó el silencio de Yuri como una afirmación y lo liberó. El príncipe trató de mantenerse lo más erguido posible, a pesar de que su cuerpo le impelía a doblarse por la mitad, en una advertencia de que tendría que haber permanecido en cama más días.

—¿Le darás un mensaje en mi nombre? —dijo como último recurso, con la voz entrecortada.

—No.

Kovalyov le dio la espalda y cerró de un portazo, dejando al príncipe en medio del pasillo, con la bilis de la humillación borboteando en sus entrañas.

*Enero de 1881*

A Larissa le picaba todo el cuerpo. Le ocurría con algunos tipos de

prendas, sentía como si su piel lo rechazara, como si fuera consciente de que estaba suplantando una identidad que no le pertenecía, aunque solo durara unas horas. Le pasaba con los uniformes, los disfraces y los vestidos de fiesta, por lo que mezclar los tres en uno se convirtió en un suplicio para su piel. El cochero la dejó a casi un kilómetro de distancia y el trayecto hasta la plaza del Palacio se le hizo eterno.

A pesar de haber limpiado el camino, la nieve que había caído por la tarde había vuelto a cubrir las aceras y con cada paso el pie se le hundía en el montículo blanco. Sin embargo, en cuanto se adentró en la plaza, con la imponente columna de Alexander en medio, coronado por un ángel con el rostro del zar que había derrocado a Napoleón, el caminar se volvió más ligero. Los sirvientes habían allanado la capa de nieve, convertida en un sendero escurridizo. Solo debía centrarse en pisar con el talón y en mantener el equilibrio, más sencillo gracias a las enormes botas de piel que había conseguido dos días atrás.

Frente a ella, el Palacio de Invierno le daba la bienvenida, en la estampa más peterburguesa que podía contemplar en esas fechas. Los cocheros esperaban su turno para descargar a los pasajeros en las puertas del recinto. Después se dividían en dos, los que debían esperar a sus amos y los que regresaban a las calles aledañas de la Avenida Nevsky, en busca de más clientes que les ayudaran a pagar la leña que tan rápido se consumía en sus hogares. Mientras tanto, la alta sociedad de la capital rusa se adentraba en el basto palacio para dar cuenta de las exquisiteces que había ordenado preparar la familia imperial y disfrutaban de horas de música y baile, de pura despreocupación entre risas.

Casi podía oír las histriónicas carcajadas de las aristócratas, con sus elaborados vestidos y peinados de flores, al tiempo que niños, de la edad del hijo de Kova, mendigaban unos rublos con los dedos morados al otro lado del

canal Griboyedov, al sur del río Fontanka. Los que describían el palacio como una ciudad dentro de la ciudad no hablaban de los invisibles muros de deliberada ignorancia que los rodeaban.

Larissa se dirigió hacia la calle Millionaya, pero antes de adentrarse en ella torció hacia la izquierda, a una de las puertas laterales de la gran residencia de los zares. La entrada apenas era visible para quien la desconociera, solo permitida para el personal, un punto discreto donde se cambiaban los turnos sin interrumpir el fantasioso sueño que vivían los invitados unos metros más allá.

Nada más cruzar, una mezcla de olores de barniz y cera quemada inundaron las fosas nasales de Larissa. La habitación en la que acababa de entrar era una especie de zaguán para que los recién llegados dejaran las pesadas botas de nieve y el grueso abrigo para ponerse prendas más apropiadas y que combinaran con el entorno en el que iba a adentrarse. Por un instante, se permitió arrepentirse de su decisión, pensar que tanta preparación solo la llevaba a la perdición y que, tarde o temprano, los problemas la atraparían por los tobillos. Un escalofrío recorrió su cuerpo, pero no podía echarse atrás. No ahora. Decisiones más peligrosas había tomado en su vida y todavía respiraba, ¿no? Aunque podía sentir la cuerda alrededor de su cuello y el nudo cada vez más apretado. «Céntrate».

Larissa se desabrochó el grueso abrigo y lo dejó —junto con las botas, la bufanda y el gorro— bajo una tabla de madera falsa, tal como le habían indicado. Del mismo lugar sacó unos zapatos planos, un delantal blanco, bastante desgastado, y una cofia. Con su sencillo vestido oscuro, en cuanto atravesó la puerta al interior del palacio, se convirtió en una doncella más.

La luz de las velas y las lámparas de gas otorgaban un brillo dorado a las columnas del pasillo. El estilo barroco isabelino del interior era un claro reflejo de la Rusia de la época y la de hacía un siglo, con apenas variaciones.

Todo era majestuoso, enorme y exuberante. Demasiado grande para no perderse. Siguió las indicaciones que le habían dado y se quedó junto a la escalera que más cerca tenía. En una de las habitaciones adyacentes, un reloj dio las diez de la noche. La mayoría de los invitados ya debía de estar en la fiesta, solo esperaba que su objetivo no se «desviara» demasiado.

—Toma.

Larissa obedeció y agarró el jarrón de flores, tan alto que casi no veía por encima de él. Lo inclinó hacia un lado para tener mejor vista a través de los crisantemos blancos de quien la había debido de confundir con lo que, efectivamente, trataba de suplantar.

—¡Mela!

—Chist, no lo sueltes, no digas nada más y sígueme.

Mela era la artífice de su improvisado plan. Si no hubiera sido por ella, ni se habría imaginado entrar en el palacio, y menos ese día. Desde el atentado el verano pasado en el otro ala, en el que habían muerto más de sesenta personas pero, de nuevo, ni siquiera había rozado al zar, la seguridad se había multiplicado. Y en la fiesta del 1 de enero era prácticamente imposible lograr una invitación si no se era un miembro «fiable» y «cercano» al emperador.

En otra época, su familia podría haber sido bienvenida al acto de celebración, pero ante sus «dudosos» nuevos amigos, posiblemente la retendrían en la entrada, para enviarla después a los calabozos y, con suerte, salir con algún hueso roto y la advertencia clavada bajo la piel. Sin embargo, los tiempos no estaban para jugársela y poner en peligro a sus amigos por lo que considerarían un capricho suyo. Así que la única alternativa era usar la puerta trasera.

Larissa obedeció a la muchacha, que de vez en cuando le dedicaba una rápida mirada para confirmar que no se quedaba atrás. La doncella Mela tenía unos ojos enormes, tan grandes que le atribuían un falso aspecto de criatura



inocente. Había trabajado en tres casas distintas, todas ellas fuera de la zona céntrica, y había sido despedida de cada una de ellas por su afición a robar en los joyeros de las señoras a las que servía. La última que la pilló le partió el pómulo, pero hacía meses de aquello y su aspecto apenas atestiguaba lo sucedido, más que una sonrosada marca sobre la mejilla izquierda, menos visible bajo una amplia sonrisa. Rebosaba ilusión. Sus quince años le proferían una valentía y un arrojo peligrosos, pero Larissa no pensaba menospreciar la oportunidad que se le había presentado.

Subieron las escaleras y avanzaron por un largo pasillo, con cuadros de paisajes y de estilo clásico. A Larissa no se le daba bien el arte, era una mujer práctica y prefería dedicar su atención a aquello que en algún momento le podría servir de verdad. Atravesaron una sala detrás de otra, la mayoría de ellas estaba en penumbra, iluminado solo por las farolas del exterior.

—Los aposentos del zar no están lejos, ahí la seguridad es más fuerte, así que tendremos que bajar por aquí —le indicó la doncella.

Larissa se dejó arrastrar por los interminables pasillos, entradas ocultas y escaleras minúsculas. A veces, sobre un suelo tapizado en caras alfombras; en otras, sobre brillante mármol. Su calzado estaba fabricado para no hacer ruido al andar y ser una silenciosa e imperceptible sirvienta más. Un fantasma que limpiaba y mantenía en orden el contenido de aquel laberinto chapado en sangre y oro.

—No sé cómo puedes seguir aquí —susurró Larissa, con temor a que las paredes escucharan.

—Una debe alimentar a su familia. Además, esto es solo temporal, entré como refuerzo con un grupo para limpiar lo que quedará de la fiesta, en dos días me verás otra vez suplicando a alguna señora para que me contrate.

—Pensé que querrías estudiar, o eso me dijiste en La Rata Callejera.

Antes de contestar, Mela abrió otra de las puertas que existían solo para el

personal y cerró con cuidado. Empezaron a bajar más escaleras.

—La profesora de costura y patronaje no es barata, y si quiero aprender a hacer unos maravillosos vestidos que asfixien a esas repelentes mujeres, debo ahorrar.

Larissa esbozó una sonrisa y apretó el jarrón contra su pecho, con el olor de los crisantemos clavado en la garganta. Mela habría sido una de esas personas que atraía la Voluntad, pero sus cinco hermanos eran un cargo de conciencia demasiado grande como para unirse a los rebeldes, aunque luchaba a su manera. «A veces basta con sobrevivir un día más». Además, estaba convencida de que el contenido de las interminables habitaciones del Palacio de Invierno caería como un castillo de naipes por el soplo de un pueblo enfurecido. «Un día más para nosotros, uno menos para ellos».

—Yo me quedo aquí —dijo Mela y se detuvo al final de las escaleras—. Mi sección es la planta superior y si alguien del servicio me reconoce, nos meteremos en muchos problemas. ¿Has traído eso?

—Sí.

Larissa dejó el jarrón en el suelo y se quitó la tela que ocultaba el verdadero tejido de su vestido, de satén negro. Las mangas eran cortas y llevaba los hombros al descubierto. Agitó la falda para tratar de darle volumen mientras Mela colocaba a su alrededor piezas de un vestuario que no le pertenecía.

—No te preocupes, la combinación queda mejor si no tiene tanto vuelo, mira —indicó y le colocó con unos alfileres una especie de cola, del mismo color que su vestido, abultado en la cintura y fino en la punta.

Mela se movía a su alrededor y con cada vuelta le añadía un complemento más. Flores de tela recreaban unas rosas oscuras que caían por su recogido; unas pulseras de pequeños ópalos, a juego con el collar, que imitaba una lágrima de sombra; los guantes negros, abanico, zapatos de tacón y,

finalmente, la clave de su atuendo.

—Estás perfecta.

Larissa acarició la máscara de corto hocico, largos bigotes y puntiagudas orejas. Esa noche se transformaba en una pantera negra e iba directa a por su presa. Dio un rápido abrazo a su amiga antes de salir. «Recto hasta el final, no tiene pérdida», se repitió.

El ambiente cambió en cuanto cruzó el umbral por donde se movía el servicio. Si no se habían encontrado con nadie por el trayecto, era porque todo el mundo estaba atento a lo que acontecía en el centro del universo del poder, que en ese instante se encontraba dando vueltas y más vueltas en el Gran Salón, al son de la orquesta, que desde el escenario deleitaba a los presentes con un vals al estilo europeo.

Los invitados se agolpaban a las puertas del salón y los recién llegados se mezclaban con los que se tomaban su primera pausa. Los vestidos de las damas pintaban de mil colores la habitación que albergaba a cientos de asistentes. En un rápido vistazo, captó orejas de liebre, de lobo y de ardillas emperifolladas. Había plumas de decenas de aves diferentes, piel de cordero sobre despiadados depredadores de dos patas. Un zoológico que reía y danzaba, ocultando su soberbia desvergonzada tras las máscaras que exigía la fiesta de disfraces.

«No está aquí.»

Antes de que alguna mirada indiscreta se posara sobre ella y se preguntara quién se escondía tras el grácil felino, se dirigió a la antecámara, una sala adyacente. La decoración era idéntica al Gran Salón, solo que con la mitad de espacio. Dos lámparas de araña de centelleante cristal iluminaban las columnas y paredes blancas, con elegantes relieves que algún artista se había preocupado en su día por cincelar con esmero. En el lugar se servía el champán, previo a la celebración, y el alcohol todavía circulaba, como un

torrente que animara a los indecisos y a los que preferían alejarse de ese entorno.

Enseguida lo reconoció, apartado de los grandes grupos, observando la algarabía sin sentido que zumbaba como un insecto pegado a la oreja. Larissa cogió la copa que le ofreció uno de los sirvientes y se dirigió hacia su objetivo.

—No estás mal para ir de pájaro —susurró cuando pasó a su lado y, sin esperar su reacción, se encaminó hacia los altos ventanales, desde donde se contemplaba una vista privilegiada de la congelada ciudad de San Peterburgo.

No tuvo que esperar para escuchar la respuesta.

—Es un cisne negro. Más grande que un gato negro.

—Esta noche soy una pantera, Yura, así que ándate con cuidado —dijo y le guiñó un ojo.

Larissa se apartó dos pasos de él mientras bebía. Las burbujas le cosquillearon al bajar por la garganta. Debía admitir que aquello le divertía. Vació la copa y la colocó en una de las bandejas que iban y venían. La expresión de desconcierto del príncipe, medio oculta en una fina máscara oscura y afilada, que simulaba un pico con la punta anaranjada, le gustó demasiado como para acabar el juego tan pronto. Pero Yuri no estaba con ganas de chiquillerías y la agarró por el codo.

—¿Qué haces aquí?

Larissa se deshizo de un rápido tirón y le lanzó una mirada de altanería.

—Voy donde me place.

—Por las circunstancias y los lugares en los que hemos coincidido, pensaba que te escondías o huías de mí.

—Aquí nadie me busca.

—De momento.

Yuri miró a un lado y otro en busca de una salida. Al parecer había visto a

alguien y temía que la reconocieran. Larissa rastreó la sala y entre animales de caza y ganado se fijó en el alto hombre de cabello oscuro y disfraz de lobo. Compartió las prisas del príncipe; no le apetecía encontrarse con el conde Lev Golitsin, solo acarrearía más preguntas y tenía suficiente con el inminente interrogatorio que le venía encima. No era estúpida, sabía que los asistentes tarde o temprano cotillearían sobre la misteriosa mujer que había entretenido al príncipe Khilkov en ausencia de su esposa que, por cierto, no veía por ningún lado.

—Vamos —le alentó Yuri.

Se dirigieron en sentido contrario al Gran Salón. Retornaron al pasillo un segundo para seguir por una sala con retratos de hombres con uniformes militares y grandes bigotes que juzgaban a todo aquel que se atreviera a pasar frente a sus marcos. A la salida, en un corredor más sencillo en mitad de la fastuosidad, apenas había invitados, tan solo dos parejas que, igual que ellos, buscaban intimidad lejos de la bulliciosa fiesta. Pero antes de que cualquiera de ellos se percatara en su presencia, cruzaron la primera puerta que encontraron.

Era una sala pequeña, con dos sillones contra la pared verdosa y una mesa de anchas patas en medio. Por las cajas y la cubertería amontonada, debía de ser un lugar de paso para los sirvientes, donde soltar peso antes de continuar acumulando los desperdicios de sus amos y señores. No tardaría en aparecer alguno de ellos, su tiempo era limitado.

—¿Pero qué demonios te pasa, Lara? —empezó un enfurecido Yuri que, de un tirón, se quitó su extraña máscara emplumada—. Apareces en los callejones de la ciudad tras años sin saber nada de ti y, cuando voy a buscarte, un matón me dice que me marche y me aleje de ti.

—Veo que te acuerdas de Kova.

—¡No me interrumpas! Estoy muy enfadado y muy, maldita sea...

El príncipe la abrazó y el gesto cogió por sorpresa a Larissa que, automáticamente, lo envolvió en sus brazos y le dio suaves palmaditas en el hombro.

—Estoy bien, bobo —dijo junto a su oreja y aspiró la fragancia de su loción facial, la misma que usaba desde hacía una década—. Por eso he venido, para que me dejes ir.

Yuri se apartó y se recompuso mientras se atusaba el cabello.

—¿Ir a dónde? ¿Otra vez vas a marcharte? ¿A desaparecer sin cartas ni mensajes?

De nuevo se estaba alterando, así que Larissa apoyó una mano en su hombro y lo miró fijamente a los ojos.

—Deja que me vaya de tu vida, Yura. Tus espías son penosos y van a terminar mordiendo el polvo en mi portal. Te conozco y sé que a pesar de las advertencias de Kova, regresarás y no puedo permitirlo.

Todavía recordada cuando el señor Watroba le había dicho que un joven se había presentado de improviso en el edificio. Era el inquilino más antiguo y se conocía todas las caras, los familiares y amigos de los residentes. Así que encontrarse una nueva sin ninguna explicación le había inquietado, y lo había compartido con Larissa. Era un viejo policía retirado que chismorreaba sobre los vecinos por pasar el rato, en busca de pordioseros. Si no hubiera sido por su excesiva pasión por el alcohol, habría sido un gran miembro de la Voluntad. Kovalyov no le habría informado de nada en su afán por «protegerla». Sin embargo, ató cabos y enseguida adivinó quién era el extraño visitante.

—Puedo ayudarte —sugirió el príncipe.

—No sabes de lo que hablas.

—Me lo puedes contar; te echaría una mano, tengo medios.

—No, ni hablar —dijo tajante Larissa, y la forma en la que habló el

príncipe le crispó los nervios—. Ni se te ocurra aprovecharte de tu posición, que tengas sangre noble no te da derecho a intervenir en mi vida.

—Si lo hago no es por mi apellido, sino porque te quiero.

La mano de Larissa reaccionó de forma instintiva y le cruzó la cara a Yuri. Las pulseras de ópalos tintinearón.

—Basta, no vuelvas a decir esas palabras. Nunca.

Cerró el puño con fuerza. Tenía ganas de pegarle, de decirle cuatro cosas y de darle otro abrazo. ¿Cómo podía traerle tantos dolores de cabeza y altibajos emocionales aquel hombre? Tendría que haber cortado los lazos hacía lustros, pero tarde o temprano uno de los dos acabaría en una obsesiva búsqueda del otro; su relación era cíclica y justo ahora terminaba otra temporada. Era hora de dar por finalizado aquel círculo vicioso sin sentido.

—Te lo repetiré una última vez, diles a los muchachos que nos vigilan que se larguen. Déjanos en paz.

Yuri, con la mejilla enrojecida, alzó el rostro y sus ojos brillaron con decisión bajo la artificial luz de las lámparas de gas.

—¿Y si me niego?

—No lo hagas más difícil, Yura.

—¿Acaso eso sería posible? —La misma rabia que había sentido Larissa parecía haberse transferido al príncipe a través del bofetón; hablaba en un tono grave, el mismo que usaba cuando estaba a punto de dar una reprimenda—. Fue necesario que cuatro polacos me dieran una paliza para que nos reencontráramos, de otra forma yo seguiría engañado, convencido de que estabas a miles de kilómetros de mí. Lejos, pero segura.

—Pensar eso es de ilusos y solo demuestra que no tienes ni idea de quién soy.

—Lo sé, y aun así guardaba la esperanza de que te centrarías.

—¿Y casarme con algún hombre que me mantenga? ¿Parir a sus hijos y

criarlos? ¿Cosér hasta despellejarme los dedos, como hizo mi madre, antes de encontrar algún alma caritativa que me folle de vez en cuando y me dé una pensión para que se sienta menos culpable? ¿Eso esperabas? —Con cada interrogante subía el tono, podía que incluso su voz atravesara la puerta. Poco le importaba—. No lo haré, nunca, no caeré tan bajo como ella, como ninguna otra.

—Sabes que no me refería a eso —dijo Yuri con un matiz de dolor y arrepentimiento en sus palabras. No era un tema agradable, a ninguno le gustaba tratarlo, y el príncipe siempre llevaba las de perder en esa discusión, pues sabía que el resentimiento de Larissa estaba legitimado.

—Si realmente me quieres, aceptarás mis palabras como un consejo, no como una amenaza. —Habló ella con la serenidad recuperada—. Olvídame, no preguntes a mi abogado, a mis antiguas amistades ni a mis vecinos. Vas a poner nerviosas a personas menos reflexivas que yo y todo lo que contiene tu adorada villa Betulia desaparecerá. Nadezhda. Masha. Hasta Lev, que seguro que está a punto de meter sus narices donde no debe. —Hizo una pausa para que sus palabras calaran hondo en el príncipe, y continuó—: Tienes una oportunidad de salvar lo que queda de los Khilkov, aprovéchala.

—Odias todo lo relacionado con nosotros.

—Pero tú me caes bien.

Era cierto, no podía negarlo. Su naturaleza y pasado le pedían a gritos que prendiera fuego a lo que fuera que tocara cualquiera procedente de alta cuna, y más si eran los antiguos habitantes de la villa en la que había pasado inolvidables momentos de su niñez, tanto dulces como amargos, muy amargos. Sin embargo, el príncipe, con su cabello castaño y mirada a juego, tierna como el bizcocho de chocolate, le hacía dudar de sus principios básicos, aprendidos en los duros años de juventud, en la lucha de clases, de sexos y libertades. Solo él conseguía despertar a la ingenua Larissa que veía



un mundo más amable. Él le hacía dudar de sus futuras decisiones. Era un lastre.

Fuera oyeron pasos acelerados. Estaba finalizando el momento álgido de la fiesta y no convenía crear rumores sobre la repentina desaparición del príncipe en mitad del baile.

—Debes volver con los tuyos —dijo ella de camino a la puerta.

—Lara, esto no será como lo de París, ¿no?

Ella le dedicó una sonrisa divertida. Recordó con cariño a Fernand y a su grupo de anarquistas. Si Aloin no la hubiera mantenido a raya, habría acabado igual que el resto. Se preguntaba cuántos de ellos sobrevivirían actualmente en los subterráneos de la ciudad y cuántos habrían sido degollados o ajusticiados. Yuri no sabía ni un tercio de lo acontecido en aquellos bares de mala muerte.

Larissa se recolocó adecuadamente la máscara felina, con los bigotes doblados, y le contestó antes de abandonar el pequeño cuarto de los sirvientes, donde guardaban cubiertos, mantelería y secretos.

—No lo es.

«Es mucho peor.»

## Capítulo VIII

El príncipe Nikolay dejó la copa de champán en el alféizar de una de las grandes ventanas del Palacio de Invierno con total descuido. Era el único sitio que encontró más a mano, la primera alternativa que se le había ocurrido en vez de lanzarla directamente contra el suelo. Estaba cansado, malhumorado y la pierna le dolía como si le acabaran de extraer la bala, otra vez. También se le había subido el alcohol a la cabeza, lo cual empeoraba su estado en todos los aspectos, y consideró más apropiado alejarse de los invitados o acabaría pagando su frustración con cualquiera de ellos.

Los bailes y las fiestas no eran el entorno natural del heredero de los Volkonsky. Su hermana melliza compartía su limitado interés por dichos actos sociales, pero ella lograba mimetizarse mejor, una cualidad que envidiaba en días como aquel. Nikolay había cumplido con el protocolo; había presentado sus respetos al zar Alexandr II y su reciente esposa la princesa Catalina Dolgorúko con amabilidad y cortesía —los chismorreos sobre su pasado como amantes y precipitada boda a un mes del fallecimiento de la zarina María le traían sin cuidado—. Después había participado en el brindis y observado durante unos instantes a los bailarines en mitad de la sala, girando al ritmo de la orquesta. Incluso había charlado con algunos invitados, no solo con su hermana y cuñado.

Ella estaba adorable con su vestido de cisne blanco y su máscara emplumada, que resaltaba sus ojos azules. Pero sabía que el brillo de esa noche no se debía solo al divertimento; había una pequeña chispa que no podía identificar hasta que se había fijado en su esposo. Ambos iban conjuntados, como la mayoría de parejas, solo que en su caso era un cisne negro de pico anaranjado, elegante y estilizado, al que Nadia no le quitaba los

ojos de encima.

Debía admitir que el cambio de ambiente había favorecido el aura que desprendía el príncipe Khilkov, que se mostraba más erguido y con un comportamiento más refinado. «Él también intenta ser uno más»; al parecer, el disfraz le quedaba mejor al recién llegado que a Nikolay.

Alzó el rostro y vio su reflejo en el cristal de la ventana, que le mostraba con una máscara de zorro de invierno, de un gris apagado. «Ni vestido de tramposo puedo disimular».

«El zorro era la criatura más mentirosa del bosque», solía recordarle su madre, «engañó al oso para robarle el pescado, se creía mejor que el gato y el perro, ni siquiera los hechiceros querían transformarse en él, a menos que la traición fuera su objetivo». Un traidor, ¿ese era su nuevo nombre? ¿Su naturaleza revelada?

Titubeó como un chiquillo antes de acudir a la fiesta, con la imagen de su uniforme tendido sobre la cama. Ponérselo o no sería una declaración de intenciones, no solo para sí mismo, también hacia sus superiores, pues muchos de ellos se encontrarían en la celebración. Estudió cada detalle, el tejido verde oscuro, las hombreras doradas y el cuello ajustado, con el filo en rojo. Sobre la pechera negra prendían las condecoraciones que probaban su valor y su participación en el fin de la guerra ruso-turca. Dos medallas que se burlaban de él, dos pruebas de su ingenuidad perdida. Las victorias que en el pasado había lucido con orgullo no eran más que guijarros a los pies de su presente, que se clavaban y le hacían sangrar con cada paso. «No me someteré más a ellos».

Lo que en un principio le había parecido una decisión llena de convicción, se tornó inestable al poco de cruzar las puertas que daban al Gran Salón. Demasiada gente, perfumes recargados y ruido. Entre las máscaras y los coloridos atuendos de pelaje artificial y plumas, reconoció a algunos antiguos

amigos y no tan amigos de su carrera militar, además de miembros de la aristocracia con quienes apenas había mantenido más de quince minutos de educado intercambio verbal. Tuvo que mantenerse alejado unos instantes mientras recobraba la compostura.

—Vaya, pero si ha venido Kolya.

El capitán Ziven Mirsky y él tenían la misma edad, aunque la carencia de título nobiliario le había creado un sentimiento de inferioridad que intentaba superar con su socarronería.

Se habían conocido en el cuartel de Oryol, a las afueras de la ciudad, antes del traslado del príncipe a Radom y que le asignaran al regimiento de infantería que tenía como objetivo las inhóspitas tierras de los Balcanes. Su relación nunca había sido afable, pero mantenían la compostura como buenos soldados. Tal vez su similitud física con el conde Lev, de pelo castaño y ojos claros, empeoraba su animadversión. No necesitaba oler su aliento para adivinar que se había sobrepasado en la ingesta de alcohol y que el ambiente festivo había trastocado su poca educación.

—Esa no es forma de dirigirte a un superior —le corrigió Nikolay.

—Oh, mis más sinceras disculpas, ¿cómo era? Ah, sí. —Dio un paso atrás y se inclinó en una reverencia de forma exagerada. Vestido con el uniforme militar, su aspecto henchía la burla hacia su persona—. Teniente primero Nikolay Volkonsky, miembro de la 7ª compañía del 36º regimiento de infantería, 2ª brigada de la 9ª división de infantería del VIII cuerpo del ejército, bajo las órdenes del general Radetzky. Un placer encontrarle en esta velada.

Cada palabra, cada nombre de su cargo, fue una puñalada directa hacia su corazón.

—Igualmente, capitán —respondió entre dientes.

Poco tardó el capitán en aprovechar el primer resquicio para lanzar una

pulla a Nikolay, una frase llena de rencor para desestabilizarle. «Quiere pelea». No era el único con ganas de descargar su demonio interno.

—Me alegro de que haya decidido guardar en el armario el uniforme, con medallas llenas de falsedad —dijo sin remilgos—. Al menos yo pude mantener con vida a más de la mitad de mis hombres durante la contienda, solo deben tener bien claro a quién obedecen.

El príncipe Nikolay dio un golpe con su bastón en el suelo, con tal fuerza que hasta los invitados de alrededor se dieron la vuelta, sorprendidos, al escuchar el sonido por encima de la orquesta.

La idea revoloteó en su mente, demasiado tentadora para ignorarla. Separar el mango de su bastón y desenvainar el estoque para, a continuación, clavarlo en mitad del pecho de aquel ser. Apretó el puño alrededor del extremo del arma oculta, pero el capitán Mirsky usó el instante de duda para acercar su rostro a la del príncipe y el repentino gesto le cogió de imprevisto.

—Ya nada de eso importa, es historia, pasado, a nadie le interesa —le dijo en voz baja con una sonrisa de suficiencia—. Puede que mantenga muchos de esos títulos, alteza, pero todos sabemos que no sirven para nada, tan solo para decorar las presentaciones en sociedad. No sois más que una firma al final de un documento sin importancia.

Antes de marcharse, Mirsky le dio una palmada en el hombro, como el niño que lanza la última piedra al barco de papel que se hunde sin remedio. Nikolay se quedó callado. Su dignidad, desmadejada bajo sus botas, parecía mirarle con decepción, rogando una explicación. Pero su lengua afilada de poco servía con el orgullo herido. «No soy ningún soldado, me he convertido en el tramposo del zorro».

Nikolay abandonó el Gran Salón, con la cojera más marcada de lo habitual, y vagó por el palacio. Cuando el príncipe volvió a alzar el rostro, se encontró con los severos ojos del zar Alexander I, inmortalizado en un retablo que

presidía la Galería de la Guerra. El emperador había combatido contra Napoleón y entrado de forma triunfal en la misma capital francesa, como salvador del pueblo. Su padre lo había definido como un ejemplo a imitar. A su alrededor, cientos de rostros enmarcados le observaban y juzgaban. Viejos dirigentes militares que ahora tenían el honor de compartir techo en el Palacio de Invierno. El color rojo de las paredes reforzaba la angustia que oprimía su pecho, como un tapiz de sangre sobre el que colgaban los retratos de los renombrados miembros del Ejército Imperial. Nikolay se quedó paralizado en mitad de la sala, abrumado por la impotencia de no dar respuesta a esos ojos que exigían lealtad hasta la muerte, algo que él no podía ofrecer.

Se encontraba en un punto vacío, con nombres que no albergaban ningún significado y que difuminaban su personalidad. No era primer teniente, apenas era un primogénito sustituto para los Volkonsky, ni siquiera había cumplido con su papel de hermano protector. «¿Quién soy ahora?».

—Nikki.

La voz del conde Lev Golitsin resonó en las paredes escarlata. Nikolay soltó un largo suspiro, sin disimular su desazón. Habló sin mirarle.

—No estoy de humor para soportar tus juegos hoy, Lev, será mejor que te vayas.

—Nos encontramos en la residencia del zar Alexandr II, él es el único que puede rescindir mi invitación y expulsarme de sus enormes y sobrecargadas habitaciones. Así que de momento decido quedarme aquí.

—Haz lo que te plazca, como siempre...

Nikolay se apoyó en una de las gruesas columnas de mármol que simulaban sostener la sala. Desde su posición, daba la espalda a la entrada, que apenas recibía atención. Pocas personas se interesaban en adentrarse en la exposición militar y preferían contemplar los cuadros impresionistas recién adquiridos un par de salas más allá.

La lámpara de araña dotaba al lugar de una iluminación anaranjada que se reflejaba en los exuberantes marcos y se convertía en dorada antes de tocar el suelo. El sonido de las botas del conde partió el silencio, cada vez más próximo al príncipe. Él apenas le dirigió una mirada cuando lo tuvo frente a él.

—¿Qué quieres de mí? Ya me has rastreado como buen perro, no, perdona, es de lobo, ¿no? Ciertamente, creo recordar que tus hermanas iban de cabritillas o algo así.

—Muy observador, para un zorro cobarde.

—¡No soy ningún cobarde! —gritó el príncipe y cogió al conde de la pechera, pero la actitud pasiva de Lev detuvo sus ansiosos puños.

—El príncipe que yo conocía habría apaleado a cualquiera que, como ese absurdo capitán, se atreviera a insultar su nombre.

—Es... diferente, ellos...

—¿Ellos qué? ¿Acaso vas a darles la razón? ¿En eso se ha transformado el orgulloso heredero de los Volkonsky? ¿En un crío quejica?

—Qué sabrás tú, maldito conde de tres al cuarto, que jamás ha pisado el campo de batalla. Desconoces lo que es la honorabilidad, la camaradería y la verdadera admiración, si no está bajo las faldas de alguna fulana.

—Al menos yo sé lo que ocultan los encantos de una dama. —Eso era un golpe bajo, el propio Lev se dio cuenta nada más decirlo, pero no pudo detener su lengua. Estaba ahí con un objetivo y pensaba cumplirlo—. Pégame, lo estás deseando.

Nikolay negó con la cabeza. La ira que le había incitado a sacar el estoque contra el capitán se diluyó con el contacto de Lev. A pesar de tener una apariencia similar, los sentimientos que despertaban en él eran completamente contrarios.

—No me importa recibir tus golpes si con ello calmas tu espíritu —

continuó el conde y sus ojos, a través de la máscara de pelaje oscuro, brillaron con intensidad. Eran casi suplicantes.

El príncipe aflojó la tela alrededor del cuello de Lev, pero no lo soltó. De alguna forma, su cercanía lograba apaciguar su rabia. Siempre lo había hecho, desde niños; él había sido su compañero de confidencias y primer guardián de secretos. Lloraron juntos la muerte de su hermano mayor. Hablaban de sus miedos y sus pasiones, sus ilusiones de futuro. Hasta que las obligaciones sociales y la necesidad de aparentar la búsqueda de un compromiso real los habían separado a la fuerza, entre celos y dolorosas acusaciones. Nikolay pensaba no volver a dirigirle la palabra, estaba preparado para ello, para perder a su mejor amigo. O eso creía. Sin embargo, el reencuentro tras la boda de su hermana melliza le había dejado con un sabor amargo en el paladar del que no había podido deshacerse por más que pasaran los días.

—¿Por qué me haces esto? —dijo, con una expresión que denotaba estar al borde de la rendición.

El conde le dedicó una media sonrisa que ocultaba promesas de noches sin estrella, acorde con su disfraz de depredador. Atrapó la mano que seguía prendida de su pechera y la llevó a sus labios.

—El lobo era el único que acompañaba al zorro en sus travesuras.

Su mirada, más afilada a través de las rendijas de la máscara, lo retuvo contra la columna. Nikolay intentó evitarla y conservar sus fuerzas, pero la agitación con que se adentró en la sala se había transformado en una ardiente llama que extinguía su determinación y la proximidad de sus cuerpos avivaba el tenue fuego bajo sus costillas. Debía hablar o se arriesgaba a perder sus últimos resquicios de voluntad.

—También era el que peor terminaba por su culpa —susurró, y el temblor en su voz le traicionó.

—Al menos no estaban solos.



Lev recortó el espacio que los separaba y rozó sus labios. El aroma dulzón del champán que siempre le acompañaba le embargó los sentidos y por un instante lo único que percibió fue la calidez de su piel. Nikolay abrió la boca para recibir el sabor afrutado que tanto había añorado, repleto de remordimientos y viejas historias de traición que se habían convertido en murmullo de fondo. Antes de ser consciente de ello, rodeó con sus brazos al conde, perdidos ambos en un beso del que ignoraban el desenlace. Notó sus manos deslizándose por su nuca, acariciando el nacimiento del cabello. La primera vez que se habían besado, hacía tantos años, Lev también había jugueteado con sus mechones de pelo. Aquel recuerdo, lleno de nostalgia, devolvió a Nikolay al presente.

—No podemos volver a cometer el mismo error. Esto no está bien.

Lev desvió su mirada esmeralda y le desabrochó el cuello de la camisa con los dedos, sin llegar a soltar el nudo de la corbata de lazo.

—Lo único de lo que me arrepiento es de haberte dejado marchar sin luchar por ti.

Se inclinó y ocultó el rostro en la curvatura de su garganta, donde sus labios siguieron el ritmo de su pulso. Nikolay se estremeció, pero trató de mantener la compostura.

—Lev, no debemos...

El mordisco que le propinó el conde interrumpió sus palabras.

—Estoy harto de lo que se debe y no se debe hacer. Llevo una vida esquivando mis obligaciones mientras tú las cumplías. Dime, Nikki, si eso te ha hecho ser feliz.

«¿Feliz?». Nunca se lo había planteado, era una palabra que carecía de significado para él. Cada paso que daba en su vida estaba planeado previamente, estudiado y analizado por terceras personas que le daban su aprobación. Pensar tan solo en él mismo no estaba permitido, no formaba

parte del destino de un príncipe. Su única obligación era acatar las órdenes en un entorno cuadrículado y controlado. No había espacio para la improvisación ni el sentimentalismo.

—Esta noche hay luna llena y tú eres mi presa. Tan solo déjate llevar.

Nikolay cerró los ojos para centrarse en el tacto de sus largos dedos por la botonadura de la camisa. Volvió a sentir los dientes del conde en la clavícula; después, sus labios continuaron el trayecto de sus manos por debajo del filo del pantalón, por encima de la tela. Mordió el interior de su mejilla para ahogar el gemido y acallar su corazón que, a un ritmo desbocado, pedía ser devorado. Sin embargo, una esquirola en el fondo de su cabeza no le permitía ahogarse en sus impulsos. «No está bien, otra vez no, por favor».

—Lev, para... Lev...

Ante la falta de respuesta, Nikolay propinó un rodillazo al conde, que cayó de espaldas al suelo. Su rostro, enrojecido por la excitación, mostraba la angustia de quien es desvelado a la fuerza en mitad de un sueño maravilloso.

—No soy tu víctima, no soy tu... nada. —El príncipe volvió a ajustarse la corbata de lazo y recolocarse las prendas sin apartar sus ojos del lobo, con una expresión que no daba opción a réplica.

Se alejó dos pasos del improvisado escondite, pero, antes de abandonar la sala, se arrancó la máscara y la lanzó a los pies del conde.

—Eres tú quien debería ir de zorro por hacerme creer que venías como un amigo cuando claramente no era así. —El rubor desapareció bajo sus frías palabras—. No vuelva a dirigirme la palabra, conde Golitsin.

Tan solo el sonido del bastón acompañó su salida, mientras sentía que centenares de pares de ojos, guardianes de los más grandes honores a los que un ser humano podía aspirar, le devolvían una mirada aprobatoria a través de sus espíritus de óleo.

La princesa Nadezhda se sentía como la protagonista de una hermosa ópera

recién estrenada. Un espectáculo sin precedentes de largos vestidos y música de orquesta que se amoldaban al acelerado palpitar de su pecho. La emoción que le abrumaba era idéntica a la de su primer baile en sociedad, cuando cada pieza de tela que había puesto sobre su cuerpo había sido cuidadosamente supervisada por su madre. «Representas un apellido, un título de gran importancia entre los nobles de la ciudad, por lo que tu aspecto debe ir acorde con tu rango», le había insistido su progenitora mientras tiraba con fuerza de los cordones del corsé.

Todavía era la imagen de una reconocida familia aristócrata, a pesar de haber cambiado su apellido a Khilkova, y cientos de ojos estarían pendientes de cada uno de sus gestos, de sus pequeñas equivocaciones y las frases con las que llenaría los vacíos en las conversaciones. Su comportamiento debía ser meticuloso e irreprochable. Sin embargo, antes incluso de adentrarse en el fastuoso Gran Salón, su cabeza no se encontraba donde debía.

—Nadia, estás... impresionante.

Las palabras de su esposo, nada más verla en lo alto de la escalera de villa Betulia, provocaron un tímido rubor en las mejillas de la princesa.

—Tú también estás muy elegante —le devolvió el halago con sinceridad.

Ver a Yuri vestido de gala despertó un cosquilleo en su estómago. Su altura y sus anchos hombros lo convertían en la percha ideal para lucir el chaqué. La camisa y el chaleco también eran negros, como su traje, dispuestos con tal intención para completar el disfraz de ave oscura. La combinación estilizaba su figura, normalmente más «olvidada» bajo capas de ropa que conjuntaba sin preocupación. Ahora su porte era propio de la de un príncipe del imperio ruso, con el cabello castaño oscuro peinado hacia atrás y su mirada almendrada limpia y sin ninguna duda.

—Esta noche no te quitarán los ojos de encima —dijo Yuri y le ofreció su brazo antes de subir al coche de caballos.

—Han pasado varios meses desde nuestra boda. Ya no somos el último cotilleo jugoso.

—No me refería a eso —dijo con una sonrisa franca.

Nadia ocultó su boca con timidez al percatarse que se trataba de otra muestra de galantería de su marido. Desde que habían regresado a su hogar, la actitud de ambos se había suavizado. Todavía no se comportaban como un matrimonio, pero al menos eran capaces de permanecer en la misma habitación e intercambiar opiniones con educación. Hablaban, escuchaban y, sobre todo, se esforzaban por compartir algunos instantes sueltos al día. Al principio Nadia lo había sentido como una imposición hacia sí misma, el deber de cumplir con el papel de buena esposa para acallar las malas lenguas que todavía se mostraban reacias a su unión, como su hermano Nikolay. «Kolya...».

Tras abandonar por segunda vez en su vida el hogar familiar, apenas se había carteadado con su mellizo, lo imprescindible para saber que la salud de su madre estaba mejorando o que los nuevos sirvientes se incorporaban con facilidad al servicio. Pero entre cada palabra, Nadia vislumbraba su soledad, su dolor por haber sido apartado del ejército, la única razón por la que seguía en pie a pesar de su incurable herida. «¿Y qué puedo hacer yo?», se preguntaba frente a la hoja en blanco. Sus intentos por rescatar a su hermano de sí mismo cada vez resultaban más penosos e infructuosos, sentía que se estaba hundiendo en un lodazal y lo único que les unía era una fina rama de árbol que en cualquier momento se partiría.

Su inquietud se incrementó en el Gran Salón, cuando lo vio apartado del resto de los invitados, con su traje de zorro de invierno que lo envolvía en un aura fantasmal, como si se desprendiera de su consistencia. Cruzaron palabras carentes de profundidad, pensadas tan solo para rellenar el espacio entre la bienvenida y el inicio de la música orquestal. Cada uno luchaba

contra sus propios demonios, aunque los de ella no habían mostrado más que la punta de sus orejas.

Mientras tanto, la magia de la noche hizo acto de presencia y encantó el corazón de la princesa, que no podía apartar los ojos de su esposo. Imbuido del alma del animal que interpretaba, Yuri Khilkov se mezcló con los invitados como uno más, con el mentón alto y el paso seguro. Su personalidad ingenua y dulce había quedado en segundo plano y en la celebración sacó a relucir al príncipe cordial, atento e instruido que había sido educado en el extranjero pero que regresaba para asumir las responsabilidades de su apellido familiar. Mantenía una actitud distante pero correcta, saludaba con moderación y dedicaba unos minutos a analizar la situación del ferrocarril con otros expertos de la industria del metal. Ella permanecía a su lado y asentía, de vez en cuando manifestaba una breve pero ingeniosa observación y después volvía a ocupar su puesto de silente esposa sumisa. Eran actores que interpretaban su personaje sin mácula. «Agotador y aburrido, así debe ser la obra de nuestras vidas».

Los rostros y nombres pasaban a su lado como un río turbio que, tras la tormenta, arrastraba troncos y hojarasca muerta. La princesa Tatiana Melykova, con quien Nadia compartía un lejano parentesco, les saludó con efusión, de hecho, con excesiva familiaridad.

—Nadezhda, qué alegría verte. Tu disfraz es encantador.

—Lo mismo digo, princesa Melykova —dijo para implantar de nuevo las fronteras de la formalidad, aunque de poco sirvió.

—Gracias —siguió con su tono agudo—. Cuando Madame Nastya me sugirió ir de petirrojo, estaba convencida de que no sería la única con el plumaje escarlata, sin embargo, he de admitir que su acierto fue absoluto. No como las jóvenes Demidova y Orlova, que comparten vestimenta y, al parecer, también amante.

Melykova, que había lanzado una mirada hacia las víctimas de su acusación con obscenidad y regocijo, la fijó en Nadia para estudiar su reacción. Así era Tatiana: se alimentaba con glotonería de los relatos más libidinosos de la corte y los divulgaba como si fuera una tarea bienintencionada. Por su parte, la princesa Khilkova se mantuvo inexpresiva, con la máscara que tan bien se había adaptado a las irregularidades de su rostro.

—El petirrojo me parece una opción perfecta —dijo con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Solo espero que no se le contagie su afición por engullir lombrices o que, al hacerlo, no se atragante.

—Ya empiezan, deberíamos colocarnos —interrumpió su marido.

El matrimonio Khilkov, junto con decenas de parejas con el rostro oculto en picos, hocicos y largos bigotes, ocuparon el centro de la sala de baile. Comenzaron a sonar los primeros acordes del vals de Strauss que, a pesar de su origen austríaco, se había ganado un lugar en los corazones rusos. Tras el saludo inicial, Yuri acortó el espacio que los separaba. Deslizó su mano por la cintura de Nadia hasta posarla a mitad de su espalda, y con la otra tomó la punta de los dedos de su esposa con delicadeza.

La princesa sentía los músculos más tensos de lo habitual. Hacía demasiado tiempo que no participaba en la apertura de un baile, o esa era la excusa que se repetía a sí misma. En realidad, no tuvo más que cruzar una mirada con su pareja para descubrir la verdadera causa de su nerviosismo.

—¿Lista?

La princesa contestó con un ligero asentimiento de cabeza y sus pies actuaron por instinto. El largo vestido blanco, con hilos plateados y ristras de perlas y plumas que simulaban la cola de un cisne, perseguía sus movimientos por la pista, marcados por el firme paso de Yuri. Así como el baile tras la celebración de su boda lo recordaba con una nebulosa de

antipatía, ahora vivía cada gesto con vehemencia. La cercanía del pecho del príncipe, su agitada respiración y la sonrisa tirante que perfilaba su rostro conformaban la única visión que percibía. Notó en sus dedos helados el calor de Yuri, que atravesaba sus guantes y se extendía por debajo de su piel, recorriendo sus extremidades hasta buscar cobijo en el centro de su cuerpo.

La música, con notas cada vez más altas y cortas, aumentó de velocidad, por lo que las sutiles oscilaciones de las parejas se convirtieron en ligeras flores de ciruelo al viento que volaban más alto según los instrumentos avanzaban en la partitura, en una cascada sonora en la que ambos flotaban, atravesando las aguas del Danubio Azul que daba nombre a la composición que sonaba.

Sin embargo, Nadia se sentía incompleta. Que el hombre que la guiaba no le dedicara ni una mirada empañaba su alegría. «¿Dónde estás?». Echaba en falta a aquel príncipe de ojos tiernos que la había animado a que se lanzara por una pendiente en trineo, aquel que la había hecho reír como nadie, el que la observaba con un punto de fascinación y emoción infantil mientras tocaba el piano o simplemente daba las buenas noches antes de acostarse. El hombre de la paciencia infinita, el que la escuchaba con interés y también hablaba de manera demasiado franca con sus empleados. A veces malhablado; otras, ingenuo, pero siempre dulce con ella. ¿Dónde se encontraba aquel que poco a poco había ido ganando su afecto?

Nadia rompió el protocolo y soltó la falda que sujetaba con su mano libre para apoyarla en el brazo de Yuri. Al tiempo que el mundo daba vueltas a su alrededor, la princesa apretó con suavidad sus dedos y sus ojos se encontraron. Él, en un gesto espontáneo, aferró su cintura y dio una vuelta de más, haciendo que algunas plumas se soltaran como las semillas de dientes de león en primavera. Pero a Nadia no le importó el estado de su vestido, que las perlas y ramos de seda blanca se deshicieran o que el centenar de horquillas

que sujetaban su cabello se perdieran, sino la sensación de que sus pies se habían elevado en ese giro y, con él, sus propias alas.

—Ahí estás —dejó escapar en un suspiro ella.

Yuri le dedicó una amplia sonrisa. Para su sorpresa, Nadia se la devolvió. Todo su rostro prendió como hierro al fuego. La orquesta continuaba dando vida a la obra de Strauss y los bailarines tomaban forma con cada violín y cada flauta que arrastraba la melodía con sutil elegancia.

La fauna animal del Gran Salón se convirtió en figuras difuminadas y, mientras los pies de Nadia se movían solos, sus manos les hormigueaban. Sin pensarlo, alargó sus dedos y acarició la espesa barba castaña de Yuri hasta el filo de la máscara de cisne negro. Él entrecerró los párpados y apoyó la cabeza en busca de su cercanía. Nunca habían estado tan próximos el uno del otro y su cuerpo se comportaba de una manera extraña, ajena a su voluntad. Tan solo podía pensar en acortar los últimos centímetros que los separaba, aspirar el aroma a aceite y eucalipto que desprendía y que su aliento rozara sus labios. Su cuerpo se balanceaba, con el hechizo musical revoloteando en su estómago. Entonces, un estruendo rompió la magia y una bandada de golondrinas abandonó el nido de su pecho. Las parejas de baile se habían detenido y agradecían la labor de la orquesta con una algarabía de aplausos. Todos ellos se disponían a salir de la pista central mientras Nadia y Yuri continuaban paralizados, perdidos en los ojos del otro, a la espera de un impulso que había sido cortado de raíz. Un hombre, con la máscara de comadreja, carraspeó a su lado y ambos se separaron. Las mejillas de Nadia se tiñeron por la vergüenza de romper la disciplina de la danza, pero con su claro iris todavía clavado en el rostro de su marido.

Nuevas parejas ocuparon sus posiciones y dieron paso al ritmo de una polonesa más alegre. Los príncipes Khilkov se dirigieron hacia los bancos, aunque ninguno de los dos estaba cansado. Nadia sentía que tenía tantas



cosas que decirle que no sabía cómo hacerlo o de qué manera empezar. ¿Cómo se suponía que entablaban una conversación sobre sus sentimientos las personas? Aunque tampoco tendría claro qué explicar, pues lo que había notado durante el vals, a pesar de ser profundo y significativo, no había sido más que una chispa, como si hubiera escuchado el chasquido que abría la puerta de su jaula dorada, pero ¿acaso podía extender sus alas y explorar lo que había más allá?

Yuri era un cúmulo de sinsentidos emocionales para ella, como un niño que rogaba por sus caricias y palabras amables. «Sediento de amor», como había observado mientras se recuperaba de sus heridas de la pelea. Ahora ella sentía por primera vez que tal vez sí podía aliviar su desazón, o al menos ofrecerle una copa con la que calmar su ansiedad. Sin embargo, ¿sería suficiente? ¿Y si ella no aplacaba su necesidad? ¿Y si lo único que lograba era decepcionarle? Nadia no soportaría que él la mirara de esa forma, como la causante de sus ilusiones resquebrajadas.

En el silencio Yuri trasladaba sus ojos de un punto a otro, de los detalles de su falda a los pendientes de cristal, de sus propias manos, que no dejaba de frotar, al carmín de los labios de la princesa.

—Nadia, yo... Creo que...

Lo iba a hacer, iba a confesar sus sentimientos formalmente. ¿Qué debía contestar ella? Si lo rechazaba, le crearía gran dolor y tal vez no volvería a verla con los mismos ojos. No estaba preparada. Que su corazón bombeara más rápido de lo habitual y sus extremidades se reblandecieran era insuficiente. «Él se merece algo mejor que una mujer que olvidó cómo amar». Además, él también era un hombre con secretos. No olvidaba a la misteriosa joven que había aparecido frente a su casa con Yuri y Lev apaleados, y de la que aún no se había atrevido a preguntar nada.

—Lo siento, no puedo...

Nadia se incorporó y se mezcló con los invitados. Necesitaba ocultarse, poner tierra de por medio, porque sabía que, si esos tiernos ojos le pedían que aceptara su corazón, sería incapaz de rechazarle y seguramente él, en algún momento del futuro, se arrepentiría de haber tomado dicha decisión. «Tal vez con algo más de tiempo, es posible que yo... Aunque tampoco sé si sería capaz...».

A un lado, los ciudadanos petersburgueses que se beneficiaban de los favores del zar contemplaban con gozo los movimientos de los bailarines, entregados ahora a una mazurca, con las intermitentes risas de quienes disfrutaban con sus giros, vueltas y cambios de compañero. Nadia recorrió la línea entre las jóvenes parejas y el atento público como un espectro pálido que acababa de perder su forma corpórea. De repente, una mano desconocida la capturó en mitad de su huida y tiró de ella hacia la pista de baile. Trató de resistirse, pues, además de estar desganaada, su entrada implicaría la salida de otra persona en la bulliciosa danza, con un ritmo cada vez más vivo, para deleite de los participantes.

Su desconsiderado compañero de figura esbelta la aferró por la cintura, con garras que se incrustaban en el filo de su corsé, antes de que el cisne blanco alzara el vuelo. Se trataba de un ave rapaz, un halcón, y tanto el traje como la máscara eran en tonos clarososcuros, con plumas azabache y un voluminoso pico amarillento. Su largo cabello negro lo llevaba recogido con una tira de cuero.

—Acabo de cazar el pajarillo más hermoso de la sala.

«Esa voz». No era posible. Nadia interrogó a los ojos esmeralda que le devolvían la mirada, como dos puñales de jade sacados de sus recuerdos más oscuros. Sus dedos presionaron la carne de la princesa, paralizada igual que un asustado conejillo entre las afiladas uñas del depredador con alas. Parecía satisfecho con la expresión de la princesa y su repentina palidez.

—Veo que no os habéis olvidado de mí, alteza.

La última palabra la pronunció despacio, deslizando cada sílaba entre sus labios, saboreando cada nota. Gotas de sudor frío recorrieron la espalda de Nadia y un escalofrío atravesó su cuerpo cuando sintió su cálido aliento cerca de la oreja.

—Sabéis quién soy, ninguna máscara podría engañaros. Vamos, decid mi nombre.

Nadia tragó saliva, debía obedecer. No sabía por qué estúpida razón, pero tenía que hacerlo.

—Jakov.

El barón Dmitri Jakov. Heredero exiliado por el propio emperador a causa de sus disputas con ciertos miembros de la aristocracia. Sus insolencias habían sido toleradas hasta que no había habido forma de transigir sus acciones y ahora vivía recluido en una mansión fuera de la ciudad. Los rumores eran numerosos y cada vez más irreales. Ningún Jakov tenía permiso para acudir a los actos oficiales, pero podía que la excepcionalidad de la celebración facilitara su entrada en la fiesta. Entre tantos invitados, pasaría desapercibido, aunque Nadia lo había descubierto al instante.

Conocía su carácter bravucón, petulante y vanidoso. También sabía que era entregado, caprichoso y pasional. Las manos de dedos largos que tanto la habían obsesionado en su juventud volvieron a apretar con fuerza y Nadia contuvo el gemido, entre el dolor y el placer. Apartó la vista, azorada. A pesar de los años que habían transcurrido desde su separación, su cuerpo no mostraba el rechazo que el sentido común exigía.

—Le sienta bien el matrimonio, princesa.

El siguiente paso del baile provocó el cambio de pareja y así Nadia pasó a estar en manos de una ardilla, un lobo blanco y un cuervo antes de regresar a las zarpas del halcón. La princesa calculó sus alternativas de escapatoria, pero

en cada ocasión la atrapaban de nuevo y la devolvían a la pista, en una confabulación entre animales que no permitían su fuga. Incluso valoró la opción de plantarles cara, pero eran demasiados los ojos que los observaban y no quería llamar la atención sobre sí misma más de lo que había hecho durante el vals de apertura.

—Que la hija de los Volkonsky esté entre mis brazos me causa tanta nostalgia... —dijo con su voz melosa. No importaba los ruidos a su alrededor, siempre conseguía escucharle—. Es una pena que se haya trasladado de residencia. Aún recuerdo cada piedra y escalón para llegar hasta su ventana. También recuerdo cada noche. Y tú, Nadia, mi preciosa Nadia, ¿me has echado de menos?

Los últimos acordes dieron por finalizada la composición y Nadia se quedó petrificada. De nuevo, quieta y enmudecida en la sala, pero con unos sentimientos totalmente contrarios a los que habían provocado su estupor anterior. Estaba alterada, entre el miedo y la excitación, con un paisaje de siluetas neblinosas que carecían de importancia, hipnotizada por los penetrantes ojos del halcón. Entonces, otras manos masculinas la devolvieron al presente.

Tuvo ganas de gritar, atrapada aún en la desconcertante ensoñación de su reencuentro, zarandeada de un lado a otro como una muñeca de trapo. Aunque no podía negar que su actitud no había sido la esperada y, de alguna forma, agradecía que la alejaran del conde Jakov y sus peligrosos ojos verdes.

—¿Se puede saber qué hacías con ese bastardo?

Su hermano Nikolay la había cogido por la muñeca y tirado de ella hasta la otra punta del Gran Salón, donde menos ojos pudieran prestarles atención. Y eso que su espantada había sido bastante llamativa, lo que traería succulentos cuchicheos para los días posteriores a la fiesta. El príncipe Volkonsky parecía otra persona, con los ojos azules muy abiertos y con la furia a duras penas

contenida bajo su expresión. Casi podía ver cómo se fragmentaba su imagen pública de hombre sereno e imperturbable, completamente contraria a su íntima personalidad impulsiva, que ahora salía a la luz con renovada fuerza. Sabía del rencor que guardaba Nikolay hacia el conde Jakov, igual que el resto de su familia, pero no entendía el uso de un lenguaje tan soez.

—No es un bastardo.

Defenderle no era una buena idea, Nadia lo sabía. De hecho, ignoraba la razón que la había empujado a hacerlo. Pero lo hizo, y eso enfureció más a su hermano. Percibió por la forma de su mandíbula que apretaba los dientes. El color de su piel perdió toda tonalidad saludable y la tensión de su cuerpo le indicó que la rabia era acumulada. Ella se había convertido en el objetivo para desahogarse, además de los válidos argumentos que tenía para una reprimenda familiar. Nadia se preguntó cuál sería la causa que había provocado esa ira desbordada.

—Solo ha sido un encuentro casual, nada más —trató de apaciguarlo—. Al principio, cuando me pidió el próximo baile, no supe de quién se trataba por el disfraz, y cuando caí en la cuenta, era demasiado tarde. No iba a salir espantada de la pista en mitad de la melodía y ponerme en evidencia, ¿verdad?

Bajo el traje gris perla, el pecho del príncipe se hinchó al tomar aire. Parecía convencido, aunque no por ello menos descontento.

—Tendrías que estar pegada al brazo de tu marido, que, por lo que veo, elude sus tareas conyugales —dijo con una mirada severa—. Hace tiempo te advertimos de que no te acercaras a Dmtri Jakov.

Nadia ignoró la acusación de irresponsabilidad de Yuri, posiblemente todavía enfrascado en sus reflexiones.

—Recuerdo aquella discusión perfectamente, aunque yo no participara —arremetió—. Además, fue él quien desapareció y acabó con el problema de

raíz.

Por entonces Nadia había considerado a sus padres unos intransigentes. Eran incapaces de comprender sus sentimientos, así que la amenazaban con el ostracismo, sin interacciones sociales más allá de los familiares si no aceptaba la decisión unilateral. Con la madurez, había comprendido el espíritu protector que les había llevado a esos límites, en los que el buen nombre de los Volkonsky estaba en juego por el capricho de su hija. Pero a su yo del pasado, cada rechazo y calumnia a los Jakov solo le hacía desear más a su heredero, Dmitri. Hasta que sus fantasías se dieron de bruces con el muro de la realidad.

—Deja de hurgar en viejas heridas, Kolya. —Alzó la vista, sin ganas de continuar con la conversación, y se percató de un detalle—. Por cierto, ¿dónde está tu máscara?

—No es importante.

—Sí lo es —le insistió—. A medianoche debemos quitárnosla, no antes; ya sabes lo estrictos que pueden llegar a ser en el Palacio con los protocolos.

—Te repito que no es importante; además, vuelvo a casa. Y tú, compórtate como una Volskonsky.

«Pero ya no lo soy». Había debido de ser un lapsus de su hermano al pronunciar esas palabras, tal vez extraída de la antigua disputa en el hogar de sus padres. De todas formas, era cierto que debía cumplir con su papel de sumisa esposa de Yuri Khilkov. No más niñerías. Además, posiblemente Jakov volvería a desaparecer después del baile y no tendría noticias suyas, como ya había ocurrido con anterioridad. Lo que no esperaba era que, por el contrario, el conde retornaría a su vida y, con él, su insana obsesión por la princesa.

# Capítulo IX

*Febrero de 1881*

El príncipe Khilkov no era un hombre dado a los cotilleos. Sin embargo, las malas lenguas habían vertido terribles rumores en sus oídos. Sabía que no podían ser ciertos, que tales historias estaban adornadas con multitud de exageraciones infundadas, creadas para animar a las calenturientas mentes de las jóvenes aristócratas y entretener sus aburridas charlas en los salones de té.

—Solo han pasado unos días, dales tiempo y la gente se olvidará de todo.

El conde Golitsin, su amigo hasta en las situaciones más complicadas, había acudido a su despacho en la fábrica para intentar aplacar su inquietud. Yuri era de esas personas que prefería hablar cara a cara que compartir sus pensamientos por cartas y notas, así que Lev tomó la iniciativa y se personó en el corazón de la compañía Khilkov para desbaratar la agenda del príncipe. Pero la idea de invitarlo a una copa a media mañana se estaba convirtiendo en una sesión de confidencias.

—No son más que habladurías, nada demostrable. —Lev fijó su vista en el príncipe, que se paseaba arriba y abajo por el despacho—. Espera, ¿no pensarás que hay algo de verdad en ellas?

Yuri detuvo sus pies y miró a su amigo con una expresión marcada por la angustia.

—¿Lo hay? No, no lo digas, o sí. ¿Quiero saberlo? ¿Realmente quiero?

En ese momento la sugerencia de una copa le pareció maravillosa. Sentado de nuevo en su silla, abrió el último cajón para sacar la botella y dos vasos. Vertió el líquido dorado y ambos lo bebieron sin brindar. Lev puso una cara desagradable.

—Agh, whisky.

Yuri no pudo evitar la sonrisa. Durante su vida fuera del país que le había visto nacer, apenas había echado en falta cosas como el vodka que tanto adoraba Lev. Sus amigos americanos le habían inculcado un cariño especial por el whisky, tan difícil de conseguir en Rusia.

—Trágate. Es un regalo del señor Leland Stanford.

—¿Uno de los «Cuatro Grandes» del Central Pacific?

—Vaya, no pensé que lo fueras a conocer —dijo Yuri con evidente sorpresa.

—A veces escucho cuando hablas, sobre todo si es de los magnates estadounidenses, aunque se dediquen a unir barras de hierro como tú.

El príncipe amplió su sonrisa, que se borró de un plumazo al recordar la razón por la que había sacado la botella. Se sirvió de nuevo y lo vació rápido. No daba tiempo a que el alcohol le quemara la garganta.

—Dime la verdad, Lev.

El conde se mordió los labios.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella directamente?

Yuri tuvo ganas de reír a carcajadas, pero en su lugar se tomó el tercer vaso de líquido dorado.

—Si lo hiciera, ¿me respondería?

—Al menos deberías intentarlo —repuso su amigo.

—Ha cambiado tanto durante estos días. ¿Solo ha sido un mes? Para mí ha pasado media vida —se lamentó con gesto cansado—. Siento que volvemos al punto de partida después de la boda. Antes me hablaba, podíamos charlar, ¡charlar! Llevo años soñando con estar así con ella, tranquilos, compartiendo la misma habitación, el mismo aire... Y cuando pensé que lo lograría, ¡puf! De nuevo los silencios, los cuartos vacíos y los efímeros encuentros en el pasillo. Parece que no tengo esposa.

—¿Y ella tiene marido? —contraatacó Lev.



—¿A qué te refieres?

—Yura, eres un hombre amable y generoso, pero a veces estás más ciego que un topo. —Le dio un golpe en la cabeza con un periódico antiguo que reposaba en el escritorio—. ¡Es de ella de quien hablan! También mencionan tu apellido, por supuesto, es algo que tenéis en común, pero no olvides que esas arpías que repiten el mismo relato sucio no hacen más que susurrar sobre la dignidad de la princesa Nadezhda. Ahoga tus penas en alcohol, si quieres, pero tú estás aquí y ella allí, y no te veo intentando derribar ese muro del que tanto te quejas.

—¿Cómo lo hago, Lev? —suplicó—. Dime cómo doy el paso, porque yo ya no sé qué más hacer.

—Sentaros a hablar.

—No es tan fácil...

—¿Sabes? Tal vez no tienes el valor de preguntárselo por miedo a que sea verdad.

El silencio que se prolongó entre ambos tuvo más significado que su confirmación posterior.

—Es posible.

Lev alzó el periódico y arremetió de nuevo contra la cabeza del príncipe. Yuri se agachó para evitarlo mientras trataba de quitarle el maldito instrumento de tortura que acababa de inventar.

—No puedo creer que pongas en duda el honor de tu esposa —dijo el conde—. ¡Es Nadia! Una mujer impresionante de la que llevas más de una década enamorado, ¿y la tratas así? ¿Acaso si los rumores fueran ciertos la echarías de tu lado? ¿Por una historia incierta ocurrida en el pasado?

Yuri no contestó. En su lugar, se levantó y salió de su despacho, cerrando con un portazo. Bajó a la sala de máquinas, donde los hombres trabajaban codo con codo con los más modernos aparatos para moldear el hierro y crear

las primeras locomotoras que recorrerían un camino desconocido hacia el sol naciente. Los gritos de fondo de los capataces, el chirriar de los mecanismos y el olor del metal caliente le ayudaban a poner los pies en la tierra y calmar su malestar interno.

Si llevaba tantos años evitando en lo posible los eventos sociales eran por razones como aquella. «Un baile nunca trae nada bueno». Solo era campo abonado para plantar semillas de desconfianza entre los asistentes, con el único objetivo de conseguir risas a media voz en las cenas de una sociedad podrida por dentro. Imaginar cómo surgía el nombre de su esposa de labios de aquellos seres cubiertos de estiércol le enervaba la sangre. Tenía que hacer algo, debía...

—¡Déjalo! Si no sabes hacerlo, es mejor que pares, muchacho, o acabarás por herir a alguien.

Las voces y los gritos provenían de uno de los puestos en el que, a pesar de la maquinaria actual, se necesitaba amartillar a mano y poner los clavos de uno en uno antes de ir al siguiente paso del montaje y crear una de las cientos de ruedas perfectas. Usaban instrumentos de un metro y la tarea se realizaba de pie, por lo que necesitaban espacio y un cuerpo en perfecto estado físico.

El que estaba recibiendo la reprimenda era un chaval de unos trece años que, a pesar de su edad, había desarrollado los músculos más rápido que sus compañeros. Sin embargo, la fuerza todavía era insuficiente para concluir la tarea, y su jefe se lo recriminaba.

—Puedo y lo haré, señor. Solo necesito otra oportunidad.

—Ni hablar. Ya has malogrado media docena de clavos y antes por poco la cabeza del martillo acaba en el pie de Grigor. Así que suelta eso, te buscaremos una tarea más adecuada para un crío como tú.

Un pequeño grupo de trabajadores que se había reunido alrededor de la disputa rio y se burló del joven, que pateaba el suelo, enrabiado. Pero, en un

descuido del jefe de la zona, recuperó el martillo y lo alzó, amenazador. El chaval estaba harto de las bromas que a esas alturas debían de ser unas cuantas y reaccionó instintivamente.

—¡Os digo que puedo hacerlo!

Los empleados se quedaron quietos, primero por miedo a ser el primero en recibir el golpe; después al reconocer al propietario de la fábrica detrás del muchacho. Yuri aprovechó la ofuscación del joven para aproximarse y sujetar la improvisada arma por el mango.

—Mejor si soltamos esto, ¿no crees?

El muchacho se giró y, al descubrir quién le había detenido, separó los labios sin decir palabra.

—Vamos, chicos, se ha acabado la discusión —se dirigió Yuri al resto de trabajadores—. Volved a lo vuestro.

Todos obedecieron y los sonidos de golpes contra el metal se intensificaron a su alrededor. Sabía que algunos ojos todavía los vigilaban con curiosidad.

—Bien, señor Janko, supongo que querrá poner una queja sobre el joven...

—Alik, así es como se llama, señor Khilkov —respondió el superior del muchacho. Yuri les había prohibido que usaran la palabra «alteza» con él—. Lo pusieron bajo mi supervisión, pero no tiene madera de «golpeador», le falta firmeza a sus brazos y su puntería es peor que la de un viejo borracho.

—¡Eso no es...!

Una rápida mirada de Janko silenció al tal Alik. Por la actitud del joven, supuso que tenían algún tipo de parentesco, pero no vivían en la misma casa. Sus ropas distaban mucho de ser lavadas por la misma persona, aunque las de Alik más bien no habían sido frotadas con jabón en semanas.

—¿Es tu sobrino? —se aventuró Yuri.

—Sí, señor, y ha sacado la cabezonería y desobediencia de mi hermano —se justificó Janko—. No digo que el muchacho no valga para otras cosas,

pero aquí es un peligro para todos.

Yuri, que esperaba que el capataz pidiera que despidiera al muchacho, se sorprendió cuando lo defendió. «Es duro con él, pero también le muestra sus debilidades para que aprenda de ellas». Aquella escena le recordaba a las cientos vividas con su padre, cuando lo llevaba con él a las fábricas en las que había estado trabajando en América y después en el Reino Unido, en concreto en Liverpool.

Ante el silencio del dueño, Alik dio un paso al frente y alzó una mirada decidida.

—No me despida, señor Khilkov; mejoraré, lo prometo.

A Yuri no se le pasó por alto que no se disculpara, pero pedir perdón no entraba en esa mente, alterada por la edad. Solo pensaba en avanzar, seguir adelante, sobrevivir.

—Claro que lo harás —dijo y puso la mano sobre la cabeza del muchacho.

Alik abrió mucho los ojos y la boca, en una sonrisa que transformó su rostro, con una luz que ninguna mancha de hollín ni ningún arañazo o vieja cicatriz podían ensombrecer. Su alegría era contagiosa. «¿Cuándo perdemos los adultos esa energía?». Con los ánimos levantados, Yuri se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa. Los trabajadores más próximos, que habían seguido el devenir de la conversación, miraban ahora sin disimulo al propietario de la fábrica mientras cogía el martillo y lo alzaba sobre su cabeza.

—Lo principal es que veas cómo se hace correctamente.

Tocó con la punta del instrumento el clavo, a medio colocar, sobre la pieza de hierro. Alejó el martillo y lo dejó caer. Acertó a la primera.

—El truco está en la distancia, no en la fuerza. ¡Traed otro!

El capataz Janko puso frente a él otro clavo y otra pieza. En dos golpes estaba terminado. Pidió uno más.

Eso era lo que se le daba bien a Yuri. Nada de príncipes ni el peso del apellido a sus espaldas. Solo él y sus manos para solucionar cualquier problema. Sus brazos actuaban de forma automática. Era como volver a los años de juventud en el que llegar a casa con unas monedas para que su padre se sintiera orgulloso bastaba para darse por satisfecho. De hecho, sentía cómo sus músculos se desentumecían; dormidos durante años y reblandecidos en sillones de despacho, exigían a gritos acción, recuperar su razón de ser.

El calor y el esfuerzo hicieron que su piel se perlara de sudor. El polvo que flotaba en la atmósfera y que recubría el martillo y todo lo que le rodeaba se adhirió a su rostro, cuello y manos. Se desabrochó el chaleco y manchó las mangas al volver a subirlas. Muchos de los ojos que empezaron a seguir su extraña actitud retornaron a sus tareas. Estaban desconcertados, aquello se salía de la norma. ¿Debían avisar a alguien? ¿Decir que su jefe estaba trastornado? Mejor seguir cada uno a lo suyo, antes que arriesgarse a perder su puesto de trabajo.

—¡Otro!

Yuri notaba que con cada martillazo una parte de él se ajustaba nuevamente a su personalidad, que reubicaba cada pieza que se había dispersado desde su llegada a la capital. Lo que iba a ser una prueba de destreza que inspirara al joven Alik se estaba transformando en una terapia. Había echado tanto de menos ser útil, pero útil de verdad, sin dudas ni temores, tan solo actuar. Nada de reflexiones, nada de pensar en cada palabra antes de abrir la boca.

Los momentos de interacción social en el Gran Salón había sido agotadores para Yuri. Interpretaba un papel para el que había sido entrenado en los últimos años, pero en el que no se sentía cómodo. Sabía la importancia que tenía su actuación en el baile, que le podía traer aliados y suavizar su relación con posibles enemigos. Tenía una oportunidad para no fallar a su padre. En

realidad todo iba bien, a pesar de la picazón que recorría su cuerpo con la hipocresía y la falta de humildad. Entonces, ¿por qué se sentía tan vacío por dentro? Había sido en ese momento, durante el vals de apertura, cuando una luz, que para él era celestial, había sanado las heridas de su pecho.

Hasta que había aparecido él.

Yuri soltó el martillo, que repiqueteó con fuerza contra el metal. Estaba jadeando, empapado en sudor y con la mirada perdida. Los trabajadores con los puestos más próximos se habían ido alejando lentamente hasta crear un cerco a su alrededor. Por sus expresiones era evidente que estaban asustados. No los podía culpar. No era un jefe común y en esos momentos se sentía menos capacitado de lo que se requería para cumplir con sus obligaciones. Incluso el joven Alik y su tío, Janko, se habían apartado de su camino.

«Qué manera más desastrosa de empezar el año». Lo que podría haber sido una noche maravillosa había quedado ensombrecida por aquel inesperado invitado. Hasta con el mal sabor de boca que le había dejado la fallida declaración, después habrían vuelto a su casa, ellos dos solos, y lo habría arreglado con su «encanto natural». La brecha entre ellos era cada vez más corta, así que un ligero desliz era fácil de superar. Sin embargo, todo se había echado a perder, porque ya ni los dulces recuerdos de sus cuerpos balanceándose al ritmo del vals le apaciguaban. Esa escena quedaba bloqueada por la visión del halcón con sus garras sobre la cintura de su cisne blanco.

Había podido sentir la conexión entre ellos y había estado tentado de entrar en la formación de baile para separar al ave rapaz de su esposa. Sin embargo habían sido demasiados los ojos que vigilaban. El orgullo le había impedido actuar y ahora se arrepentía de ello.

—Dios, pero, ¿qué te ha pasado? —El conde Golitsin se giró, escandalizado, cuando escuchó a Yuri entrar de nuevo en su despacho y

cerrar con un portazo, igual que había hecho a la salida—. ¿Acaso te has rebozado en carbón?

Yuri ignoró su comentario y fue directo hacia su mesa, donde todavía estaba la botella de whisky. Se sirvió mientras se secaba el sudor con un trapo limpio.

—Háblame de Jakov —pidió tras vaciar el vaso. Lev, que siempre tenía ganas de compartir sus recientes descubrimientos sobre los secretos de los nobles, se quedó callado—. Sabes de él más que yo, eso es seguro —confirmó Yuri y le tendió una copa llena a su amigo—. Cuéntame quién es esa serpiente.

—Dime que no me lamentaré después.

—No puedo prometértelo.

El conde bebió de un trago y su expresión no fue tan amarga como cuando había probado el líquido la primera vez. Necesitaba algo así para tomar fuerzas, pues intuía las consecuencias que acarrearían su narración.

—Antes que nada, debes saber que no hay una versión definitiva, que se trata de fragmentos de supuestos testigos y ya sabes lo difícil que es sacar la verdad de historias repletas de paja.

Yuri asintió con el rostro serio. Seguía de pie, con la cadera apoyada en la mesa del escritorio y los brazos cruzados sobre el pecho.

—El conde Dmitri Jakov pretendió a la princesa Nadia cuando ella tenía quince años. Los Volkonsky no aprobaban la unión, pues se sabía que la herencia familiar de los Jakov se había evaporado por las deudas de juego del padre. Estaban arruinados y el matrimonio con Nadia era la única forma de salvarse. Sin embargo, no lograron su objetivo y se marcharon de la capital.

—Acaba la historia —le presionó Yuri, con una mirada intimidatoria.

Lev tosió y desvió la mirada antes de continuar.

—Al parecer, Dmitri no estaba muy de acuerdo con la decisión e intentó

casarse en secreto con Nadia. Dicen que la sedujo para que ella aceptara, pero la noche de la fuga él no apareció y sumió a la princesa en una tristeza que incluso puso en peligro su salud.

—¿Qué fue lo que pasó?

—No se sabe. El caso es que cuando se volvió a saber algo del heredero de los Jakov, este había engañado a otra jovencita, pero sus padres lograron capturarlos antes de que salieran de la ciudad. Entonces algunas familias nobles mostraron su descontento al zar, que decidió expulsar a los Jakov al completo de San Petersburgo. Al parecer la influencia de tu suegro, Aleksandr Volkonsky, fue crucial para que la petición tuviera éxito.

—De acuerdo. Esa es la historia, ahora necesito escuchar tu opinión.

—¿Sobre lo ocurrido? Sabes que no juzgo a la gente por su pasado.

—No, sobre lo que va a pasar, sus intenciones y qué debo esperar de él.

—Nada, mejor olvídalo.

El conde apartó la mirada. Le preocupaba la forma en que trascurría la conversación y la frialdad con que Yuri absorbía la nueva información, como si no le asombrara, pero seguía arañando la superficie de su discurso, convencido de que hallaría la solución a un misterio centenario.

—¿Qué dicen por ahí? —insistió el príncipe.

—Desde su aparición en el Palacio de Invierno se le ve mucho por el club de caballeros. Al parecer, ha logrado una tregua con el zar y busca escalar posiciones, en eso sois iguales, aunque él...

—Lo hace de otra manera, ¿verdad?

Lev resopló.

—Comentan que desequilibra a sus adversarios y disfruta provocando el caos.

Yuri comenzó a pasearse, inquieto, por su despacho. Sacó una camisa limpia de un armario donde guardaba ropa de repuesto —una costumbre que



había cogido desde que empezara a dormir en su propia fábrica, pocas semanas después de la boda— y se cambió con movimientos rápidos. Al ver su nerviosismo, Lev intentó aplacar su desasosiego.

—Vamos, no va a intentar nada —repuso—. Él odia a los Volkonsky, arruinaron a su familia, ¿cómo va a querer recuperar a Nadia? Es imposible.

—Precisamente, lo que busca es hundir su reputación, la nuestra, y de momento lo está haciendo a las mil maravillas.

—No son más que rumores... —le restó importancia Lev.

—Tú sabes mejor que ningún otro el daño que puede causar una lengua viperina. No sería la primera vez que los maliciosos cotilleos crean desconfianza y afectan al negocio —se abrochó los gemelos y se puso la chaqueta—. Pero esto no lo hago por la empresa, lo hago por ella. Voy a acabar con el veneno matando a la serpiente.

Yuri cogió su abrigo y completó el atuendo con la bufanda y el sombrero.

—¿A dónde vas?

Lev, con el gabán a medio colocar, salió disparado detrás de su amigo, que volvía a abandonar la sala sin decir nada más.

—Me has dicho que suele estar en el club, ¿no? Pues hace mucho que no me paso por ahí, y es hora de saludar al resto de miembros.

El local estaba cerca de la catedral de San Isaac, así que tendrían que coger un coche de caballos. El conde Golitsin persiguió a su amigo por las frías calles de San Petersburgo, bordeadas de montañas de nieve grisácea por la suciedad y el aire tóxico. Ese día, el viento traía la peste a alquitrán del barrio de Lyetiny, un olor que se adhería a la piel y manchaba hasta los blancos copos que caían sin cesar. Al anochecer, las heladas serían un riesgo para los viandantes. Cuando Lev logró alcanzarle, le agarró del brazo. Con su fuerza física no podía detenerle, pero tal vez le hacía entrar en razón al ver la temeridad que se disponía a cometer.

—¿Y se puede saber qué vas a hacer cuando llegues ahí?

—Arreglarlo con mis propias manos, como tiene que ser.

Larissa buscó cobijo en el primer portal que encontró mientras subía la bufanda y se calaba la gorra. Pegó su cuerpo contra la fachada durante unos segundos. «No te ha visto, no te ha visto, tú sigue adelante y continúa como si nada». Resopló y el aire caliente calmó sus fríos labios. Las tareas de vigilancia nunca habían supuesto un problema para ella. Estaba acostumbrada a esperar durante horas en un punto marcado hasta la llegada del objetivo, calculaba mentalmente el tiempo de un lugar a otro y tenía buen instinto para las personas, así que sabía a quién podría hacer un par de preguntas sin que resultara sospechoso. Además, con la práctica había mejorado su visión periférica y enseguida captaba cuándo llamaba la atención y debía pausar el seguimiento, como acababa de ocurrir.

Había confirmado que uno de los guardias era más despierto de lo que aparentaba. Larissa sacó su pequeña libreta negra y anotó su descripción y el lugar exacto en que se había percatado de que ella les seguía. Sabía dónde obtener su nombre y, si era necesario, su dirección y antecedentes. A veces era más fácil deshacerse de sus enemigos ante cualquier indicio de peligro con chantajes o amenazas.

Al otro lado de la calle, las luces del Café Oleneva la atraían con sus dulces promesas de estufas y chocolate caliente. Pero su trabajo no había concluido. Larissa salió de su imprevisto escondite y continuó hacia el puente Pévchesky, por el malecón del río Moyka. Había vuelto a usar ropas de hombre, por lo que su aspecto era el de un muchacho que deambulaba por las calles, haciendo tiempo antes de terminar con los recados que le habría encargado su jefe. Con la gorra, la bufanda y el abrigo de lana, sus ojos eran lo único que tenía a la vista, así que caminaba con la tranquilidad de que nadie la reconocería.

La zona donde se encontraba estaba a unos ochocientos metros de la plaza del Palacio, por lo que el número de personas que se atrevían a enfrentarse al frío en una pausa de la nevada era superior que en su barrio temporal. Larissa era consciente de que habían pasado muchos años desde que recorriera esas calles junto con su madre para bajar hacia la avenida Nevsky y pasar la mañana o la tarde en la galería comercial Passage o en los grandes almacenes Gostiny Dvor. Era fácil vislumbrar el rostro de alegría de Sonya cuando compraba los diseños parisinos y vestía a su hija con las telas más finas. Larissa sonrió de lado al pensar en lo que diría su madre si la viera ahora, con ropas prestadas de varón y el cabello, el que consideraba su mayor tesoro, oculto bajo una gorra raída.

Larissa cruzó el puente Pévchesky y continuó hacia la gran avenida de Konyushennaya. Aunque el objetivo viajaba en carruaje con cuatro guardias a caballo, era posible seguir su velocidad avanzando por los rincones de los edificios que no habían cambiado en sus años de ausencia. El grupo continuó hasta el canal de Catalina y atravesó otro puente. «El puente». Era el lugar indicado. Suficientemente lejos de los lugares seguros, se trataba del punto perfecto para llevar a cabo su plan. La idea ya se la había sugerido a sus camaradas días antes, pero prefería hacer otro seguimiento para confirmar sus sospechas, y mientras más lo pensaba, más convencida estaba. Dio media vuelta, todavía con la cálida oferta del Café Oleneva revoloteando en su mente. Sin embargo, una mano atrapó su boca y la arrastró hacia el hueco entre fachadas del malecón. Empezó a patallar y agitar los brazos, hasta que captó un aroma que conocía bastante bien.

—¡Alex! Me has dado un susto de muerte.

Los penetrantes ojos marrón oscuro, casi negros, de Alexandr Biery la retuvieron contra la pared. Bajo su poblado bigote mostraba una sonrisa triunfante, como si acabara de cazar a su presa y esperara un premio. Larissa

le devolvió la sonrisa, en una invitación a cobrarse la recompensa. Biery se inclinó y unió sus labios. Ella abrió la boca, en un repentino deseo irrefrenable por devorarlo ahí mismo, en la penumbra de las callejuelas peterburguesas. Sintió los fuertes brazos rodeándola y, en la cercanía, ella desabrochó el abrigo y lo abrazó bajo la tela, con el calor de su cuerpo llamándola con voz propia. El beso se interrumpió con un suspiro cargado de frustración, pero permanecieron un rato más, frente con frente, con las nubes blancas de su aliento calentando sus mejillas.

—No me acordaba de lo escurridiza que eres cuando trabajas —admitió él.

—Gracias por el cumplido.

—¿Has comprobado lo que querías?

—Sí, y creo que será lo mejor.

—Lo sé, por eso tengo que enseñarte algo.

Salieron de su escondite cogidos de la mano. Algunos de los transeúntes con los que se cruzaron los observaron asombrados al ver a dos hombres mostrando públicamente su intimidad. Pero ni a Larissa ni a Biery les importó ser diana de unos absurdos cuchicheos. De hecho, a ella le costaba contener la risa por lo simple de su broma. Unos metros más adelante cruzaron a la izquierda y entraron en uno de los portales del malecón del canal de Catalina. Subieron hasta la tercera planta y Biery sacó unas llaves para abrir la puerta. La casa todavía olía a madera recién cortada y barniz. El calor de las cañerías de vapor pasaba por debajo del suelo y tras las paredes, lo cual creaba una sensación acogedora. Los muebles eran sencillos, con una pequeña cocina y un dormitorio. El servicio comunitario estaría al final del pasillo.

—Lo he alquilado para ti. Bueno, tampoco hace falta que me lances esa mirada —dijo Biery ante la expresión de recelo de Larissa—. Mira, acércate.

La guio hacia la ventana de la sala principal y entonces ella lo comprendió.

Las vistas daban exactamente al punto que había escogido; era un mirador privilegiado.

—Creo que me he adelantado a que todos dieran el visto bueno, pero descubrí este apartamento y supe que sería perfecto.

—Lo es.

Larissa apoyo la mano en el cristal, tan frío como un bloque de hielo. Pero la emoción que la embargaba alejaba cualquier dolor y la convertía en invulnerable. El plan avanzaba gracias a sus aportaciones y tomaba forma real. Era agradable sentirse valorada. El hombre que le había dado la oportunidad de ser de utilidad la abrazó por la espalda y ella se apoyó en él. Se relajó y sus músculos le reprimieron con pinchazos el cambio. ¿Desde qué momento había estado tan tensa?

—Había olvidado la última vez que estuvimos así.

—Yo también.

Larissa giró el rostro y levantó el mentón para buscar sus labios. Los brazos que la rodeaban la apretaron con suavidad. Biery alzó una mano y le arrebató la gorra que ocultaba su identidad. El largo cabello oscuro cayó como una cascada alrededor de su rostro, con las mejillas enrojecidas y un poco quemadas por el frío de la calle. Sus ojos se encontraron y el deseo de ambos surgió como una chispa, que prendió en sus pechos como un campo de hojarasca.

Se besaron de nuevo, con caricias más exigentes, más ávidas. Las manos de uno y de otro se mezclaban en una danza atrevida, que desabrochaban botones y quitaban prendas. No llegaron al dormitorio. En el suelo del salón, junto a la ventana y sobre la montaña de sus ropas, Biery la tomó con brusquedad. La necesidad de obedecer a sus instintos más básicos era lo único que los mantenía en pie después de recorrer la ciudad durante horas y sin una noche de sueño seguida. Larissa se aferró a él como su salvación de

labios salados en mitad del océano.

Sus cuerpos se amoldaron el uno al otro con vertiginosa rapidez, como si fueran partes de una misma pieza que jamás debieron ser separadas.

Larissa rodeó su cuello y lo atrajo hacia ella, como si con su boca pudiera aliviar el tormento que la desgarraba por dentro. El entrechocar de sus caderas aumentó de forma frenética y Larissa clavó sus uñas para que él no se separara ni un ápice de ella. El último jadeo fue acompañado de un río de besos que recorrieron su mentón, su garganta y el lóbulo de su oreja. Larissa no podía parar de sonreír mientras aferraba con sus piernas el cuerpo de Biery.

—¿Así quieres que nos quedemos todo el día? —preguntó él con la misma expresión de felicidad en su rostro.

—Exactamente así.

Biery la acogió en su pecho y aspiró el aroma de su cabello. A pesar de los kilómetros recorridos a pie y los días de estrés, ella siempre conservaba su particular olor. Larissa cerró los ojos y se permitió unos instantes de tranquilidad. Habían transcurrido unas semanas duras. Ignatei Isaev, su experto en explosivos, había sufrido un accidente que le había hecho perder varios dedos de una mano y por una temporada no podía manejar sus extremidades bien. Su hermana Anna le ayudaba con el montaje del artefacto, pero ella era una novata y avanzaban más despacio.

Le preocupaban las heridas de Ignatei. Una mala fiebre en pleno invierno podía llevarlo a la tumba y había demostrado ser un inestimable miembro del grupo, a pesar de su seriedad y gusto por los chistes macabros. Era práctico, eficiente y preciso, lo que favorecía al funcionamiento de la Voluntad, a veces tan «sentimental» que olvidaba la necesidad de una buena cabeza. Anna era idéntica a su hermano, solo que más torpe y lenta de movimientos, pero sabía que tras sus ojos había una mente brillante que trabajaba a su

propio ritmo y no perdía detalle de su entorno.

El resto de los miembros, como Ilya y Varenka, se mostraban cada vez más inquietos. Todavía no habían concretado un plazo, una fecha límite, pero intuían que el tiempo se les agotaba. Sentían los ojos de la Okhrana, la policía secreta, cada vez más cerca. Llegaría el momento en que atraparían a alguien y toda la preparación se iría a la basura. No podían permitirlo. Las noches en vela, el peligro y las pérdidas sufridas por el camino no debían ser en balde. Calculaban con exactitud la duración de las reuniones en el piso de Varenka, intentaban no verse en otros ambientes donde pudieran ser reconocidos y cada vez iban menos a La Rata Callejera, en la Casa Nikeen. Solo lo justo para no crear sospechas. No eran más que un inocente grupo de charlatanes que, cuando bebían unas copas, hablaban de más. Era su imagen pública y debían conservarla.

Kova... Kovalyov era otro cantar. Larissa había tenido que insistir a Biery para que no lo expulsara. Ella confiaba en él, ¿por qué Alex no? Podía que se debiera a su naturaleza, tan habituado a la traición y a las dobles identidades. Sin embargo, Kova era un hombre decente sobre el que podían delegar cualquier tarea. Él no diría nada, no les entregaría a la policía.

La luz de la habitación fue cambiando conforme caía el sol. A pesar del calor que desprendía el suelo por la calefacción interna, Larissa tiritó y se acurrucó contra él. Usaron sus abrigos para cubrirse.

—Alex, deberíamos ponernos en marcha —le alentó ella. Notó sus dedos introduciéndose despacio. Larissa se mordió el labio—. Alex...

—Solo un poco más, no tenemos prisa —susurró con glotonería junto a su oreja y lamió su garganta.

—Es peligroso... Debemos salir... Por separado y...

Entrecortó sus palabras con un gemido.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? Irte y dejarme.

—¿Qué? —repuso ella, sorprendida por su cambio de actitud. Sus palabras eran frías, pero sus manos seguían deslizándose en su interior a un ritmo tortuoso.

—No soy estúpido, Lara, sé que vas a casa de Kova.

Que mencionara a su amigo en una situación así le incomodaba y avergonzaba a partes iguales. Su cuerpo mostró rechazo y sus músculos se tensaron. Sintió los dedos de Biery con más nitidez en su interior, era casi molesto.

—Para ver a su hijo. Todavía está enfermo —se justificó ella y trató de apartarle de un manotazo, pero él retuvo sus muñecas encima de su cabeza.

—¿En serio? No puedo fiarme de tus palabras; ya no eres la camarada obediente que conocí —continuó con su gélida mirada, con el iris de un marrón tan opaco que le recordaron a la leña carbonizada—. En año nuevo también me engañaste, he hablado con Mela.

Larissa abrió los ojos de par en par. Había sido tremendamente cuidadosa; se suponía que Mela era una aliada, que no contaría su pequeña aventura en el Palacio de Invierno. Le había decepcionado, y su confesión podría traerle graves consecuencias.

—¿Creías que me engañarías? ¿Que no me enteraría de lo que tramabas? Así que has vuelto a ver a Khilkov. Un maldito príncipe. Pensé que dejamos claro que no te pondrías en contacto con él. Al mínimo error, todo se irá a pique. Todos nosotros nos hundiremos. No puedo permitir que una sola pieza se caiga del tablero. Y tú...

Biery la soltó un instante, lo justo para que Larissa se zafara, girara su cuerpo y escapara a gatas. Pero antes de que se alejara, la atrapó y tiró de ella hasta que lo notó caliente y preparado contra su cadera. Su sola cercanía hacía que reaccionara de forma automática, pero no quería continuar con el extraño juego en el que estaba inmerso. Eso no era amor ni pasión, solo era



puro impulso desbocado.

—Alex, por favor... —rogó con los puños cerrados. Sabía lo que vendría a continuación; no era la primera vez que probaba su ira entre las sábanas, amarga y caprichosa.

—Eres una criatura a la que le gusta volar libre. Es uno de tus mejores rasgos, pero también de los más peligrosos. No me traicionarías, ¿verdad?

Sintió el aliento de Biery en su espalda y se le erizó el vello.

—¿Verdad?

La penetró de golpe y con rudeza. Un escalofrío recorrió su columna vertebral y se quedó paralizada, igual que un desvalido animal dominado por el alfa de la manada. Biery se adentró en ella con ferocidad, con movimientos cortos y breves; su propio placer era su único fin.

Fue rápido, como otras veces, lo que era un alivio. En cuanto terminó, cogió sus prendas y se vistió sin decir una sola palabra. En la penumbra, le dedicó una mirada que Larissa fue incapaz de interpretar. Tal vez había desprecio, podía que compasión. La poca luz que entraba en el cuarto no le permitió averiguarlo.

## Capítulo X

Desde la presentación en sociedad de la hija pequeña de los Naryshkin, Vasylysa, la mansión familiar ubicada en plena avenida Nevsky se había convertido en el punto de reunión de la flor y nata de la alta sociedad. Sus padres no habían tardado en abrir las puertas de su casa, de hecho, lo hacían con asiduidad, seguramente para atraer a algún pretendiente que se interesara en contraer matrimonio cuanto antes con la recién declarada mujer adulta. Según los rumores, era una joven bastante descocada que precisaba de la mano firme de un esposo de inmediato.

El matrimonio Khilkov, junto con otras parejas que podrían servir de ejemplo a Vasylysa, había recibido numerosas invitaciones, pero siempre conseguía esquivarlas de forma elegante. Sin embargo, las negativas a una familia noble eran limitadas, por lo que finalmente Nadia se había visto forzada a acudir a una fiesta de té para la que había recibido una carta de puño y letra de la joven Vasylysa. En la misiva, insistía que no sería nada excesivo, sino algo sencillo a media tarde y que antes de la cena estaría de regreso a villa Betulia. La princesa no había tenido alternativa y había confirmado su asistencia.

Acudió con uno de sus sencillos vestidos turquesa, con el polisón más pequeño y el corsé ajustado, tal como dictaba la moda francesa. La botonadura de nácar se sucedía desde el mentón hasta el suelo, y minúsculas flores doradas adornaban la cola del vestido. El rostro era la única parte de su cuerpo a la vista, pues cubría las manos con guantes de ante blanco. Se trenzó el cabello y lo recogió sin más complementos que un broche de plata con forma de cisne que Yuri le había regalado en Navidades.

La princesa sabía que su desliz en el Palacio de Invierno todavía se

comentaba con interés entre las atolondradas jóvenes, y no tan jóvenes, de su misma categoría, por lo que no le extrañó la gran cantidad de miradas curiosas que le dirigieron en cuanto entró en la casa de los Naryshkin. Todos los presentes habían estado en la celebración del Palacio de Invierno, así que ninguno era ajeno a los últimos cotilleos. En mitad de la sala, charlando animadamente con un amplio grupo, escuchó la aguda e histriónica voz de la princesa Tatiana Melyukova, que con golosos ojos repasó el atuendo de la reciente protagonista de sus historias prohibidas. Los nervios y la incomodidad que la habían abrumado en el Palacio de Invierno la golpearon con fuerza, por lo que ver una cara amiga entre tanta que la analizaba y juzgaba fue un soplo de aire fresco. Casi se lanzó a sus brazos, aliviada.

—Katya, querida, qué alegría verte —saludó con sinceridad.

—Lo mismo digo, Nadia.

Se besaron y abrazaron con cariño. Nadia le sonrió con complicidad mientras buscaban un sillón que ocupar. La princesa Ekaterina Obolenskaya era conocida como una persona más bien tímida, que pocas veces acudía a los eventos sociales y que había conseguido engatusar a su marido, el príncipe Iván Obolensky, para que sintiera hacia ella una devoción similar a la adoración divina. Solo sus amigos más cercanos sabían de su verdadera personalidad, de chiquilla reservada pero que encandilaba con su tierna mirada y gestos afables. Su delicada salud había formado ese carácter, a veces demasiado maternal. Una muñeca de porcelana con el corazón de un colibrí. Su tiempo avanzaba más rápido que el de los demás, como si ansiara volar por encima de las nubes antes de tiempo.

—¿Tu marido no viene?

—Ha tenido que acudir a la fábrica, tal vez después venga a buscarme —explicó Nadia, sin detallar que podía que fuera ella quien había expulsado a Yuri de vuelta a encerrarse en el trabajo, lejos de sus silencios. Desde su

amago de confesión, lo evitaba, pues aún no sabía qué contestar cuando llegara el momento, aunque podía ser que tras los últimos rumores sobre su persona, se replanteara declararle su amor.

—Apenas pudimos hablar en la fiesta de disfraces —continuó la charla Katya—. Tras el baile de apertura os marchasteis temprano.

—Había demasiada gente y me encontraba indispuesta.

No mentía del todo. Tras el baile con Jakov, el desasosiego se había adueñado de su cuerpo. La amonestación de su hermano mellizo había debido ser una advertencia, pero el daño estaba hecho y la reputación de Nadia se debatía en el centro de las historietas de salón de té. Una escena que deseaba borrar de la memoria de los presentes y de las sensaciones que habían evocado bajo su piel.

La princesa Khilkova tomó la iniciativa de la conversación, antes de que su amiga indagara por su agitación.

—Pero háblame de ti, ¿cómo estás?

—Bien, mejor, aunque mi Vanya se preocupa tanto que me agota. —Katya se acarició el vientre, una costumbre que había adquirido de tantos intentos fallidos. Era un gesto de pura desesperación y, aun así, se permitió una vaga sonrisa—. Teníamos la esperanza de que esta vez sí saldría todo bien, pero...

Nadia alargó la mano y apretó con suavidad la de su amiga. ¿Cuántos iban ya? ¿Cuatro, cinco? Había perdido la cuenta, aunque seguro que Katya guardaba en un arcón de su memoria los nombres de los pequeños no nacidos, junto con las decenas de patucos que no había podido tejer.

Katya aceptó el gesto con afecto, pero se separó rápidamente. Todavía era demasiado pronto y las lágrimas afloraban con facilidad, así que era mejor cambiar de tema.

—¿Y cómo te trata a ti la vida de casada? —preguntó la princesa Obolenskaya—. Entre mis decaimientos, no he podido ir a presentar mis

respetos y los de mi esposo en vuestro nuevo hogar. Además, mi madre os compró algunos presentes de su última visita a Wiesbaden que solo acumulan polvo en casa.

—Sabes que puedes venir cuando quieras. Siempre serás bien recibida.

A pesar de tratarse de una frase manida, su entonación le dio un matiz más cálido y personal. En realidad, estaba deseando que su amiga fuera a visitarla, pero por su sensible situación no se había atrevido a insistirle.

Cuando se había confirmado la unión entre ambas familias, Nadia se había compadecido de su amiga. Sabía que aceptaría el primer hombre que le propusieran como esposo para dejar de ser una carga para sus padres. Era una mujer que cumplía las expectativas impuestas y había logrado sobreponerse a las complicaciones propias de un matrimonio concertado, como el que la misma princesa Khilkova estaba viviendo.

—¿Cómo lo hiciste? —se atrevió a preguntar. Katya la miró, interrogante, y se acercó hasta tocar hombro con hombro, para que solo ella pudiera oírla. Esperó sin apartar la vista de los ojos celestes de Nadia, concentrados en la creación de frases con sentido que pudieran calmar su inquietud—. La indiferencia, los silencios... ¿Cómo lograste que desaparecieran?

La aparición de uno de los miembros del personal de la mansión la interrumpió. Sirvieron té y pastas dulces y saladas, con minúsculos bocados de pan con finas tiras de salmón y queso azul. Nadia fue incapaz de probarlas, consciente de que cualquier alimento que intentara digerir se quedaría a medio camino en su garganta.

Se arrepentía de su confesión a Katya; las intimidades que habían compartido en el pasado permanecían ahí, ancladas en otra época.

—Un día, simplemente, lo asumí —retomó la conversación Katya, como si no la hubieran detenido—. Te aseguro que no fue como en los poemas que leíamos de jóvenes, ni mucho menos. La realidad nunca es como nos

contaban de niñas. Iván no se convirtió en Vanya de la noche a la mañana, como los cuervos que se transformaban en príncipes al amanecer. No fue fácil, pero al final le acepté. Es difícil de explicar. Recuerdo que estaba bordando y, cuando usé las tijeras para cortar un hilo, me herí. Fue una torpeza absurda, pero él vino rápidamente. Yo sangraba y él empezó a agitarse y a temblar. Ya sabes cómo se comporta cuando está nervioso, que pierde las formas. Le dije «Vanya, querido, estoy bien», y él me miró y me besó. —Katya sonrió con ternura, inmersa en sus recuerdos—. Al parecer, era la primera vez que usaba esas palabras y salieron de mi boca como si las hubiera pronunciado mil veces.

Nadia desconocía ese relato. Sabía que su amiga era tan reticente como ella a compartir su vida privada, por lo que no era extraño que guardara con celo la evolución de su relación. Quiso preguntar más, descubrir los instantes que habían marcado un antes y un después hasta ese beso, qué fue lo que había cambiado, si él o ella. Tuvo el impulso de contarle la verdad, de confesarle sus miedos y sus noches de soledad. Que el calor que le había proporcionado su esposo la había ahuyentado, como una criatura salvaje asustada por las fuertes llamas de un fuego. Sin embargo, comenzar la narración implicaría terminarla, y no se sentía con el ánimo suficiente de admitir sus temores, ni de compartir lo desdichado de su vida conyugal. De todas maneras, Katya hizo otro amago por acercarse a la princesa.

—Pero no te atormentes, Nadia. No hay más que echar un rápido vistazo al príncipe Khilkov para asegurar que ese momento llegará muy pronto.

«No son sus sentimientos los que me preocupan, sino los míos, que lo convertirán en un hombre infeliz junto a una mujer de hielo». La princesa Khilkova negó con la cabeza en un gesto sutil, pero trató de disimular sus pensamientos con una sonrisa.

—Gracias, Katya.

Apoyó la mano sobre el brazo de su amiga y se levantó, rompiendo la proximidad que habían compartido. Necesitaba aire. Pero salir al exterior era impensable, debía aguantar un rato más su interpretación de aristócrata impasible. Era una prueba de fuerza y no pensaba perder; todos los que estaban ahí serían testigos de su victoria sobre la humillación social. Sus pasos la llevaron inevitablemente al fondo de la sala, desde donde podía observar su entorno sin sentirse como una víctima acorralada.

La cháchara a su alrededor se mitigó para centrarse en paladear los exquisitos aperitivos que ofrecían en bandejas de plata. A continuación, ofrecerían más té, acompañado de licor de arándanos o de cerezas. Después venía el turno del espectáculo, una excusa para pasar la fría tarde tomando alcohol y degustando dulces, que pasaba de un recital de poesía de cualquier aspirante a Pushkin o Griboyédov a un concierto de piano de algún familiar medio cercano supuestamente talentoso en *petit comité*.

En esta ocasión, fue el turno de una prima segunda con una portentosa voz que dejó a los invitados atónitos. Con la compañía de un violín, conmovió con una de las arias finales de *Ruslán y Lyudmila*, en una versión de la ópera de Glynka. Representó el momento en que Lyudmila, hija del príncipe de Kiev, tras ser secuestrada por el malvado Chernogov, esperaba la llegada de su amado rescatador Ruslán, por quien entona los tristes versos de anhelo y soledad.

«Para ti, mi destino, mi amargo destino, que fue eclipsado, demasiado pronto, por las oscuras nubes de la tormenta.»

Nadia, que permanecía inmóvil junto a una de las puertas laterales del salón, sintió un ligero golpeteo en el hombro y se giró. Era la joven Vasylisha, la anfitriona, que le indicaba que la siguiera al pasillo, a espaldas de las invitadas que continuaban embelesadas en la voz de la soprano.

—Siento interrumpir, pero mi madre se lamenta de que no pudierais

saludaros en el Palacio, así que le gustaría hablar brevemente contigo.

Nadia se mostró reticente, pero la condesa Naryshkin era vieja amiga de la familia, íntima de su madre, por lo que debía ser respetuosa y educada con ella, o cualquier negligencia de formalismo llegaría a oídos de la princesa Volkonskaya, con su consecuente reprimenda. Caminaron por el largo pasillo iluminado por las lámparas de gas, con apenas más intensidad que las velas tradicionales. De fondo todavía escuchaba la clara voz de la cantante.

—Hoy no se encuentra bien, por la tos, así que prefiere permanecer lejos de la fiesta.

Recorrieron la mansión y Nadia sospechó al percatarse de que el camino era incorrecto. Sabía que lo que había al otro lado de aquella puerta era la biblioteca, sin embargo, no lo mencionó hasta que la atravesó.

—¿Por qué estamos aquí?

—Es una sorpresa —dijo con picardía Vasyliisa y desapareció, de vuelta al pasillo.

Antes de cerrar, captó los versos del lamento de Lyudmila, con voz lejana pero transparente como la cristalina superficie del río Neva en invierno.

«Lloraré, lloraré, por mi triste destino.»

El sonido de unas botas tras las estanterías la sobresaltaron, y Nadia buscó en la penumbra a su propietario.

—Mi precioso cisne blanco.

La princesa se quedó tan quieta como una escultura de hielo. Debía salir de ahí. Girar el pomo de la puerta y huir, como si escapara del mismísimo diablo. ¿Acaso no era así? Sin embargo, tiraron de su brazo.

—Jakov, suéltame —dijo mientras intentaba zafarse.

—Si lo hago, te marcharás, y no puedo permitir que eso ocurra.

El barón Dmitri Jakov la atrajo hacia sí. El fuego de la chimenea era la única fuente de luz, y las llamas pintaban de rojo y sombras los rincones de la



biblioteca. Perfilaban los pómulos marcados y la afilada nariz del barón, con finos labios que mostraban una de sus atractivas sonrisas. Sus ojos, de un verde brillante que competían con la intensidad y la dureza de las esmeraldas, la tenían hechizada. Vestía de frac oscuro, como si se hubiera desviado de su cita en la ópera para acosar a su antigua amante.

—Me haces daño. —Nadia se avergonzó del ruego en su voz.

—Bien. También me lo hiciste tú a mí cuando me abandonaste.

—Fuiste tú el que se fue, sin una sola palabra ni una carta —le recriminó, con más emoción de la que había querido mostrar—. Desapareciste de mi vida. Solo te pido que lo hagas otra vez y con el mismo sigilo.

Nadia logró soltarse y se volteó hacia la puerta, dispuesta a regresar a la fiesta, despedirse y volver a la protección de su casa. Entonces sintió su muñeca, de nuevo aprisionada, aunque con la delicadeza propia de una caricia.

—No lo hice por voluntad propia. Yo quería que vinieras conmigo, llevarte hasta los límites del imperio y ser libres, para siempre, ¿lo recuerdas? Hicimos una promesa.

El barón alzó la mano de Nadia hasta sus labios y los posó en sus nudillos sin apartar la mirada. Un cosquilleo descendió desde sus dedos hasta el vientre de la princesa. Hacía demasiados años de su historia en común, ¿cómo era posible que todavía le afectara de esa forma? Debía impedir que el contacto siguiera, pero ante cualquier gesto de rechazo, él reforzaba su proximidad. Desnudó sus dedos y deslizó su guante con lentitud para besar la palma de su mano.

—Jakov... —imploró.

—Entonces no me llamabas así, usabas mi nombre —dijo con voz profunda y rozó con la punta de su lengua la sensible piel de la muñeca—. Solo tú podías pronunciarlo. Dilo, por favor, una vez, aunque sea la última.

Dilo.

—No puedo.

Nadia retrocedió hasta notar el filo de las estanterías en su espalda. No tenía escapatoria. Frente a ella, los cada vez más hambrientos ojos del barón Jakov la retenían con una voluntad aplastante. Descendió la mano de la princesa y la apoyó sobre su pecho, para que sintiera el palpitar de su corazón, tan acelerado como el de ella. Era el momento de estirar el brazo y empujarle, pero sus extremidades perdieron fuerza. Las piernas le fallarían en cualquier instante. Jakov reducía el espacio que les separaba, tan cerca que sintió su cálido aliento sobre los labios.

—Nadia.

De nuevo esa entonación, entre la súplica y la demanda.

—Dyma —susurró, perdida en su embrujo.

Él sonrió, triunfante, y devoró el aire entre los dos con un beso. Sus avariciosas manos recorrieron el filo de su cintura y apretaron la figura del corsé. Abrazó a la princesa, desvanecida en el sabor de unos labios que todavía se amoldaban a los suyos con sorprendente naturalidad. Era demasiado cómodo dejarse embargar por esas sensaciones, volver a él, como los riachuelos que acaban en el mar. Un mar sin nombre, lleno de sufrimiento y arrepentimiento. No, ella no era así. No iba a engañar a su esposo, y menos con alguien como Jakov. En cuanto sintió sus manos desabrochando los botones bajo el mentón, Nadia notó que la magia se evaporaba. Había tomado una decisión: nada de eso iba a pasar.

—Jakov, para —dijo con firmeza, pero él ignoró su petición y besó su cuello.

La princesa cerró los puños y trató de alejarlo. Con su voluminoso vestido, no podía propinarle una patada, así que atacó con las manos. Jakov las enganchó con agilidad, pero Nadia no desistió. Abrió la boca, a punto de

gritar, cuando la puerta de la biblioteca se abrió.

Se trataba de una pareja que, por las risas cortas y los dedos entrelazados, debían de buscar un lugar tranquilo donde compartir su mutuo afecto. Lo primero que Nadia sintió fue alivio, pues el barón se detuvo con la inesperada aparición. Pero al comprobar quiénes eran los intrusos, la princesa se puso pálida. Se trataba de Tatiana Melyukova con un joven con quien, era sabido, había compartido cama y confidencias. Los cuatro se quedaron inmóviles, como parte de la disparatada escena de una obra de teatro de mal gusto. Nadia vislumbró lo que pasaba por la mente de Tatiana y le provocó náuseas. Entonces, Jakov dio un paso atrás y dejó sitio para que la princesa continuara con su siguiente parte de la obra. Él sonreía, el barón Dmitri Jakov exhibía una amplia sonrisa de regocijo en su boca, rozando la obscenidad. Y Nadia lo comprendió.

«Todo estaba planeado.»

Su visita a la mansión, el acorralamiento en la biblioteca y que la reina de los cotilleos, la princesa Melyukova, los cazara en pleno intercambio amoroso. Vasyliisa Naryshkin también participaba de la conspiración. Seguro que Jakov había jugado con sus sentimientos, igual que había hecho con Nadia de joven y, al parecer, de mujer adulta. Estaba abochornada. Jamás se había sentido tan traicionada.

La princesa Khilkova salió corriendo de la habitación hacia el pasillo. Recordaba su trayecto hasta el exterior con las brumas de un sueño. Se subió a uno de los coches que esperaban la salida de los invitados y dio las indicaciones para su casa. Notaba la picazón de las lágrimas, pero no derramó ni una gota, ni en el camino por las heladas calles de San Petersburgo ni al llegar a villa Betulia.

Durante días evitó con más ahínco a su marido, arrepentida de su comportamiento, pero sin saber cómo explicarlo. ¿Debía decirle algo?

¿Habrían llegado hasta él los rumores de la fiesta en la mansión de los Naryshkin? No daba muestras de ello, aunque era cierto que cuando Yuri se preocupaba, su comportamiento se volvía menos previsible. De repente estaba en la cocina, luego iba a la fábrica o también salía a pasear.

Nadia intuía que algo le atormentaba, pues sus silencios eran más pesados y cuando sus miradas se cruzaban había angustia en ellos. Pero ninguno de los dos decía nada, y los días pasaron, cada uno inmerso en su soledad. La princesa estaba convencida de que las aguas volverían a su curso natural. No importaba lo que aconteciera, el invierno siempre regresaba y congelaba los canales de la ciudad, igualando con un manto de nieve sus grandes avenidas y estrechos rincones. Solo debía tener paciencia y evitar las reuniones, como siempre había hecho.

Nadia cogió el atizador para avivar las llamas de la chimenea del salón; todavía sentía los dedos helados y necesitaba entrar en calor. La leña estaba a punto de acabarse y Masha no había hecho acto de presencia para solventarlo, por lo que la princesa se dirigió a la cocina, dispuesta a regañar a la ama de llaves. Estaba cansada de tener que controlar cada una de sus tareas en casa, que nunca se terminaban. Si Masha no le había dedicado algún improperio, al menos frente a ella, era por el respeto que profesaba a la familia Khilkov, aunque en cualquier momento se agotaría y ambas discutirían.

Antes de cruzar la puerta de la cocina, Nadia escuchó voces. Imaginó que se trataba de la sirvienta dando indicaciones a Helga, su sobrina y nueva doncella, tan torpe en el trabajo como rápida hablando. La princesa entreabrió la puerta, preparada para interrumpir la charla. Sin embargo, no era la joven Helga la interlocutora de Masha, sino otra mujer, con una falda marrón y blusa blanca. Todavía llevaba puesto el sombrero de piel de zorro y unos rizos oscuros escapaban de él. Sacudía el abrigo cerca del fuego del hogar para secar la nieve recién caída.

—¿Seguro que no está? —dijo mientras dejaba la prenda en una silla. Nadia reconoció su voz y la imaginó con prendas de varón. Era la misteriosa mujer que había aparecido en el palacio de los Volkonsky con Yuri y el conde Golitsin tras la pelea.

—Claro que no, es una tontería mentirte. ¿Qué gana la pobre Masha con eso? Nada, solo más dolores de cabeza y de espalda.

La ama de llaves daba la espalda a la invitada y pelaba patatas con agilidad, que después echaba a un cazo con agua.

—Vamos, anciana quejica, tampoco hace falta que exageres. Tus huesos siguen igual de molidos que hace diez años.

—No es lo mismo —gruñó—. Desde que me reincorporé a esta casa, no he parado de trabajar. Cada vez estoy peor.

—Pero merece la pena el esfuerzo, ¿no? —comentó la mujer con un toque de nostalgia en su voz.

—Siempre, por los Khilkov, por supuesto.

Nadia no daba crédito a lo que veían sus ojos. ¿Qué hacía esa mujer en su casa? ¿Y por qué trataba con esa familiaridad a su personal? Valoró la opción de entrar y expulsarla, pero la curiosidad pudo con ella. Si se mantenía en silencio tras la puerta, obtendría más información de la que no se había atrevido a preguntar a su marido.

—Tengo que hablar con él, Masha.

—Pues no está, ya te lo he dicho —insistió y tiró otra patata al cazo. El agua salpicó la mesa de madera.

—Es urgente.

—Escríbele.

—No sé, ¿y si lo ve su mujer? Me niego a tener nada que ver con ella.

La princesa dio un respingo al escuchar que la mencionaban. Apoyó su espalda contra la pared, deseosa de poder hundirse en su superficie y pasar

desapercibida.

—Entonces espera a que venga.

—Tengo prisa, me esperan.

—¿Los amigos de Kova? —se jactó Masha, como si conociera ciertos detalles de suma importancia.

—¿Qué es lo que sabes? —Había alarma en la expresión de la joven, casi miedo.

—Lo suficiente para preocuparme por ti, Lara, y más con esos moratones que intentas ocultar con la bufanda.

«Lara». Nadia repitió el nombre en su mente. ¿Alguna vez había nombrado Yuri a esa mujer? ¿Le habían presentado a alguien llamado así? No lograba recordarlo.

—No lo hagas. Yo no necesito de tus cuidados —dijo y se llevó la mano a la garganta—. Pero Yura sí, y ahora más que nunca.

—Tampoco le va tan mal...

Lara le quitó a Masha una patata que acababa de coger y lo devolvió a la cesta.

—¿No me escuchas! Te digo que está punto de cometer una estupidez.

—Ya sabes que a veces se comporta como un cabeza hueca.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —exclamó la joven, exasperada.

Masha dejó el cuchillo sobre la mesa y se frotó las manos en un trapo gris que una vez había sido blanco.

—Confío en él.

—¿Qué? ¿Eso es todo?

El tono de Lara era cada vez más alto. ¿Acaso había olvidado que se encontraba en una casa ajena? Aunque, por su actitud, parecía que pertenecía a ese lugar más que la princesa.

—Tiene buen ojo y un pulso firme, como su padre. No fallará —dijo,

rotunda, Masha.

—Tal vez, pero ¿y el otro? Te recuerdo que son dos en un duelo, y este es un barón peligroso. Oí que ya ha salido victorioso de uno. Podría acabar con Yura.

—No pasará —se reafirmó la ama de llaves, aunque sus dedos titubearon cuando volvió a coger el cuchillo para guardarlo en un cajón—. Confía.

—No puedo... —Lara recorrió la cocina arriba y abajo un par de veces y, en un gesto brusco, cogió el abrigo para ponérselo—. Tengo que verle. Me niego a que se muera por algo tan estúpido como la dignidad de su esposa.

—Espera, Lara. Tengo un poco de pan y cerdo ahumado para que te lleves...

La invitación de Masha no llegó a oídos de la joven, que abandonó la casa por la puerta del servicio. El portazo sirvió para ocultar el sonido de la princesa Nadia desplomándose en el suelo. Se quedó acurrucada junto a la puerta, abrazada a sus piernas y con los ojos vacíos. Era imposible. Yuri iba a batirse en duelo con Jakov. No. Esa mujer, la tal Lara, mentía. La desconocida que hablaba del príncipe como si le conociera más que ella, su esposa, había ido a su casa para decir falsedades. Entonces, ¿por qué sonaban ciertas? Y si era verdad, ¿qué debía hacer?

—Alteza, ¿se encuentra bien? Vaya, ¿está llorando?

Nadia alzó el rostro y se encontró con la desconcertada expresión de Masha, que la observaba con los labios apretados en una mueca de preocupación. Pero la princesa no la veía, tan solo era una figura neblinosa frente a ella. Alargó los dedos y deseó que sus fuertes manos la levantaran, ser rodeada por sus brazos y aspirar el aroma a eucalipto y romero que desprendía. Cerró los ojos, le echaba tanto en falta...

«Mi Yura.»

Los viandantes pasaban frente al príncipe Nikolay Volkonsky sin

percatarse de su presencia. Llevaba horas inmóvil, cobijado en un portal que daba a la calle Italiyanskaya, frente a los jardines Mikhailovsky. Las campanas de Santa Catalina, a unos metros de distancia en la avenida Nevsky, habían enmudecido, y como no le convenía perder sus escasas reservas de calor sacando el reloj de bolsillo, supuso que era pasada la medianoche. «La hora del lobo». Salió de su madriguera y llamó a una de las puertas que le sucedían. Aunque en esa parte de la fachada no hubiera ningún cartel que lo indicara, Nikolay sabía que al otro lado le esperaban los grandes y exuberantes salones del Grand Hotel L'Europe.

—Pase, alteza.

El hombre que le abrió vestía de riguroso negro, con chaqué de cola. Expresión seria, mejillas rasuradas y el cabello, con algunas canas dispersas, peinado con una raya en medio. Se llamaba Eugin; era su topo. Trabajaba como camarero de las suites del hotel y era un excelente recopilador de información que, a un precio, compartía con gusto. El príncipe conocía de sus servicios por el conde Golitsin, que también acudía al camarero cuando necesitaba corroborar ciertos datos sobre secretos encuentros nocturnos.

Nikolay era consciente de que no sellaría su boca por completo con unos rublos y que, tarde o temprano, el rumor de que el príncipe había estado en uno de los lugares más transitados por la nobleza rusa y extranjera sería de propiedad pública. Sin embargo, prefería esa opción a tener que cruzar el vestíbulo, cumplir con los saludos protocolarios de los más que probables conocidos que encontraría y enfrentarse a las sospechas antes de tiempo. No estaba de humor para eso. En realidad, no estaba de humor para nada, y su gesto de hastío lo demostraba.

—Acabemos con esto —dijo para sí mismo mientras seguía las indicaciones de Eugin hacia la escalera de servicio, que no tenía nada que ver con las de mármol alfombradas en rojo de los clientes.



—Suite Mariinsky, alteza.

Nikolay le agradeció su ayuda con un ligero movimiento de cabeza y una recompensa con la que podría mantener caliente a su familia durante lo que quedaba de invierno. Eugin hizo una reverencia y le entregó una llave. El príncipe atravesó el pasillo, completamente vacío y en silencio, directo hacia su objetivo. El interior del hotel no era ningún misterio para él, tantas veces redescubierto en las visitas de sus amistades. Caminar con su bastón por los suelos de madera, rodeado de cuadros de bodegones y pálidas estatuas desnudas, le hizo evocar también una noche inolvidable con Lev, unas puertas más allá. Nikolay apretó los dientes; no era momento de perder la concentración en estupideces.

El Grand Hotel L'Europe ofrecía a sus clientes los mejores servicios, por lo que disponía de un sistema eléctrico más moderno que en la mayoría de las mansiones y palacios peterburgueses. La luz que se reflejaba en los pasillos de color melocotón era más intensa que la que proporcionaban las lámparas de gas. La ciudad, al otro lado de las congeladas ventanas, parecía un pozo negro de desolación que se debía evitar. Unos pasos más y ahí estaba. «Suite Mariinsky».

Usó la llave sin pudor, como si se adentrara en una habitación que estaba a su nombre. Dentro, silencio. La chimenea de la sala de la entrada caldeaba el cuarto y proporcionaba una suave luz anaranjada. La leña prácticamente se había extinguido, así que en breve solo quedarían las brasas. Nikolay echó un rápido vistazo a su alrededor e hizo una mueca de disgusto. Sobre los sillones aterciopelados colgaban prendas, de hombre y mujer, a juzgar por el volumen y el colorido. En las mesas de exquisito gusto había botellas de vino y champán volcadas. Alguna todavía goteaba sobre una alfombra de tonos azul celeste, a juego con las cortinas. Al otro lado de las puertas que daban al dormitorio, escuchó murmullos y risas apagadas. Al parecer, Nikolay se

encontraba en mitad del final de una fiesta privada, pero eso no iba a detener sus planes. Abrió con una sonora patada, un movimiento que su pierna no agradeció en absoluto.

—¿Qué? ¡Oh, Dios mío!

Encima de la cama había una mujer desnuda, de espaldas a la entrada, que giró su cabeza al escuchar el golpe. Se cubrió rápidamente con las mantas, y el hombre que había estado debajo de ella se incorporó y sonrió, y Nikolay deseó partirle todos los dientes en ese momento.

—Buenas noches, príncipe Volkonsky.

—Que ella se vista y se vaya —dijo y regresó al salón.

Nikolay esperó frente a la chimenea, con el puño cerrado alrededor del mango del bastón, mientras las prendas del mobiliario volvían a su lugar de origen. Detrás de él, oyó palabras quedas y órdenes breves. Estaba claro que la mujer se había indignado, pero en vez de gritar a quien se hospedaba en la habitación, respondía con afirmaciones al tiempo que se vestía. De reojo, el príncipe creyó reconocer a la pequeña de los Naryshkin, aunque no pudo confirmarlo. Tampoco le interesaba.

—Siéntese, alteza. ¿Té? ¿Champán, tal vez?

Que no se sorprendiera porque hubieran entrado a hurtadillas en la habitación era síntoma de despreocupación o, precisamente, de una visita esperada.

—Sabes a lo que he venido, Jakov.

El barón Dmitri Jakov llevaba una gruesa bata de piel de conejo y observaba al príncipe desde uno de los sillones, con una pierna sobre el reposabrazos y el codo apoyado en ella. El cabello le caía sobre los hombros y sus verdes ojos todavía brillaban con la intensidad de la lujuria. Alargó la mano y cogió una de las últimas botellas que quedaba en pie para darle un trago.

—¿Así es como pensabas presentarte en Chyornaya Rechka en unas horas?

—En realidad, no —dijo el barón y dejó la botella vacía a sus pies—. Soy consciente del romanticismo que suscita un duelo al amanecer a las afueras de la ciudad, pero en el fondo ambos sabemos que es una necedad, un arriesgado pasatiempo que tiene fácil solución, ¿verdad?

Nikolay no contestó, se negaba a seguirle el juego. Desabrochó los botones del gabán y sacó un sobre que tiró sobre un tablero de ajedrez sin piezas, al lado del barón. A pesar de la calidez del cuarto, todavía llevaba puesto el sombrero y los guantes, listo para marcharse cuanto antes y dar por concluida esa humillación.

—Es la misma cantidad que la otra vez —habló con voz impasible—. Cógelo y vete, lejos de la ciudad. Vuestro apellido siempre ha sido una lacra, así que llévatelo y no regreses.

Jakov comenzó a contar los billetes mientras parecía conversar consigo mismo.

—Recuerdo aquel día. Vino con su hermano mayor; él sí que tenía carácter, casi logró hasta asustarme por intentar fugarme con Nadia —comentó con fingido terror—. Seguro que luego disfrutó de la victoria de recuperar a su querida hermanita con usted, ¿no es así? ¿O solo le dio otra de sus palizas? Entre las historias que se oían por entonces, no sé muy bien con qué versión quedarme.

El barón se atrevió a alzar la mirada para ver la reacción del príncipe. Sin embargo, el heredero de los Volkonsky hizo honor a su nombre y permaneció impertérrito. Solo la fuerza con que sujetaba el extremo del bastón advertía del inminente peligro. Jakov lo ignoró y siguió arrinconando a su presa, como el gato que goza torturando a un ratón.

—Aunque, pensándolo mejor, yo también tengo una reputación que mantener y no daría una buena imagen si mañana perdiera por ausentarme. —

Se incorporó y ajustó el batín—. Sí, eso haré. Además, los breves momentos que compartimos Nadia y yo fueron... revitalizantes. Estoy convencido de que con un poco más de insistencia lograré tenerla a mi plena disposición, como antes. A menos que me pagues más...

Jakov se quedó paralizado. Nikolay había desenvainado su estoque, oculto en el bastón, y apuntaba con él hacia la garganta del barón. «Dios, sería tan sencillo». De hecho, lo era. Los únicos que sabían que estaba ahí eran un camarero sobornable y una alocada joven aristócrata que, por vergüenza, negaría cualquier relación con el barón. Podía hacerlo, podía matarlo y salir indemne. ¿Quién le acusaría? Conocía al jefe de la policía personalmente; en caso de que investigaran su fallecimiento, habría otro centenar de sospechosos hacia los que guiar a los agentes de seguridad, desde cobradores de deudas y apostadores hasta esposos celosos con el orgullo marital herido. ¿Que su cuñado iba a batirse en duelo porque el barón había cortejado a su mujer? No había pruebas. Los testigos del club podían achacarlo a un calentamiento verbal. Además, los duelos estaban prohibidos desde Petr I, ¿cómo iban ellos a incumplir la ley?

Nikolay pudo sentir el roce de la fina piel contra el acero. Solo tenía que presionar ligeramente para que la sangre comenzara a fluir. Extrañamente, su pulso estaba más firme que nunca. Mientras que durante las batallas que había lidiado el miedo, la duda y la tensión se entremezclaban en una tormenta de emociones que le impulsaban a apretar el gatillo o clavar la espada, ahora se sentía sereno y plenamente consciente de sí mismo. Se dio cuenta de que ese había sido su objetivo desde el inicio; por eso había permanecido durante horas cobijado en un portal, a la intemperie, calmando su mente y cuerpo, preparándose para la lucha. El chantaje no era más que una excusa. Nikolay Volkonsky había acudido a la cita para matar al malnacido que había mancillado a su hermana.

—¿Alteza?

Jakov no se reía, lo cual provocó una profunda satisfacción en el príncipe y se permitió torcer el labio. Era él quien sonreía. El barón empezó a temblar.

—Alteza, por favor —suplicó.

—Dame una sola razón para no hacerlo.

Movió sutilmente la muñeca, lo justo para que Jakov pensara que esas serían las últimas palabras en su vida.

—¿Honor? ¿Orgullo? —contestó rápidamente.

—Soy un soldado, me honra acabar con tipos como tú. Otra.

—Por favor, se lo ruego, mi familia...

—¿Acaso pensaste en la mía cuando regresaste con tus juegos de enredos para destrozarla? Tampoco me sirve. Otra.

Nikolay dio un paso al frente; de esa forma, solo tendría que estirar un poco el codo para rajarse el cuello de Jakov. A pesar de las horas de pie, la herida de la pierna no le había molestado desde que había entrado en el hotel. Era una señal de su cuerpo de que estaba haciendo lo correcto.

El barón Jakov juntó sus manos y cayó de rodillas. El mismo hombre que hacía unos instantes se mostraba ante él casi desnudo y sin una mota de decoro, lloraba como un niño. Era lamentable. Nikolay movió los dedos y, en un rápido gesto, le cortó la mejilla. Jakov comenzó a chillar como un animal en el matadero.

—Calla o te cerceno la oreja.

Tapó con la mano la herida y obedeció al instante, con lágrimas mezcladas con sangre. El príncipe redujo el espacio que les separaba y le miró desde su altura sin agacharse.

—No es grave. No morirás, pero te servirá de recuerdo —le advirtió con una voz tan afilada como su estoque—. Aléjate de mi familia, huye como la rata cobarde que eres, porque te aseguro que la próxima vez que te huela a

menos de cien metros de cualquiera de mis seres queridos, te abriré la garganta y te desangraré como a un cerdo, ¿de acuerdo?

El príncipe no esperó oír su respuesta. La verdad era que deseaba que la incumpliera cuanto antes y así terminar lo que su hermano mayor no había podido empezar hacía diez años. Recuperó el dinero que había dejado sobre el tablero de ajedrez y volvió a guardarlo en uno de los bolsillos interno del gabán. Mientras recorría el pasillo de vuelta a la salida, sintió golpes y gritos de rabia a sus espaldas de un barón frustrado que no sabía aceptar una derrota.

El helado aire nocturno dio la bienvenida a Nikolay en el exterior. La primera bocanada fue como meter la cabeza en el Neva antes de que se congelara, pero para él fue un soplo estimulante. Dedicó un instante a colocarse bien el sombrero, la bufanda y los guantes. El estoque volvía a ser un simple bastón de lisiado, en el que no necesitaba apoyarse, pues sentía que se había quitado una losa de encima. No era consciente de la carga que implicaba el problema de Dmitri Jakov hasta que lo había solucionado. Sus amenazas no eran en vano.

Las palabras del barón se quedaron en esa habitación; no pensaba prestarles más atención, aunque alguna todavía revoloteaba en su mente. En especial la referencia a su hermano mayor. Sergey, un muerto sobre el que prefería no remover la tierra de su tumba. Desconocía que lo ocurrido dentro del palacio de los Volkonsky había llegado hasta las esferas sociales. Los detalles eran vagos, pero no por eso inciertos.

Al que iba a ser el heredero de la familia le gustaba usar la vara de castigo más a menudo que sus propios padres, normalmente sobre los criados y, sobre todo, sobre su hermano pequeño. Nadia preguntaba por los moratones y los enrojecimientos, por qué había días que estaba más apocado, por qué otros no le dejaba abrazarle ni besarle. ¿Qué iba a decirle él? Le abochornaba

lo que pudiera pensar porque, a pesar de su edad, sabía que lo que ocurría tras la puerta del despacho de Sergey no estaba bien.

Siempre tenía miedo, miedo de que él cumpliera con su advertencia y, si no obedecía, fuera a por Nadia. Y eso no podía permitirlo, debía evitar por cualquier medio que su hermano la tocara. Sus manos jamás la rozarían. Pero cada vez era más imprevisible, más difícil de controlar. Nikolay veía cómo la miraba de reojo, con sus nuevos vestidos de mujer de cintura ajustada. Sus ojos eran peligrosos. Por eso le había dado fin.

Los criados dijeron que fue un accidente. Una caída por las escaleras podía pasarle a cualquiera. ¿Quién iba a pensar que su hermano de quince años le habría empujado? Imposible, se querían profundamente. Era inocente. Su hermano, una víctima del infortunio. Sin embargo, siempre había temido que la semilla que envenenó a Sergey también se propagara en su interior. Pensamientos demasiado oscuros para las noches sin luna.

Los pasos ausentes del príncipe lo arrastraron por las calles adyacentes de la avenida Nesvky. Sus botas se hundían hasta el tobillo. Durante su deambular, perdido en los recuerdos, se encontró frente a una casa que conocía desde su niñez. El hogar de los Golitsin. Ni siquiera sabía en qué momento había decidido ir hasta ahí o para qué.

Rodeó el edificio, de estilo neoclásico, con columnas dóricas y relieves con forma de hiedra decorando los grandes ventanales. Se preguntó si Lev conservaría el mismo dormitorio, en la segunda planta a la izquierda. Había luz. Nikolay sonrió para sí. Sabía que, si se atrevía a avanzar hasta la entrada y llamar, a pesar de las altas horas, él le acogería con los brazos abiertos. Sin importar sus pasadas discusiones o malas palabras, le ofrecería una copa de champán de sus bodegas de Crimea y lo entretendría con cualquiera de sus alocados relatos. ¿Por qué era tan complicado mostrarle sus sentimientos? Pánico, esa era la razón. Terror a sí mismo, a ser aceptado. Amado. No. Él no

estaba hecho para el amor. Era una lacra de los Volkonsky, al parecer. Podía que una maldición.

Lanzó una última mirada a la ventana iluminada y se giró, dispuesto a deshacer el camino hasta su casa, sin saber que él también estaba siendo observado, con la misma expresión de tristeza con la que se había despedido.



## Capítulo XI

Nada más regresar del trabajo, Masha le había advertido que la princesa se encontraba «indispuesta».

—Lo sabe, Yura.

La forma en que pronunció esas palabras preocupó al príncipe Khilkov. Que su relación se hubiera enfriado desde el baile en el Palacio de Invierno no quería decir que sus sentimientos disminuyeran, ni mucho menos. Avisó de su llegada antes de entrar al dormitorio de su esposa. El cuarto se encontraba en penumbra; el fuego del hogar no eran más que cenizas y las recién instaladas lámparas de gas estaban apagadas. Unas velas en la mesilla de noche eran la única fuente de luz, que silueteaban una figura humana acostada en la cama. Bajo la gruesa colcha, Nadia respiraba despacio, y él pensó que se había dormido, por lo que se disponía a abandonar la habitación cuando su voz lo detuvo en el marco.

—Yuri —le llamó.

El aludido se quedó asombrado; no esperaba que se dirigiera a él tan directamente.

—¿Estás bien? ¿Qué ocurre? —dijo junto a su cama.

Una mano, pálida como la luna, salió de debajo de la colcha.

—Ven.

Yuri se aproximó y la tomó entre las suyas.

—Estás helada, Nadia. Voy a encender el fuego otra vez...

—No.

Lo detuvo y tiró de él. A pesar de su escasa fuerza, logró retenerle y Yuri suspiró, igual que un padre que consiente sin oponer resistencia. Desde su posición, no alcanzaba la silla más próxima y, ante el temor de soltar su mano

y que volviera a perderse bajo la colcha, prefirió sentarse en el suelo, sobre una gruesa alfombra de intrincados diseños florales. Por nada del mundo dejaría de sujetar aquellos dedos temblorosos.

Permanecieron de esa manera lo que a Yuri le pareció una eternidad. Las piernas comenzaron a hormiguearle y el calor que había podido proporcionar a Nadia se disipaba de su propio cuerpo. Al hacer amago de levantarse, la mano de su esposa le apretó con firmeza.

—No te vayas, por favor.

Yuri fue incapaz de incumplir su orden. En su tono percibió la misma súplica que él había hecho cuando estaba convaleciente en casa de los Volkonsky. Sediento de cariño y atención. Era increíble que Nadia Khilkova fuera emisora de aquellas palabras. El príncipe comenzó a inquietarse más.

—Nadia, déjame verte.

El bulto de la cama se removió, seguramente negando con la cabeza, pero sin liberar su mano.

—Nadia... —pidió mientras retiraba la colcha con cuidado—. Oh, cariño...

A Yuri se le partió el corazón. Su esposa, encogida como una niña, intentaba cubrir su rostro con el antebrazo. Según Masha, había tenido que ayudarlo a desvestirse y ponerse la ropa de cama. La fina tela blanca se pegaba a su figura y se confundía con su palidez. El príncipe, que llegó a pensar que había sufrido algún tipo de lesión física, al ver su piel intacta se calmó y volvió a arroparla hasta los hombros con mimo. Con sus manos todavía unidas, Yuri se tumbó a su lado, cara a cara, a unos centímetros de rozar el brazo con que ocultaba su cara. En silencio, con la inmensa paciencia que había ido cultivando desde la boda, esperó.

—¿Por qué? —dijo ella, con la congoja en la garganta, más evidente sin las mantas de por medio—. ¿Por qué vas a batirte en duelo con el barón Jakov?

—Él tragó saliva. ¿Acaso no era evidente? No pensaba que tuviera que dar explicaciones de sus acciones—. No respondas que es por mí, porque si es así, juro que no te lo perdonaré —masculló la princesa.

—Ese hombre ha manchado tu nombre y nuestro apellido, por lo que debe pagar por su ofensa.

—Pero no así, de esta forma. ¿Y si eres tú el que recibe el disparo? ¿Qué haría yo entonces?

Nadia apartó el brazo que hacía de barrera hacia su esposo y le miró fijamente. Su cabello, habitualmente recogido con pulcritud, envolvía su rostro y se deslizaba por su cuello como un río que reflejaba la luz dorada del sol. Sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, habían adquirido un fulgor especial que le atravesaron hasta llegar a lo más hondo de su ser.

Alargó sus dedos, ansioso de calmar la tristeza que la atenazaba, deseoso por convertirse en su bálsamo, aunque fuera de manera ilusoria y durara un instante.

—No me abandones, Yuri —susurró ella, con los labios hinchados por el lloro, muy cerca de los suyos—. Te necesito.

Nadia acortó el espacio que los separaba y rozó su boca. Presionó con dulzura, como una joven que obsequia su primer beso, a la espera de que el hombre elegido tome la iniciativa y prosiga con el sensual anhelo adueñándose de su cuerpo.

Con la sorpresa inicial olvidada, Yuri separó los labios y se atrevió a buscar su lengua. Ella emitió un suave gemido que ronroneó en su garganta y las manos del príncipe cobraron vida.

Soltó los lazos del cuello del camisón y colmó de besos apasionados la piel al descubierto. Deslizó su mano por debajo de la fina prenda y Nadia suspiró de placer cuando él atrapó uno de sus pezones y lo pellizcó con suma delicadeza. Sentir la reacción de ella, tan cerca, provocó que él mismo se

precipitara y recorriera con excesiva rapidez los rincones ocultos de su mujer. Ella tampoco parecía dispuesta a esperar y le ayudó a sacarse la camisa mientras desabotonaba sus pantalones con premura.

Sin embargo, la mente del príncipe iba a la deriva, con pensamientos inconexos que tomaban forma de golpe y le azuzaban como a un viejo caballo perezoso. ¿Por qué se comportaba Nadia así de repente? ¿Qué le había empujado a los brazos de su marido? Después de meses de matrimonio y altibajos en su relación, los últimos días habían sido un yermo desolado que temía no superar. Por el contrario, ahí estaban los dos, bajo las sábanas de la cama, con los cuerpos entrelazados en la incesante búsqueda del contacto de carne cálida. Entonces, en la neblina de su cabeza desbocada, notó que los dedos de ella continuaban helados. Tiritaba. No podía seguir con aquello.

—Nadia, espera, para. —Ella ignoró su ruego y Yuri se mordió la mejilla al sentir su tacto bajo los calzones—. Por favor, cariño —imploró con voz entrecortada—. Como sigas así, me va a costar controlarme, y no es así como quiero hacerlo.

La princesa, ante sus últimas palabras, detuvo sus avariciosos dedos y le miró con expresión contrariada.

—¿Me estás rechazando? —dijo, entre el estupor y la pena.

Yuri casi se arrepintió de su decisión cuando vio que sus ojos volvían a humedecerse.

—No, no, no es eso —negó rápidamente.

—¿Entonces?

«Dios, por qué es tan difícil.»

—Tengo la impresión de que crees que, si nos acostamos, mañana no acudiré al duelo. —Ella permaneció en silencio, confirmando sus sospechas—. Eso no ocurrirá, me presentaré igualmente para defender nuestro honor —siguió mientras le acariciaba con ternura la curvatura del cuello—. Por eso no

quiero que sientas que te entregas para que luego yo te traicione.

Yuri la rodeó con sus brazos ante su mutismo. En el fondo, intuía que con sus declaraciones estaba cavando la tumba de su matrimonio, así que trató de alargar el momento y conservar en su memoria lo mejor posible las formas de su atractiva figura. Pero ella interpuso sus puños y trató de alejarlo.

—Si no me deseas, márchate, vete —mandó, de repente abochornada, consciente de sus actos.

Pero él no podía irse sin dejar claras sus intenciones. Teniéndola así, con el sabor de sus labios todavía en la lengua, era el momento de confesar sus profundos sentimientos.

—Nadia, yo te quiero, y si nos entregamos el uno al otro quiero que sea por amor, no por miedo a perderme. Te prometo que eso no sucederá. —Se separó lo justo para contemplar sus ojos y que su mensaje se clavara hondo en ella—. Volveré y tendremos todo el tiempo del mundo para que te enamores de mí como es debido.

De esta forma, Yuri abandonó la cama de su esposa. Todavía estaba impactado por cómo la princesa que hacía unos días apenas le dirigía la palabra y esquivaba su contacto había dado un cambio tan brusco en su personalidad. ¿Tanto le afectaba el duelo? Yuri seguía atónito. Había llegado a pensar que si, por extraordinarias circunstancias, su padrino informaba a su esposa del fatídico resultado, aunque al principio ella estaría dolida, al final sentiría alivio. Era un lastre como marido, un hombre inútil que no conseguía hacer feliz a su esposa y empezaba a rendirse, agotado de una contienda en la que, según lo previsto, no habría vencedores.

El cañón del revólver Colt de calibre 45 relucía bajo las llamas de la chimenea del salón. Yuri se había encargado de que brillara como la primera vez que lo había usado, cuando al cumplir los dieciséis años Leland Stanford, el magnate del ferrocarril y amigo de la familia, lo invitara a su casa de

campo durante su estancia en Londres. Por aquel entonces Yuri y su padre vivían en Liverpool y la carrera profesional de los Khilkov había comenzado a ascender, aunque de forma imperceptible y bastante decepcionante. Por lo tanto, recibir aquel presente de un hombre hecho a sí mismo como el señor Standford había sido un empuje a su autoestima.

Ese día había dejado al niño y se había convertido en un hombre que poseía su propia arma, un precioso revólver con la empuñadura de nácar blanco. Por eso, aunque solía limpiarlo habitualmente, a lo largo de la noche se había esmerado en dejarlo impecable con agua jabonosa caliente. Engrasó las piezas internas, sobre todo el tambor, y preparó la cantidad de pólvora negra apropiada para que la carga fuera más rápida. Contó las bolas de plomo y las sopesó en su palma. Seis. Él acabaría con todo solo con una.

El antiguo reloj de pie dio las siete de la mañana y Yuri se levantó del sillón. En el escritorio de la sala depositó la carta a la que llevaba un buen rato dándole vueltas. Había olvidado lo emotiva que podía ser Lara si la situación lo requería, aunque de poco servía a esas alturas. Guardó el arma en su funda y se puso el abrigo.

Quedaban dos horas para el amanecer, más o menos el tiempo que tardaría en llegar al punto indicado. Masha, que le había servido el café más espeso que había probado desde su regreso a la capital, ni siquiera se despidió cuando le escuchó en la entrada. Y Nadia... El príncipe dedicó una mirada lastimera a lo alto de la escalera, con el recuerdo de la noche todavía candente en su memoria y su cuerpo. En silencio, cerró la puerta de su casa y se preguntó si la abriría de nuevo.

Chyornaya Rechka se ubicaba al norte de la ciudad, más allá de las islas Vasilievsky y Gorodskoy. Debía cruzar el río Bolshaya Neva para llegar al punto de encuentro. Markov, su cochero desde mediados del mes pasado, no hizo ninguna pregunta, pero era lo suficientemente listo para saber lo que

ocultaba una excursión a las afueras de San Petersburgo antes del amanecer. Yuri le pidió que permaneciera lejos hasta que regresara. Aunque no especificó si lo haría vivo o no.

El príncipe caminó con dificultad, con los pies hundidos hasta los tobillos, a través de un pequeño bosque de abedules, de fino tronco blanco, iluminados por las trémulas luces previas al amanecer. La imagen le trajo recuerdos de villa Betulia, rodeada por los mismos árboles, a una distancia que ningún cartógrafo podía medir.

No había ruido que estropeará la plácida estampa. Los animales dormían en sus madrigueras y los pocos pájaros que sobrevivían al invierno se acurrucaban unos con otros, con sus gorjeos silenciados hasta la primera floración. El crujido de sus botas en la nieve era el único sonido que rompía la oscura mañana. Yuri respiró un poco de la fría paz que le otorgó la naturaleza antes de enfrentarse a su destino. Al final de la arboleda, vislumbró una figura conocida y alzó el brazo para hacer notar su presencia. Él se quedó observándole mientras llegaba hasta el claro.

—Príncipe Khilkov.

—Príncipe Volkonsky —devolvió el saludo.

Por la bolsas bajo los ojos, Nikolay Volkonsky había dormido tan poco como él.

Yuri se colocó a su lado, los dos erguidos como los abedules que les vigilaban, mientras el azul oscuro se imponía en el cielo nocturno.

—Gracias por venir.

—Es casi mi obligación ser tu padrino, cuñado —dijo con calma, mostrando su característica flema—. Aunque pensé que se lo pedirías al conde Golitsin.

—¿Lev? No, estaría más nervioso que yo. No cumpliría con su papel y a saber si sería capaz de asumir las consecuencias.

—No puedo estar más de acuerdo contigo, aunque puedes estar tranquilo; nadie será arrestado, pase lo que pase. Me he encargado de eso.

—Claro.

A Yuri le fascinaba la eficacia de Nikolay, siempre preparado para cualquier suceso inesperado, con los medios para acallar algunas bocas y evitar problemas mayores. Aunque también le daba escalofríos la indiferencia con que actuaba, como si nada le afectara realmente. Era un buen padrino. Al menos había visto unos cuantos cadáveres, así que otro más no le alteraría, como a su amigo, con el que también se había enfadado. Desde que había acusado al barón Jakov por herir su honor y le había retado a un duelo, Lev había hecho lo posible por que cambiara de opinión.

—¡Estás loco! —había repetido en numerosas ocasiones, con grandes aspavientos y los ojos abiertos como platos—. ¿Cómo se te ocurre? ¡Un duelo! Esto no va a salir bien, no va a salir nada bien.

Se habían encontrado en una de las salas del club, justo después de las breves pero intensas palabras que había intercambiado con el barón. Lev prácticamente lo había arrastrado aparte para intentar hacerle recapacitar, aunque a esas alturas echarse atrás se habría considerado de cobardes.

Después de una larga discusión, el conde le había dado la espalda y se había encaminado hacia la salida, con una última petición a voz en grito

—¡Más te vale ganar!

Un día después, casi le hacía gracia la reacción de su amigo, de una forma entrañable, eso sí. Y bastante certera.

—¿Qué arma has traído? —preguntó Nikolay mientras esperaban la aparición de su contrincante.

—Una Colt 45.

—¿La *Peacemaker*?

—Exacto —afirmó con un deje de orgullo y sacó el revólver.



—Hermosa —admiró el príncipe Volkonsky. Abrió el tambor, comprobó que no estaba cargada y la sopesó, apuntando al vacío entre los árboles—. Tiene buen peso, la muñeca sufrirá menos con el retroceso. El agujero de entrada que deja la bala es pequeño, pero pulveriza los órganos internos.

—Supongo.

Nikolay, que apenas le había dirigido una mirada a su cuñado, se quedó con sus ojos fijos en él, llenos de incredulidad.

—¿Supongo?

—Sí, bueno, nunca lo he usado contra una persona —se excusó Yuri—. Aunque ninguna diana de papel ha sobrevivido a mis entrenamientos.

Era evidente que la forma de bromear del príncipe Khilkov a Nikolay no le hizo ni pizca de gracia. Se puso frente a su cuñado, con el revólver todavía en la mano, apuntando al suelo.

—Dime que sabes disparar.

—Por supuesto que sí. —Yuri se permitió mostrar un matiz de indignación por dudar de él. Cualquier noble había salido alguna vez a cazar conejos o ciervos, por lo que el tacto de un arma entre sus dedos no era nuevo.

—Pero no has matado.

Yuri percibió decepción en los azules ojos de Nikolay, del mismo color que los de Nadia. Solo que, al mirar más hondo, captó también inquietud y recelo. Estaba preocupado por él.

—Maldita sea, ¿en qué estabas pensando? —El príncipe Volkosnky resopló—. Bueno, con fortuna no habrá que lamentar tu falta de sensatez.

Por la forma en que había hablado, Yuri sospechó que tal vez el barón no aparecería. Podía que hubiera huido de la ciudad en plena madrugada con el rabo entre las piernas.

En el horizonte, los primeros rayos de sol comenzaron a asomar. Estaban a punto de concluir los quince minutos de atraso que se le otorgaban al

adversario y los dos príncipes continuaban expectantes, con el ánimo cada vez más bajo. Ganar sin haber disparado no era un método muy propio de caballeros, no se consideraba honorable. Sin embargo, una victoria era una victoria, y lo que más deseaba en ese momento era calentar los pies frente a la chimenea de su salón y reconciliarse con su esposa. Se conformaría con escucharle pronunciar su nombre una vez más. Se prometió que, en cuanto llegara a casa, se esforzaría con más ahínco para cumplir su palabra, hasta que Nadia le aceptara y los votos del día de su boda cobraran sentido.

Sus ensoñaciones se esfumaron con una fantasmagórica aparición. Eran dos hombres; uno de ellos iba uniformado y el otro se tapaba hasta la nariz con el cuello del abrigo. Caminaron con pasos largos, dejando profundas huellas en la nívea superficie. Jakov iba detrás del soldado, con el sombrero ligeramente torcido y sus ojos convertidos en dos rendijas de odio. Se detuvo a varios metros de distancia y el hombre con uniforme se aproximó hasta donde estaban ellos. Su pelo castaño e iris verde le recordaron vagamente a Lev, poseían un aire similar.

—*Altezas* —saludó, y su entonación pareció alterar el significado de la palabra.

—Capitán Ziven Mirsky —dijo Nikolay.

Ambos se escrutaron. A pesar de la poca relación que mantenía con su cuñado, Yuri creyó distinguir un gesto de resentimiento en el príncipe Volkonsky. Pensó en el revólver, todavía en manos de Nikolay, y se alegró de que no estuviera cargada, pues su expresión delataba que probar la efectividad de su Colt 45 sobre aquel tipo le habría hecho tremendamente feliz. Sin embargo, su característica imperturbabilidad contuvo el impulso.

Yuri cogió aire y sus pulmones se llenaron del viento helado que barría el claro. La nieve recién caída se levantó en una nube de polvo y el manto a sus pies relampagueó con un millar de diamantes bajo el primer rayo de sol. Esa

era la señal.

—Caballeros, a sus posiciones.

Las tormentas de nieve azotaban San Petersburgo con menos asiduidad, un aviso de que lo más crudo del invierno había pasado y apenas les quedaba un mes para que comenzara el deshielo. Las aguas del Neva, el Moyka y el Fontanka continuaban congeladas. A sus orillas, los puestos ambulantes ofrecían caldo o té caliente, los jóvenes mostraban sus dotes sobre los patines y otros preferían agujerear la superficie para practicar un poco de pesca de invierno. Los peces, tan dormidos, no sabían que habían sido atrapados hasta que les quitaban el anzuelo de la boca.

Mientras los animales obedecían los designios de la madre naturaleza, los peterburgueses no podían permitirse detener sus vidas, por lo que el ajeteo humano continuaba sobre todo en el interior de las casas. En una en concreto, cerca de la avenida principal de Lyetiny, al oeste del barrio Smolny, se mascaba la tragedia.

Sentado en un viejo colchón y con la cabeza hundida entre los hombros, Kovalyov se había convertido en un cadáver andante que apenas respiraba.

—Kova, por favor, tienes que comer algo.

Larissa había conseguido carne de caballo en salazón y setas encurtidas, sus preferidas. Le acercó el plato, pero él ni siquiera le echó un vistazo. Continuaba con la mirada perdida, que solo cobraba vida cuando las lejanas campanas de la iglesia de Vladimirskaya daban la hora de inicio de la jornada laboral. Iba a la fábrica, aspiraba su ración de alquitrán, ennegrecía aún más sus manos y regresaba a casa, donde el agotamiento le forzaba a cerrar los ojos hasta el día siguiente. Apenas probaba los alimentos que Larissa y Alina, su hermana, le traían.

Por sus prendas y el olor que desprendían, intuía que al menos un baño se había dado, pero ignoraba si había necesitado de la ayuda de su hermana para

ello.

La casa estaba intacta desde el funeral. Se habían encargado de tirar las sábanas ensangrentadas, vaciar los orinales y airear el cuarto para ahuyentar el olor de la muerte. Pero los fantasmas continuaban ahí y aprisionaban la mente de Kovalyov, con esqueléticos brazos que lo retenían en el fondo de su pozo de desesperación.

Larissa no sabía qué más hacer, incluso lo abofeteó a la espera de una reacción, aunque fuera violenta. También le había gritado.

—No eres el único que le echa de menos. Todos sufrimos su pérdida, pero tienes que seguir; al menos vive por él. —Larissa, arrodillada frente a su amigo y con los ojos húmedos, le agarró con fuerza las manos, cálidas y acogedoras en el pasado, convertidas en carámbanos de hielo—. Háblame, Kova, te lo ruego, necesito oír tu voz, dime qué hago, por favor, por favor. Me rompe el corazón verte así...

Se levantó y secó sus mejillas con el mango del abrigo. Había encendido la estufa de leña y tardaría un rato en caldear la habitación. Recorrió los escasos metros del apartamento con grandes zancadas. Acababa de limpiar lo poco que había en la cocina y no tenía otra labor en la que centrar su frustración, así que se entretuvo cambiando de lugar unas cajas cubiertas de polvo de la alacena.

Del hueco de uno de los armarios salió volando una hoja de papel. Al cogerla, se dio cuenta que se trataba de una fotografía en blanco y negro. En ella había tres personas sonrientes, dos adultos y un niño. Detrás, habían escrito «mayo de 1877». Debían de haberla sacado en la fiesta de primavera que se celebraba en los muelles del Nevá, cerca del Palacio de Invierno, para conmemorar el aniversario de la ciudad. Larissa recordaba ese día; Sveta le había contado concienzudamente cada detalle en las cartas que le enviaba con asiduidad.

«Oleg —ese era el nombre de Kova— está loco», comenzaba la misiva, «cambió el turno con un compañero para salir unas horas antes. No nos había dicho nada, así que cuando apareció en casa lo primero que hice fue preocuparme por si le había pasado algo, pero el muy tonto no hacía más que esquivar mis preguntas y repetía que nos quería dar una sorpresa. Alyosha se emocionó más que nunca cuando vio a dónde nos dirigíamos. La feria era impresionante, comimos manzana de caramelo y disfrutamos como niños con los malabaristas y las bailarinas. Un hombre escupía fuego y otro a su lado tragaba espadas. No sé cómo lo harán, pero debe de ser muy práctico si no saben dónde guardar la vajilla. Después probamos una de esas modernas máquinas que plasman a las personas como si fueran de verdad. No me gusta nada mi imagen sobre el papel, pero Oleg insiste que en carne y hueso soy más hermosa. Mi esposo a veces se hace pasar por un adulador. Cuéntame de ti, ¿sigues estudiando? ¿Qué tal en París? Llegan noticias preocupantes, espero que no estés pasando hambre. Nos gustaría verte. Si vinieras, sería una sorpresa y podría vengarme del tonto y loco de mi marido. Escíbeme pronto».

Hasta ahora no había visto el resultado de aquella excursión. Sveta, a pesar de sus reticencias, estaba encantadora, con una enorme sonrisa que remarcaba sus prematuras arrugas; Kova apenas torcía la boca en un amago por aparentar felicidad, pero sus ojos transmitían todo lo que su rostro ocultaba; y Alyosha era la pura imagen de la alegría, todo dientes, con los labios tan estirados que tenía que cerrar los párpados.

Larissa se estremeció, con la congoja oprimiendo su garganta. ¿Por qué tenían que ocurrir tales desgracias a las personas buenas? ¿Para qué tantos esfuerzos? Las visitas del doctor, las nuevas medicinas y los cuidados. Lo único que quedaba era el eco de los latidos que se habían difuminado y que jamás volvería a escuchar.

—Muévete, mírame, ¡haz algo! —exclamó ella y alzó la mano, pero se contuvo antes de golpearle, embargada por la amargura y el desamparo. Sin embargo, las lágrimas escapaban de sus ojos sin control y el agujero en su pecho se ensanchó—. ¡Está muerto! Tu hijo ha muerto, el pequeño Alyosha ya no...

Cerró el puño y tragó sus sollozos. Lamentarse era inútil. El heraldo de la muerte campaba a sus anchas en ese apartamento, visitaba el barrio cada noche y segaba con su guadaña las vidas de sus habitantes, sin hacer distinciones de sexo, constitución o edad. Alyosha había sido su víctima más reciente que, con los pulmones debilitados, no había podido soportar el viento helado de invierno. Larissa prefería no pensar en el momento en que Kova se había despertado a causa de la fuerte tos de su hijo y visto, impotente, cómo se repetía la trágica escena del fallecimiento de su mujer.

Su dolor impregnaba las paredes de la habitación y lo envolvía como una sombra de fatalidad. Larissa estaba convencida de que, si no conseguía sacar a su amigo de ese estado, ocurriría algo terrible, y debía detenerle a toda costa.

—Ahora viene tu hermana. Se quedará esta tarde y yo vendré para la cena —le explicó, de cuclillas a su lado—. Tenemos reunión y me pasaré por casa a por unas cosas, pero enseguida volveré, ¿de acuerdo?

Ni un asentimiento, ni un pestañeo. Difícilmente sabía siquiera si su corazón bombeaba sangre o escarcha. «Tal vez se ha roto para siempre». Tampoco le habría extrañado.

Horas después, dos mujeres, dos hombres y un muchacho discutían sobre el porvenir de la capital y de Rusia, convencidos de que poseían la clave que replantearía para siempre el futuro de un imperio.

Larissa golpeó con los puños la mesa para acaparar toda la atención de la sala.

—¡No podemos hacerlo!

Cuatro pares de ojos la miraron, sin dar crédito a su inesperada reacción, aunque la cargada atmósfera indicaba claramente que en breve toda aquella situación estallaría de alguna forma.

—¿Por qué no? —la retó Varenka mientras terminaba de liarse un cigarrillo—. Es el momento apropiado. No hacemos más que atrasarlo siempre con alguna excusa. Tenemos el visto bueno de la Voluntad desde hace semanas. Hagámoslo.

—¡Sí, hagámoslo! —le siguió el joven Ilya como el coro que repetía las palabras de la artista principal. Su rostro, hinchado tras la última paliza que le había propinado su madre, le dio un aire más macabro.

Larissa les devolvió una mirada desafiante, aunque su voz estaba colmada de pena.

—Pero necesitamos a Kova, y él...

—Deja de lamentarte. No sabemos si podemos contar con él. ¡Puede que no venga más! —continuó Varenka con argumentos que, por desgracia, parecían convencer al resto—. Posponer otra vez el plan no hará más que perjudicarnos. Cada vez es más arriesgado y salir a la calle no es seguro. Hay más guardias y cosacos, es como si supieran algo.

Al acabar su frase observó a Ignatei Isaev, su artificiero con tres dedos menos, que respondió con expresión ofendida.

—Anna jamás diría nada.

—¿Seguro? Cualquiera se ablanda bajo los «mimos» de la Okhrana. Ella no tiene porqué ser distinta.

—Lo es —dijo Ignatei, confiado—. Es leal y lo será hasta el final.

El silencio se impuso tras sus fatídicas palabras. Su hermana, Anna Isaev, había sido detenida por la policía secreta. Al parecer, habían encontrado ciertos folletos y libros «peligrosos» en su casa, lo cual había justificado su

arresto, a ojos de la ley.

Hacía dos días de aquello y la sombra bajo los ojos de Ignatei reflejaban su desasosiego, que también afectaba a su misión, aunque de forma contraria a la lógica. Anna había sido sus manos desde que había sufrido el accidente manejando los explosivos, pero hacía unas semanas que él mismo había vuelto a participar activamente en el proyecto y lograba sujetar las piezas con más firmeza. Tras la desaparición de su hermana, sus tímidos intentos por reincorporarse se tornaron más decididos y, a pesar de las vendas y su ocasional torpeza, no afectaba al resultado. De hecho, estaban más cerca que nunca de conseguirlo y el miedo a fallar aumentaba.

—Tranquilo, Ignatei. Nadie pone en duda la honradez de tu hermana —intervino Alexandr Biery—. Solo estamos compartiendo nuestras preocupaciones, ¿verdad?

Tanto Ilya como Varenka asintieron moviendo la cabeza con vigor, aceptando gustosos la mano amiga que les ofrecía Biery para rescatarlos de una disputa que estaba durando demasiado. Larissa, por su parte, soltó un largo suspiro y se dejó caer en una de las sillas que rodeaban la mesa del comedor de su piso de operaciones.

Había ciertos detalles en la forma de hablar de Biery que le advertían que, al final, ella saldría perdiendo.

—Aunque son opiniones bastante válidas y sensatas —dijo él, y confirmó los temores de Larissa. En un enfrentamiento verbal no tenía ninguna posibilidad—, tarde o temprano soltarán a Anna y, les haya contado algo o no, la pondrán bajo vigilancia una temporada. Entonces será más complicado actuar. Por eso debemos valorar las opciones de las que disponemos ahora.

—He revisado el lugar y es perfecto, solo tenemos que decidir cómo dividiremos nuestras tareas —aportó Varenka. —. Ilya ha conseguido los caballos y la propietaria de café Oleneva acepta nuestras condiciones, espera



respuesta. Solo necesitamos comprobar que las pequeñas obras de arte de Ignatei funcionan y calcular los tiempos del trayecto que se prevén ese día.

—Ahora el plan B.

—Sí —prosiguió ella tras una gran bocanada de humo—. Un contacto vigila la calle Malaya Sadovaya, por donde pasea cada mañana el objetivo. Si antes tenemos la oportunidad de atraparlo ahí, lo haremos. Aun así, la idea de hacerlo en el canal de Catalina me parece más inteligente. Disponemos de más espacio para la acción y más puntos de escapatoria.

—¿Cuál será el siguiente paso después de la misión? —Biery se dirigió a Ilya, como su joven aprendiz en pleno examen de graduación.

—Llegar aquí —contestó sin una sombra de duda—. Si nos persiguen, despistarlos en Lyetiny. Tenemos amigos afines a la Voluntad en el embarcadero del río Fontanka, cerca de la licorería de Medved, que nos acogerían unas horas. Cuando todo se calme, venimos aquí.

Biery juntó las manos, cerrando un libro de instrucciones imaginario que habían repasado hasta la saciedad.

—Muy bien —dijo—. Entonces coordinaríamos nuestras salidas de la zona de acción de forma escalonada hasta que el polvo se asiente y la gente empiece a reaccionar. Vamos a provocar el caos para que la población despierte. Somos una chispa, nada más que el primer golpe del cincel sobre el mármol del que surgirá la escultura. Con este paso, marcaremos la senda para la revolución que este país se merece, no olvidéis en ningún momento nuestro objetivo. —Se tomó un instante para dirigir su mirada a cada uno de los implicados y los detuvo en Larissa—. No sois asesinos, digan lo que digan después los tabloides. Somos libertadores y hacemos lo que el pueblo necesita. Ellos nos necesitan.

Varenka e Ilya asintieron al unísono mientras Ignatei permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho, con su enjuto rostro más rígido de lo

habitual. Larissa, por su parte, escuchó las palabras de Biery, pero sintió que no habían llegado tan hondo como en otras ocasiones. Podía que fuera porque su mente y corazón se encontraban lejos de esa habitación, en un cochambroso apartamento de una habitación cerca de la calle Marata.

—Entonces tenemos fecha. —El tono de victoria que usó Biery empeoró el humor de Larissa—. Será el 1 de marzo —prosiguió—. Todavía nos quedan unas semanas para avanzar en los preparativos. Cada uno conoce su cometido. Damos la reunión de hoy por concluida.

Ilya e Ignatei fueron los primeros en abandonar el apartamento. Larissa y Biery les siguieron unos minutos después. Ella no tenía ganas de charlar, así que caminaron uno junto al otro en silencio, con una nueva tanda de copos de nieve que flotaban en el aire como motas de polvo.

Persiguieron el estancado fluir del canal Griboyedova hacia el distrito Sennaya y los edificios a su alrededor se transformaron, sin ladrillos al descubierto ni hogueras dispersas en los callejones estrechos. La nieve acumulada parecía más blanca, incluso el aire más limpio. Los rostros famélicos y alicaídos fueron sustituidos por grupos de mujeres en la plaza de Heno hablando demasiado alto de los exagerados precios del mercado. Ser consciente de esos cambios enturbiaron el ánimo de Larissa

Entraron en su portal y subieron las escaleras hasta la tercera planta. Nada más cruzar el marco, Biery cerró de un portazo.

—¿Qué ocurre, Lara? Te comportas como una negada, hasta Ilya es más útil que tú.

Su mirada inquisitoria y la expresión firme le advirtieron que él tampoco estaba de humor. Lo que anteriormente confundía con pesadumbre, enseguida lo reconoció como enfado. Pero no implicaba que ella tuviera que soportar sus insultos.

—Estoy cansada. Ha sido una semana dura, así que preferiría cortar esta

disputa de raíz. Me voy a cambiar.

Antes de llegar a la puerta de su dormitorio, Biery la atrapó por la muñeca y tiró de ella. En un momento estaba entre sus brazos. Se habían quitado los abrigos y a través del jersey de punto notó la fuerza con que la sujetaba. Ella también le rodeó y se dejó acunar.

—Perdona, es tan... duro —se disculpó Larissa.

—Lo sé, lo entiendo.

Biery le quitó la gorra con que ocultaba su larga melena y enredó los dedos en su nuca. Larissa dejó escapar un suspiro de placer y recibió la caricia como un bálsamo para su herida abierta. Sintió de nuevo las lágrimas picando debajo de sus párpados y los labios de él los detuvieron antes de caer.

—Todos hemos perdido a algún ser querido. Es normal que la conducta de Kova sea así —dijo y besó sus pestañas, sus pómulos y la comisura de su boca—. Pero que afecte a nuestro trabajo es intolerable, Lara.

Levantó los brazos para quitarse el jersey y Biery comenzó a desabotonar la blusa, amarillenta por el uso.

—Solo necesita tiempo —defendió ella a su amigo—. Creo que a todos nos vendría bien esperar un poco más. Tú mismo dices que Ilya es demasiado impulsivo. Le convendría practicar y Varenka tiene que pulir el plan alternativo.

La prenda cayó al suelo y Larissa se quedó desnuda de cintura para arriba. Todavía no había encendido el hogar y una corriente de aire provocó que se le erizara el vello. Biery la contempló un instante, con los oscuros ojos clavados en su figura, y ella fue incapaz de adivinar sus pensamientos. Volvió a inclinarse y repartió breves besos por su cuello y clavícula. Larissa se mordió los labios, anhelante, mientras descendía hacia sus pechos. Ahogó un gemido cuando rozó su sensible piel con la lengua.

—Alex... —Todavía no habían terminado la discusión y, aunque su estado

de ánimo no era tan oscuro como hacía unos momentos, debía conseguir una respuesta por parte de él, antes de que no tuviera otra oportunidad de hablar —. Unos días más, danos ese tiempo antes de poner una fecha —logró decir con los ojos cerrados, por lo que no sospechó lo que iba a suceder hasta que sintió los dientes clavarse en su carne.

Una mano contuvo su grito en la garganta y la penetrante mirada de Biery la cohibió de retomar el tema.

—Se hará como he dicho. En unas semanas mataremos al zar, con o sin tu amigo.

Era la primera vez que manifestaba en una frase directa su objetivo pues, por miedo al fino oído del millar de espías que se ocultaba en la ciudad, preferían usar palabras clave o indirectas para comunicar sus intenciones. Sin embargo, lo había dicho, y eso lo hacía más real.

No era una mera declaración de intenciones, ni la lectura en voz alta de un panfleto anarquista o simple oratoria. Iban a hacerlo. Ella vio cómo en sus ojos se mezclaban la lujuria y otro deseo al que no había sabido poner nombre hasta ahora. Era sed de sangre.

Biery volvió a besarla, pero con un cariz diferente, más agresivo. Larissa no respondió como otras veces. Todavía conservaba su aterradora expresión intacta en la retina y supo que lo que sentía era miedo. Tenía miedo de él.

Como una señal funesta, alguien llamó a la puerta.

Los dos se quedaron petrificados. No esperaban visita. Los que sabían que se encontraban ahí estaban sobre aviso de no acudir a ellos a menos que las circunstancias lo requirieran. Como el apartamento estaba a nombre de Larissa, se volvió a vestir con celeridad mientras indicaba con signos a Biery que se ocultara en el dormitorio. Por un segundo, sola en la habitación principal, Larissa sintió alivio, aunque también surgieron los nervios por ver quién estaba al otro lado de la entrada. El único que se le ocurrió fue Yuri y

deseó, con todas sus fuerzas, que no fuera él porque ignoraba cómo reaccionaría Biery si coincidían en el mismo lugar.

No era Yuri, pero sí un Khilkov. En concreto, una Khilkova.

La princesa Nadia tenía una mano en alto, a punto de volver a golpear los nudillos para que le abrieran. El aspecto que mostraba desconcertó a Larissa. Varios mechones rubios de su cabello se habían soltado. El vestido púrpura, de corte sencillo pero con detalles que delataban su categoría, tenía manchas de barro en la falda y los botones del cuello desabrochados. Su rostro estaba perlado en sudor, con los ojos dilatados y enrojecidos. Al parecer, antes de llamar, se había frotado la cara para eliminar las lágrimas, pero habían dejado huella en sus mejillas, como las ruedas de un carruaje sobre la nieve recién caída. Ante tal panorama, Larissa se asombró cuando habló con voz transparente, clara como un estanque de agua.

—Larissa Gustavovna.

Escuchar su nombre en boca de la princesa la dejó sin palabras. Supuso que se trataba de una pregunta, aunque su tono implicaba una afirmación.

—Sí.

Nadia bajó la mano hasta su regazo y respiró despacio, como si la contestación calmara su angustia.

—Larissa Gustavovna —repitió, y esta vez sonó como si censurara cada una de sus sílabas—. ¿Quién eres?

## Capítulo XII

El príncipe Nikolay Volskonsky era heredero de uno de los apellidos con más siglos a sus espaldas. Su árbol familiar contaba con generales militares, importantes políticos de estado o héroes de las guerras napoleónicas. La compostura y el estoicismo eran rasgos comunes transmitidos a través de la sangre. Gracias a ello, Nikolay supo conservar la serenidad cuando su cuñado le confesó que jamás había apuntado un arma hacia una persona. Sin embargo, cuando apareció el barón Jakov con una mirada que pretendía fulminar a su objetivo, la tranquilidad que envolvía al príncipe se alteró. Albergaba la esperanza de que en su anterior encuentro el miedo le hubiera impulsado a huir con sus pertenencias. Al bajarse el cuello del abrigo, vislumbró la herida de la mejilla, todavía fresca y sin cerrar, con un hinchazón que le deformaba medio rostro. No había debido de captar la indirecta.

Pero, quien definitivamente rompió la entereza del príncipe, fue la persona que había escogido como padrino.

—*Altezas* —saludó, con la insolencia bailando en la comisura de su boca.

—Capitán Ziven Mirsky —dijo Nikolay.

Sintió el peso del arma en su mano y recordó cómo los últimos acontecimientos no habían hecho más que poner a prueba su espíritu, educado en la indiferencia. Desde que había vuelto a encontrarse con Lev, los sucesos a los que, en otras circunstancias, apenas habría prestado atención, le afectaban profundamente y debía hacer un esfuerzo encomiable para mantenerse firme. Sus impulsos más primigenios surgían con demasiada facilidad. Era una lucha continua para que el perro salvaje que habitaba en él no se quitara la correa. En cualquier momento sucumbiría, pero, como

Volkonsky orgulloso, pelearía hasta el final. Así que hoy no sería ese día.

—¿Se disculpa el barón Dmitri Jakov ante el príncipe Yuri Khilkov por el agravio a su honor?

Como padrino del ofendido, Nikolay se dirigió a Mirsky, pues era el elegido del contrincante, su segundo, su vocal y su protector. En teoría, también debía ser quien le disuadiera de acudir al duelo e intentar dejarlo, de alguna forma, en tablas. Pero el capitán Mirsky jamás rechazaría un buen combate, aunque él no fuera quien empuñara el arma. Posiblemente incluso había convencido a Jakov para presentarse en el claro, a las afueras de la ciudad, sin demora. No desaprovecharía la oportunidad de matar a un príncipe. Por lo tanto, intuía la respuesta a su pregunta.

—Sin reconciliación.

Nikolay asintió con la cabeza. Era tarde para intentar cambiar la opinión de cualquiera de los rivales; ahora sus armas hablarían por ellos para decidir hacia quién se inclinaba la balanza de la fortuna. Cada uno de los padrinos mostró la pistola que usarían los participantes para valorar si se encontraban en igualdad de condiciones.

El príncipe echó un rápido vistazo a la Smith & Wesson que empuñaba Mirsky, el modelo *Russian*, la oficial de los soldados del imperio. No estaba mal, aunque prefería la versión con las mejoras que se habían aplicado en 1875, bautizada como la *Schofield*. Tampoco afectaba mucho la diferencia, siempre que el tiro diera en el blanco. Prepararon las armas, con dos gramos de pólvora negra por cada bala que introdujo con un trozo de tela, y presionó con la palanca de carga. La experiencia militar de ambos aceleró la tarea y enseguida estuvieron dispuestos.

El capitán y el que fuera teniente primero se colocaron espalda con espalda en mitad del claro nevado.

—Cinco pasos —ordenó Nikolay.

Sus botas dejaron idénticas huellas en la gruesa capa blanquecina. La escasa luz cada vez era más clara, con apenas unas nubes que se inmiscuyeran entre el sol y ellos. Nikolay contó en voz alta cada zancada y en la quinta colocó, como marca, una rama de abedul que había recogido de la arboleda próxima. Mirsky hizo lo suyo con otra.

—Diez pasos.

Avanzó hasta su cuñado con la cabeza gacha mientras abría y cerraba de forma arrítmica los puños enguantados. Nikolay le tendió su revólver y ambos se miraron el uno al otro, en una conversación sin palabras.

¿De qué serviría darle ánimos o recordarle que su hermana melliza jamás le perdonaría si regresaba con el cuerpo de su esposo? Dar consejos no era su fuerte. Los hombres que había tenido bajo sus órdenes decían que les infundía seguridad y calma, que era el empujón que necesitaban para lanzarse al campo de batalla con la esperanza de volver con vida. Nikolay no les inflaba el pecho y la cabeza con ideas descabelladas de honor y patria, sentimientos más bien esquivos en su propia persona. Él prefería recordar a su familia, pensar en sí mismo, en respirar un día más y, si en el camino conseguía llevarse a un turco, mejor.

Durante la guerra había aprendido que la supervivencia siempre se imponía a los años de instrucción en la academia y el cuartel. El país entero podía arder en llamas que la razón por la que los ciudadanos se alzarían sería por salvar su pellejo, y podía que a sus seres queridos.

En la mirada que cruzó con su cuñado supo que no necesitaba de su presencia, como sus subordinados. Los dedos temblaron ligeramente cuando aceptó el revólver, pero en cuanto lo tuvo, pararon. Estaba más que dispuesto a regresar a su hogar por su cuenta. De soslayo, se fijó en Jakov, que murmuraba en voz baja y el capitán le contestaba. Su postura delataba que estaba ansioso por acabar con ello cuanto antes. Las prisas podían ser su



perdición, aunque también servían de estímulo para su percepción.

Los padrinos se alejaron de los dos contrincantes y Nikolay volvió a alzar la voz. Como representante del ofendido, era quien decidía las normas, que recitó:

—¡Uno! Los oponentes distarán de treinta pasos el uno del otro. ¡Dos! A mi señal, comenzarán a avanzar el uno hacia el otro. Pueden disparar en cualquier momento, pero no pueden sobrepasar la marca. ¡Tres! Tras un disparo errado, el oponente no tiene permitido moverse, así quien disparó primero concederá a su oponente la misma distancia para devolver el fuego. ¡Cuatro! La pistola será descargada en dirección al oponente. En caso de que ninguno sea alcanzado habiendo disparado ambos, el duelo comenzará de nuevo.

Una ráfaga de viento barrió el claro y arrastró las virutas blancas que se acababan de posar como espirales de rocío congelado. Nikolay cogió aire para hacerse oír sobre el ruido de la ventisca.

—Por favor, tomen su primera posición.

El príncipe Khilkov y el barón Jakov, hasta entonces de espaldas el uno del otro, se giraron para verse cara a cara. A pesar del frío, Yuri se había quitado el sombrero y su cabello se agitaba al viento, pero sin entorpecer su vista. Llevó una mano al pecho mientras elevaba la otra, con el cañón del revólver hacia el cielo.

—¡Preparados!

El percutor de las pistolas chasqueó, listo para cumplir con su cometido.

Nikolay, apoyado en su bastón, juntó los labios y silbó. Por un instante nadie se movió y pensó que los cada vez más agudos chillidos de la inminente tempestad habían acallado su aviso. Sin embargo, los dos dieron el primer paso al unísono. Dos, tres, cuatro. A unos centímetros de la marca que delineaba el límite, se oyó un disparo y la escena se congeló.

Vio a Yuri, quieto, con el revólver alzado y el rostro al frente. Jakov, envuelto en la nube blanquecina provocada por la pólvora, descendió lentamente su arma. El cañón no apuntaba hacia su contrincante, sino hacia Nikolay. Automáticamente, este bajó la cabeza mientras comprobaba su cuerpo, en busca de algún orificio, la insensibilidad en la carne o el calor de la sangre derramada. Tendría que parar el duelo; el barón acababa de infringir las normas por una insignificante venganza hacia su persona que, al parecer, no había surtido efecto. Entonces cayó en la cuenta de que a Jakov le quedaban cinco balas más y él no tenía una pistola con que responderle. Yuri, en cambio, sí.

Apuntó y disparó.

El príncipe Nikolay Volkonsky había participado en dos duelos a lo largo de su vida. Había sido antes de la guerra y la maldición de su pierna. En el primero, le habían declarado vencedor porque su rival no había aparecido antes del tiempo acordado. El segundo había sido en Moscú. Uno de los hijos del conde Sherbasky le había acusado de hacer trampas a los naipes y la discusión, sumada a una ingente cantidad de alcohol, había facilitado que terminaran en la parte trasera de una posada, de madrugada, con sus armas dirigidas el uno al otro. Le había reventado el cráneo. Había sido rápido e insultantemente fácil. Había vomitado detrás de los establos, entre la borrachera y la terrible consciencia de haberle arrebatado la vida a alguien.

Había habido más hombres a los que había matado después, imágenes sin rostro que pasaban frente a sus ojos en terribles pesadillas, más reiterativas según se acercaban las noches sin luna. Jamás olvidaría su nombre: Alek. Tenía dieciocho años, como él. Pensó si el barón Dmitri Jakov también permanecería para siempre en la retina de su cuñado.

La niebla blanca que rodeaba a los duelistas se difuminó en una oleada de polvo helado, agitada con violencia por el viento. Los dos continuaban de pie,

con la vista fija en el otro, como si desviarla significara la derrota definitiva. Yuri bajó su revólver. Su pulso temblaba, aunque no llegó a soltarla. Parecía que iba a caer en cualquier momento y Nikolay temió ser partícipe de una tragedia, pero entonces escuchó el cuerpo de su oponente hundirse en la mullida nieve. El color rojo tiñó como un halo los copos de su costado. El capitán Mirksy se aproximó raudo y le dio la vuelta. Comprobó que respiraba, aunque con dificultad, y su expresión era de puro dolor.

—Maldita sea —murmuró, decepcionado, el militar.

Jakov tomó aire con los dientes apretados, en un sonido desagradable. Se sujetaba el brazo y Nikolay no entendió el porqué hasta que se acercó. La pistola americana había acertado justo encima de la muñeca de la mano derecha. La bala había salido, pero en el camino había dejado al descubierto músculos, nervios y hueso astillado. El capitán Mirsky se quitó el cinturón y, cuando fue a colocárselo, Nikolay tiró de él para impedirselo.

—Debería morir desangrado.

Era un pensamiento que, sin proponérselo, salió de su boca. Sabía la maldad que albergaba, la había saboreado en el campo de batalla. Pero volver a degustarla en plena civilización, o a escasos kilómetros de ella, le sobresaltó. Notar las escamas del monstruo que ocultaba debajo de su piel no era agradable. Sin embargo, la presencia de Yuri fue lo que hizo que liberara a Mirsky para que atendiera al duelista vencido. La vida o muerte de aquel ser no le pertenecían; desde que Yuri había empuñado el arma para acabar con él, era dueño de su existencia. Y no iba a empañar la hoja de servicio de un civil con las manos limpias.

Debía reconocer el aguante del barón, que no había gritado ni una vez, aunque su mandíbula crujió por la tensión cuando le abrocharon con fuerza el cinto. Dudaba que fuera a recuperar la movilidad de la mano, si es que lograba conservarla. Seguía vivo y había perdido. Malherido como estaba,

seguramente guardaría un profundo rencor hacia los Volkonsky y los Khilkov hasta el final de sus días, tal vez hasta incitarle a una revancha.

Mientras el capitán vendaba apresuradamente la mano de Jakov, tendido en el suelo, Nikolay se colocó junto a su cuello y desenvainó el estoque.

—Si ahora mismo atravesara tu garganta con mi filo, no habría policía o juez que me aprisionara. Ellos, nuestros testigos, afirmarían que apuntaste tu arma hacia mí, que fui víctima de un intento de homicidio y yo, simplemente, me defendí. —Su voz, pausada y oscura, vertió las amenazas como agua fresca sobre los oídos de Jakov—. Tendría todo el derecho a hacerlo, dormiría por las noches tranquilo, sabiendo que hice lo correcto al cercenarte el cuello y contemplar cómo te ahogabas en tus propios fluidos. —Pinchó la punta del arma sobre la piel y un fino hilo rojo se deslizó hacia la tierra congelada—. Sin embargo, no lo haré. —Guardó el estoque, sin apartar la mirada del barón—. Por ahora.

En el fondo, deseaba que más adelante se reencontraran y le provocara, que volviera a hacerle sentir cómo su bestia interna arañaba bajo las costillas y le suplicaba por el último aliento de un ser humano. Él no fallaría a propósito como Yuri, pues era obvio que tal había sido su intención desde el comienzo.

Los dos príncipes abandonaron el claro, atravesaron el bosque de abedules hasta el camino donde, a varios metros de distancia, sus cocheros les esperaban. No cruzaron ni una palabra, ni una mirada. Yuri había guardado su revólver en la funda, de nuevo oculta bajo su grueso abrigo. Era como si todo aquello no hubiera ocurrido y nada de lo que les rodeara fuera real. Tan solo el sueño de un amanecer que palidecía con su luz los troncos de los abedules.

—No querías matarlo —habló, al fin, Nikolay. Estaba bastante satisfecho con su deducción, pero necesitaba que él lo corroborara—. Lo que buscabas era desarmarlo.

—Tal vez. No lo sé, tampoco actué con mucha cabeza, la verdad.

—Me dijiste que tu puntería era buena.

—Y lo es —admitió Yuri, pero no añadió nada más.

Nikolay estaba en lo cierto. Podría haber acabado con él, seguramente incluso había rozado el gatillo mientras tenía su pecho a tiro. Pero se había contenido. Barajó las posibilidades de si su cuñado era estúpido o demasiado ingenuo. Cargar con un asesinato en la conciencia era un peso excesivo para el príncipe Khilkov.

Nikolay se sintió aliviado de forma absurda al darse cuenta de que su hermana, efectivamente, se había casado con un buen hombre.

Cuando estaban a punto de separarse, en el borde de la carretera donde el barro y la nieve formaban montículos de manchas ocre, Nikolay agarró a Yuri por la pechera. Eran de la misma estatura, por lo que sus narices casi se tocaron.

—No vuelvas a hacerlo —le advirtió con voz grave y unos ojos que parecían capaces de apuñalar su propia alma—. Has sido afortunado, por esta vez. No tientes a la suerte. Mi hermana no se merece terminar viuda antes de los treinta por culpa de un marido necio.

Lo soltó y se giró hacia donde se encontraba su coche de caballos.

—¿Se lo dirás tú? —gritó Yuri desde la distancia.

—¿A quién? —preguntó, aunque intuía la respuesta.

—Al botarate de Lev, ¿a quién si no?

—Claro —aceptó de mala gana, pero con un amago de sonrisa en los labios.

—Por cierto; gracias, cuñado.

Nikolay continuó sin contestar. «Gracias a ti». Le había salvado de una muerte segura, pero jamás se lo diría. Él había cumplido con su tarea. Un duelo más, un cadáver más, daba igual. Al final, lo único que permanecía era

la sensación de estar vivo. Durante unas horas, Yuri sentiría que flotaba en una nube, con el cerebro a cientos de kilómetros por hora y un hormigueo recorriendo su cuerpo. Era la recompensa por haber vencido, un recordatorio de lo valioso que es conservar los órganos intactos y no derramar ni una gota de sangre.

Nikolay dio la dirección a su cochero y se acomodó en el asiento. El interior del vehículo estaba tan frío como el exterior, así que se echó encima una gruesa manta, pero el calor no llegaba. Sí, en cambio, el cansancio. En el trayecto le invadió la duermevela y dejó que le arrastrara unos minutos. A pesar de percibir sus sentidos alterados y eufóricos, su cuerpo no reaccionaba de la misma forma. Estaba cada vez más pesado y lento. Lo achacó al exceso de horas sin dormir.

—Hemos llegado, alteza.

Salió y llamó a la puerta de los Golitsin. Sabía la poca formalidad de su aparición, sin carta ni aviso previo, pero supuso que los habitantes de la casa estarían esperando las noticias que él traía. Oyó voces al otro lado, unas más graves que otras y todas ellas alteradas. Pero había una que sobresalía del resto y fue quien le abrió.

El conde Lev Golitsin apareció en el marco de la puerta y por un instante Nikolay se quedó mudo. El batín abierto mostraba sus prendas arrugadas, con la camisa desabrochada hasta la mitad. Había debido de acostarse con las mismas ropas, si es que había llegado a acostarse. Probablemente había dormido tan poco como el príncipe. Lo delataban las bolsas bajo sus ojos, con una expresión conmocionada, casi de pánico. Tenía los labios secos y agrietados de habérselos mordido durante la noche, un mal hábito que le habían enseñado los nervios. El conde se abalanzó sobre él y sus manos, más fuertes de lo que recordaba, se engancharon a sus brazos.

—¿Qué? ¡Dime! ¿Cómo han acabado?

Nikolay iba a explicarle que había ganado, que todo había salido como lo esperaba y, después, se marcharía. Pero entonces sonrió ligeramente y Lev comprendió al momento su significado, sin más palabras. El príncipe observó el cambio en su rostro y se quedó prendado. Su mirada, del verdor de los primeros brotes de primavera, reflejaron su exaltación y alegría. De su boca se escapó una risa aguda, estridente, que solía ponerle de los nervios, pero que en ese instante le pareció de lo más adorable. Las manos que le retenían lo rodearon, en un abrazo que lo dejó sin aliento. El calor que no había conseguido conservar desde que se había alejado de la chimenea de su hogar lo recobró de golpe entre sus brazos. Sin embargo, notó un pinchazo en la pierna y la rodilla le falló. Lev, que no se lo esperaba, cayó con él al suelo, junto a las escaleras de la entrada.

—Nikki, ¿qué...? —empezó a preguntar y soltó al príncipe para descubrir la razón de su torpeza.

La agradable calidez que el príncipe añoraba comenzó a disiparse; no podía permitirlo, debía retenerlo por más tiempo. Entonces Nikolay, ante el asombro del conde, le agarró de la nuca y lo atrajo hacia sí para fundirse en un beso. Dios, cómo echaba de menos sus besos. Quiso continuar, pero su mente y cuerpo no jugaban con las mismas normas. Su visión se nubló y los sonidos se fueron apagando. Apenas captó «sangre», «pierna» e «idiota». Le habría gustado sonreír; seguro que aquel insulto iba dirigido a él. Sí, era un idiota que regresaba una y otra vez a Lev y todavía se preguntaba por qué lo hacía. «Un idiota enamorado, lo que me faltaba», se lamentó antes de perder la conciencia.

La princesa Nadia revoloteaba como un pajarillo enjaulado de una punta de la casa a otra. Masha le había insinuado de forma bastante directa que se estuviera quieta de una vez y le dejara hacer su trabajo. Sin embargo, no podía parar. La fiebre con la que había despertado tras el íntimo encuentro

con Yuri se había disuelto en su torrente sanguíneo como una droga que alteraba más sus trastornados nervios.

Cuando escuchó la puerta cerrarse y anunciar la marcha de su esposo, Nadia se levantó y se puso uno de sus sencillos vestidos. Era incapaz de estar un segundo más bajo las mantas. Podía que esa técnica le sirviera de niña, pero ahora era una mujer casada que hacía frente a los problemas de la forma que le habían enseñado, bajo una práctica máscara de eficiencia. Tenía que moverse, hacer algo con su tiempo, y todavía quedaban cajas por vaciar, estanterías que desempolvar y habitaciones que arreglar.

Tras la superficial reforma en la que se había implicado su hermano Nikolay, la mayoría de los desperfectos visibles de la casa estaban solucionados. Aún faltaba alguna mano de pintura o la colocación de luces en los cuartos para invitados de la segunda planta, pero con paciencia y perseverancia, para la primavera podrían organizar un encuentro para sus amigos más allegados. Era una buena excusa para reunirse, posiblemente hasta el padre de Yuri se acercaría para ver cómo habían restaurado su antigua vivienda. Si es que no regresaba antes por el funeral de su hijo.

—Basta.

Se regañó a sí misma y golpeó el puño contra la cubierta de los libros que limpiaba con mimo, a la búsqueda de imperfecciones o manchas de moho. Varios de ellos cayeron al suelo, en un torrente de letras y cubiertas gastadas y Helga se sobresaltó por el sonido.

—¿Señora? ¿Está... está bien? —se atrevió a preguntar con voz temblorosa.

Sus modales no eran los más exquisitos, tampoco la forma en que se dirigía a ella. Al fin y al cabo, nunca había servido en una casa señorial. Pero trabajaba bien, mejor que su tía, y su timidez era más apropiada para una criada que el exceso de personalidad que destilaba Masha, sobre todo cuando



creía que no la oía.

—Sí, déjalo, Helga. Ya lo recojo yo.

La joven se había inclinado y comenzaba a recopilar los tomos dispersos, pero Nadia casi se los quitó de las manos. Sentía que le arrebatava el único entretenimiento del que disponía para evitar que su mente divagara demasiado. Colocó en la mesa a Dostoyevski, Gogol y a algún poeta francés que solía ignorar. Los apiló para colocarlos en la estantería más tarde y siguió revisando otro montón. Al leer el título del primero se le frunció el ceño: *Felicidad conyugal*, de Tolstoi.

Su madre se lo había regalado tras su primer baile de presentación en sociedad, para que se hiciera una idea de cómo funcionaba el mundo real, o el que ella le quería inculcar. En la historia, una muchacha, María, se enamora de su tutor, Sergei, doce años mayor que ella. Se casan y su supuesta idílica convivencia se pone a prueba cuando viajan a San Petersburgo y la joven comienza a cosechar éxitos entre la alta sociedad, provocando los celos de su esposo. Sin embargo, el desenlace es atemperado, con una confesión a través de la que redescubren sus sentimientos y consolidan su vida matrimonial. «Tal como me ocurriría a mí», pensó con sarcasmo. Dejó el libro con total desdén, de hecho, estuvo tentada a quemarlo en las llamas de la chimenea del salón, pero su aprecio a la palabra escrita la contuvo.

La puerta de villa Betulia se abrió y copos de nieve flotaron hasta la entrada de la casa.

La princesa se quedó inmóvil en el escritorio del salón, con los montones de libros a su alrededor. Notaba sus latidos en la sien, golpeando con fuerza, temerosos por saber quién era el recién llegado. ¿Sería Yuri? ¿Regresaría sin un rasguño? ¿O tal vez Nikolay? ¿Traería el cuerpo con una chispa de vida o con los ojos blanquecinos? No lo podía ni imaginar. Era imposible visualizar ese cabello oscuro, siempre revuelto y voluminoso, a juego con una barba

que le costaba controlar pero que domaba con aceites de madera y eucalipto.

Las lágrimas picaron bajo sus pestañas; deseaba con todas sus fuerzas incorporarse, correr al encuentro del invitado sorpresa. Las rodillas le temblaban. Oyó las botas en el pasillo y una cabeza castaña asomó, tímida. Su expresión parecía la de un niño con miedo de recibir una reprimenda por haberse lacerado mientras trepaba por los árboles. El cuerpo de Nadia reaccionó antes que su mente. Para cuando se dio cuenta, estaba en los brazos de Yuri, que la acunaba entre el asombro y la emoción contenida, inseguro por si un gesto brusco la ahuyentaría como a un cervatillo asustado. Siempre la trataba así, y a ella no le disgustaba, prefería tener su espacio personal. Pero esta vez necesitaba sentir sus manos, su piel, su boca. Todo lo que era él debía ser para ella.

—Yuri... —susurró mientras enmarcaba su rostro y lo atrapaba para besarlo.

El príncipe, al comienzo, no sabía cómo actuar, si dejarse llevar o tomar la iniciativa. Pero, al sentir los dedos de ella desabrochándole el abrigo, soltó un suspiro, más similar a un sonido animal, y la cogió en volandas.

Con pasos firmes llegaron hasta el dormitorio principal, que ninguno de los dos solía ocupar, pero que llevaba semanas preparado por si, según Masha, «les apetecía hacer vida conyugal». En ese momento, agradeció la previsión de la ama de llaves.

Necesitaba sentir piel con piel el cuerpo de Yuri. Hasta barajó la posibilidad de tumbarlo sobre la cama y colocarse sobre él, con la falda levantada lo suficiente para acceder a su calor. Sin embargo, su esposo tenía otros planes.

—¿Estás segura?

Ella asintió con la cabeza, distraídamente, sin abrir los ojos.

Yuri rodeó con sus grandes manos el rostro de la princesa y la apartó con

cuidado. Por la forma en que respiraba y el color de sus mejillas, debió de suponer todo un esfuerzo separarse de ella sin caer en la tentación.

—Tienes que decírmelo, Nadia. Me niego a aceptar tus caricias por compasión. No quiero dar un paso más sin que me hables de verdad, porque yo te amo, te amo con locura, casi con desesperación. Dios, no sabes lo difícil que es esto...

—Yura —le interrumpió ella y se posó en la comisura de su boca, ligera como una mariposa—. Tal vez tú puedes esperar, pero yo no. Así que te ruego que no me impidas seguir.

Nadia, que habló pegada a su mentón, tímida por su mirada, unió sus labios una vez más. Trató de dar forma a las emociones que se arremolinaban en su interior, conferirles un sentido y expulsarlo. «Dilo», se apremió, «di que le amas, que lo has echado en falta desde que se marchó y cruzó el océano. Vamos, hazlo». ¿Por qué era tan difícil romper el muro entre los dos? ¿Por qué le costaba tanto pronunciar esas dos palabras? ¿Acaso era verdad que ya no creía en el amor? Podía que todos aquellos que afirmaban que se había convertido en la reina de hielo tuvieran razón. Entonces, ¿qué era aquello que sentía por Yuri? No, era evidente que su corazón latía a la cadencia que él le había mostrado.

El frío que siempre la envolvía se fue derritiendo desde que habían vuelto a unir sus vidas, como las lejanas montañas que, poco a poco, van perdiendo sus picos blancos y helados para dar paso a la primavera. Nadia sentía que las antiguas semillas de su relación germinaban lentamente hasta florecer frente a sus ojos.

Abrió su boca una vez más, dispuesta a decir esa frase que alejaría toda duda de su esposo.

—Por favor... —suplicó.

Al final, fue incapaz de verbalizar su deseo. Sin embargo, Yuri la aceptó

igualmente. Sus labios se buscaron, con las dudas confinadas en el fondo de su mente. Las prisas quedaron relegadas y el tiempo cobró un nuevo aspecto en su intimidad. Con la luz de la mañana filtrándose por las ventanas congeladas, se desvistieron el uno al otro. Los dedos de Yuri recorrieron su vestido con habilidad, soltando cada botón y lazo que se entrometía, hasta quedarse con una fina tela que dejaba sus hombros y rodillas al descubierto.

Ella se acercó a su esposo sin pudor y lo desnudó. Abrió su camisa y acarició el vello de su pecho.

Nadia no era ninguna chiquilla; en realidad, pocas mujeres llegaban al matrimonio «intactas», como solía decir su madre. Pero frente a Yuri notó que la vergüenza que podía sentir sobre su propio cuerpo había desaparecido. La manera en que la miraba, no, en que la contemplaba, la animaba a continuar. De todas formas, habría sido incapaz de detenerse aunque quisiera.

Cogió la mano de su marido y lo acompañó a la cama, donde le indicó que se sentara. Él estiró sus brazos, ansioso por tocarla, con los labios separados y la mirada vidriosa. La piel que asomaba de su recortada barba estaba sonrojada, lo que hacía palidecer aún más a su esposa en comparación. Ella se inclinó para detener sus revoltosas manos y le dio un fugaz beso en la nariz, con una sonrisa juguetona en los labios que no sabía que pudiera componer. Alzó el filo de la prenda que transparentaba su cuerpo con la luz del hogar y se la quitó por encima de la cabeza. Frente a un atónito Yuri, que ahora posaba sus manos sobre las rodillas, soltó cada una de las horquillas que apresaban su cabello y una cascada de oro líquido cayó sobre sus hombros hasta rozar el límite de la espalda.

Nadia lo observó un instante, aprisionado en la perplejidad, temeroso de que la magia se desperdigara si rozaba su cintura, como un espejismo, como una ilusión incorpórea. Entonces ella acarició las extremidades de Yuri y guio su mano para posarla en su vientre. La tibieza que otras veces le

proporcionara una agradable sensación esta vez era abrasadora. Él trepó por su piel, sobre el relieve de sus costillas y la turgencia de sus pechos. Nadia entrecerró los ojos y dejó escapar un suave jadeo cuando la otra mano de Yuri se aferró a su cadera. Rodeó su silueta y apretó en la curvatura de su espalda para atraerla.

Nadia se mordió el labio cuando él elevó su muslo para colocarlo sobre su hombro. Estaba completamente expuesta, pero poco le importaba; tan solo la tormenta eléctrica que arreciaba con violencia por debajo de su ombligo captaba su difusa atención. Su boca, su lengua, sus dientes. Cada sutil movimiento le provocaba un estremecimiento que aumentaba de forma violenta. Hundió los dedos en la cabellera de Yuri, sin tener claro si quería separarlo o incitarle a continuar. Como respuesta, él ascendió su mano y tomó uno de sus pechos, que oprimió con vehemencia. En ese momento, Yuri sustituyó la lengua por sus dedos.

Ella pensó que tal vez el miedo a hierirla lo hacía actuar de esa forma, pero bajó la vista y se encontró con sus ojos almendrados y un semblante lascivo que no era propio de su esposo. Él aceleró el ritmo sin apartar la mirada de Nadia, con las mejillas sonrosadas y los labios separados, entre el placer y la turbación. Alzó la cabeza y cerró los ojos con fuerza al sentir la anhelada explosión en su interior. Clavó los dientes en su muñeca para acallar los jadeos. Las piernas le fallaron y notó que iba a caer, pero Yuri la sujetó de la cintura y ayudó a que se acomodara en la cama.

—Eres tan hermosa...

Nadia le regaló una tierna sonrisa.

—No hace falta que sigas lisonjeándome.

—Lo haré, una y otra vez, porque es verdad, porque tengo que decirlo y soy incapaz de estar en tus brazos sin quedarme helado por tu belleza.

—Lo último que te conviene ahora es quedarte frío por mi aspecto —

contestó ella y giró sobre su cuerpo para colocarse encima de él—. Así que permíteme que te haga entrar en calor.

Besó la piel que hacía unas semanas había podido contemplar y que tanto decoro le había producido. Recordó cuánto había deseado en ese momento tocarle, sentir el tacto de su cuerpo, firme y rígido; continuar por el filo del pantalón y acariciarle con sus manos, con su boca. Esta vez tenía la oportunidad de hacerlo y lo acogió con glotonería. Lamió, al principio lento, después con avaricia. Cuando lo rodeó también con sus dedos mientras jugueteaba con su vello rizado, él tuvo que pararla. No era el único que estaba al límite.

Nadia se colocó sobre él y lo recibió con un largo suspiro, mezcla de alivio y regocijo. Comenzó a moverse, con los brazos apoyados a cada lado. Yuri se incorporó y la abrazó. Era hierro al rojo vivo que la incendiaba por dentro. Ella volvió a besarle, consciente de que, si seguía, acabaría fundida en él, con su ser consumado hasta las cenizas por la pasión que desprendían. Pero sus piernas no respondieron como debían y la abrumó su propia debilidad.

—Más rápido, Yura —rogó contra su boca—. Quiero que lo hagas más rápido.

Él le tomó la palabra y, sin separarse de ella, la tumbó boca arriba. La penetró con la brusquedad que ella quería, y se lo indicó clavando las uñas en su espalda. El entrechocar de sus caderas se aceleró y Nadia le atrapó con sus largas piernas.

Sus cuerpos se convirtieron en dos lenguas de fuego que se alimentaban la una de la otra, en una fricción que causaba chispas y prendía los confines del raciocinio. Ambos alcanzaron el clímax al unísono y sus voces se apagaron en más besos y acaramelados susurros.

Permanecieron así, inmóviles, hasta que ella dio un respingo por el frío y se arroparon bajo las mantas.

—Ojalá pudiéramos estar así para siempre —dijo él con la nariz pegada a su cuello—. Pero no puede ser, ¿verdad?

Nadia contestó con una ligera negación de cabeza. El mundo real les reclamaba y ella no sería la cobarde que lo apartara por más tiempo. Tenía que saberlo.

—¿Lo has matado?

—No.

Ella suspiró, con el miedo aquietado.

—¿Te alegras de que él siga vivo? —En la pregunta de Yuri percibió la sombra de los celos.

—Me tranquiliza saber que mi esposo no se ha visto forzado a acabar con la vida de nadie.

Nadia peinó con sus dedos el cabello castaño de Yuri, que se relajó apoyado en su hombro. Sus mechones olían a nieve, a pólvora y a madera. No quiso saber más. Que su hermano mellizo le hubiera enseñado a usar un arma no quería decir que estuviera a favor de su uso. Conocía su utilidad en caso necesario, pero los duelos le parecían una estúpida lucha de espíritus arrogantes. Una prueba de virilidad que solía acabar en tragedia. Con sus cuerpos todavía juntos, enrolló sus piernas a las de él.

—Cuando llegaste, no sabía si pegarte o besarte.

—Menos mal que escogiste la segunda opción —dijo él con una risa sedosa.

—Tendría que ser más dura contigo, porque si no hubieras venido, yo...

Ella se encogió sobre sí misma, con la simple idea de perderle lacerando sus entrañas.

—Te prometí que volvería, ¿recuerdas? —murmuró a una Nadia de ojos húmedos y la arrulló entre sus brazos—. Soy un caballero que cumple con su palabra.

Ella se relajó y los dos se durmieron. Al despertar, Masha les tenía preparado un almuerzo tardío que sirvió con excesivas sonrisas cómplices, guiños y frases con segundas intenciones que ninguno pasó por alto.

Fue un día extraño, pues antes del anochecer había tenido que salir con urgencia a la fábrica, o eso había dicho. Su esposo no era bueno con la mentira, pero ¿qué le ocultaría? Mientras esperaba su regreso y pensaba que esa noche compartirían por primera vez la cama como marido y mujer —lo que le ponía más nerviosa de lo que debería—, continuó ordenando la montaña de libros que había olvidado esa mañana.

Fue entre los ensayos y las hojas de cálculo donde la encontró. Una nota. No, una carta.

El remite provenía de un despacho de abogados, por lo que supuso que se trataría de un asunto legal, podía que de propiedades o similar. Sin embargo, la letra era de mujer y su contenido en absoluto era de un asunto profesional:

«Yura. No hagas ninguna estupidez. Ni se te ocurra. El apellido no es tan importante como para morir por él. Deja de lado ese maldito orgullo que te enseñó tu padre y actúa con cabeza. Te necesito vivo y respirando. Volveremos a vernos, si es lo que quieres. Lo haré si con ello consigo que no te maten. Recuerda que te quiero. Lara.»

Nadia soltó el papel, como si hubiera olvidado para qué servía o por qué lo tenía en la mano. «Lara». Era la mujer que había estado el día anterior en la casa, la que charlaba animadamente en la cocina con su ama de llaves, igual que amigas de la infancia. También era la mujer que, con prendas de hombre, había aparecido aquella noche en la puerta de casa de los Volkonsky con el conde Golitsin y su esposo inconscientes. Esa mujer que parecía conocer tan bien a Yuri, que lo llamaba por su nombre; esa que había intentado apartar de su mente todo lo posible, porque sabía que las conclusiones que sacara no podían ser buenas. Esa mujer que era capaz de hacer tambalear su fe y su



confianza en su esposo.

Debía solucionarlo, antes de que su mundo se viera afectado por una desconocida. Tenía que saber al menos a qué se enfrentaba.

Recuperó la hoja y la guardó en el bolsillo oculto del vestido. Se encaminó hacia la cocina, donde Masha pelaba patatas y cocía demasiada carne en agua salada.

—¿Quién es Lara?

—¡Alteza! Qué susto me ha dado.

—Quién. Es. Lara —repitió con tono afilado.

—¿De quién me habla?

Nadia dio un golpe sobre la mesa que usaba para cortar huesos y despiezar animales de todos los tamaños. Puede que fuera su mirada o el semblante frío, como el de una serpiente a punto de atacar, el que intimidó a la criada.

—No es nadie importante, alteza.

—Lo es para Yuri, ¿verdad? Ella es alguien, aunque todavía no sé lo que significa. ¿Quién es, Masha? ¿Por qué me lo oculta?

—Le vuelvo a decir que no tiene de qué preocuparse...

—Dime su nombre al menos —le interrumpió.

Masha se limpió las manos en el delantal, otrora blanco, ahora grisáceo, y resopló con desgana.

—Larissa Gustavovna.

El nombre resonó en la cabeza de Nadia. ¿Le sonaba? No, no lo había oído con anterioridad, ¿o sí? No era nadie de la nobleza, aunque si lo hubiera sido, la habría descubierto antes, en cuanto se habían visto cara a cara. Los que habitaban en las altas esferas eran bastante reconocibles. Pero ella era diferente. Podía que de orígenes humildes y, sin embargo, con una fuerza interior que superaba a la de cualquier otra mujer que había conocido entre los de su clase. «Tal vez por eso le gusta a Yuri, porque no es como tú, ni

nadie como tú», se fustigó. ¿Por qué tenía que sufrir de esa manera precisamente después de haber compartido cama?

Iba a averiguar a dónde le llevaba aquella locura. Tenía un nombre y la dirección de quien la había enviado. Su esposo podía tardar horas en regresar a casa para interrogarlo. «Además, no sabes si te dirá la verdad, puede que te mienta, como ha hecho hasta ahora».

Nadia cogió su sombrero de piel de zorro, su abrigo y guantes y salió. Su cochero, Markov, estaba guareciendo a los caballos en el establo, según indicaciones del príncipe, que volvería en otro coche para que el conductor pudiera descansar. Otra razón para que ella sospechara.

—Vuelve a prepararlos, tengo que salir.

—¿A dónde vamos, alteza?

Dio la dirección del despacho de abogados; estaba cerca de la avenida Nevsky, así que no tardarían demasiado. Con suerte y algún soborno —otra de las artes que su hermano le había mostrado—, descubriría al remitente original, obtendría otra dirección y sabría, de una vez por todas, quién demonios era la tal Lara que no hacía más que perseguir a su marido.

## Capítulo XIII

—¿Quién eres?

Larissa no supo qué contestar. Frente a ella estaba la princesa Khilkova, la esposa de Yura, con un semblante aterrador, tan calmado que daba escalofríos. La recién llegada avanzó y Larissa instintivamente retrocedió, lo que permitió que ella pusiera sus pies en la entrada. Cerrar la puerta en sus narices ahora sería más complicado, pero siguió sujetándola como si tuviera oportunidad de hacerlo.

—¿Cómo has encontrado este sitio?

Fue la primera cuestión que se le cruzó por la mente. Barajó la posibilidad de que Yuri le hubiera contado la verdad, pero entonces sus dudas no tendrían sentido.

—¿Acaso importa?

La princesa avanzó y con un ligero empujón en el hombro tuvo acceso a la vivienda. Larissa de súbito sintió vergüenza por el estado de su casa, con platos sin limpiar, restos de comida y ropa desordenada en el salón. La chimenea estaba apagada y el frío hacía que su aliento fuera visible en dispersas nubes blancas. En el exterior había anochecido y las velas que había encendido nada más llegar apenas iluminaban para discernir su expresión enfadada.

Khilkova siguió hasta mitad de la estancia. Con una mirada había marcado claramente quién era la de ascendencia noble y quién de la más baja estofa social.

—Claro que importa. Acabas de entrar en mi casa de golpe y porrazo. Merezco una explicación.

—Lo dudo —soltó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tú, ¿qué te crees que...?

—Un respeto —la interrumpió con el mismo tono que debía usar con la servidumbre—. Puedes llamar a mi marido como gustes, pero yo soy «alteza» para ti.

Larissa tomó una gran bocanada de aire. La paciencia no era una de sus virtudes y esa mujer la estaba poniendo a prueba. ¿Qué quería? ¿Provocarla? ¿Que se lanzara a por ella para tener una razón para que la detuvieran? ¿O se trataba de algún tipo de engaño? No debía fiarse de los aristócratas, con sus trucos y artimañas, por lo que tenía que actuar con cabeza. Más aún porque no estaba sola en el apartamento y no quería que un simple encontronazo terminara en tragedia.

—De acuerdo, *alteza* —cedió, aunque las palabras sonaron a burla en sus labios—. ¿Haría el honor de largarse de mi humilde morada?

La rabia hizo que las mejillas de la princesa se encendieran y lanzó una mirada cargada de odio hacia la anfitriona.

—No sin mis respuestas.

Larissa todavía llevaba las prendas de varón y el grueso jersey, por lo que le era más fácil moverse que la mujer del vestido que tenía frente a ella. Era muy probable que la superara en fuerza, de hecho, no se esperaba una reacción agresiva por su parte —lo bueno de tener pechos era que nadie esperaba que fuera la primera en lanzar el puñetazo—. Sería sencillo. Cogerla del brazo y echarla a la calle. «Pero volverá, la muy condenada tiene esa mirada que parece haberle contagiado el estúpido de Yura».

Alzó los brazos y los dejó caer pesadamente a los lados. Con un aire despreocupado, guardó las manos en los bolsillos antes de hablar. Tenía que convencerla.

—No soy nadie importante.

—Mientes —contraatacó la princesa y sacó la carta que ella escribió hacía

un día—. Lo eres. Ni siquiera fue capaz de quemar la nota antes de que yo la descubriera. Es evidente que os conocéis y que tenéis una relación, así que no trates de ocultarlo. —Khilkova estrujó el papel y se lo tiró con furia. Sus ojos estaban vidriosos, con lágrimas contenidas entre la ira y la humillación. Debía sentirse ultrajada—. ¡No lo niegues! —exclamó con la voz entrecortada—. Al menos ten la decencia de ser sincera con su esposa.

—Exacto, Lara, sé sincera con la princesa Nadezhda Khilkova.

Ambas miraron hacia la puerta del dormitorio, desde donde salía Biery. Su primera impresión para una mujer de la aristocracia no debía ser muy alentadora. Llevaba varios días sin afeitarse y el cabello había crecido sin control desde hacía meses. Sus prendas, usadas pero hechas a medida, estaban arrugadas, lo que le confería un aspecto de poeta venido a menos, un bohemio que malvivía vendiendo sus escritos a una publicación menor. De todas formas, seguía siendo más alto que ella y de constitución fuerte, nada que ver con un literato mediocre.

Su presencia desconcertó a la princesa, que se alejó de ambos, consciente de la animadversión que desprendía Biery. Por su semblante, con una sonrisa excesivamente amplia para la situación, era evidente que no estaba en absoluto contento. En esos momentos, su carácter era demasiado imprevisible. Podía mostrar su lado amable y educado, mientras por dentro hacía cálculos y decidía en qué dirección le convenía continuar su ataque. Larissa recordó con claridad la vez que había detenido una pelea en La Rata Callejera tan solo con su verborrea y un par de palmaditas en la espalda. También evocó cuando había sacado a un muchacho a puntapiés y lo había dejado inconsciente y sangrando en el callejón adyacente a la entrada del local. Era difícil intuir en qué sentido oscilaría su humor; que fuera una mujer, miembro de la aristocracia, podían ser beneficiosos para la princesa. O precisamente todo lo contrario.

—No era necesario que salieras, puedo encargarme de esto yo sola —dijo Larissa.

Sabía que no era buena idea azuzar a Biery catalogando su presencia como inútil, pero llevaban más de un minuto sin abrir la boca y tenía que hacer que al menos el aire fluyera en sus pulmones.

—¿Segura? Pues hasta ahora no parece mejorar. No sé, la princesa está deseosa por escuchar tu versión y no tiene aspecto de querer abandonar el apartamento. Es posible que le convenga recibir un aliciente para entender las indirectas.

«Mala señal». Biery entrecerró los ojos, con los labios estirados en esa expresión de falsa alegría que le ponía de los nervios. Tenía un mal día, uno terrible.

Dio un paso al frente y Larissa se interpuso entre los dos.

—No hace falta, ella ya se iba, ¿verdad?

Giró el rostro hacia la princesa que captó la sugerencia y lo aceptó gustosa. Por fortuna, su cabeza todavía funcionaba correctamente y no había más que echar un vistazo al ambiente enrarecido de la sala para comprender que la tensión estallaría en cualquier momento, y ninguna quería ser testigo de ello.

Sin embargo, no eran ellas las que tomaban la decisión. En cinco largas zancadas, Biery se puso junto a la puerta y le cerró el paso.

—Nadie se va a marchar de aquí.

Larissa se aproximó y colocó las manos sobre su pecho.

—Ella no sabe nada, es una molestia y una pérdida de tiempo —le susurró para no ser escuchada—. Dejemos que se largue.

Biery cogió sus dedos y los apretó con excesiva fuerza.

—No.

—¿Y qué sugieres? —continuó ella, soportando el dolor de sus falanges—. ¿Torturarla para sonsacarle algo que desconoce?

La sonrisa de él heló su sangre.

—Tal vez, ¿no es lo que hacen con nosotros?

—Por favor... —rogó, pero la apartó de un codazo.

Caminó con paso firme hacia la princesa, que se abrazó a sí misma y reculó, ocultando medio cuerpo entre las cortinas. Biery la agarró del brazo y la zarandó.

—Entras aquí, con tu perfume de furcia cara y nariz altiva, para escupir tus preguntas como si te creyeras con derecho a ser respondida, tan solo por ser quién eres —dijo con palabras afiladas, salpicadas de veneno. Tiró de ella y la lanzó, igual que una muñeca de trapo, hacia uno de los sillones—. Aquí no eres nadie, alteza. Este territorio nos pertenece, y en él los ratones engullen a las gatitas curiosas como tú.

Biery se agachó y se puso frente a ella, que tenía las manos cerradas frente a su pecho como protección. De poco le serviría. Además, él se alimentaba del miedo, y desde la distancia percibía cómo la princesa se había convertido en un succulento manjar, demasiado jugoso para dejarlo escapar. Biery sujetó entre sus dedos el mentón de la mujer para que no apartara la vista.

—¿Sabes quién soy?

Ella negó o movió la cabeza. Después lanzó una mirada suplicante a Larissa, todavía junto a la puerta. Biery, que se percató de su gesto, volvió a sonreír.

—Ella no te ayudará, sabe lo que le conviene y está de nuestra parte, aunque se relacione con demonios como los Khilkov.

Biery captó de reojo cómo Larissa se dirigió a ellos con pasos inseguros, molesta por sus palabras.

—¿Acaso miento, querida? Crees que guardas muy bien tus secretos cuando para mí eres como un libro abierto.

Sus palabras fueron como una puñalada directa. Biery no se fiaba de ella,

podía que nunca lo hubiera hecho, o tal vez ella había acelerado el proceso con sus visitas a villa Betulia y cartas sin respuesta. Se la había jugado, pero le era imposible no intervenir. Yura era su debilidad. Biery lo sabía perfectamente y lo tenía presente desde que le había hablado de él.

—Te juro que no he hablado con nadie más —se defendió—. He sido prudente. No haría peligrar nuestra misión por nada, Alex.

Biery chasqueó la lengua, disgustado. Ladeó el rostro hacia la princesa, con la decepción pintada en su semblante.

—Vaya, ahora sabe mi nombre. Qué lástima.

Se encogió de hombros y, de forma casual, le propinó un bofetón a la princesa. El sonido restalló contra las paredes y Khilkova se llevó la mano al rostro, con los dedos de Biery marcados en su fina piel, como las dentadas tiras de un látigo. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Basta —pidió con firmeza Larissa, en un vano intento por que se replanteara sus actos.

—Ni se te ocurra acercarte, Lara —dijo Biery con voz amenazadora. Nunca le había visto con una expresión tan desquiciada—. Su alteza Khilkova y yo tenemos una charla pendiente sobre su marido y, en especial, sobre su suegro. Oh, querida, tenemos tanto de lo que hablar.

Acarició el pómulo escarlata de la princesa, con el rostro contraído por el dolor, y ascendió por su recogido. Cuando llegó a la nuca, hundió los dedos y cerró la presa.

—¡Ah! —chilló ella al notar el tirón en el cuero cabelludo.

—Además, yo sí conozco la relación entre tu esposo y Lara, ¿quieres que te la cuente? Puedo darte detalles, también.

Khilkova alzó las manos para intentar liberarse, pero en el primer amago volvió a recibir otro bofetón. En esa ocasión le partió el labio. El hilo carmesí goteó desde su comisura para mezclarse con las lágrimas.



Larissa Gustavovna aceptaba que la calificaran de anarquista, revolucionaria, incluso terrorista. Podía comprender que muchos de sus conciudadanos la juzgaran con reticencias, la criticaran por ser distinta a ellos y pensarán que se regodeaba de la miseria ajena. Le traía sin cuidado porque, en el fondo, sabía que actuaba por un bien mayor. Su conciencia estaba limpia. Pero ese bofetón había traspasado una línea que se negaba a cruzar. No seguiría así. No permitiría que se le diera una paliza a una mujer inocente.

Larissa se incorporó e hizo algo que su sentido común le dictaba que realizara hacía mucho tiempo: se enfrentó a Biery. No con palabras, con las que siempre vencía, sino con sus manos. Sabía que era menos fuerte que él, pero estaba de espaldas y era una presa fácil. Se lanzó a por Biery con lo primero que encontró: la lámpara de aceite de la mesa de la entrada. Le golpeó en la cabeza con todas sus fuerzas y el cristal se rompió en mil pedazos. Él se giró. El líquido goteaba por su rostro, con la mirada turbia por la sorpresa y el aturdimiento. Era evidente que no se esperaba que ella le atacara, pero fue insuficiente para dejarlo inconsciente. Un golpe no bastaría. Su arma improvisada estaba rota en el suelo, así que no le permitió levantarse y le propinó una patada en la boca, con la presión justa en la mandíbula para que perdiera el conocimiento. Biery se desplomó a los pies de la princesa.

—Maldita sea...

Larissa no estaba acostumbrada a llegar a las manos. Las peleas no eran su especialidad, pero sabía arreglárselas sola. Sin embargo, lo que le preocupaba eran las consecuencias. Cuando él se despertara, dudaba que lo hiciera con ganas de perdonarla. Hasta entonces, nadie lo había hecho.

Ante la estática invitada, cogió a Biery por los brazos y tiró de él hacia el dormitorio. Al menos lo subiría a la cama para limpiarlo y no darle más razones para su inevitable enfado.

—Vete ya —le dijo a la princesa, de vuelta al salón.

Ella le miró interrogante, como si no hubiera entendido el significado de su orden. Larissa resopló y puso los brazos en jarra frente a ella, sin opción a réplica.

—Mira; las dos sabemos que ahora mismo la situación no está para discusiones. Tengo a un hombre en mi dormitorio que en cuanto abra los ojos, querrá partirme la cara. No le culpo. Pero ese es mi problema. Tú tienes los tuyos con Yura que debéis solucionar entre vosotros.

La princesa la cogió de la muñeca antes de que le diera la espalda.

—No puedo marcharme sin ninguna respuesta.

Podía ser que fuera por el cansancio, la súplica en la mirada de Khilkova o el sentimiento de culpabilidad por la hinchazón en su rostro, que Larissa cedió a su petición, a su manera:

—¿Qué es lo que quieres? ¿Que te diga lo valiente que eres por enfrentarte a la supuesta amante de tu esposo? Ya te lo he dicho antes, no tienes de qué preocuparte. No soy nadie importante para él.

—Sigue sonando a mentira.

—¡Eres más insoportable que de niña! Dios, qué testarudez —dijo Larissa y cogió la mano que todavía apresaba su muñeca—. No soy ninguna amenaza en vuestro matrimonio. De hecho, me gustaría que lo vuestro funcionara. El idiota de Yura se lo merece. Es lo que tiene preocuparse por la familia.

—¿Familia?

Larissa no podía negar que estaba disfrutando de la confusión en los ojos azul celestes de la princesa. En su interior, lidiaba entre decir la verdad y liberarse de toda sospecha o continuar con el juego hasta que estallara en sus narices. Pero no había tiempo para malabares lingüísticos: en breve un hombre con ganas de venganza recuperaría la conciencia y tenía que hacer sus preparativos.

—Sí. Yura es mi hermano.

Las manecillas del reloj sobre la repisa de la chimenea avanzaban y la princesa Khilkova continuaba en el sillón. La paciencia de Larissa se estaba agotando, como su tiempo para actuar.

—Imagino que tendrás mil preguntas, pero no soy yo quien te las va a contestar. Creo que ya he hecho suficiente daño a vuestro prestigiosísimo apellido por hoy y es Yura quien te debe una explicación más profunda. Así que será mejor que vayas a por él. Aquí no obtendrás más respuestas. Yo no te las daré. Así que largo.

La princesa se incorporó. Larissa sabía que no había nada como la ira para reactivar el cerebro y el cuerpo, y su inesperada invitada debía abandonar cuanto antes esa casa o no podría ayudar con las consecuencias que, inevitablemente, acabarían por afectarle.

—Vamos, vete.

Khilkova se paró junto a la puerta, probablemente a punto de girarse y dedicarle algunas palabras, posiblemente cargadas de inquina. No le importaba, siempre que cruzara al otro lado y la dejara en paz. Sin embargo, la princesa mantuvo el semblante al frente y se marchó sin más dilación.

Larissa dudaba de si sorprenderse por cómo se había tomado la noticia o no. Suponía que su famoso corazón de hielo tenía parte de culpa de que no se hubiera lanzado a por ella nada más entrar en la casa, o la razón por la que no se había puesto a chillar sobre lo inapropiado de acallar la existencia de un familiar de esa forma. Ni mucho menos. Pero Larissa no tenía tiempo para reflexionar sobre su primera presentación oficial ante su cuñada. Había quehaceres que requerían su atención inmediata.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y, antes que nada, prendió la chimenea. El calor por la pelea se había diluido y su organismo exigía fuego y comida. Lo primero se lo podía proporcionar, lo segundo tendría que esperar. Dejó que el salón se caldeara mientras se dirigía de vuelta a su dormitorio. ¿Qué iba a

hacer con Biery? Lo básico era atarlo hasta que se calmara y arrancara de sus labios la promesa de que no la heriría. Sabía que sería mentira, así que necesitaba refuerzos. Pero ¿quién? Era evidente que sus camaradas harían que la balanza se inclinara a favor de su líder. Necesitaba a alguien en quien confiara más allá de toda duda.

«Kova». Nada más nombrarlo en su mente, su pecho se encogió. Todavía no estaba en disposición de ayudar a nadie, ni siquiera a sí mismo. Aunque su fuerza física y gran tamaño le habrían venido de maravilla en ese momento.

Estaba sola, otra vez. No se había percatado de lo dependiente que era de Biery hasta que lo había noqueado. Sus ansias de cambiar el mundo que la rodeaba volvían a arrinconarla. Había vuelto a ser ingenua como una jovencita de voluntad débil.

Cuando el grupo de rebeldes al que había pertenecido Larissa años atrás se había encontrado contra las cuerdas, Larissa había hecho lo que mejor se le daba: huir. Sobrevivir. Había pensado que en su tierra natal sería diferente, que no le importaría luchar por la causa y que su vida finalmente serviría de ejemplo para las futuras generaciones. Que al menos les llegaría el mensaje de que siempre merecía la pena alzar la voz y enarbolar unos principios con orgullo.

Sus ideas continuaban intactas, pero había traicionado a sus compañeros, con quienes iba a llevar a cabo su ejecución. Todo estaba perdido. Meses de trabajo echados a la basura por un golpe en la cabeza, por sus impulsos y por el mal carácter de Biery. No tenía alternativa.

Larissa entró en el dormitorio para coger su maleta, algo de ropa y el dinero que ocultaba al fondo del armario. Volvería a huir, era su única salida si quería seguir respirando un día más. O al menos ese era su plan, hasta que se percató de que la cama estaba vacía.

Había debido de haberla esperado junto a la puerta, guarecido por las

sombras, antes de atacarla por la espalda. Sus manos rodearon el cuello de la mujer, que se quedó sin voz y el aire se le escapó de los pulmones, sin posibilidad de tomar otra bocanada. Larissa se agitó como una anguila fuera del agua. Miró con los ojos desorbitados a su alrededor; ni un arma ni un objeto que le sirviera para defenderse.

Clavó las uñas en el rostro de Biery, que gritó una lista de insultos junto a su oído. Ella continuó con los dedos en forma de garra, intentando alcanzar carne blanda que marcar, pero las fuerzas la abandonaban. Los pulmones le ardían por la imperiosa necesidad de una bocanada de aire. No podía más. Sus brazos cayeron, inertes, a sus lados. Y todo fue oscuridad.

Masha había enviado una nota. Su sobrina Helga tenía unas piernas veloces y sabía a dónde dirigirse. Era un momento que temía desde hacía meses y que no tardaría en suceder, por lo que los escenarios que había previsto no eran muy halagüeños. Había oído rumores que no le habían gustado y supo que debía actuar de inmediato. Su mensaje era claro: «la princesa lo sabe, ha ido a buscarla».

Cuando Yuri lo recibió, no se encontraba solo, y su expresión circunspecta alertó a su acompañante.

—¿Estás bien?

El conde Lev sostenía la copa que había vaciado en dos ocasiones y rellenado en otras dos. Estaban de pie en el despacho de la casa Golitsin, único lugar vetado para las hermanas del conde que, con la excusa de la celebración de año nuevo y otras fiestas de relevancia social, permanecían en su vivienda, para angustia del único varón de la familia.

—Sí. No. Tengo que irme.

La incoherencia en las palabras de su amigo inquietó al conde.

—Yura —insistió.

—Son Nadia y Lara —dijo mientras se ponía el abrigo y el sombrero que

le acababa de traer la doncella.

—Cómo, ¿juntas?

—¡Maldición! Esto no tendría que haber ocurrido así. Espero que no esté en problemas.

El príncipe exponía sus pensamientos en voz baja, sin esperar respuesta ni consuelo por parte del conde, absorto en sus propias complicaciones.

—Mantenme informado de su estado, ¿de acuerdo? —pidió al conde.

—Claro, ¿se lo dirás a ella?

—No lo sé. Dudo de que sirviera para algo. Tengo que pensarlo.

Lev le dedicó una mirada reprobatoria antes de que abandonara el lugar con pasos ágiles. La mente del príncipe divagaba, lejos de esa residencia y de esas calles, hacia Nadia y Lara. «¿Cómo es posible que lo sepa?».

Había sido cuidadoso. Las pocas veces que se habían visto, había sido en entornos controlados; no eran reconocibles o no había testigos que pudieran delatarles. Apenas se habían escrito y no conservaba ninguna de sus cartas. Entonces evocó la madrugada del duelo, del que no habían pasado ni veinticuatro horas. ¿Había quemado la nota? Sí, claro que lo había hecho, ¿verdad? Por alguna razón, no lograba recordar el gesto de lanzarla al fuego. Tal vez se había quedado olvidada entre los papeles, lejos de sus preocupaciones más inmediatas, como no morir por un balazo que finalmente había recibido su cuñado.

El príncipe Khilkov atravesó la verja de hierro que separaba los terrenos Golitsin del resto de la ciudad. Cuando cruzó la entrada, pocas horas atrás, una cuadrilla de jóvenes cadetes limpiaba con palas la nieve del camino y, a pesar de su esfuerzo, las botas volvían a hundirse en la gruesa capa blanquecina. Los faroleros habían comenzado su ronda y prendían las llamas de las lámparas que ahuyentaban el temprano anochecer.

Un repentino frío atenazó al príncipe, que buscó cobijo en el cuello de su

abrigo. Debía encontrar cuanto antes a un cochero. Si no hubiera salido de forma tan precipitada, Lev le habría cedido el suyo sin problemas, pero las prisas le forzaban a buscar una alternativa en una calle más concurrida. Fue entonces cuando reparó en un coche, parado frente a la entrada de la residencia. El conductor le miraba a través de una fina rendija, entre el sombrero y la gruesa bufanda de lana. Era Markov, su cochero. Los caballos coceaban cansados ¿Qué hacía él ahí? Le había dado la orden expresa de regresar a casa, pues no sabía el tiempo que tardaría en volver. Se aproximó, desconcertado, cuando la puerta se abrió a un palmo de distancia. Al parecer, no habían ido a recogerle, sino a traerle a alguien.

—Sube, esposo.

La voz de Nadia sonó como un grito ahogado que no lograba atravesar una placa de hielo.

Yuri obedeció al instante y la princesa golpeó dos veces la superficie detrás de ella para que iniciaran la marcha. ¿Sus manos temblaban o era las sombras que bailaban en su piel? Los animales relincharon, quejándose del viento y la calzada helada. Un pesado silencio se impuso entre los dos, uno frente al otro. Tal vez debía dar el primer paso, abrir la boca y explicar por qué no estaba en la fábrica, como le había dicho al salir de casa. «Una mentira piadosa», trató de convencerse, «pero una mentira, al fin y al cabo». Alzó el mentón, hasta entonces clavado en el pecho por la vergüenza. Iba a disculparse, a decir que era un hombre miserable que no merecía su atención después de comportarse de manera tan cobarde. Sin embargo, un haz de luz de las farolas invadió el interior del coche y los ojos del príncipe se abrieron, estupefactos. Rápidamente extendió la mano y atrapó la de su esposa.

—¿Qué ha ocurrido?

La princesa tiró del filo de la estola de piel con que se cubría e intentó esconder lo que había alterado a su marido.

Yuri agarró la prenda y se la apartó a la fuerza. Necesitaba más luz y menos distancia. Se sentó a su lado, aunque ella se mostraba recelosa y se alejó lo que el asiento le permitió. Entonces rozó su mejilla inflamada y la princesa acalló un gemido de dolor.

—¿Quién ha sido? —dijo con rabia.

—Un conocido... de tu hermana.

Yuri notó que su rostro se desencajaba. Aunque Masha le había advertido que había descubierto la verdad, no significaba que la hubiera creído, no del todo, al menos hasta que lo escuchó de sus propios labios.

—Cuando subí tampoco tenía ningún plan, ¿qué iba a hacer? —empezó ella—. Presentarme por sorpresa en casa de la amante de mi marido ya me parecía una temeridad, pero no pude evitarlo. Tenía que conocerla. Saber quién era capaz de acaparar tu mirada... Nunca pensé que fuera una mujer celosa, supongo que no tuve ocasión de comprobarlo. Hasta que descubrí esa carta y fui en su busca. Mientras llegaba pensaba en abofetearla, pero al final no la he tocado, apenas he alzado la voz. Ha sido... patético. —Sus últimas palabras salieron con un sollozo. Yuri se mantenía a escasos centímetros de ella, deseoso por consolarla, pero no quería que el más ligero gesto detuviera su discurso—. Tienes una hermana. ¿Sabes qué es lo que más me duele? Que lo ocultaras. ¿Acaso no soy alguien en quien depositar tu confianza? —interrogó con los ojos vidriosos—. No me importa de dónde venga; es tu hermana, eso es algo que debes proteger. Yo tengo un hermano y perdí a otro. Así que sé de lo que hablo.

Que Nadia, su Nadia, se mostrara tan vulnerable le provocó sentimientos encontradas. Por un lado, era un privilegio apreciar esa faceta suya, a la que nadie más tenía acceso y que ella se esforzaba con esmero en maquillar para los demás. Una elaborada máscara que ante él se convertía en fina gasa. Pero también le causaba dolor, porque él era la razón por la que estaba



conteniendo esas lágrimas. Yuri envolvió en un abrazo a su esposa, de repente tan desvalida como una niña perdida.

—Lo siento, cariño, lo siento, lo siento. —Aferró con ímpetu la silueta de Nadia, con temor a que se disolviera—. Es culpa mía, perdóname, por favor —suplicó él junto a su oreja—. Tendría que habértelo contado desde el principio, pero quería protegerte.

Se separó lo justo para que sus miradas se encontraran. La hinchazón en el rostro y el corte en el labio le señalaban, acusadores, por ser incapaz de mantener alejada del peligro a su esposa.

—He pasado tanto miedo... Pero ha terminado —dijo ella intuyendo su nerviosismo—. He sido yo la que tomó esta decisión, y he sufrido las consecuencias. No te martirices.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Mírate, y a saber si podría haber acabado peor. Todo por no contarte lo de Lara.

—Yura —le llamó con dulzura, aunque con la voz todavía temblorosa—. Estoy bien. Solo magullada. Se curará.

Ella reforzó su afirmación y hundió los dedos en la barba del príncipe, que se dejó acariciar mientras calmaba su respiración. Cuando recobró la serenidad, le pidió que hablara de lo sucedido, y ella lo hizo.

—No sé quién es ese Alex, pero parece un tipo peligroso —observó Yuri cuando terminó de narrar—. ¿Ella estaba bien?

—Eso parecía cuando me marché.

Yuri resopló, con la preocupación marcada en las arrugas de la comisura de sus ojos. Su esposa le miró, con la misma expresión.

—Siempre que nos reencontramos, está metida en problemas y, aun así, no pide ayuda. Hasta ahora ha podido con todo, pero con lo que te ha hecho ese monstruo, yo...

Temblaba de rabia y evocó el tacto de su revólver. Con suerte, el tipo que

se había atrevido a poner una mano sobre su esposa continuaría en el mismo lugar, en aquel piso del distrito Sennaya. Cerró el puño con fuerza; no podía permitir que se quedara sin recibir su castigo, ni que hiriera a Nadia sin consecuencias.

Al apuntar el arma frente al barón Jakov, no había sentido ni una ínfima parte de lo que ahora le embargaba. Una ira cálida y espesa que ascendía lentamente desde sus entrañas. Solo tenía que regresar a villa Betulia con Nadia y coger la Colt 45. Aunque, pensándolo mejor, no hacía falta llegar a esos extremos. Prefería desfogar sus puños. Una buena pelea, con dientes y huesos rotos. «Ese cabrón merece atragantarse con su propia sangre».

Entonces, los helados dedos de Nadia tiraron con suavidad de su barba. El contacto le provocó un agradable escalofrío que cortó de raíz sus inquietudes. Alzó la mirada y los azules ojos de ella llenaron toda su visión.

—Háblame de Larissa Gustavovna, Yura.

—Lara es mi hermanastra, aunque siempre la he tratado como lo habría hecho con una hermana pequeña.

Compartían sangre por parte de padre, pero no lo había sabido hasta su tierna juventud. Al principio, solo creía que era una niña que aparecía de vez en cuando por la residencia de los Khilkov. Con su cabello castaño ondulado, jugaban entre los abedules, como si la noche y el día estuvieran a su merced.

Su relación siempre había sido especial. Incluso cuando Mikhail Khilkov le había pormenorizado por qué no podía volver a verla, su afecto no había disminuido. Al contrario, se había convertido en un ser preciado que debía proteger. Formaba parte de la poca familia que le quedaba. Su madre había fallecido cuando era casi un bebé, su padre apenas le prestaba atención, ocupado en mantener a flote la empresa, por lo que su familia era Masha, Lev, los mellizos Volkonsky y la pequeña Lara. Iba a comerse el mundo y a todo aquel que se interpusiera en su camino. Era imprudente y aventurera

como un varón, pero su sonrisa encandilaba al más rudo de los hombres. Vivían despreocupados. Hasta que su padre vendió los terrenos a sus siervos y dejaron Rusia atrás.

No hubo adiós ni notas, ni mensajes en una roca. Sin embargo, a pesar de la distancia y el tiempo, ambos siempre se buscaban, y terminaban por encontrarse: Londres, París, Kiev. Europa no era lo suficientemente grande para separarles. Ella le contaba sus desventuras, cómo gastaba el dinero que le enviaba su madre, el mismo que recibía del padre de ambos, en viajes, hoteles y libros, muchos libros. Pero llegó el día en que se cansó de tanta teoría y decidió pasar a la acción.

Habían pasado cinco años hasta que volvieron a verse en San Petersburgo. Sus cartas al menos le quitaban un peso de su conciencia. Sabía que no eran del todo sinceras, no podía arriesgarse a revelar información, pero con leer las palabras «estoy bien», por inciertas que fueran, le confirmaban que seguía adelante.

—Sé que trama algo. No tiene sentido que continúe en la ciudad sin un proyecto más grande al que aferrarse, y no me gusta nada lo que me dice mi instinto —le dijo a su esposa.

A pesar de los numerosos avisos que le había dado su hermana, Yuri había intentado recabar más información sobre ella y su situación. Pero fue en vano: se había vuelto muy precavida. Incluso pensó en involucrar a su cuñado como última opción desesperada.

Nikolay sabía más de lo que debía, tenía una buena memoria y recordaba perfectamente cuando de pequeños Lev y ellos dos se reunían a escondidas con Lara para juegos demasiado temerarios para una niña normal. A ella la consideraban una más del grupo, por ello Yuri había sido incapaz de ocultarles la verdad cuando su padre le había impedido volver a verla. Prometieron que guardarían el secreto. No convenía que la fama de los

Khilkov se viera afectada por una hija ilegítima. Era sangre de su sangre, debía protegerla, cuidarla y estar presente incluso cuando ella no lo quisiera. Era su obligación como hermano mayor, ¿no?

—Es su vida, Yura. No hay nada que podamos hacer.

—Pero...

Ella colocó el índice sobre sus labios y detuvo las palabras en su boca. El tacto de su piel le abrasó. En esos momentos necesitaba de su calor más que nunca, así que atrapó sus dedos y los posó contra sus labios.

—Sabe lo que quiere y sigue su propio camino. Me recuerda demasiado a ti.

Nadia rozó con el pulgar el nacimiento de la barba de Yuri, que entrecerró los párpados y se apoyó en ella. Su sutil caricia comenzó a despertar un apetito en absoluto saciado, así que se centró en la cadencia de su voz.

—Le debo la vida a tu hermana. Sin ella, no sé qué habría sido de mí. —Acortó la distancia entre sus cuerpos y sus rodillas se tocaron—. Creo que tendrás que confiar en ella una vez más. Es tu tarea como el mayor de los dos.

Yuri dejó escapar un suspiro.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo —afirmó con una sonrisa, atenuada por la inflamación de la mejilla.

Era adorable y Yuri no pudo contenerse más. Se inclinó y rozó sus labios con suavidad, temeroso de hacerle daño. Presionó dulcemente, lo justo para que ella abriera la boca y sus lenguas se encontraran. Sus manos, que todavía retenían los dedos de Nadia, rodearon su cintura, en busca de una mayor proximidad. Sin embargo, la molestia del golpe impidió que fueran a más.

—En cuanto llegemos a casa, debemos ponerte hielo —dijo él—. Masha se va a volver loca.

—Bueno, supongo que el tratamiento de heridas no le será ajeno.

—En absoluto, pero se escandalizará al verlo en el rostro de su señora.

«De hecho, seguro que me regaña». Una de las máximas de su ama de llaves era que un hombre no era tal si no podía proteger a su mujer. Por lo tanto, vendrían días de miradas despectivas, palabras secas y comidas frías y saladas. «Paciencia...».

El paisaje a su alrededor, cada vez más oscuro y alejado del centro de la ciudad, advertía de que estaban a punto de llegar a su hogar.

—Por cierto, no me preocupa que te encontrara en la casa de los Golitsin en vez de la fábrica, pero ¿por qué me has mentido?

Yuri suspiró. Aunque admiraba que su esposa se hubiera recompuesto con bastante rapidez de la impresión de su trama familiar, también le molestaba su perspicacia. Entendió que no tenía sentido guardar más secretos que, a la larga, solo le traerían pesar y arrepentimiento.

—Se trata de Nikolay. Verás, durante el duelo...

Nadia abrió sus ojos de forma exagerada, con una expresión aterradora que fulminó sus escasas esperanzas de continuar esa noche lo que habían dejado a medias en el carruaje.

## Capítulo XIV

El conde Lev Golitsin no sabía si considerarse el hombre más afortunado o el más desgraciado de la región. Removía con descuido el líquido dorado en el vaso ancho. No le agradaba el whisky, pero aquel regalo de su amigo Yuri le proporcionaba un ligero picor al final de la garganta y no le enturbiaba la mente tanto como hacía el vodka. Era mejor estar despejado. Desconfiaba por completo de su cuerpo, demasiado imprevisible con la cabeza obnubilada. «O tal vez predecible...».

Recorrió el despacho arriba y abajo, repitiendo un silencioso ritual que se había autoimpuesto. Cuanto menos saliera de ahí, más seguro estaba. «Sobre todo él».

—No te reconozco.

Su hermana pequeña, Lidia, lo contemplaba desde el marco de la puerta, envuelta en un elegante vestido en rojo con flores doradas, más apropiado para acudir a una fiesta que para estar en casa. Se llevaban dos años de diferencia y su parecido era más que evidente. Había heredado los característicos ojos verdes de los Golitsin, solo que su cabello era de un castaño más claro que el de Lev, de un rubio desvaído que le daba un toque de madurez, a juego con las pequeñas arrugas que ya aparecían en la comisura de su boca y el filo de su mirada. Algunos decían que sufría de envejecimiento prematuro a causa de su esposo, un hombre terco que la ignoraba, sobre todo después de haber cumplido su función conyugal al darle dos descendientes varones sanos. Pero para Lev era la más hermosa de la familia, de aspecto frágil y espíritu indomable. Además, compartían el gusto por una vida considerada sórdida por la mayoría.

—Es demasiado temprano para beber —regañó a su hermano, aunque su

sonrisa contradecía sus palabras.

—O tarde, depende de cómo mires el reloj.

Lidia se acercó e hizo amago de quitarle el vaso, pero Lev la esquivó y vació el contenido de un trago, sin apartar la mirada de ella, en una lucha silenciosa de poder.

—De acuerdo, me uno a tus lamentaciones bañadas en alcohol —dijo y se sirvió otra copa—. Espero que esta vez haya una buena razón.

Lidia humedeció sus labios mientras simulaba no prestar atención a los gestos de su hermano mayor, que chasqueó la lengua y movió la mano, restándole importancia a su estado anímico.

—No es para tanto.

—Eres un experimentado mentiroso. Siempre lo has sido y hoy tu actitud es más sospechosa que nunca. Que te escaquees de tus obligaciones como cabeza de familia es lo común, pero verte desde primera hora de la mañana encerrado en el despacho... Vaya, ha sido toda una sorpresa.

—Tampoco es gran cosa.

—Llevas una hora dando vueltas. El sonido de tus botas te delata, y hasta entonces estabas quietecito al otro lado del escritorio, con los ojos hundidos en esa montaña de papeles que hace días que acumulan polvo. —Lidia alzó su copa y sonrió tras el cristal, amarillo por el whisky—. Sí, te he espiado. Estás demasiado concentrado para percatarte de una puerta ligeramente entornada.

Lev torció la boca. No le gustaba que lo observaran a escondidas.

—Podrías haber continuado así, hermana. No era necesario que entraras a molestar con tus incisivas observaciones.

—Sí lo era, ¿cómo voy a dejarte solo, inmerso en tus cavilaciones? Necesitas compañía, urgentemente. Yo al menos tengo un amante al que acudir en casos de necesidad, mientras tú, por lo que he oído, te has impuesto

un extraño celibato desde hace unos meses. Parece un chiste. Esta casa va a acabar con tu alegría.

Las últimas palabras prácticamente las expulsó, como la flema de una mala tos. Lidia había abandonado el nido gustosa, con el primer matrimonio decente que se le había presentado. Una oportunidad para volar, tal vez no muy alto, pero sí lejos de su controlador padre. Desde su fallecimiento, los habitantes de la mansión habían respirado con más ligereza. Incluso su madre parecía aliviada y había decidido que lo mejor era viajar para superar la muerte de su esposo. Lev estaba convencido de que no la volvería a ver, y tampoco le importaba. Al marcharse había dejado a sus dos hijas casadas, con descendientes, y la herencia familiar a cargo de su único varón.

Al principio, las responsabilidades habían supuesto una dura imposición en su camino. Él, que había pasado casi toda su juventud de un país a otro, con las numerosas visitas a las fábricas en Crimea que le servían de excusa para permanecer en Europa por más tiempo y huir del papeleo, no pensaba atarse. Sin embargo, de repente era el que tomaba las decisiones de los Golitsin. Era consciente de lo que representaba su apellido, pero no le había dado mucha relevancia, más bien lo utilizaba a su favor. Con él conseguía facilidad de trato, negocios sencillos y, sobre todo, más atención.

El conde Lev adoraba ser el centro, que le miraran a él y solamente a él, estar en boca de los infelices aristócratas que perdían su tiempo en los clubes y salones de té. Un coqueteo sutil, un poco de inmoralidad, era un maestro en crear situaciones que turbaban las mentes de las florecillas recién presentadas en sociedad. Con los años se había labrado un nombre, una fama y, al mirar atrás, no se arrepentía de nada. Hombres, mujeres, jóvenes, casadas, no hacía distinciones si la dicha era buena. Y siempre lo era.

Sin embargo, una espina llevaba años clavada en su pecho, en un punto que, intuía, debía albergar su corazón. Tenía nombre y apellido, y reposaba



en uno de los cuartos de invitados, al final del pasillo.

—Había olvidado lo necio que te transformas en su presencia —dijo Lidia y suspiró, como si se compadeciera de su estado.

—No sé de qué me hablas —saltó a la defensiva, con el rostro colorado.

—Conmigo eres transparente, hermano. Es increíble que haya tenido que regresar a este agujero y esperar un par de meses para confirmar mis mayores temores.

—Calla, Lidia. No sabes lo que estás diciendo y me estás empezando a enfadar.

—Yo puedo cerrar la boca, pero en el fondo tú sabes a lo que me refiero —comentó ella, con el vaso medio vacío en la mano—. Te sigue afectando, bobo.

—Vete.

—¿Acaso me equivoco? Vamos, al menos admítelo...

—¡Vete!

El conde lanzó una mirada cargada de ira hacia su hermana, pero sabía de la poca efectividad de su autoridad en ella.

—Sigo sin entender qué os ocurrió. Antes erais inseparables, ahora no os podéis ni ver —comentó de pasada, mientras comprobaba con el índice el grosor de la capa de polvo que se adueñaba de las estanterías del fondo del despacho—. Fue por una mujer, ¿verdad? Sí, me suena que te encaprichaste con una muchacha. ¿De qué familia era? Don... algo, ¿no? Don... Don...

—Donukova. Alyssa Donukova.

Lidia le devolvió la mirada con sonrisa felina. Había entrado en su juego sin percatarse.

—Alyssa Donukova —repitió ella—. Se casó con un juez. Hace un año que dio a luz a su segundo hijo. Coincidimos recientemente en un acto de recaudación de donativos para las viudas de los soldados imperiales. Su

primogénita tiene unos ojos verdes impresionantes, ¿lo sabías?

Lev sintió un escalofrío y los dedos se le entumecieron. Aquella reacción sirvió para que Lidia confirmara sus sospechas y se acercó a él.

—Era una broma —le susurró.

Se estaba riendo de él y Lev no estaba de humor. Pensó en tirar la copa, de nuevo seca, contra el suelo. Tal vez el sonido de un centenar de cristales arañando la madera le aliviara la sensación que oprimía su pecho. Sin embargo, permaneció inmóvil, con el vaso en sus dedos. En el fondo, intuía el objetivo de Lidia, aunque le asqueara su método. Quería forzarle a hablar.

—Os gustaba a los dos, ¿era eso? La Donukova. Dicen las malas lenguas que os peleasteis por su mano, que incluso estabais dispuestos a retaros en duelo, y que al final ella se cansó de tanta disputa y se marchó.

Lev dejó escapar una sonrisa de amargura.

—¿Eso dicen las malas lenguas?

—Así es, pero sabes que no me creo ningún relato hasta contrastarlo con la otra parte, y tú nunca me contaste qué fue lo que sucedió.

El conde le lanzó una mirada perspicaz.

—Entonces, ella sí te ha contado su versión. —Lidia asintió—. ¿Y qué opinas?

—Que era una chiquilla ingenua, tierna y manipulable. Tu tipo ideal. Que jugaste con ella y, después de conseguir lo que querías, la desechaste como a las demás —explicó mientras miraba sin interés el contenido de su copa—. Donukova, para conservar su honor, se inventó esa historia, porque no tiene sentido el papel del príncipe Volkonsky en toda esta trama.

Lev, que se había apoyado en el filo de la mesa, se incorporó hasta donde se encontraban los decantadores y cogió el del líquido dorado que no le agradaba. Esta vez fue él quien se aproximó a su hermana, todavía con el vaso a la mitad y a escasos centímetros de la estantería del fondo. Hizo un

gesto para que le acercara la copa y se la rellenó.

—Es una bonita forma de verlo —dijo y posó el decantador con excesiva energía en la balda más próxima a Lidia, que formó una nube de polvo a su alrededor—. Admite que despertó tus suspicacias. Admite que esa es la verdadera razón por la que sigues en esta casa que te absorbe el alma. Hay dos niños y un marido, más o menos inútil, que esperan tu regreso y, sin embargo, aquí continúas, hurgando en la herida, ¿por qué? ¿Porque te divierte? No es solo eso. Eres curiosa por naturaleza, incisiva en tus preguntas y no descansas hasta conseguir las respuestas.

A pesar de la escasa iluminación de la mañana, con el sol guarecido tras gruesas nubes que advertían la inminente llegada de una tormenta, los ojos del conde refulgían, a juego con su chaleco de cachemir esmeralda.

—Eres buena investigando, hermana. En realidad, hace mucho que sabes la verdad. Otra cosa es que quieras aceptarla. —Lev le dio la espalda y bebió con avidez—. Márchate —le ordenó a Lidia—. Pero si te quedas, es para escuchar mi versión, hasta el final.

La puerta se cerró tras él y Lev suspiró, decepcionado. Tal vez lo mejor era soportar su soledad unos días más y después... A saber, algún entretenimiento localizaría para olvidar su maldición personal.

—Al principio no podía dar crédito a las palabras de Donukova. —La voz de Lidia sorprendió al conde, que se giró sobre sus pasos y vio a su hermana junto a la puerta. Había terminado la copa de golpe; la dejó en la estantería, entre las virutas de polvo y el decantador, casi extinto—. Te confieso que hasta me avergonzaron —continuó ella—. Para algunos no eran más que fruslerías; para otros, una manera de justificar su odio hacia ti. A mí los rumores me importaban más bien poco. Ambos hemos acumulado los suficientes para escandalizar hasta a los más avezados concupiscentes. En realidad, no hay nada nuevo bajo el cielo.

—¿Y qué es lo viejo?

—Que también te acuestas con otros hombres.

—¿Te repugna? —preguntó Lev con una media sonrisa, intrigado por su respuesta.

—Claro que no. Yo también lo hago.

El conde miró a su hermana. Abrió mucho los ojos y soltó una sonora carcajada. Por un instante se vio como una mala copia de su amigo Yuri, con sus risas sinceras, que demolían cualquier miedo a mandíbula batiente.

Lidia se puso a su lado y apoyó ambas manos sobre sus hombros. Lev tardó unos minutos en recomponerse y, en cuanto lo hizo, la mirada compasiva de su hermana lo atravesó.

—No es eso lo que me preocupa. No es la razón por la que estoy aquí — dijo y sus ojos, verde contra verde, quedaron atrapados como en un hechizo —. Donukova me lo contó. Me explicó que la última noche que estuvisteis juntos, os oyó discutir al otro lado de la puerta. Nikolay y tú. Le dijiste que ibas a dejarla, que te aburría, y él te acusó de interesado, deshonesto y egoísta, que no podía ser amigo de alguien tan despreciable. Me contó que os besasteis, te dio un puñetazo, pero lo volvisteis a hacer. Él se fue, y ninguno de los que estaba ahí se habló nunca más. Hasta ahora.

Lev se llevó la mano a la mejilla. Todavía podía sentir el golpe de Nikki, cómo le habían temblado las muelas, pero no le había importado, porque él le había correspondido. Escuchar el relato en boca de su hermana era como revivirlo una vez más. Tan doloroso y, al mismo tiempo, nostálgico. Estiró la mano hacia el vaso y, al percatarse de que no contenía nada, su brazo cayó a un costado, sin un objetivo en el que centrarse.

Lidia enmarcó su rostro y le obligó a alzar la mirada hacia ella.

—Quiero oír tu versión.

Fuera, el viento agitó con violencia las ramas del árbol junto a la ventana, y

sus afiladas sombras dibujaron telas de araña en el despacho, de repente más oscuro y más frío. En breve, alguna doncella o criado aparecería con leña para avivar las llamas de la chimenea, pero Lev sabía que no sería suficiente para caldear su cuerpo.

—Nuestros padres planeaban que me casara con Alyssa Donukova — empezó, y su expresión se perdió en el tiempo—. Para mí no era más que una muchacha alegre, divertida, de buen cuerpo que se dejaba manosear bajo la mesa del comedor. Mis intenciones hacia ella nunca fueron más allá. Pero padre y madre querían que sentara cabeza y opinaban que ella sería una buena opción. Yo jamás planeé mi futuro con una boda de por medio. El matrimonio no es lo mío. Además, Alyssa no era la persona con la que quería estar.

Habían pasado casi diez años desde entonces. Recordarlo le hacía sentir vértigo. «Cómo han cambiado las cosas en una década... O qué poco». Alyssa no había sido la primera. Había habido otras mujeres antes y después, y algún joven también, pero nunca se sentía satisfecho. Porque, por encima de todos aquellos encuentros a media luz, con rostros borrosos y marcas ocultas bajo la ropa, había un nombre que no lograba quitarse de la cabeza. Desde el momento en que sus labios habían rozado los del príncipe Volkonsky, en el sofocante ático del palacio familiar, no había podido eliminar su sabor. Tenían doce años. Eran unos críos para algunas cosas, pero también jóvenes ansiosos por descubrir lo que aceleraba las pulsaciones de sus corazones. Apenas unos niños demasiado adelantados para su edad. No entendían lo que sus cuerpos pedían hasta un tiempo después, cuando la memoria los atenazaba y los culpabilizaba. En el fondo, sabían que aquello era un pecado, un acto impuro, prohibido. Pero también era superior a sus fuerzas y el deseo, como un demonio sinuoso, se había adueñado de ellos, la noche en que, a los dieciséis años, había rechazado contraer matrimonio con

Alyssa Donukova.

—Fui tan feliz. Y tan ingenuo. No tardó en marcharse para tomarse en serio su carrera militar y lo destinaron a la base de Oryol, a las afueras de la ciudad. Todo lo que he sabido de él desde entonces ha sido a través de su hermana Nadia o por lo poco que se contaba en las altas esferas. —Lev frunció el labio y estrujó su fino bigote—. Es frustrante. Cuando pienso que lo que ocurrió en el pasado quedó atrás, que está superado, recibo una bofetada de la realidad que me destroza por dentro. Y, sin embargo, me trae una pizca de esa felicidad que alcancé entonces. —Lanzó una breve risa lúgubre al aire— ¿Tiene sentido? ¿Estoy loco? No soy más que un hombre amargado que se atormenta por lo que jamás obtendrá.

Lidia, que durante su historia no se había separado de su hermano mayor, lo rodeó con sus brazos con cariño y resopló junto a su oreja.

—Lo que te ocurre tiene un nombre, y no te va a gustar.

Lev se removió en el abrazo, inquieto.

—Lidia, por favor —suplicó y se deshizo de su gesto con rudeza—. Que lo digas no va a cambiar nada.

—Pues hazlo tú, o mejor, díselo a él; puede que así sí logres algo.

—¿El qué? ¿Otro puñetazo? —comentó con ironía, en una expresión pesarosa—. Lo he intentado y no ha servido.

Lidia cogió las manos de su hermano y le miró fijamente a los ojos.

—El amor nunca es inútil. Será doloroso, satisfactorio o angustioso, puede ser mil cosas y otras mil diferentes para la otra persona. Pero decirle a alguien que le quieres de corazón es un regalo, y no solo para el que recibe tu cariño. Es un preciado obsequio que llena nuestras vidas —dijo y le besó en la mejilla—. Así que díselo.

Lev se quedó sorprendido, viendo cómo su hermana se encaminaba hacia la puerta.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabia?

—Siempre lo he sido, pero ser madre ayuda.

La puerta se cerró y el conde se quedó solo con sus pensamientos. Cogió la copa de los restos del whisky americano. Podía quedarse ahí todo el día. Nadie le pediría explicaciones ni le culparía. Sin embargo, se sentía como un chiquillo atemorizado. El valor que le habían insuflado las palabras de su hermana se disipó tan rápido como ella abandonó el despacho. ¿Cómo iba a unir el coraje suficiente para confesar sus sentimientos? Apenas era capaz de hacerlo consigo mismo. ¿Era verdad? ¿Estaba enamorado? Hasta entonces, había considerado su atracción hacia Nikolay algo físico, una obsesión casi enfermiza, una adicción que había conseguido superar mientras se encontraba fuera, pero que, tras su regreso, el cuerpo le rogaba por una dosis más, unas gotas de su fragancia, el susurro de su nombre en la penumbra.

—Soy idiota. ¡Idiota!

Se incorporó de la silla. No tocó la bebida que se había servido. Avanzó hacia la puerta, salió al pasillo y enfiló hacia el cuarto del final. De acuerdo. Lo haría. No sabía cómo, pero iba a hacerlo. Aunque su corazón quedara hecho pedazos y su mandíbula malherida. No le importaba. En realidad, lo único que ansiaba era que él, al abrir los ojos, le sonriera como lo había hecho al aparecer en la entrada de su casa tras el duelo de Yuri. Una expresión que solo quería conservar para sí mismo.

El príncipe Nikolay llevaba acostado dos días en una cama que no le pertenecía. Recordaba vagamente despertar, beber agua, tomar caldo de pollo y poco más. La mayor parte del tiempo permanecía en un estado de duermevela donde las pesadillas se adueñaban de su mente. Volvía a estar en el campo de batalla, con la pierna agujereada y un torniquete que evidenciaba su inexperiencia médica. Su mundo únicamente giraba en torno al dolor. El dolor de su cuerpo amputado y el dolor por los compañeros que caían

agotados, hambrientos o abatidos por los turcos.

—Nikolay...

El príncipe abrió los ojos sobresaltado. El conde Golitsin estaba inclinado sobre él y le sujetaba los hombros contra el colchón. En sueños había agarrado el cuello de la camisa de Lev y lo apretaba tan fuerte que los nudillos habían palidecido. Sudaba copiosamente y tenía la boca seca, como si llevara horas hablando, tal vez murmurando mientras dormía. Estaba avergonzado por su actitud, y más por dejarse arrastrar por acontecimientos del pasado que ya no podían herirle, aunque el recuerdo continuara mordiendo su carne.

—Voy a llamar al doctor. Tienes una cara terrible. —La voz del conde denotaba ansiedad—. Dejó aquí varias dosis de morfina, pero no me atrevo a ponértela yo.

—No —le detuvo Nikolay.

Antes de que se alejara más, atrapó el filo de su manga. Todavía estaba febril, pero sus capacidades retornaban lentamente a la normalidad y usó la poca energía que conservaba para mirar con severidad a Lev.

—Nada de drogas —insistió.

El conde asintió y se acomodó en el asiento ubicado junto a la cabecera de la cama.

—¿Tienes hambre? ¿Sed? En un momento pido que te preparen lo que quieras, no tienes más que pedirlo y...

—Deja de parlotear. ¿Podrás hacerlo? —repuso el príncipe con tono amargo.

Carraspeó y trató de incorporarse despacio. En cuanto estuvo apoyado contra el cabezal, el conde le ofreció un vaso de agua que no rechazó, pero tampoco agradeció. ¿Era de día? ¿De noche? Las gruesas cortinas estaban echadas y la única luz provenía de la chimenea, que crepitaba al fondo del



cuarto. ¿Qué hacía Lev observándolo en la penumbra? Prefería dejar esas elucubraciones para cuando tuviera la cabeza en su sitio. Se masajeó las sienes con suavidad mientras rememoraba y buscaba una explicación a su estancia en casa de los Golitsin. Entonces le vino una sucesión de imágenes que le provocó jaqueca. El duelo, el viaje de regreso, la pierna...

—Me desmayé por la pérdida de sangre —constató en voz alta—. ¿Y la bala?

—Entró y salió. Fue una herida limpia, o casi. Debió quedar alguna esquirla y por eso has estado con fiebre. Dice el médico que se infectó, pero con reposo te recuperarías. Recomendó no moverte demasiado, por eso sugerimos que te quedaras aquí. Nadie se opuso.

—¿Nadie? ¿Quién lo sabe? —su expresión se transformó, de la tranquilidad a la angustia. No le agradaba que sus debilidades quedaran al descubierto.

—Los Khilkov. Yuri se lo contó a tu hermana, que se puso hecha una furia, pero tras calmarse determinó que era innecesario informar a los Volkonsky. Simplemente avisaron al personal que te ausentarías unos días, para que de esta forma pudieras reposar de verdad.

El sonido de las mantas al ser retiradas de golpe hizo que Lev alzara el rostro hacia Nikolay, que se incorporaba precipitadamente y con una marcada cojera. Tenía la ropa de dormir manchada todavía de sangre y la pierna vendada a la altura de la antigua cicatriz.

—Espera, pero ¿qué haces? Se abrirá la herida si das un paso más.

—Ya he descansado más que suficiente —dijo y cogió sus pantalones, pulcramente colocados en el baúl a los pies de la cama—. Ahora voy a acabar con Jakov.

—No digas sandeces. Abandonó la capital después de perder el duelo. Dicen que dejó la habitación del hotel como si hubieran sacrificado un

cordero para una fiesta pagana.

Lev reaccionó tarde y el príncipe se acababa de calzar sus botas, dispuesto a abandonar el dormitorio, cuando un pinchazo que le recorrió la columna vertebral lo hizo caer de rodillas a un metro de la puerta. Era un dolor al que estaba acostumbrado, como una aguja hurgando debajo de su piel.

El conde se aproximó con cautela y le ofreció su mano para que se levantara. El príncipe ni lo miró.

—Me apuntó a mí, Lev. El cabrón de Jakov quería matarme —farfulló al suelo.

Lev se agachó a su lado.

—¿Por qué?

—Imagino que le di alguna razón de peso para provocarlo.

El conde resopló y compuso una lánguida sonrisa.

—¿Qué hiciste, Nikki? ¿Una de tus visitas de advertencia?

—¿Lo dudabas? —Estiró los labios en una expresión arrogante, al tiempo que cogía impulso con la otra rodilla y se levantaba—. Supongo que me lo tengo merecido.

—No, claro que no.

Nikolay le dirigió una mirada de extrañeza. Su desconcierto afectó también a la estabilidad de su pierna y se tambaleó. Instintivamente, el conde le rodeó la cintura con el brazo y le cogió la mano para que se apoyara en su hombro.

—Deja de ser tan terco. Al final vas a hacerte daño de verdad. Y tranquilo, prometo que esto no saldrá de la habitación.

El príncipe apartó la mirada, turbado por sus ojos, con esa intensidad tras las pupilas que jamás había sido capaz de abarcar. En él habitaba una dimensión de luz que Nikolay no podía comprender, de la que se sentía completamente ajeno. Pero hasta la más pequeña de las sombras necesita una vela que le ilumine para que su existencia tenga sentido.

—Eres demasiado indulgente conmigo, Lev, tu forma de verme es...

Se contuvo. Debía estar agotado y su lengua, más suelta de lo normal. El conde presionó con suavidad y sintió su calor a través de la tela.

—¿Cómo es mi forma de verte?

Su acostumbrado tono burlón había desaparecido, casi parecía sinceramente interesado en lo que iba a expresar. Podría ser un engaño, pero qué dulce era a veces caer en la trampa.

—Distinta —habló siguiendo el entresijo de la alfombra mientras deshacían el camino hacia la cama.

—Claro que lo es.

Nikolay supo que, por la forma en que lo había pronunciado, estaba sonriendo de oreja a oreja, con una más que evidente intencionalidad, pero lo pasó por alto, aunque notó las mejillas coloradas. Ahí estaba de nuevo, el Lev que tan bien conocía.

—No me refiero a eso.

Llegaron al colchón y se sentaron uno frente al otro. Lev le ayudó a quitarse las botas mientras Nikolay lo observaba atentamente. A diferencia de otras ocasiones, su actitud desprendía calma, una serenidad que deseó que se le contagiara. Sabía que no debía seguir hablando, que cada frase que pronunciaba delante del conde acababa tergiversada o ensanchando las grietas del muro que contenía su humanidad. Pero estaba cansado, derrotado tras la dura batalla con los demonios del pasado, contra los que siempre perdía.

—Cuando regresé del frente, varias personas con las que me cruzaba me decían que había cambiado, pero no era solamente yo, ellos también. Su forma de mirarme, de dirigirme la palabra, estaba llena de condescendencia, de lástima. Sin embargo, tú... —Tragó saliva, de repente aprisionado por esos ojos que le fascinaban, ahora clavados en él—. Es como si todavía

creyeras en mí, en ese hombre ingenuo que pensaba que lograría salvar a su patria con una lucha más allá de sus fronteras.

Notó el primer pie liberado y la sutil caricia a la altura del tobillo le erizó el vello.

—Te conozco desde que usamos pañales. Prácticamente aprendimos a caminar al mismo tiempo —dijo el conde y lanzó la segunda bota, que tronó contra el suelo—. ¿Cómo voy a dejar de creer en ti?

Sin ningún tipo de delicadeza, el conde comenzó a desabrocharle los pantalones y Nikolay trató de apartar sus manos.

—¿Qué haces?

—Te has abierto la herida, así que habrá que cambiar las vendas y limpiar tu ropa, otra vez —explicó con paciencia.

—Puedo hacerlo solo.

El conde ensanchó su sonrisa ante su actitud de niño enfurruñado. Se encogió de hombros y permitió al príncipe actuar a su ritmo. Sin embargo, no podía apartar la mirada y darle la intimidad que suplicaba sin palabras.

—No me culpes —se justificó Lev—. Además, no hay nada que no haya visto ya.

El príncipe, con la vista perdida en las inquietantes figuras que tomaban forma en la oscuridad solo para él junto a las cortinas, respondió con el tono apagado, sin rastro de jocosidad.

—Hace mucho de aquello, y sí que he cambiado. Créeme, no te gustará lo que hay debajo.

Lev cedió y le dio espacio para que obrara tranquilamente.

Nikolay sabía que se trataba de la victoria de una fútil batalla, no de la guerra, y que en breve regresaría con nueva energía para inundarle a preguntas o insinuaciones inapropiadas. Así era él, un torbellino de perversidad que, de una u otra forma, había añorado a su lado. ¿Cómo era

posible? A lo largo de su autoimpuesto aislamiento, no había necesitado de la compañía de nadie, apenas de la de su hermana. Sin embargo, a escasos centímetros de Lev, sentía una soledad que se henchía bajo su pecho, apoderándose del escaso aire que quedaba en sus pulmones. Ahí, frente a él, notaba que podía ahogarse por el deseo de tocarlo. Pero la brecha entre ambos era demasiado profunda, tan difícil de saltar.

El príncipe comenzó a quitarse la venda despacio. Su pulso había perdido firmeza y la tarea le pareció agotadora. Cuando iba a envolver la herida con tela limpia, la mano le temblaba y unos largos dedos que no eran suyos tomaron el relevo, en silencio. Nikolay se quedó paralizado y congelado como una estatua de hielo. El conde acarició la piel. Apenas fue un amago, ni siquiera un roce real.

—¿Duele?

Nikolay negó con la cabeza, en un gesto sutil, mientras se mordía el labio inferior. Volvió a notar sus dedos, lejos de la nueva herida, cerca de la vieja marca. Imaginó su sensación al tocar la piel rugosa, la carne deformada por las malas condiciones del campamento, donde había tenido que dar las gracias por conservar la pierna, aunque con terribles consecuencias y un recordatorio continuo de lo que había perdido en aquella contienda.

—Lev... Déjalo...

No podía ver su cara. Se negaba a contemplar su expresión de perplejidad y repugnancia. Prefería los instantes de su memoria en que su semblante deslumbraba de pura vitalidad. Así que cerró los párpados con fuerza. Entonces, el tacto en su pierna cambió. Era cálido, casi ardiente, y le provocó un hormigueo. Al abrir de nuevo los ojos, no dio crédito a la imagen que se quedó grabada en su mente. Lev se había inclinado y besaba con ternura la fea cicatriz. Ver sus labios sobre la antigua herida que tanto había odiado le produjo un extraño sentimiento de calma.

—A mí no me parece para tanto. —El príncipe chasqueó la lengua ante su comentario, tan irreal como la escena que estaba viviendo—. Son como las raíces de un árbol —continuó mientras limpiaba y envolvía la zona donde recibió el balazo—. Las cicatrices nos atan a la tierra, nos recuerdan que somos humanos, criaturas frágiles, y que por eso debemos apreciar más lo que tenemos. Esta marca forma parte de ti, pero no te define, aunque te empeñes en juzgar al mundo y que te juzguen a través de ella. —Ató la venda y estiró los dedos para que elevara el mentón—. Nikki, mírame; para mí no eres ningún lisiado, ni un soldado despechado, ni un príncipe heredero o un maldito huraño. Eres tú, siempre has sido solo tú, por eso creo en ti y lo seguiré haciendo.

El corazón, ese órgano que Nikolay estaba convencido de que ocupaba un espacio inútil, retumbó bajo sus costillas con un compás desconocido. Su cuerpo reaccionó antes que su cabeza. Alargó los brazos, tiró de la nuca de Lev para atraerlo y unir sus labios. Sabía a whisky y a noches en vela. Por un instante, se dejó arrastrar por un impulso, el mismo que tantos problemas le había traído en el pasado, y él era la única personas que le suscitaba a realizar tales actos, en absoluto propios de su carácter. Solo ante él se mostraba de esa manera.

Lev no se resistió, más bien al contrario. Era como si albergara las mismas intenciones y lo hubiera interrumpido al adelantarse. Se encontraron como si no hubiera pasado el tiempo entre ellos, con movimientos rítmicos que se amoldaban el uno al otro. Se buscaron en la penumbra, con el tacto de su lengua perfilando los límites de su piel, en un beso que albergaba un mundo de sensaciones vedadas. Un latido, tal vez dos, fue lo que duró. Nikolay se separó para enfrentarse a unos ojos, antes desbordantes de ilusión, que lentamente eran sustituidos por decepción.

Era falso. Una reminiscencia, no era más que una evocación de su antiguo

ser. Un recuerdo que regresaba una y otra vez, como las pesadillas del campo de batalla. Pero debía parar y superar a los fantasmas del pasado. Lev incluido.

—Te equivocas —dijo Nikolay, áspero y sosteniendo su mirada a una súplica de distancia de su boca—. Soy todo eso que has dicho, es mi esencia, la historia que me ha forjado hasta darme el aspecto deforme que tengo. Un teniente sin soldados, ni pierna, ni honor militar. La imagen que tienes de mí no es más que una mentira. El hombre que dices que adoras, está muerto.

La respiración del conde se aceleró y su calidez acarició sus labios. Con la mano todavía alrededor del nacimiento del cabello, lo aferró para impedirle que borrara el suspiro que les separaba. Era como retener a un peregrino sediento que intentaba con todas sus fuerzas alcanzar el manantial y tomar un largo trago. No supo quién de los dos era en esa pantomima.

—Será mejor que me vaya. Me encuentro bien, así que prefiero terminar el tratamiento en mi casa.

El príncipe se puso en pie, esta vez con movimientos más moderados para no estropear el trabajo de primeros auxilios del conde. Se vistió y recuperó las botas, esparcidas de cualquier manera.

—Estaba aterrorizado —dijo de repente Lev, taciturno y con urgencia en la voz, aún sentado—. Antes de que vinieras esperaba noticias terribles, y la sola idea de que a Yuri pudiera ocurrirle algo, yo... No podía ni imaginarlo. Entonces apareciste, con tu habitual solemnidad y tu semblante rígido. Y me sonreíste. Dios, no sabes el tiempo que llevo esperando esa sonrisa. Nos besamos, pero luego te desmayaste. Perdiste el conocimiento, y vi la sangre. Tanta sangre. No puedes marcharte, Nikki, no podría soportarlo.

—El conde Golitsin se sobrepondrá rápidamente a un rechazo amoroso —contestó con un toque de sorna, que el aludido no recibió con agrado.

—Deja de actuar como si esto se tratara de una simple aventura.

—¿Y cuándo no lo fue? Sigo sin comprender de dónde has dilucidado que alguna vez te ofrecí esperanzas, en qué momento resolviste que iríamos más allá. Es absurdo.

La silla junto a la cama resonó como un trueno cuando cayó por el impulso del conde al incorporarse. Se giró, furioso, hacia el príncipe, con las botas todavía en la mano.

—Eres despreciable —le encaró, nariz con nariz—. Ignorando la realidad, te engañas a ti mismo, porque no tengo más que acercarme para...

El conde se lanzó a por él y esta vez fue Nikolay quien tenía la nuca atrapada, pero era más fuerte y se separó con virulencia, con la rabia y la confusión abriéndose camino desde el fondo de su pecho.

—¡No hay nada, Lev! Solo una cáscara vacía —se clavó el pulgar en el pecho—. ¡Eso es lo que soy!

—No para mí.

Esa seguridad, ese optimismo, le sacaba de quicio. Su obsesión por extraer lo mejor de él y encontrar entre los escombros de su ser al joven con quien pasaba noche tras noche recorriendo las tabernas de San Petersburgo. Años en los que su mejor amigo, su pilar de la indecencia y el descaro, se había convertido en la única verdad que podía asimilar. Pero el mundo no los vería así. A él incluso le costaba hacerlo.

—Eres un iluso. Siempre lo has sido —le acusó, como si de un crimen se tratara, y lo alejó de un empujón—. Estás solo y crees que yo podré rescatarte o cualquier sandez del estilo. Es penoso.

—¿Yo, penoso? —le devolvió Lev la pregunta, dolido por el continuo rechazo—. ¿Y qué hay de ti?

—¿Qué insinúas?

—No haces más que escupirme insultos a la cara, como hacías antes. Es como si volviera a tener dieciséis años. Que si soy un mujeriego, un



manipulador, un estúpido ingenuo. De acuerdo, seré todo eso y más, pero yo al menos lo asumo. —Alzó los ojos, cargados del rencor del pasado—. Mientras que tú no eres más que un pusilánime.

—Repite eso.

Lev redujo la distancia que los separaba, apenas medio palmo, con miradas afiladas que calibraban sus límites.

—Solo eres un hombre asustado por sus sentimientos. Puede que hayas sobrevivido a la guerra, pero está claro que lo que va a acabar contigo es tu triste corazón. Eso sí que es penoso, alteza.

Nikolay cogió a Lev de la pechera, para que no se escabullera, y le dio un puñetazo en la boca del estómago. Cuando lo soltó, se dobló sobre sí mismo y tosió con terribles espasmos.

—Contén esa lengua —le ordenó el príncipe—. Te advertí que eras un bocazas, así que no te sorprendas por recibir lo que tendría que haberte dado hace tiempo.

El conde lo fulminó con la mirada y, en un inesperado arranque de ira, le atacó. Aunque era menos experimentado que su contrincante, conocía tan bien como él los principales puntos débiles. Tal vez las peleas de borrachos no estuvieran al nivel de las del cuartel, pero habían servido para que aprendiera las nociones básicas. Lev fue directo a su cintura para desestabilizarlo y, ambos en el suelo, se revolcaron como animales de granja, entre puños y patadas. El conde, situado encima, intentaba sujetarle con su cuerpo y darle con los nudillos, por lo que no pudo esquivar el puñetazo directo a su mandíbula. Pero no se amedrentó.

—¡Estúpido cobarde! —Lev reiteraba sus palabras, teñidas de rojo, a través de su labio partido—. ¡Di la verdad!

—Ya la conoces, pero no me escuchas.

Nikolay comenzaba a cansarse y usó su entrenamiento como soldado para

concluir con aquel absurdo encontronazo cuanto antes. Levantó la cadera para desequilibrarlo y girar sobre él. Ahora el príncipe ocupaba la parte dominante y sus directos eran implacables. No tenía cerca ningún objeto contundente para noquearlo, y tampoco la fuerza suficiente para levantarlo y lanzarlo contra la cómoda. Así que tendría que hacerlo con sus manos.

Los golpes de Lev apenas le dejarían una inflamación en el rostro; no fue capaz de romperle el pómulo ni la mandíbula, y todos sus dientes continuaban en su lugar. Él, en cambio, no se mostraría tan compasivo. Si hacía falta, le partiría la boca, literalmente, con tal de alejarlo de una vez por todas. Iba a sacudirle cuando los clarísimos ojos del conde lo paralizaron con el puño en alto.

—Eres igual que tu hermano —soltó Lev, con una expresión que emanaba decepción.

—Te equivocas; yo soy peor.

Nikolay no supo discernir la razón exacta por la que actuó como lo hizo. Seguramente, si reflexionara al respecto, tampoco encontraría una respuesta congruente. Sin embargo, para cuando quiso detenerse, le fue imposible. Agarró al conde con fiereza y lo besó. No hubo ternura ni suavidad, tan solo la bestia de la necesidad que asomaba los colmillos tras un semblante sombrío. El conde lo miró, desconcertado.

—Es esto lo que deseas, ¿no es así? De acuerdo, lo tendrás.

Le desabrochó la chaqueta y su chaleco, con el cachemir en relieve del mismo verde que sus iris. Mientras todavía posaba una mano tras su cuello, con la otra soltaba su camisa y lo acercaba a su cuerpo con premura. Lev, todavía aturdido por la paliza, estaba contrariado por esa reacción. Sus músculos, tensos; sus gestos, más rígidos. Nikolay lo pasó por alto. Estaba decidido a continuar. El conde tenía una venda sobre los ojos y él se la arrancaría. Mordió los labios que tanto anheló y tan tentadores se presentaban

en su memoria, ahora hinchados y con sabor a hierro. Lev gritó contra su boca, a lo que respondió con un beso más profundo, más húmedo. Clavó las uñas sobre la carne expuesta, dispuesto a marcar esa piel como la suya, con una herida incurable.

El príncipe lo inmovilizó contra la alfombra de intrincados dibujos y lo contempló, tendido, tan solo con los pantalones y la camisa abierta. Su expresión era azorada, de mejillas ruborizadas que contrastaban con su mirada, donde la pasión se vio sofocada por el miedo. A él, a lo que podía hacer, a lo que iba a hacer.

—Nikki, para....

Él ignoró su ruego y lo volteó sobre la blanda superficie. Al recorrer con la yema de sus dedos el perfil de su columna no pudo evitar lamerse los labios.

Ahora estaba debajo de él, a su merced, y ser consciente de ello le provocó un placentero estremecimiento. Para Nikolay siempre había una imagen que acudía a sus fantasías y que le acompañaba en las horas de mayor oscuridad. Estaba decidido a cumplirla. Sin embargo, en la escena que evocaba en sus noches de soledad, Lev mostraba una expresión completamente diferente y no se revolvía como una culebra. Nikolay apoyó su peso sobre él para retenerle, pero la lucha había absorbido gran parte de su energía, mientras que el conde se iba despejando, presa del pánico. Su presa se escabulló, giró sobre sí mismo y le dio un golpe encima de la herida sin cerrar.

—¡He dicho que no!

El príncipe se quedó sin aliento. Una punción aguda le atravesó desde el fémur y ascendió por su cadera y el esternón. El dolor, ese demonio que tanto había repudiado, lo abrazó como un viejo amigo en una noche de tormenta y lo arrastró al suelo de los Golitsin. Podía notar cada uno de sus nervios chillando sin voz, reverberando en su espina dorsal y amenazando con hacerle perder la conciencia. No podía permitírselo, una muestra de debilidad

y estaba perdido.

El conde se agachó junto a él, con el semblante empañado por el arrepentimiento.

—Dios, Nikki, ¿estás bien? —Alargó la mano y él lo rechazó de un manotazo—. Perdóname, yo...

—¡Cállate! Cierra esa boca de una maldita vez —dijo, jadeante y con la tez pálida por el dolor—. Hablas, hablas y hablas, ¡No lo soporto! Solo eres un niño malcriado que quiere un juguete nuevo. Ese no seré yo, nunca lo he sido. Todo esto ha sido un error.

Nikolay se incorporó despacio. Echó en falta su bastón, que con fortuna estaría en el zaguán junto con su abrigo, esperándole para partir.

—Nikki...

—Deja de llamarme así —le contestó sin girarse.

Se alejó de él, con paso oscilante y recuperó sus botas, ahora junto a la mesilla de noche. Caminó descalzo hacia la puerta.

—Olvídate de mí, Lev, en serio, y búscate a otra fulana con la que retozar.

El príncipe no se atrevió a comprobar el estado del conde, encogido en el suelo y con el rostro compungido. No se arriesgó a enfrentarse a él, porque en el fondo tendría que darle la razón. Nikolay había mentido. El hombre que admiraba Lev, el que atesoraba en su memoria, sí que seguía con vida, o lo había estado, hasta que el último hálito de esperanza se difuminó de su mirada. Entonces, desapareció.

## Capítulo XV

En mitad de la oscuridad, Larissa se acurrucó en la cama de una habitación que apestaba a orín y col hervida.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Le costaba ser consciente del avance de los días, con las ventanas tapiadas y la única iluminación de una vela que, para alargar su duración, encendía lo menos posible. Intentaba dormir y acallar su mente en la medida de lo posible.

Al despertar en ese cuarto, que no había tardado en reconocer como uno del apartamento que ella misma había elegido para su plan, había sabido que todo se había torcido y no tenía solución. Al menos las tuberías bajo el suelo conservaban el calor y el frío no le aturdiría demasiado. El premio por su traición era el silencio. Dos días sin comida ni agua, ni siquiera el sonido de pasos al otro lado de la puerta. Querían que sintiera que se habían olvidado de ella a propósito, que tenían el poder y la capacidad de encerrarla bajo llave sin remordimientos. Aporreó, gritó y pataleó, sin respuesta. Llamó a Biery, a Varenka, incluso a Ilya, que alguien se apiadara de ella y al menos le ofreciera un vaso de agua o cualquier migaja que acallara los rugidos de su estómago. Se le despellejaron los nudillos, manó la sangre y se secó.

Para cuando escuchó el sonido de la cerradura abriéndose, estaba demasiado débil para pelear e intentar escapar. En la penumbra fue incapaz de discernir de quién se trataba. Tampoco habló, simplemente dejó en el suelo un plato de verduras cocidas y machacadas. Lo devoró sin distinguir el sabor y se durmió. Así transcurrieron las próximas horas, los días y las semanas. La alimentaban lo justo para mantenerla con vida, pero nada consistente que le diera fuerzas. Solo en su cabeza podía continuar con la lucha de ser ella misma, de no dejarse vencer por las cuatro paredes que

amenazaban con acabar con su cordura. O peor, con sus ganas de salir de ahí con vida. Sin embargo, el tiempo avanzaba a trompicones, con minutos que se extendían y dilataban como la masa de una hogaza de pan en el horno.

«Puede que esperen que me muera de hambre y de soledad». Larissa no supo interpretar si aquello denotaba una mayor falta de humanidad por parte de los que había considerado sus camaradas o, por el contrario, era una prueba de que no querían acabar con ella con sus propias manos por simpatía. De todas maneras, ella sería un cadáver, así que reflexionar sobre el tema tampoco le ayudaba, precisamente.

Una mañana, se despertó con compañía. No la pilló del todo por sorpresa, pues el día anterior la privaron de su ración de legumbres, así que intuyó que algo diferente la esperaba en breve. Y así fue.

—Había olvidado tu dulce aspecto mientras duermes, querida. Bastante desmejorado y maloliente, pero todavía adorable.

Alexandr Biery estaba sentado en el borde de la cama y la observaba con los párpados entrecerrados. Había traído un candelabro con él que iluminaba su rostro, con los rasgos marcados de forma artificial. Parecía el protagonista de una obra de teatro griega. Una imagen que impactaba más con las heridas que ella había dejado en su mejilla al clavarle las uñas. Larissa se preguntó si ocultaría una daga en la cintura con la que acabar con su tragedia. Sin embargo, lo único que traía afilado era su lengua.

—Desde el principio supe que incluirte en el grupo implicaba un riesgo. Podía percibirlo en tu mirada; emanabas peligro a través de tu piel, igual que el perfume de la belladona. Pero eras demasiado irresistible para dejar pasar y malgastar tu talento entre la multitud.

Acarició el filo de su mentón y Larissa lo rechazó, con la expresión dura. Él contestó con una media sonrisa; esperaba esa reacción.

—Tú no te acuerdas, pero en realidad nos conocimos mucho antes de toda

esta locura. Bueno, era más bien yo el que te conocía a ti y a tus amigos. Villa Betulia, ¿recuerdas? Largos veranos correteando entre los abedules, jugando a cazar lagartijas y roedores con esos aristócratas que se creían niños de la naturaleza. Mi padre trabajaba para el tuyo, para el de verdad, el príncipe del que tanto te avergüenzas —dijo con sorna, sin borrar su sonrisa—. Esa expresión de asombro es innecesaria, querida. Hace mucho que sabemos el uno del otro, solo que no te percataste por la falta de contexto, supongo.

Larissa permaneció en silencio, sin ganas de hablar; tampoco habría sabido qué decir. ¿Aquello significaba que la había buscado a propósito? ¿Que todo lo sucedido los últimos meses era parte de un plan más retorcido? Si era así, se había convertido en un peón en manos de un experto manipulador.

—Cuando los Khilkov entregaron la tierra a sus siervos, omitieron el detalle de que debían pagar por continuar trabajándolas —siguió él—. Así que nos unimos a los modernos desheredados, en busca de un futuro en la ciudad. Nos sobrepusimos a las dificultades y salimos adelante. Pero todo ello, ¿para qué? ¿Para continuar respirando y nadando en el lodo unos meses más? —Biery, inmerso en sus recuerdos, negó con rabia, con los brazos apoyados sobre sus rodillas y estático durante unos minutos, para Larissa eternos—. Cometí acciones de las que no suelo alardear. Mentí, robé, amenacé y, bueno, realicé otras tareas de las que no estoy orgulloso. Lo que hiciera falta por la Voluntad. No es fácil ascender en una organización como la nuestra, y menos que nos encarguen una misión tan trascendental. Por eso estás aquí, Lara —dijo y la miró fijamente—. No puedo permitir que echas a perder nuestro proyecto. Sé que en el fondo piensas igual que yo. Piensa en Alyosha y en su madre, Sveta; ¿por qué crees que están bajo tierra? ¿A quién deberías culpar en realidad? Para ellos solo son números de una lista, pero hay decenas de miles en las mismas condiciones que acabarán igual si no

hacemos nada.

—¡No te atrevas a mencionar a la familia de Kova! —exclamó ella con los ojos húmedos—. Ni se te ocurra hablar de ellos...

—Admite que son la razón por la que entraste en la Voluntad. Conoces sus historias, que se repiten en cada oscuro apartamento de este distrito. Sabes tan bien como yo que nada de esto se solucionará con leyes, que solo servirá para enriquecer más a los que más tienen, mientras las calles se llenan de cadáveres del proletariado. Es hora de entrar en acción. Nuestra causa es justa, Lara —dijo y la agarró por los hombros con ímpetu, en busca de esa conexión que los había unido en los andenes de la estación Nikolayevskiy—. Nada puede fallar, y menos por un absurdo desliz. Lo entiendes, ¿verdad?

¿Acaso era esperanza lo que brillaba al fondo de sus oscuros ojos? ¿Comprensión? ¿Tal vez perdón? Ella le devolvió una mirada llena de incredulidad y habló con una voz que no reconoció como propia.

—Lo único que entiendo es que llevo días encerrada porque me enfrenté a ti después de que pegaras a una mujer sin razón.

—¿Sin razón? ¡Claro que había una razón! Eres una ilusa si realmente crees que lo hice por capricho —se justificó—. Es una Khilkova, una princesa, y como todos los nobles, mete las narices donde no le incumbe. Desde que nos fuimos de tu apartamento, la presencia de la Okhrana se ha multiplicado. Si hubieras confiado en mí, todo habría sido más sencillo.

—No puedes hablar en serio, ¿confiar en ti? —Larissa tosió por el esfuerzo, con la garganta seca. Era complicado mostrarse furiosa cuando tenía que carraspear cada dos por tres—. Ya no sé ni a quién tengo frente a mí; no eres ni la sombra del hombre que conocí, tan solo una criatura que se mueve por rencor, que usa la excusa de los ideales revolucionarios para obtener una venganza personal.

El bofetón la calló a la fuerza. La pilló por sorpresa y se mordió el interior



de la mejilla por accidente. Sintió la piel en llamas y, en cuanto se giró para responder, él se había incorporado y estaba junto a la puerta. Sus reflejos perdían agilidad con cada hora bajo llave.

—Todo lo que he hecho hasta ahora ha sido por la Voluntad. Cada paso, cada pensamiento, cada acción ha estado dirigida a ellos, pero parece que no comprendes que, para lograrlo, hay que hacer sacrificios por el camino. Yo me deshice de los fantasmas de mi pasado para avanzar, me entregué en cuerpo y alma al grupo, algo de lo que tú has sido incapaz, todavía enganchada a los brazos de tu hermano. —Larissa le lanzó una mirada de puro odio—. Te prometo que los Khilkov recibirán su merecido —continuó, aún con la llama de la rabia caldeando sus palabras—. Pero por ahora debo posponer mis intenciones. Nuestra prioridad actual es superior a los deseos individuales. En cuanto concluya nuestro gran proyecto, podré centrarme por completo en la destrucción de esa línea con la que compartes lazos. No te preocupes, querida, tú no entras en esos planes, puedes estar tranquila.

Mentía. Durante su relación había sido capaz de distinguir al que consideraba su Alex del calculador Biery, o eso había creído. Ahora caía en la cuenta de que nunca se había quitado la máscara y su esencia estaba oculta bajo aquella capa de amabilidad y principios impostados.

—Lo único que buscas es satisfacción personal manchando las manos de tus marionetas —habló con los dientes sucios de su propia sangre—. No eres más que un asesino disfrazado de ideales.

En un segundo, Biery volvía estar a escasos centímetros de ella y la sujetaba por la nuca con vehemencia.

—Deja de comportarte como una hipócrita, Lara; hace apenas unos días tú también ibas a estar a mi lado, con la misma determinación en la mirada con la que me odias en este instante. —La presa en su cuello se reforzó—. Hice lo posible por no ponerte en primera línea de ataque, para protegerte, porque en

el fondo pensaba que te lanzarías a por el objetivo sin temor a arriesgar tu vida. Confiesa que, si no fuera porque tu hermano se inmiscuyó, no habrías puesto en duda mis órdenes. Habrías acatado, como la perra sumisa que eres en realidad.

Larissa le escupió y él contestó con un puñetazo en el estómago.

Ella gorjeó una risa.

—¿Así es como tratas a las mujeres?

—No, así es como trato a las rameras como tú.

Después de aquello vinieron más golpes y ambos acabaron en el suelo. Biery le levantó el jersey por encima de la cabeza y lo usó para retener sus brazos y ocultar su rostro. Sus manos intrusivas se deshicieron de las prendas de varón prestadas y Larissa chilló contra la gruesa tela al sentir un dolor lacerante entre los muslos. En esa habitación el tiempo se ralentizaba y, atrapada entre la dura superficie y las violentas embestidas, sintió que se había detenido para siempre. Solo cuando él se incorporó se permitió volver a sentir, con las incipientes marcas en su piel que serían moradas en breve.

Biery se marchó. Farfulló algo mientras se abrochaba los pantalones, pero ella lo ignoró. Ni lo miró, ni derramó una sola lágrima. Tal vez por eso le propinó una patada antes de cerrar la puerta. «Qué más da». Recuperó sus ropas y se acostó en la cama.

Pasaron las horas. Puede que un día o dos. A lo lejos, escuchó las campanas de la Catedral de San Isaac, que llamaban al servicio dominical. Era un sonido muy particular. De fondo le acompañaba la sintonía de la Catedral de San Petr y San Pablo, al otro lado del río Nevá, lugar de reposo de los emperadores rusos que, según lo planeado, acogerían a un miembro más en sus entrañas de mármol.

Larissa sintió movimiento al otro lado de la puerta. Iban a por ella. Solo que esta vez no se quedaría quieta. Lucharía con uñas y dientes, aunaría los

restos de energía que había acumulado desde la visita de Biery.

Notó el chasquido y ella se colocó en posición junto al marco, con los músculos tensos y los puños en alto. Un buen golpe en la mandíbula podría noquearlo y, si fallaba, encontraría otra forma de enfrentarlo. No se rendiría hasta el final.

El pomo giró y la luz de las lámparas de gas invadió el cuarto. Larissa se lanzó a por la figura, pero en cuanto estiró el brazo, chocó contra un hombro duro como la piedra. Aunque instintivamente supo que no era Biery, imaginó que habían enviado a otra persona para que la matara. Trató de acertar en el mentón, en una lluvia de golpes con una fuerza de impacto más bien patética.

—Para, vas a hacerte daño.

Unas manos enormes atraparon las suyas y la acercaron contra su pecho para retenerla en un abrazo. Sus ojos se humedecieron al reconocer la profunda y suave voz que, sin embargo, le sonaba irreal.

—¿Kova?

—Lo siento, pequeña lagartija, te he fallado...

Ella negó con la cabeza sin apartarse, como si al separarse fuera a perder su forma corpórea y despertara, otra vez, sola y hundida en el colchón. Se apartó ligeramente y, en la penumbra, palpó su rostro, cuello y brazos. Era él, sin duda era él. Pero...

—¿Cómo?

—Hacía días que no sabía nada de ti y ninguno de esos quería decirme nada. Así que asusté un poco al crío, a Ilya, hasta que soltó la dirección. ¿Estás... bien?

Tantas emociones en un interrogante. Su aspecto no debía de ser muy halagüeño, con la ropa de hombre sucia y mal colocada, restos de sangre seca en el rostro y la postura encogida por las costillas heridas. Larissa alzó el rostro, pues le sacaba una cabeza, y le dedicó una sutil sonrisa, cargada de

dolor y alivio. Notó los dedos de él apretar con más fuerza, conteniendo la rabia.

—¿Y tú, Kova? ¿Cómo estás? —se atrevió a preguntar.

—Eso no importa ahora. Lo mío no tiene solución, por eso tendría que haber estado contigo. Debí sacarte de esta pandilla de revolucionarios en cuanto me los presentaste.

—No te culpes. Deja de hacer eso. Sabes que no me habrías convencido —se lamentó—. Soy una cabezota.

—Sí que lo eres, pero lo que realmente importa es cómo afrontamos los problemas, ¿no? Hay que pelear. Eso me lo enseñaste tú, renacuaja. Eso fue lo que... me despertó. Te echaba de menos y me dije a mí mismo que no permitiría que te fueras otra vez sin que supieras que yo te...

Larissa posó la yema de sus dedos sobre los labios de Kova.

—No es el momento. —«Y no sé si estoy preparada para escucharlo»—. Apesto. Necesito cambiarme y debemos abandonar la ciudad. ¿Dónde están los demás?

La ausencia de miembros del grupo en el apartamento hizo sospechar a Larissa.

—¿No había vigilancia? —insistió.

—Solo una.

Salieron del pasillo y, frente a la ventana del salón, descubrió el cuerpo de Varenka, tendido en el suelo.

—Solo está inconsciente —se explicó Kova—. He tenido que hacerlo para sacarte de ahí. Pero fue fácil, estaba más pendiente de lo que ocurría fuera que de la puerta.

Fuera. Ventana. Varenka. Ella era la encargada de confirmar el contacto visual del objetivo. «El objetivo». La mente de Larissa funcionaba más veloz que una locomotora. A pesar del hambre y la falta de sueño, su mente estaba

habituada a trabajar bajo presión; de hecho, lo hacía mucho mejor.

—¿Qué día es hoy?

Kova la miró, sin comprender.

—¿¡Que qué día es!?

—Domingo, 1 de marzo.

—Maldita sea... Por eso no hay nadie más aquí, cada uno ocupa su posición. Es hoy. ¡Hoy va a ocurrir!

Su amigo comprendió rápido a qué se refería y, sin hacer más preguntas, la cogió de la mano y salieron de la casa. La luz del sol, apenas perceptible por entre las gruesas nubes, la cegó. Una ráfaga helada se coló por la bufanda con que se cubría y la piel se le erizó. Entre las prisas, le dio tiempo a «tomar prestadas» las prendas de abrigo de su antigua camarada.

Aunque faltaban veinte días para la primavera, el suelo todavía estaba cubierto de nieve, menos gruesa, eso sí, pero igual de sucia y resbaladiza. Llegaron al canal de Catalina y descendieron por el malecón. Era pasado el almuerzo, así que varias personas habían salido en busca de una café o un té en compañía.

Una punzada entre las costillas le advertía de que algo no iba bien, pero ella se sentía demasiado débil para tomar la iniciativa, así que se dejó arrastrar por las grandes zancadas de Kova. Si continuaba a ese ritmo, tendría que llevarla en volandas.

La escena, mil veces visualizada en su cabeza, sucedió igual que si lo viera a través del agujero de un estroboscopio. La sucesión de figuras negras que al girar cobraban movimiento se convirtieron en caballos, carruaje y trineos. Ahí estaba, el séquito al completo. Siete cosacos rodeaban el transporte del emperador y, tras él, viajaban el jefe de la policía y el de la guardia del zar.

Larissa miró a su alrededor, ansiosa. Al otro lado de la acera, entre varios peatones, había un hombre de baja estatura, con un grueso abrigo negro que

le cubría medio rostro. Sus pasos, al principio acompañados al resto de viandantes, cogieron velocidad y, cuando estuvo a pocos metros de la comitiva, lanzó un pequeño objeto, en una parábola perfecta que rodó hasta los bajos del carruaje. Entonces se fijó en una niña pequeña que, ilusionada, señalaba a los majestuosos animales y su madre la reñía. Eran las dos y media.

Llegaban tarde o, precisamente, eran puntuales.

El artefacto estalló.

Larissa y Kova chocaron el uno contra el otro. El temblor retumbó en sus entrañas y acabaron con los huesos en la nieve. El vehículo recibió casi todo el impacto e hirió de muerte al conductor y a uno de los cosacos que viajaba por el flanco izquierdo. Sin embargo, el cubículo resistió casi intacto. Los restos de uno de los caballos, partido por la mitad, estaban esparcidos en la acera; el otro se había desbocado y trataba de huir con una pata destrozada. Sus relinchos eran lo único que Larissa podía escuchar. Ni los gritos de auxilio de los ciudadanos, los clamores de un padre que no encontraba a su hija o los sollozos de la mujer que acunaba en su pecho a su esposo. Tan solo el lamentable jadear del equino, con sangre en las orejas y el hocico, que se arrastraba lejos de aquella locura.

—¡Alto! ¡Detenedle!

Las autoritarias exclamaciones devolvieron a Larissa a la realidad humana. Los cosacos, la fuerza especial de élite rusa, reconocibles por los gorros de piel de animal, se abalanzaron sobre el tipo que había lanzado la granada. Desde el otro lado de la calle, enseguida lo reconoció. Era Ilya. Se agitaba para intentar zafarse de la presa de los guardias, con una amplia sonrisa de victoria. Kova, que permanecía a su lado y estaba tan sobrecogido como ella, torció el labio. Adelantó un pie y Larissa le cogió de la muñeca.

—¿Qué haces?

—Es un crío, uno muy estúpido e imprudente, pero apenas tiene unos años más que Alyosha, debería...

—No, no —lo retuvo con su limitada fuerza—. Ni se te ocurra acercarte, Kova, sería una...

—Su Majestad, no salga, quédese donde está.

La advertencia de uno de los que viajaba en trineo, tal vez el jefe de la policía —aunque con la humareda todavía le costaba ver bien—, hizo que ambos se fijaran en la puerta del carruaje, que se abrió de golpe. De su interior surgió un hombre, aquel a quien habían dirigido su odio y cuyo final cambiaría a toda una nación. Pero, en mitad de la sangre y el olor a muerte, para Larissa solo era un hombre uniformado, de grueso bigote y cabello canoso que, a sus sesenta y dos años, lograba mantenerse erguido a duras penas.

—¿Qué ha ocurrido, Dvorzhitsky?

—Por favor, Su Majestad, aún no está asegurado el perímetro.

Larissa observó desde la distancia cómo el zar se aproximaba al punto exacto de la deflagración. Casi podía intuir su línea de pensamiento. Haber salido ileso de otro intento de asesinato le otorgaría más fama de invulnerabilidad. ¿En verdad era imbatible? ¿Acaso estaban luchando contra una encarnación divina? Era absurdo. Entonces, ¿qué había fallado? ¿Por qué no había funcionado el plan? No, Biery era más precavido, siempre tenía alternativas y vías de escape y, desde la distancia, coordinaba a sus peones con maestría.

Durante las cavilaciones de Larissa, Kova había aprovechado la oportunidad para continuar acercándose hacia el grupo de cosacos que retenía a Ilya, inmovilizado contra el suelo. Mientras, el zar analizaba el boquete que se había creado donde antes estaba su carruaje y, al mismo tiempo, se mostraba ante sus súbditos para probar que seguía con vida. Larissa captó la

prepotencia que emanaba de él, del poder absoluto de un imperio concentrado en un ser. ¿Habría sido capaz de actuar si hubiera continuado las directrices en el juego de Biery? Jamás lo sabría. Ahora su preocupación era Kova, que calculaba a qué guardia debía golpear primero para darle una oportunidad de fuga al niño. Larissa esquivó a la gente. Unos atendían heridos y otros, los recién llegados, se agolpaban en busca de respuestas por el estruendo y exigían la cabeza del agresor.

—¡Asesino! ¡Matadle! —escuchó junto a ella.

Si la masa de personas se descontrolaba, no podía asegurar que salieran de ahí de una pieza. Debía parar a Kova antes de que cometiera un error por culpa de su excesivamente grande corazón. Esquivó a dos mujeres alborotadas, con los abrigo sucios de barro rojizo, y estiró los dedos, a punto de alcanzar a su amigo. Sin embargo, no llegó a rozarle.

—¡Vamos, hazlo! —gritó de repente Ilya, con una inquietante alegría en sus palabras—. ¡Somos la Voluntad del Pueblo! ¡Por la libertad! ¡Hazlo!

Miró hacia donde dirigía su desesperada petición el muchacho. Ignatei Isaev surgió tras un montículo de nieve y alzó los brazos. Los cosacos apuntaron con sus armas, pero era tarde. Ya había lanzado la granada. Frente a él, el zar Aleksandr II; un poco más allá, Ilya, con la mejilla pegada a la acera; seguido de Kova y, por último, ella. En esa ocasión no hubo carruaje que contuviera la detonación y, por un instante, sus cuerpos se separaron de la tierra.

Cuando Larissa abrió los ojos, no supo si habían pasado unos segundos o varias horas. Sentía todos sus órganos internos removidos. Vomitó sobre la nieve. Le dolía la cabeza y un pitido ensordecedor le atravesaba el cráneo, como una aguja candente perforando su cerebro de lado a lado. En la zona imperaba el caos. La primera explosión había desorientado y paralizado a los ciudadanos, pero la segunda provocó el pánico. Era fácil intuir la causa de sus



temores: todavía podía haber más de esos locos revolucionarios con otra bomba, listos para acabar con medio San Petersburgo.

Larissa se incorporó con los músculos molidos y al apoyar el pie un intenso calambre le recorrió el cuerpo. Cada paso era un suplicio. Seguramente se había torcido el tobillo, pero no tenía tiempo para tratarse las heridas. Su prioridad era encontrarle. «Kova». La polvareda se fue aposentando sobre el empedrado y los cadáveres, o lo que quedaba de ellos. Los gritos de auxilio que hacía unos minutos reverberaban en el malecón se habían acallado. Muchos permanecían encogidos, con quejidos que combatían con las heladas ráfagas de viento. Lo peor eran los bultos inmóviles y el silencio que los acompañaba.

—Kova —llamó en un hilo de voz. Tenía la garganta seca y le asustaba imaginar en qué situación estaría, tan cerca de la explosión.

Según se acercaba al punto donde casi había alcanzado a su amigo, observó a un grupo de hombres que rodeaban a otro. Entre ellos estaba el tal Dvorzhitsky y, en el centro, Aleksandr II. Miembros de la guardia cogían en brazos al emperador y lo montaban en uno de los trineos que seguía de una pieza. En el trayecto dejó un reguero de sangre. Había perdido ambas piernas, dudaba que sobreviviera. Pero esa escena no significó nada para Larissa; no tenía ninguna relevancia. Debía encontrar a su amigo.

—¡Kova!

En su camino esquivó trozos de carne, envueltos en uniformes y sables destrozados. La nieve que pisaba era roja y, al hundir el zapato, se convertía en negra. Tomó aire. Hasta el vaho pareció adquirir el tono carmesí. Los localizó junto a los escombros del carruaje. Kova estaba tumbado boca arriba, en toda su envergadura. A su lado, Ilya parecía un niño. «Lo que era, en realidad». Sus blanquecinos ojos miraban el vacío que reside en el más allá.

—Así no ha estado solo —se disculpó su amigo.

—Qué estúpido eres.

—Ya.

Larissa se arrodilló. Los dos tenían el rostro sucio, con las marcas de sangre en los oídos y la nariz. ¿Escucharía lo que le decía o le leía los labios? Estaba pálido y la mirada, de ese verde que siempre le recordaba a los bosques de su infancia, había perdido color. Así como bajo el gabán de Ilya se ocultaba la gravedad de las heridas que habían acabado con su vida, sabía que su amigo, con el brazo sobre el abdomen y el puño cerrado, no estaba en mejores condiciones. Sin embargo, su semblante era tranquilo.

—Perdóname, Kova —dijo ella con la voz quebrada—. Ha sido mi culpa. Si no te hubiera metido en esto...

Alzó la mano hacia Larissa para secar una lágrima, manchada de tierra.

—Estás... helada...

A pesar de su observación, era Kova quien temblaba. Larissa fue a quitarse el abrigo, pero él la detuvo y negó con la cabeza. Introdujo la mano dentro de su bolsillo, junto al corazón, y rebuscó con urgencia. De repente se detuvo, como si hubiera encontrado lo que quería.

—Tranquila... Así es mejor. —Sus dedos rodaron por la mejilla de Larissa y dejaron gruesos surcos color sangre—. Al fin...

Su brazo cayó. Sostenía la fotografía que había visto días atrás en el apartamento, tal vez la única que tenía con su mujer e hijo. Una familia destrozada. Le habría gustado rezar para que se reencontraran en el más allá, pero no tenía tiempo. Se enjugó el rostro con el dorso de la mano y su piel se tiñó de ceniza y polvo. Ella lo había empezado, ella lo terminaría. Su objetivo era claro. Iba a acabar con ese malnacido y tenía una sospecha de dónde podía ir tras dar por finalizada su tan laureada misión. Estaría eufórico, deseoso de festejar la victoria, y su mayor fantasía era ver arder hasta los cimientos villa Betulia. Ella haría que lo cumpliera, con él dentro.

Nadia Khilkova no podía contener la sonrisa después de salir de la ópera *La doncella de Orleans* que el maestro Tchaikovsky había estrenado en el Teatro Mariinsky. Tanto ella como su esposo habían decidido que ya era hora de dejar sus diferencias de lado. Según pasaban los días, advertía que sus caracteres no eran incompatibles, y las sombras que albergaba en su pecho desaparecían con cada nuevo amanecer.

—La soprano Mariya Kamenskaya ha estado sublime, sobre todo durante el aria *Adieu forets*.

—Vaya, pensaba que saldrías más decepcionado. Creo recordar que una vez definiste su música como repetitiva y pegadiza —apuntó su esposa con una media sonrisa.

—Bueno, las personas tienen derecho a cambiar de opinión, ¿verdad?

Yuri ensanchó los labios.

—Por supuesto.

Los dos se miraron, asimilando el significado oculto tras la simple afirmación. Habían llegado a un punto de la relación en que se daban concesiones para satisfacer al otro. De nuevo avanzaban paso a paso. Solo habían asistido a un par de eventos relevantes, para acallar las habladurías por el bien del apellido familiar y la empresa que dependía de ella. Asistir al teatro estaba dentro de las actividades sociales pertinentes y Nadia había aceptado acompañarle. Quería compartir una de sus pasiones, la ópera, con su esposo. Durante la obra se sorprendió mirándole de reojo en numerosas ocasiones, a la espera de su reacción. Estaba embelesada, disfrutando como una chiquilla cuando él sonreía, cuando se emocionaba y los ojos se le humedecían. Cada gesto, por pequeño que fuera, alteraba el ritmo de sus palpitaciones.

Ambos habían salido al vestíbulo de inspiración renacentista, con las pilastras y los bajorrelieves de los compositores rusos, cuyo talento había

quedado dibujado en las entrañas del teatro. Eran varios los que habían asistido a la función de las siete de la tarde y ahora se amontonaban a la salida del recinto. Desde sus butacas hasta el exterior, se cruzaron con numerosos grupos de caballeros de riguroso negro y damas con discretos vestidos de noche que les saludaban. Yuri tenía que detenerse en más de una ocasión para cruzar unas palabras amables. Nadia observó cómo le temblaba la comisura de la boca de tensarla de manera forzosa y pensó que tenía tantas ganas como él de huir de aquel *mare magnum* de formalismo impuesto. La situación se complicó con la aparición del príncipe Iván Obolensky. Verlo solo no le sorprendió, pues Katya evitaba en lo posible las grandes aglomeraciones. La animadversión entre los varones se percibía como la espesa humareda de una chimenea taponada.

—Príncipe Obolensky —inició Yuri la charla que menos deseaba mantener.

—Príncipe Khilkov, princesa Khilkova —respondió, y no tardó en dar su primera puñalada—. Veo que se adapta al estilo de vida peterburgués mejor de lo esperado, alteza.

—Por supuesto, en ningún momento me ha supuesto una complicación.

—Me alegra oírlo, aunque siga sin cambiar el hecho de que es un extranjero entre los suyos. —Avanzó media zancada, con apenas aire que respirar entre ellos—. Puede que interprete muy bien su papel frente al resto, pero a mí no me engaña.

El príncipe Obolensky era un esclavófilo, un defensor a ultranza del estilo de vida rusa más tradicional. Por supuesto, Yuri Khilkov incumplía todas y cada una de las normas exigidas para ser un «representante de la patria de verdad». Para él, no era más que un traidor con apellido noble, cuyo padre se había vendido a los siervos y huido de sus responsabilidades como príncipe.

La mano de Yuri se cerró en un puño. Nadia le atrapó la muñeca con

suavidad. No estaban en posición de montar un espectáculo a las puertas del recinto, así que tiró de él, esquivando plumas de avestruz y complicados tocados nocturnos. Giró hacia la izquierda, de vuelta a la sala principal, pero se detuvo a unos metros de una entrada. Dentro había un largo pasillo que se curvaba al final, por lo que era imposible saber su extensión.

—¿Dónde estamos? —preguntó, inquieto, su esposo.

—Se trata de una de las entradas alternativas del teatro. Lo usa sobre todo el personal para cargar material del espectáculo. —Nadia aspiró el olor a madera seca, polvo viejo y tela usada—. Es mi madriguera.

—No me acordaba de lo que te gustaban los escondrijos. Por eso te metías tanto en el cobertizo cuando éramos pequeños...

Yuri se apoyó contra la pared y, de súbito, dio un puñetazo al aire.

—¡Ese hombre puede conmigo! Te juro que el día menos esperado...

Nadia trató de calmarlo y posó su mano sobre el pecho de Yuri que, en silencio, acogió sus helados dedos con cariño. En la penumbra, sus miradas se cruzaron y el primer impulso que tuvo fue dejar que la gravedad cumpliera con su función e hiciera desaparecer el espacio que los separaba. Fue sencillo. Simplemente se soltó, dejó sus «peros» y «tal vez», que tanto la habían atormentado en el pasado, para dar paso a un mundo de acciones. La que más anhelaba era la de rozar sus labios. El tacto de su piel, de su boca, el cosquilleo que le provocaba su barba cuando prodigaba dulces besos en su cuello y hombros.

¿Dónde estaba la princesa recatada y prudente? ¿La que huía de la proximidad con su marido o, simplemente, de cualquier otra persona? Sin saber cómo se encontraba escondida entre las bambalinas del teatro, atrapada por los ardientes labios de Yuri y sus manos, cada vez más exigentes. Su tierno Yuri, el que le había robado el primer beso entre los abedules y el que le había otorgado el poder de sentir, desear y soñar.

Sonrió contra su boca, con el murmullo al otro lado más apagado.

—El vestíbulo debe de estar más tranquilo, ya podremos salir sin problema —dijo ella, con sus manos todavía unidas.

—Nadia.

Yuri la detuvo y tiró de ella, para volver a atraparla entre sus fuertes brazos.

—De acuerdo, esperaremos un poco más —contestó ella, divertida.

Sus dedos se deslizaron por la cintura, que rodeó con sutileza. Nadia dejó escapar un suspiro. Deseaba que su mano no se detuviera en la cadera, sino que continuara bajando, que levantara el vestido burdeos y recorriera el filo de las medias blancas. Que avanzara por el hueco de sus muslos y se adentrara, con la misma dedicación que lo había hecho la primera vez. En la oscuridad, se mordió el labio, impaciente.

—Yuri...

Sin embargo, en el último instante él carraspeó y detuvo su pequeño juego. Un hombre, trabajador del teatro seguramente, los miraba desde el fondo del pasillo. Cargaba con una cesta llena de coloridas prendas y, con el rictus serio, parecía valorar si dar la voz de alarma o no. Era evidente que no se trataba de unos jovencitos compartiendo confidencias en un rincón oscuro durante la velada, y ser consciente de ello encendió las mejillas de la princesa, abochornada. Abandonaron el escondite entre risas entrecortadas y con la respiración acelerada. Más tarde reclamaría cada fragmento de él bajo las sábanas.

Los días se sucedieron y ella todavía se estaba acostumbrando a esa normalidad que, en el fondo, temía que se rompiera inesperadamente. Las princesas no solían ser felices, ¿tenía ella esa oportunidad?

—Se va a hacer daño, señora —le advirtió Masha, que echaba más leña a la chimenea del salón—. Sus puntadas son demasiado descuidadas, se va a

pinchar.

Nadia, sin detener su bordado —una tarea que detestaba, pero servía de distracción— respondió con un bufido en absoluto elegante. Se había habituado a relacionarse con Masha con el mismo descaro con que lo hacía ella. Lo que al principio le había parecido una actitud totalmente inadecuada y le sacaba de sus casillas, al final era un hábito demasiado fácil de apropiarse. De alguna forma, poder mostrarse como era en esa casa le relajaba. ¿Quién iba a decirle que cinco meses después de su boda se sentiría tan reconfortada en ese lugar?

—¡Ay! —se quejó y se llevó el dedo herido a la boca.

—Se lo dije —susurró Masha, condescendiente.

La ama de llaves tenía por costumbre tratar a los habitantes de esa casa como a sus hijos.

Nadia lanzó su tarea, con apenas unas líneas que atestiguaban su inútil esfuerzo, y fue en busca del abrigo. Cuando Yuri no estaba sentía su ausencia casi como un dolor físico y el ambiente en la casa se volvía asfixiante.

Salió y caminó con la mente en blanco. Se había alejado suficiente de la casa para añorar el calor que ofrecía. Sus dedos eran carámbanos rojizos y había perdido la sensibilidad en la punta de su nariz. Era como si el invierno, sabedor de su inminente fin, liberara todo su poder, en un último y temible hálito de vida. Escuchó el sonido de una lechuza madrugadora que replicaba a un trueno lejano. ¿Se acercaba tormenta? Las nubes eran escasas, insuficientes para semejante sonido. Después le siguió otro. La princesa dio media vuelta, decidida a retornar a la villa. Tenía un buen trayecto hasta la casa y sus pies exigían el calor de una chimenea cuanto antes.

Cuando las aguas se habían calmado y la marca de su rostro, desaparecido, había pensado que sería el momento de mantener una conversación más sincera con Yuri, pero no había sido así. Sus actos hablaban más que ella,

pero había unas palabras pendientes que decirle a su marido. Imaginarse esa situación la asustaba y también la estremecía de emoción. Si aquello que le provocaba un hormigueo tan agradable al fondo de la garganta lograba salir al exterior, como ansiaba hacer, ¿la convertiría en una criatura más liviana? Aunque se contuviera, el millar de mariposas que aleteaban entre sus costillas luchaban, cada vez con más ahínco, por huir al cielo abierto. Podía que fuera hora de dejarlas volar. Esperaría que Yuri regresara para la hora del té. Pensar en ello le hizo sonreír y confirmó que era una buena decisión.

Llegó a la casa y, antes de cruzar la puerta trasera que daba a la cocina, golpeó las botas para quitar la nieve y no empapar la entrada. En ese momento oyó el disparo. No hubo aviso previo, tan solo un sonido estridente que partió el frío silencio. Nadia contuvo el aire en sus pulmones y abrió la puerta, aunque una precavida voz en su interior le impelía a quedarse donde estaba.

Desde su posición, vio la silla volcada y una montonera sin forma de patatas, zanahorias y cebollas que rodaba desde la mesa hasta el suelo, en una cascada de pieles de hortaliza mal cortada. La puerta que conectaba con el pasillo del descansillo estaba abierta de par en par y, en el marco, asomaban dos zapatos, pequeños y desgastados. Nadia, con la irracionalidad de la incipiente curiosidad, entró en la cocina. El calor de los fuegos abofeteó sus heladas mejillas y le abrasaron la piel. Pero en ese momento sus sentidos estaban adormilados, centrados en averiguar lo que había por encima de los tobillos de esos pies, temerosa de que el presagio que la invadía fuera cierto. Avanzó, despacio, y se llevó la mano a la boca para acallar el grito que delataría su presencia.

Masha, la ama de llaves, estaba tumbada de costado. Los ojos abiertos, con una niebla blanquecina, perdidos en los dibujos del papel que decoraba la pared. En una mano, el cuchillo de pelar, el otro en el pecho, en mitad de un



enorme charco rojo que se derramaba y se expandía por el suelo. Nadia retrocedió y a punto estuvo de perder el equilibrio por culpa de unos trozos de patata desparramada.

En la planta de arriba sonaron golpes. Cajones abiertos y lanzados contra el suelo, rebuscando entre sus pertenencias algo de valor. ¿Qué eran? ¿Ladrones? Se quedó paralizada, escuchando con atención los movimientos del segundo piso.

Debía pensar con rapidez. ¿Dónde estaba Helga? ¿Desangrándose en el cuarto contiguo? Su cochero, Markov, esperaba junto con su señor en la ciudad, y la carretera principal estaba demasiado lejos para ir andando. Correr no era una alternativa; con el temporal acabaría en mitad de la nada, sin fuerzas ni escapatoria. ¿Y si lo intentaba? Tal vez se cruzaría con algún coche que la llevara a la comisaría de policía más cercana. Entonces percibió un chillido al otro lado del pasillo que podría confundirse con la llamada de un roedor a su camada. Sin embargo, Nadia reconoció el sonido al instante; era el que producía la sobrina de Masha cuando se asustaba, igual que un animal desvalido. No podía abandonarla.

—¿Alteza? —dijo sorprendida, con ojos llorosos, cuando la vio aparecer.

Nadia puso el índice sobre sus labios para pedir silencio. La muchacha se escondía tras el escritorio de Yuri, encogida en el hueco de la silla. No sabían cuánto tiempo continuarían los agresores arriba, así que cogió su muñeca y tiró de ella. La puerta todavía estaba accesible, no podían perder esa oportunidad.

—Es uno, solo uno, yo no le conozco, pero mi tía sí —farfullaba la criada mientras cruzaban el cuarto de puntillas—. Le llamó, antes de que... Antes de que...

La princesa sabía que esa información era importante, pero su mente no estaba en situación de analizarla adecuadamente. Su prioridad era salir de ahí

y encontrar un lugar seguro antes de acabar como la pobre Masha, porque era evidente que el asesino no tenía intención de dejar testigos con vida.

—Qué agradable sorpresa, princesa Khilkova.

Nadia dio un respingo e interpuso su cuerpo entre Helga y el hombre que acababa de entrar al salón. Él dejó una gran bolsa de viaje en el pasillo. Le conocía, era el mismo que la había golpeado en casa de la hermana de Yuri. Su aspecto era muy diferente del de entonces; había rasurado su barba descuidada y llevaba el cabello con numerosos mechones canos, peinado hacia atrás. De alguna extraña manera, le trajo a la memoria a su marido, que creaba la falsa ilusión de poseer el entorno, solo que con prendas de peor calidad que se le ajustaban al cuerpo y una mirada salvaje.

—La última vez no nos presentaron apropiadamente, pero eso no quita que tengamos una conversación pendiente.

Las dos mujeres retrocedieron. Nadia podía sentir el nerviosismo de la criada, que tiraba del fruncido de su manga. Helga entonces cambió de lado y, antes de que descubriera la razón, la princesa dio un traspies con el reposabrazos del sillón orejero donde hacía unas horas se entretenía bordando. El hombre prorrumpió en una carcajada mientras ella, sin tiempo a sentirse humillada, revisaba con avidez las armas a su disposición. Su esposo guardaba las pistolas y escopetas de caza en un armario bajo llave, en otra habitación de la planta superior. Había algunas que se encontraban fuera de la casa, pero estaban demasiado lejos de su inmediata necesidad. Hizo un gesto a la criada para que intentara huir. Este se pegó a la pared, al tiempo que avanzaba despacio, sin perder de vista al agresor.

—Alto ahí, señorita.

Helga se quedó paralizada, observando hipnotizada el cañón del revólver que había matado a su tía. Le temblaban las piernas y en breve se desplomaría. Nadia aprovechó ese segundo para coger el brillante objeto que

casi se había perdido entre los cojines del sillón. Creyó que había sido rápida, pero no lo suficiente para la percepción de él.

—¿Qué es eso, princesa? ¿Un peligroso cuchillo, tal vez? —dijo con tono burlón.

Se acercó a Nadia, todavía medio recostada en el suelo.

Ella negó con la cabeza. Podría haberle apuntado con el arma y obligarla a entregarle el artículo, disparar o amenazarla. Sin embargo, a ese hombre le complacía especialmente someter a las mujeres. Lo supo por el placer que había captado en sus ojos cuando la había abofeteado por primera vez. Por eso esperó a que hiciera el gesto para intentar quitarle su improvisada arma, con esos limitados centímetros que los separaban, para clavarle la aguja de bordar en el ojo. Sin embargo, su puntería falló, y terminó atravesándole la mejilla. De todas formas, el grito fue ensordecedor y distrajo su atención. Suficiente para escapar.

Se incorporó y corrió a toda velocidad. En el camino cogió a la sirvienta para que no se quedara atrás. Ambas salieron precipitadamente de la casa y en el establo escuchó el inconfundible y reconfortante relinchar de un caballo. Al llegar, se encontraron con un animal derrotado que babeaba, con las costras de las rodillas abiertas. Era el típico equino de carruaje, con mil y un viajes por la avenida Nevsky sobre su lomo, que había sido despojado de su carga y, como premio por su libertad, lo habían presionado para ir a la carrera hasta villa Betulia. No era gran cosa, pero era lo que tenían.

El animal estaba sin ensillar, solo con la correa al cuello, así que tendrían que montarlo directamente, pues no disponían de tiempo para ajustar las bridas. Nadia ayudó a Helga a coger impulso y subirse. En ese momento no era más que una niña asustada que le recordaba demasiado a su querida Polina. La princesa acercó una caja para subir detrás de su criada, pero en ese momento vio la figura de Alex, que se aproximaba. Se había agotado el

tiempo. Helga le lanzó una mirada de súplica y terror.

—¡Suba, vamos!

Nadia la ignoró; cogió las riendas del animal y lo encaminó hacia la salida del establo, mientras le hablaba:

—Va a seguirme. Es inevitable, así que me esconderé entre los abedules. Conozco la zona. No podrá atraparme, ¿de acuerdo? —Helga la miraba con los ojos muy abiertos. Estaba segura de que apenas asimilaba un tercio de lo que decía—. Tú ve a la carretera. Busca ayuda. El príncipe Khilkov no tardará en venir. Dile dónde estoy y lo que ha ocurrido.

—No, no, vamos juntas —rogó en una minúscula nube frente a sus labios.

—Está armado. Si nos cruzamos con alguien, podría salir herido.

—Pero su alteza también podría...

Como respuesta, Nadia espoleó el muslo del caballo, que salió al trote y, tras darle la espalda, marchó hacia el bosque.

Giró el rostro y vio la silueta del tal Alex, con una furia casi palpable a su alrededor. Su atención estaba fija en ella.

«Vamos, ódiame, sal de la madriguera, sabes que no alcanzarás al caballo. Ven a por mí». Sus pensamientos se convirtieron en breves frases que recitaba en voz baja y que le daban aliento. Necesitaba fuerzas para sus piernas y para su espíritu. La princesa Khilkova tenía un plan, y solo el coraje le otorgaba la fe para llevarlo a cabo con éxito.

## Capítulo XVI

El bar Apotheke era uno de esos lugares que el príncipe Khilkov solía frecuentar en Kiev. Si hubiera pasado su alocada juventud en San Petersburgo, indudablemente habría sido uno de sus rincones favoritos para olvidarse del mundo.

La entrada del local estaba marcada con una equis en la puerta, que daba a unas escaleras hacia el sótano. La iluminación y la ventilación eran terribles, aunque se mantenía caldeado por las nuevas estufas de vapor. No había comida en su menú, ni tampoco cerveza. Tan solo vodka, whisky, ginebra y absenta. Sin embargo, a esas horas de la mañana estaba cerrado, así que bordeó la fachada. El príncipe giró en uno de los callejones, el que daba a la salida trasera del local, y ahí encontró a su objetivo.

—Lev, das pena...

El aludido ni se enteró. Sentado en un escalón, lejos de la nieve sucia, protegido en el interior de un portal y arrebujado en su abrigo, parecía una montonera de ropa que apestaba a alcohol. Para cualquier viandante despistado no sería más que otro mendigo a punto de sucumbir al frío invernal. Jamás lo había visto tan mal.

—Vamos a llevarte a tu casa, amigo

—¡No! —exclamó con voz ronca, y sus propios gritos le despejaron de golpe—. Lidia se pondrá a chillarme y hará lo posible porque me arrepienta de cada segundo fuera de su vigilancia, me hará pagar y sufrir, mucho.

—Entonces nada de casa.

—No, nada.

El conde alzó el rostro en su súplica. Tenía los ojos enrojecidos, con grandes cercos negros debajo y marcas de una pelea. En su última visita a los

Golitsin, hacía una semana, Yuri y el cabeza hueca de su amigo habían discutido porque no quería decirle cómo se había hecho semejante destrozo en la cara. También tenía alguna lesión interna que le hacía caminar encogido, aunque lo que más magullado tenía era el orgullo. O esa era la impresión que le daba. A veces el conde podía ser un maldito enigma incluso para él.

No podía dejarlo ahí, así que Yuri lo cogió por debajo del hombro y prácticamente lo arrastró hasta una pensión cercana, calle abajo. Le pareció la solución más rápida y sencilla. Pensó en villa Betulia, pero lo más probable era que Lev devolviera en el coche de caballos durante el trayecto. A Markov, centrado ahora en unos recados en la avenida principal, no le haría ninguna gracia.

Lev se dejó acarrear como un fardo sin una queja. Solo cuando entraron en la habitación, tras pasar por la analítica mirada del propietario, se animó a hablar.

—¿Qué son? ¿Las siete de la mañana?

—Casi las ocho. Pronto amanecerá.

El conde tosió, o tal vez intentó reírse.

—Deberías estar en casa, despidiéndote de tu amada esposa antes de ir a trabajar, en lugar de arrojando a un desastre como yo.

—Bueno, la culpa no es solo mía.

—No, es totalmente mía. Mi responsabilidad, mis penas, mi borrachera —remarcaba al tiempo que se señalaba a sí mismo con el índice—. ¿Por qué estás aquí, Yura?

El príncipe le echó un vistazo. ¿Por qué parecía que cada palabra de su amigo estaba envuelta en melancolía? ¿Como si hubiera un significado más allá de los simples hechos? Se encogió de hombros y le ayudó a quitarse las botas.

—Te lo he dicho; tu hermana me ha escrito. Está preocupada e imaginé que estarías por aquí.

—Cualquier criado me habría encontrado tan rápido como tú, o más. Tu Markov, el muy condenado, se conoce esta zona mucho mejor que yo. Es bueno tratando a los caballos, pero bebe como una esponja.

El conde se interrumpió y se tumbó de lado, llevándose una mano a la boca. Yuri podía escuchar cómo su estómago luchaba por conservar lo que fuera que había comido hacía demasiadas horas, junto con una mezcla líquida explosiva.

Hubo una pausa hasta que al conde se le pasaron las arcadas y lanzó un golpe directo.

—Huyes de tu casa, otra vez.

—En absoluto, ya no. Somos felices.

Lev miró a Yuri, sentado en la esquina del colchón, y una sombra de diversión brilló en sus ojos.

—Estoy bebido, no ciego, y eres terrible mintiendo. Por eso se te dan tan mal las cartas.

El príncipe cortó el contacto visual y revisó la habitación, como si los detalles de su entorno fueran su salvavidas en el océano. Una cama, una silla, una mesa, una lámpara de aceite y unas ventanas tapiadas para evitar que el cristal reventara por el frío. El aire helado silbaba al otro lado y por entre las rendijas se colaba la luz de las farolas del exterior junto con los tímidos primeros rayos de sol. Pensó en que no era un mal sitio para esconderse.

—Yura, te admiro, te respeto y te quiero. Por eso te digo, con todo el cariño que alberga mi deformado corazón, que eres un necio.

El aludido le dedicó una sonrisa apagada.

—Había olvidado lo que te gusta hablar cuando estás borracho.

El conde pasó por alto su comentario y continuó hablando. Se colocó boca

arriba, con el antebrazo ocultando su semblante, tal vez molesto por la tenue iluminación, o la expresión contraída por las molestias de la inminente resaca.

—Protesta lo que quieras, pero no cambiará la realidad. Nadia y tú os amáis, cualquiera con dos ojos lo sabe. Todavía os recuerdo en el baile del Gran Salón —comentó de pasada y tarareó las primeras notas del vals de una manera deplorable—. Estáis hechos el uno para el otro. Así que dejad de dar tantas vueltas y de pensar. Te lo ruego. Es agotador. Me agotas. Siento que hemos tenido esta conversación mil veces y nunca aprendes la lección.

—¿Y cuál es, señor iluminado por las bebidas espirituosas? —dijo y compuso una expresión amable, entretenido por el divagar de su amigo.

—Deja de sentirte culpable por casarte con el amor de tu vida. Deja de pensar en que no te la mereces, que se marchará o te odiará por hablar con ella. —Alzó el brazo, tal vez intentando atrapar las virtutas de luz de la mañana y chasqueó la lengua—. Es una soberana estupidez. Es una mujer de carne y hueso, no la fantasía a la que adorabas como una deidad invisible desde la distancia. Da el paso. Muévete. No me obligues a pegarte para hacértelo entender.

Lev se agitó sobre el colchón, molesto, como si efectivamente fuera a saltar a por Yuri.

—¿Ya has acabado tu discurso? —preguntó con calma.

No podía tomarse nada de aquello en serio. Lev, con unos grados de más en su torrente sanguíneo, se convertía en un charlatán, incapaz de contener su verborrea, pero de gestos lentos que no haría daño ni a un cachorro.

—Vosotros, vosotros sois tan ingenuamente adorables, tan... como dos niños perdidos en una casa enorme. Lo único que tenéis que hacer es llamaros el uno al otro para encontraros. Es tan sencillo. Y no hacéis más que complicarlo. Os ahogáis en un vaso de agua, lleno de miedos e inseguridades.



Es absurdo. Sois absurdos. —Tomó una gran bocanada de aire—. No tienes más que decir su nombre. Hazlo. Vosotros que podéis. Estúpidos enamorados...

Después de eso, su amigo perdió el conocimiento. Yuri le tapó con la vieja manta que había a los pies de la cama.

—Yo también te quiero, amigo; ojalá me cuentes al despertar lo que te sucede.

El príncipe se acomodó en la silla del rincón. Estuvo tentando de echarse en la cama, pero no le apetecía estar tan cerca de un peligroso e inestable contenedor de vómito. Además, se sentía lo suficientemente cansado como para intentar atrapar el sueño en cualquier esquina. Las mismas historias de siempre le quitaban horas de descanso. «Nadia, Nadia, Nadia».

Ahora sus vidas habían cambiado por completo. Habían llegado las discusiones. Los temas solían ser triviales, como una chimenea sucia, alguna metedura de pata de Masha —que no eran pocas— o la necesidad de más personal. La última había sido su chiquillada al esconder el revólver que le había regalado el magnate americano Leland Stanford. Había sido incapaz de reprochárselo.

Quería más y finalmente lo habían conseguido, ¿no? Entonces, ¿de dónde venía tanta inseguridad? Le aterrorizaba la idea de que su felicidad se evaporara en un suspiro. Una felicidad de la que no se sentía del todo digno.

«Soy un necio», se dijo, y se golpeó la frente con la mano abierta. Durante su vida matrimonial no había hecho más que esperar, paralizado por ella, por lo que le hacía sentir. Por situaciones que solo se daban en su imaginación. Demasiado preocupado por cumplir con la promesa de su padre, por retomar el legado del apellido Khilkov; se había obcecado en no fallarle. Al mismo tiempo, Nadia permanecía a su lado, había estado ahí todo el rato, sin recular, sin dudar. Ella se había convertido en la persona que lo mantenía a flote

cuando la sociedad se esforzaba por hundirle, lo alejaba de la ira, de la frustración. Le daba fuerzas para continuar trabajando por crear un hogar.

En mitad de sus cavilaciones, un estruendo lejano le sobresaltó. Lo primero que le vino a la mente fue una tormenta a punto de romper sobre la ciudad, pero enseguida se dio cuenta del error. Conocía ese sonido; a pesar de la distancia, lo habría reconocido en cualquier parte del mundo. Una explosión. Llevaba escuchándolas desde niño, agujereando la tierra y las montañas para dar paso a las vías de sus modernos trenes. No había duda. Algo en San Petersburgo había estallado.

Después sonó el segundo. Se acercó a la ventana y miró a través de las rendijas, pero fue inútil: no percibió nada. Echó un vistazo a Lev, completamente dormido en la cama. Lo zarandeó enérgicamente y aceptó, comprensivo, el puñetazo que el conde trató de encajarle, con la puntería perdida en el fondo de su último vaso de vodka.

—¿Qué? ¿Qué... qué ocurre?

—Ha habido una explosión. Debemos volver a casa, creo que ha pasado algo.

Su intuición no era de las mejores, pero según se sucedía una lista de posibilidades en su mente, acudió a él una, alocada y titilante. Pensó en su hermana y en ese grupo peligroso con el que se juntaba.

—No entiendo...

Yuri resopló. Era evidente que no era el momento apropiado para exigir una reacción más activa del conde, pero un poco más de movimiento por su parte le habría alegrado la mañana. O la tarde. Al comprobar el reloj de bolsillo, vio que eran pasadas las dos. También se había quedado dormido. Ambos bajaron las escaleras, uno más tambaleante que el otro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó rápidamente al propietario, un hombre orondo, con el rostro enmarcado en una gruesa barba negra que acentuaba su

expresión de hastío.

—No lo sé, pero hablan de un ataque de los revolucionarios en Smolny. De ahí viene la humareda, de los establos imperiales. Dicen que el zar estaba ahí.

Yuri sabía que todavía era temprano para confirmar cualquier información, pero una cosa era clara: debía regresar a villa Betulia cuanto antes.

El mal presentimiento no desaparecía. Azuzó a su amigo para que acelerara el paso por la calle Sadovaya hacia la avenida Nevsky. La nieve había parado, no así el frío, y daba la sensación de que incluso las nubes estaban expectantes por los sucesos que acaecían debajo de ellas. Las aceras empezaron a llenarse de ciudadanos preocupados e indignados, que compartían los últimos rumores, sin poder comprobar si la noticia era cierta. Algunos maldecían en voz alta y se reunían con otras voces, otros gritos. Aquello no pintaba bien.

Caminaron aceleradamente hacia el punto de encuentro con el cochero. Markov había permanecido las horas de ausencia de su jefe de pie junto con otros compañeros de profesión, que calentaban las manos y el gaznate alrededor de una hoguera improvisada.

—¡Markov! —le llamó Yuri, a cincuenta metros de distancia—. Nos vamos.

Él abrió la puerta y ayudó a subir al conde al vehículo. Después fustigó a los caballos tras guardar sus mantas.

—¿A dónde, alteza?

—Primero a casa de los Golitsin, luego a villa Betulia —gritó Yuri desde la ventanilla de la puerta.

Según se acercaban al centro de la ciudad, el caos aumentaba. En algunos puntos, los maleantes habían aprovechado las circunstancias para saquear los comercios y los policías y militares se hacían cargo de la situación a la fuerza. Yuri no quiso ni pensar cómo sería el ambiente en Lyetiny o en

Smolny. Se preguntó si serían ciertas las historias sobre el zar y si su vida estaba en peligro.

Un grupo de hombres apaleaba a otro, tirado en el suelo, mientras una mujer pedía a gritos auxilio. ¿Ese era el famoso levantamiento del que tanto hablaban los rebeldes? ¿Una locura de robos y agresiones? ¿Quién estaba a salvo y quién no? Tampoco tenía tiempo para comprobarlo.

El cochero se detuvo a las puertas de la casa de los Golitsin y el conde bajó a trompicones. Yuri le agarró del brazo antes de separarse.

—Lev, escucha; todavía no sabemos qué ocurre, pero estar fuera es más peligroso que permanecer encerrados. Poneos a salvo.

Él asintió y lo miró. Por un momento pensó que lo iba a abrazar o le daría alguna explicación de su extraña tristeza, pero no dijo nada más y se fue.

Yuri quiso creer en sus propias palabras. Necesitaba pensar que, efectivamente, solo eran disturbios localizados a causa del desorden y el miedo repentino. En ese momento era incapaz de planear más allá de llegar a su casa de una pieza. ¿Estaba segura la fábrica? ¿Debían coger sus pertenencias y huir? Si comenzaba la tan anhelada revolución, los nobles como él estaban en riesgo de ser atacados. Evocó París y las ejecuciones. No había lógica en esos levantamientos, solo muerte y dolor. Los más débiles eran siempre los que salían perdiendo, y él no hacía más que pensar en Nadia, Masha y Helga, solas en casa.

—¡Sal del camino! ¡Apártate, mujer!

Los gritos del cochero forzaron a Yuri a sacar la cabeza por la ventanilla. No podía creer lo que estaba viendo; debía de ser cosa del destino. Abrió la puerta y bajó a la carrera.

—¿Lara? —preguntó, perplejo, y la ayudó a levantarse.

Aquella mujer tenía que ser ella, pero su aspecto le hizo dudar. Tenía sangre, polvo y marcas de lágrimas en rostro y manos. Parecía que no se

había cambiado de ropa, un disfraz de muchacho, en semanas y su semblante estaba demacrado. Por una extraña razón, supo que la sangre no le pertenecía.

—Vi tu coche... —dijo, jadeando—. Os seguí corriendo...

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha ocurrido? Dios, dime que no tienes nada que ver.

La forma en que ella evitaba su mirada fue suficiente respuesta. Tuvo el repentino impulso de abofetearla, pero se contuvo. Tenía prisa.

—Debo ir a casa, Nadia está sola.

—Lo sé, Biery ha ido allí.

—¿Quién?

Los dos montaron de nuevo en el coche de caballos y por el camino, Larissa hizo lo que jamás había hecho: contarle toda la verdad. Le habló de cómo había conocido a Alexandr Biery, de su reencuentro con Kova, del extraño grupo con el que se había juntado para conseguir un «cambio para Rusia y los rusos», que se les había torcido. Le habló de la tarde en que Biery había agredido a Nadia —él conocía la versión de su esposa; la de Lara era menos agradable y le enfureció más—. Contó cómo se había enfrentado a él, cómo la había encerrado y había sido liberada por su amigo, que acababa de fallecer en el atentado.

—Es... Es una locura —comentó Yuri—. ¿Dices que el zar ha muerto?

—Si no lo ha hecho ya, le queda poco. Cuando los cosacos lo montaron en el trineo, tenía las piernas colgando. Y la sangre. Maldita sea. Jamás había visto tanta sangre. Y vísceras, y trozos de carne, yo...

Lara se inclinó hacia delante, como si recordarlo le provocara náuseas otra vez.

El vehículo se detuvo de repente. Habían sobrepasado los límites de la ciudad, no lejos de la villa, y la historia de Larissa le había puesto más nervioso. Tenían que llegar cuanto antes.

—¡Alteza!

Yuri asomó por la puerta, extrañado de escuchar la voz de su criada. Iba montada a pelo sobre una yegua machacada que soltaba un largo hilo de baba hasta la calzada embarrada.

—Está... Él está ahí... La princesa... La princesa huyó a la arboleda... Dijo que viniera a buscarle... Por favor, ayúdela, por favor...

Helga cayó del equino y Markov casi saltó de su puesto para ir a atenderla. Estaba empapada de sudor, agotada como el caballo. Yuri se acercó. Cerraba y abría los puños mientras pensaba. No tenían tiempo. Con el impulso de su cochero, ocupó el puesto de la criada sobre el animal.

—El coche es muy lento —se explicó el príncipe ante la mirada de su empleado.

—La yegua no aguantará, alteza —le advirtió Markov—. Debería coger al nuestro.

—Tardaríamos demasiado en soltar las bridas y prepararlo. Este servirá.

—¡Espera! ¡Voy contigo! —gritó Larissa mientras salía precipitadamente de la cabina.

—¡Ni hablar!

Yuri clavó los talones en los costados del animal, que salió al galope, a deshacer el mismo recorrido. Podía sentir a través de la ropa el esfuerzo del animal, cómo hinchaba su enorme pecho y lo insuflaba de aire, cada vez más rápido. En un momento dado trastabilló y temió que ambos terminaran en el suelo, pero no fue así y aguantó formidablemente.

Cuando llegó a la villa, pasó de largo y siguió hacia los abedules, tal como le había indicado la sirvienta. Creía saber hacia dónde había ido su mujer, aunque no terminaba de entender la razón. El cielo se mantuvo en calma, así que los pasos de ambos eran visibles en la nieve de esa mañana. Los siguió sin pensar en nada más. El caballo se movía cada vez más lento, así que

desmontó y siguió corriendo. Vio la pequeña construcción, pero desde su posición solo apreciaba la pared trasera. Le pareció oír voces. Si dejaba volar su imaginación, se arrepentiría del resultado. No podía permitirse flaquear. Sin embargo, según se acercaba al cobertizo que tantas veces había recordado en su juventud, en el que había saboreado los labios de Nadia por primera vez y en el que atesoraba el trineo que había despertado su deliciosa risa, el sonido del disparo hizo que su fingida tranquilidad se hiciera añicos. Aceleró sus pasos, bordeó la pequeña fachada de madera y se dio de bruces con la perturbadora imagen de Alexandr Biery.

Él presionaba la mano sobre su hombro izquierdo con un gesto de angustia. De su grueso abrigo surgió una mancha roja, cada vez más grande, que goteaba en la nieve virgen. En ese momento, Yuri vio que estaba armado y que él, estúpido e imprudente, iba con las manos vacías. El hombre que tenía frente a él era zurdo, así que la herida le impidió actuar con la rapidez necesaria. Fue un instante crucial en el que Yuri decidió jugársela a una carta. Como decía Lev, era un pésimo apostador; se le veían las intenciones, así que la lentitud de reacción de Biery le favoreció y se lanzó a por él. Sin pistola, sus puños eran su mejor defensa.

Forcejearon en el suelo y se llenaron de nieve y tierra. Debía quitarle el arma, pero sus constituciones eran similares. Uno, criado en fábricas de hierro y alquitrán; el otro, de la dureza del campo a los hornos de fuego y humo. Pero pasar a los despachos le estaba pasando factura y Yuri no se sentía con la misma energía que en su juventud. Aferraba la muñeca que tenía la pistola con todas sus fuerzas, para controlar que no alzara el brazo, pero el esfuerzo era cada vez mayor. Cualquier desliz y él giraría lo suficiente para descerrajarle un tiro.

—Muévete, Yuri, así no tengo ángulo para disparar.

El príncipe sintió un alivio instantáneo al escuchar la voz de Nadia a sus

espaldas, aunque sus palabras le desconcertaron. Ladeó la cabeza hacia ella y la vio empuñando su Colt 45, la *Peacemaker*. «¿Así que aquí la escondió?». Apenas tuvo tiempo de pensar si sentirse orgulloso por el plan de su esposa o molesto por haber abandonado el arma prácticamente a la intemperie. El sonido de la pistola lo descolocó y más cuando se percató de que no era la suya la que humeaba. Después vino el intenso dolor en la pierna, encima del tobillo. Maldijo en ruso y en inglés. Crispó los dedos y, en el gesto, Biery se escabulló. De estar bajo él se encontraba ahora de pie, apuntándole, como el vencedor de una cacería que reclamaba su premio.

—Princesa, será mejor que se deshaga del revólver, o aquí y ahora acabaremos con el primogénito de los Khilkov —amenazó Biery sin apartar la mirada de Yuri.

—No, Nadia. Dispárale. Nos matará igualmente. Tiene una cuenta pendiente con mi familia. ¿Verdad, Biery? —habló el príncipe. Debía mantenerlo entretenido; de una forma u otra los sacaría de ahí, pero lo primero era distraerle—. Lara me lo ha contado, aunque tendría que haberme dado cuenta antes; tu apellido no es muy común. Nosotros tuvimos unos Biery.

—No sigas por ahí, *alteza*. En realidad, no sabes absolutamente nada.

—Pagamos a tu padre por sus tierras, os dimos un precio justo. Fuimos más generosos que otros nobles. Deberías estaros agradecido.

—¿Agradecido? ¡A vosotros! —exclamó con rabia.

Biery alzó el arma y Yuri temió haberlo provocado demasiado. Miró hacia su esposa, con el revólver todavía en las manos. Temblaba.

—¿Sabes lo que hizo él con ese «regalo»? Lo quemó en alcohol y apuestas. No vimos ni un rublo en casa. Mi madre y mis hermanas, incluso el estúpido de mi padre, al final todos murieron por las enfermedades que traían de la fábrica. ¿Quieres que te lo agradezca? Vuestro maldito orgullo, esa necesidad



de estar por encima de los demás, es lo que acabó con mi familia. Tu apellido, al que tanto dices deber, fue quien acabó con ellos. Así que no me vengas con actos generosos, con esa basura altruista que os ayuda a dormir por las noches y acallar las voces de los muertos. —La expresión desquiciada de Biery cambió y se volvió inquietantemente dulce—. Claro que voy a dar las gracias por arrebatarme a mi familia, y lo haré devolviéndote la misma moneda.

La dirección de la pistola ascendió y apretó el gatillo. Pero ocurrió algo extraño; la pierna de Biery se dobló, envuelta en una lluvia de sangre y astillas de hueso. Debió de gritar, seguro que lo hizo, pero Yuri ni lo oyó. Tan solo vio cómo caía sobre la nieve. ¿Había sido Nadia la que disparara? No. La buscó con la mirada. «No, no». El príncipe gateó, después se levantó y caminó como una criatura de tres patas, dejando un rastro carmesí antes de alcanzar a Nadia, tendida en el suelo.

—No, no, no.

«Esto no está pasando, no es verdad».

Se inclinó y buscó el origen de la herida, pero no tuvo que indagar mucho. Su frente sangraba profusamente y se mezclaba con sus cabellos dorados.

—Vamos, cariño, tranquila. Te vas a poner bien —repetía mientras presionaba la herida con su pañuelo.

Nadia estaba consciente. Sus ojos miraban al inmenso cielo azul, con las nubes desperdigadas en el océano turquesa, que se reflejaban en sus iris. Pestañeaba despacio, como si tratara de albergar toda la luz del sol antes de que el crepúsculo se lo arrebatara.

—Es tan hermoso. Tan bello, Yura, que me entran ganas de llorar. Pero tú no debes estar triste.

Elevó sus dedos, trémulos, hasta acariciar la barba de su esposo.

—Me gusta, me hace cosquillas cuando me besas. No te la cortes nunca.

Sus palabras cada vez tenían menos sentido, como si algo en su interior la estuviera abandonando. Yuri la rodeó con sus brazos y hundió el rostro en el hueco de su garganta, embriagado por su perfume a esencia de violetas, enturbiado por el aroma a óxido de la sangre.

—Llevo toda mi vida esperándote, Nadia, desde que te encontré aquí mientras jugábamos a escondernos y te supliqué un beso. Fue en ese momento cuando me atrapaste. —Rozó con sus labios el cuello de su esposa y la miró fijamente, con la determinación ardiendo en su interior—. No voy a perderte. Me niego. Te quiero. Soy un egoísta, no voy a permitir que te vayas.

Nadia curvó sus labios en una amarga sonrisa y hundió sus dedos en el espeso vello facial.

—Yo también soy una egoísta.

—¡Maldito hijo de puta!

Los dos dirigieron la vista hacia el origen de los gritos, donde una furibunda Larissa pateaba a Biery. Estaba echado en el suelo como un despojo humano, aferrado a su pierna herida. Cuando estuvo segura de que no se movería, se aproximó a la pareja.

—¿Tú le disparaste? —dijo Yuri.

—Guardas las armas en el mismo lugar que lo hacía nuestro padre, idiota.

—Pero no tienes llave...

—No la necesito —comentó con calma y al momento se centró en Nadia—. Déjame ver la herida.

Yuri obedeció por inercia y apartó el pañuelo, para lo que tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad, pues se negaba a separarse un solo centímetro de su esposa. Este gimió por el dolor.

—Puedes relajarte —dijo Larissa con una expresión serena—. Es un corte superficial, la bala apenas ha rozado la cabeza, aunque necesitará puntos.

—¿Qué? ¿Seguro?

Contempló a su hermana como si acabara de realizar un milagro frente a sus ojos.

—No me mires así. He visto unas cuantas heridas de estas. Lo que ocurre es que está aturdida —explicó y le dedicó una enorme sonrisa a la princesa—. Mi cuñada es una mujer dura, de las que no se desmayan. Eh, calma, hermano, calma.

Larissa se giró hacia Yuri, que lloraba sin control.

—Ya vienen Markov y Helga —dijo para que se recompusiera cuanto antes y dejara de empaparle el abrigo—. Les dije que avisaran a la policía.

—Entonces debes marcharte o te interrogarán —advirtió Yuri, alarmado.

Ella se encogió de hombros, un gesto que habían heredado de su padre.

—Nadie dijo que el camino de regreso al hogar sería fácil.

Larissa se alejó para poner al día a los recién llegados. Necesitaría la ayuda del cochero para llevar a Nadia, pues con su tobillo lesionado no podría cargarla, a pesar de lo mucho que deseara en ese momento tenerla entre sus brazos.

—Yura —le llamó la princesa, y él se inclinó, ansioso por acaparar cada una de sus palabras.

—Descansa, cariño, viene la ayuda. No debes esforzarte.

—No puedo esperar más a decírtelo, ya no. —A pesar de la impresión por el disparo, o precisamente a raíz de ello, sus ojos refulgían—. Te quiero.

La forma en que ella sonrió, con la intensidad de mil estrellas, borró sus miedos y dudas y supo, con certeza, que seguiría esforzándose cada día por mantener esa expresión en su rostro, que siguiera a su lado y arraigara en sus tierras, creciendo con el vigor de los abedules que los rodeaban

El aspecto que presentaba Alexandr Biery, sentado en el suelo contra la pared de la prisión, era de los más lamentables que el príncipe Nikolay Volkonsky había visto en su experiencia militar. Había sido trasladado a una

celda aparte en vez de estar hacinado con el resto de presos, para evitar problemas mayores. A pesar de la baja estofa a la que pertenecían los prisioneros, muchos todavía le eran leales al zar y podían considerar un acto honorable acabar con su asesino. Por lo tanto, las lesiones que mostraba las traía del exterior, junto con alguna costilla y dientes rotos por los golpes de los guardas durante el arresto. Tenía el rostro magullado, con un profundo arañazo debajo del ojo y la sangre seca manchaba su mejilla y la comisura de la boca. La pierna era lo que peor aspecto tenía. Le habían realizado un torniquete para detener la hemorragia, pero era una solución temporal y había perdido demasiada sangre, por lo que dudaba que fuera a recuperar el movimiento en esa rodilla. Tampoco le importó mucho a Nikolay; de hecho, le causó una agradable sensación en el estómago y le trajo recuerdos del pasado. Su expresión, por el contrario, se mantuvo impassible.

Curiosamente, fue Biery el primero en abrir la boca, y lo hizo con una sonrisa macabra.

—Vaya, vaya, ¿acaso eres un ángel vengador? Sois idénticos. Tu hermana y tú. Dime, ¿sigue viva? —Nikolay crispó los dedos alrededor del mango del bastón. No iba a caer en sus provocaciones, no era el objetivo de su visita. Pero él siguió indagando—: ¿Y cómo está Lara? ¿Ha logrado escapar o se encuentra un par de celdas más allá? Vamos, dame algo, *alteza*, o no podré responder con la misma amabilidad.

Nikolay no pensaba hablar, más que nada porque la verdad demostraría que se había convertido en un traidor. Había hecho uso de sus contactos para que permitieran el paso de un carruaje por la frontera de la ciudad antes de que cerraran por completo las entradas y salidas a San Petersburgo. Sin revisiones ni preguntas, había costado convencerla para que eludiera la ley, por el bien de su familia. Sabía que toda persona relacionada directa o indirectamente con Larissa Gustavovna sería considerado un traidor al

imperio, así que lo más conveniente era evitar difundir información.

—Se lo he dicho a los guardias —continuó el prisionero, con actitud pedante—. No revelaré nada, tampoco hablaré de los otros grupos de la Voluntad. Nos acusáis de inmoralidad y brutalidad, pero no lo haríais si supierais lo que hemos tenido que hacer para sobrevivir. Dejadme en paz hasta que me llamen a la horca y se imponga vuestra justicia. Yo ya he cumplido con mi labor.

—Dudo que lo sucedido en villa Betulia entrara en tus planes, Alex —dijo el príncipe y cambió el peso de pierna. Mal momento para que comenzaran las molestias. Alzó los ojos y empezó a recitar, casi de memoria—. Alexandr Biery, nacido en febrero de 1855. Tres hermanas. Después de dejar el campo, malvivisteis en una habitación de Lyetiny, cerca del pasaje Povarskoy. Primero falleció tu madre, luego tus hermanas y, por último, tu padre. Desapareciste una temporada, al parecer en Moscú. Ahí debiste de entrar en contacto con la Voluntad del Pueblo. Regresaste con algo más de dinero y conocimientos poco comunes para el hijo de un labrador. Te entrenaron, te prepararon y te dieron una misión. Solo que aprovechaste la disyuntiva para obtener tu propio ajuste de cuentas con los Khilkov. —Hizo una pausa para revisar el semblante hinchado del revolucionario abatido, que ahora le miraba con algo más de atención que al comienzo de la visita—. Pero nada de eso me interesa en realidad —prosiguió el príncipe—. Has disparado a mi hermana, y eso jamás te lo perdonaré.

Su adusta expresión no amedrentó a Biery, que le devolvió una sonrisa de superioridad, bastante malograda por el terrible estado de su boca.

—Yo también sé quién eres, y no solo por las publicaciones en prensa. Sé quién eres en realidad, alteza. Un viejo soldado, ¿verdad? He conocido a decenas como tú, en bares y los callejones de los suburbios. Personas que ofrecieron hasta su última gota de sangre y de sentido común por un imperio

que les abandonó. Ahora mendigando o malgastando su mísera pensión en botellas de ginebra y cerveza caliente. —Hizo una pausa y aspiró despacio, calmando los dolores de las múltiples heridas. El sufrimiento le impedía perder la conciencia—. La historia del príncipe no es nueva para mí ni para esta ciudad.

Biery carraspeó y escupió saliva rojiza. No le convenía hablar, sus mejillas por dentro debían de estar laceradas, pero tal como ocurría con los anarquistas, era un charlatán y no podía evitar regodearse en sus palabras.

—No somos tan diferentes, en el fondo —dijo, con los dientes manchados de sangre—. Ambos luchamos por unos ideales. Lealtad y respeto por una causa, vaya en la dirección que vaya. ¿No es lo mismo? Simplemente estamos en bandos contrarios. Si hubieras nacido en mi umbral de la realidad, habrías sido un fantástico revolucionario. Estoy convencido de que se te da bien obedecer. Eres fiel como un perro, buscas el orden en el caos. Solo que el sentido de justicia que tenemos, me temo, es diferente. O tal vez no tanto. —Compuso una media sonrisa—. Por eso estás aquí, para impartir tu propia justicia, porque casi me cargo a la puta de tu hermana.

La patada fue instintiva y bastante efectiva. Estaba a la distancia apropiada para que la punta de la bota atinara en pleno mentón y le impulsó hacia atrás. La expresión de Biery era feroz, animal, y la forma en que curvaba los labios solo alteró más al príncipe, que volvió a propinarle otro golpe, esta vez en las magulladas costillas. Cuando Nikolay se detuvo, la sonrisa de Biery era una fina línea, con sangre fresca en los bordes. Sin embargo, su cuerpo se agitó y de su boca salió un sonido seco, cortante. Se estaba riendo.

—Ya no eres tan recto, no eres perfecto, ninguno de los nobles lo sois —le acusó—. Nacéis con las manos manchadas de sangre, del esfuerzo y las ilusiones de los trabajadores.

—No sabes nada de mí.

—Te lo he dicho. Conozco a decenas como tú. —Se arrastró de nuevo hasta la pared y apoyó la espalda—. Los que volvéis ya no lo hacéis igual. Seguro que lo has sentido; el que te devuelve la mirada en el espejo no es el mismo hombre que se fue, ¿verdad? Es otra cosa, algo que te araña por dentro con sus garras para que lo dejen salir. Siempre he dicho que no hay nada más peligroso que un aristócrata militar. La sed de sangre se multiplica y solo causan destrucción.

Nikolay le escuchó en silencio. En el fondo, sabía que lo que Biery buscaba era hostigarle, que continuara pegándole hasta que un hueso roto le perforara el pulmón y acabara con su vida. No era una muerte agradable, pero era mejor de lo que le esperaba. La sentencia estaba firmada desde que la segunda granada había arrancado las piernas del zar. La horca le esperaba.

«No te dejes llevar», se repitió en su mente Nikolay, o caería en su trampa y sería un monigote más entre sus manos. Como líder de esa célula de la Voluntad, había conseguido que dos hombres, uno de ellos apenas un niño, entregaran sus vidas en el atentado. Asimismo, dos mujeres, Anna Isaeva y Varenka Rysakova, estaban bajo arresto en ese mismo edificio, unos metros más lejos. Ellas no tardarían en hablar, mientras que Biery seguiría incitando a la bestia del príncipe. Su capacidad de convicción era alta, debía andarse con ojo. Sin embargo, la oferta era demasiado atractiva, y ya planeaba por su mente. Pero logró contenerse. Debía cumplir con su objetivo, así que lo primero era enfriar la cabeza.

—Hoy tu causa también ha provocado estragos y matado a esos conciudadanos a los que tanto defiendes. ¿Cómo llamáis a eso? ¿Hipocresía?

La mirada de Biery se transformó, henchida de grandeza.

—Ha sido por un bien mayor.

—Sí, claro, una revolución. Te informo que no se ha dado tal circunstancia. Habéis matado al zar, pero su hijo ocupará su lugar. No habéis

cambiado nada.

—Algunas mentes, seguro —dijo, iluso, todavía convencido del éxito de sus actos—. Solo da tiempo al pueblo para que se prepare. En breve saldrán y exigirán la caída del imperio, cansados de que todo siga igual. Créeme, no es más que una cuestión de paciencia. Al final sucederá.

—Te ves muy confiado para ser un asesino.

—Ambos lo somos, ¿no? Solo que a ti te dan órdenes hombres uniformados, yo solo las recibo del pueblo llano.

A Nikolay se le escapó una sonrisa y negó con la cabeza.

—No soporto a los tipos como tú; los idealistas, nihilistas, insolentes y transgresores. Os llenáis la boca con palabrería. En el regimiento también hemos tenido de esos, ¿sabes cómo terminan? Muertos, todos. El mundo no se rige ni se regirá jamás por esas normas absurdas.

—Por supuesto —afirmó con sorna—. Siempre estarán los buenos soldados para impedirlo, esos que salieron corriendo de sus hogares para luchar en la frontera, los que en su huida encontraron un refugio en el ejército. ¿De qué escapaba su alteza cuando se alistó? Dudo que alguien de alta alcurnia como tú acabara en el Shipka por voluntad propia.

La respuesta, que el príncipe no pensaba dar, la había dilucidado tiempo atrás. Huía, claro que lo hacía, siempre lo había hecho. De su casa, de su apellido, de lo ocurrido con Sergey, tanto de su muerte como de la maldición que le había legado. Porque durante su relación con Lev había notado las uñas del monstruo hundiéndose en sus entrañas, cada vez más ansioso, incitándole a dar un paso más, a cometer una indecencia más.

—No es de tu incumbencia, Biery.

—Dime entonces qué lo es. Me estoy cansando de este juego, príncipe.

Nikolay tomó aire y lo soltó despacio. Era hora de zanjar el asunto.

—¿Qué saben la policía y la Voluntad de la relación de Larissa



Gustavovna y Yuri Khilkov?

—Claro, ahí está, la razón de tu visita —dijo con una amplia sonrisa de victoria—. Tu cuñado y, bueno, evidentemente, ella también es tu otra cuñada, ¿no? Qué divertido, una familia de conspiradores unida, entrañable.

Quería levantarlo del suelo y zarandearlo, forzarle a decirle la verdad, aunque tuviera que estamparle el cráneo contra la pared. Pero el demonio se mantenía agazapado en sus entrañas, y su fuerza no era suficiente —tal como tenía la pierna ese día—, así que desenvainó su estoque y apuntó al cuello de su víctima.

—¿Qué saben? —repitió, lentamente.

—No pienso decirte ni una palabra.

Nikolay presionó la punta del arma contra la piel cetrina, sintió la carne cediendo y un hilo rojo se unió a las heridas y manchas que ya acumulaba en su maltrecho cuerpo. Biery le respondió con una breve carcajada.

—¿Lo harías? ¿En serio lo harías? Puedo percibir la lucha en tus ojos, alteza. Es difícil tener atado al animal salvaje, pero te esfuerzas con ahínco por conseguirlo. Un desliz pondría en duda tu dignidad y tu entereza.

—Frente a tipos como tú, la dignidad no existe.

—No estamos hablando de mí, alteza.

«Mi dignidad, ¿acaso aún me queda?», se preguntó Nikolay. Pensó en los restos que todavía conservaba, de su máscara de sociedad, de las interminables actuaciones que había tenido que protagonizar para no levantar sospechas. El decoro ante los demás, la excelencia de su comportamiento, todo ello, ¿para qué? Nadia y Yuri estaban convalecientes en una casa que se había alimentado de muerte. Lev no volvería a dirigirle la palabra tras lo sucedido en la mansión de los Golitsin. Los cimientos de su mundo se tambaleaban para descubrirse, cada mañana, completamente solo en un palacio vacío. ¿Había futuro para alguien como él? ¿Se lo merecía? No. Tenía

clara su función sobre ese escenario.

—No puedes matarme, alteza. Aunque lo intentes, va en contra de tus principios y acabaría con tu posible salvac...

Biery no pudo terminar la frase; el filo del arma atravesaba su garganta y le perforaba la tráquea.

—Te he dicho que no sabes nada de mí —confesó al cadáver, que todavía convulsionaba con la sangre que salía a borbotones a causa de la punción en la arteria—. Si no te hubieras acercado a los Khilkov, tu final habría sido diferente.

Nikolay limpió el estoque en las prendas del prisionero. Torció la boca, con una expresión de desagrado. Tendría que haber estado más sereno e intentar sonsacarle más información. Aunque ya le había confirmado el jefe de la policía que no había dicho nada, quería comprobarlo por sí mismo, sobre todo antes de la visita de la Okhrana, que no tardaría en llegar. «Ahora sí que no será un peligro esa lengua».

Le entregó unos rublos de plata al guardia de la entrada.

—Ahora vendrá un médico que certificará su muerte por las heridas. Sé educado con él.

Nikolay salió al exterior y el frío le agradó. Se sentía liviano. La carga de preocupaciones se había reducido considerablemente y estaba de buen humor. Charlar con el revolucionario le había sentado mejor de lo que esperaba

Era su primera muerte en San Petersburgo y había sido menos terrible de lo que había imaginado. Sin embargo, sabía que con esa acción le había abierto las puertas de par en par al demonio que se alimentaba de su ira. Había soltado el lazo del perro rabioso que retenía con tanto celo.

Lo que ocurriría a continuación era un misterio. De momento, solo elevó la vista al cielo, con unas nubes que se dispersaron y dejaban entrever el cielo,

con promesas de unos meses más templados. Esa imagen le dio esperanzas. Podía ser que fuera un monstruo, heredero de la condena que Sergey había hincado debajo de su piel, pero eso no implicaba que lo hiciera con hastío. Él no era más que un mero instrumento y, si debía sacrificar los despojos de su humanidad para que los demás pudieran avanzar en paz, no dudaría en hacerlo.

# Epílogo

*Abril de 1888*

La joven princesa Alena Khilkova corría por los pasillos de villa Betulia como arrastrada por un huracán, con el rostro bañado en lágrimas y sollozando sin control. En su ruidosa carrera, se chocó con la ama de llaves, que cogió un pañuelo del bolsillo del delantal y la secó con efusión.

—Vamos, vamos, cálmate, Lena.

—¿Por qué, Helga? —logró decir entre gimoteos lastimeros.

—¿«Por qué» qué, cariño?

—¿Por qué se va?

Helga le sonrió con indulgencia y le habló, paciente.

—Debe hacerlo. No tiene alternativa.

—¡Sí que la tiene! ¡Que se quede! —exclamó con voz infantil y escapó de los mimos de la sirvienta.

Alena ascendió por las escaleras y pisó el borde de su vestido turquesa, del mismo tono que sus ojos, con cada zancada. Llegó hasta el dormitorio de sus padres, que hablaban en tono bajo con la puerta entornada. La princesa dudó y se quedó en el marco, escuchando en silencio.

—No me convence.

—Eres demasiado meticuloso, Yura. No analices sus cartas como si enviara mensajes encriptados. Lara está bien, con tus amigos, al otro lado del océano, ¿qué puede ir mal?

—¡Todo! —saltó de repente el príncipe—. Las revueltas se recrudecen y ella sigue ahí, como si nada. Seguro que está en el centro de todo el movimiento, puedo imaginármelo a la perfección. Desde el incendio en las fábricas de Nueva York sé que deseaba intervenir, pero no esperaba que se

uniera a esa asociación de sufragistas. Va a terminar mal.

—Confía un poco en ella. Lleváis la misma sangre, superará cualquier obstáculo, estoy segura.

—Ojalá tuviera tu misma seguridad, querida.

Sus voces se apagaron y a Alena le llegó un sonido húmedo. Torció la boca en un gesto de repugnancia al vislumbrar a sus padres besándose y decidió que era el momento de intervenir.

—Alena, ¿qué sucede?

Su madre fue la primera en verla. Alena se acercó a ella y la abrazó sin decir nada más.

—Mamá, se va hoy, ¿por qué? —murmuró entre lágrimas, pegada a las faldas de Nadia.

—No es para tanto, cariño —intentó calmarla su padre y posó la mano sobre su espesa cabellera castaña, del mismo color que la de él e igual de rebelde—. Solo regresa a Moscú. No está tan lejos.

—Pero... No sé cuándo volverá... Y...

Percibió de reojo cómo sus padres se cruzaban miradas cómplices y Yuri se encogió de hombros, como si no terminara de entender el fondo del asunto.

—Solo tiene siete años —la defendió su madre y, separándose un poco de ella, se puso a la misma altura—. No debes inquietarte, regresará pronto.

—¿Seguro?

Sus enormes ojos se iluminaron como dos faroles y su madre no pudo contener una sonrisa.

—Claro, y si no pregúntaselo a Lev, que va y viene con mi hermano y sus sobrinos cada dos por tres. Así que estoy convencida de que lo traerá en su próxima visita.

La pequeña abrió la boca en una alegre expresión, plena de felicidad, y volvió a salir a la carrera al pasillo. Descendió a toda velocidad y se dirigió a

la cocina. Antes de alcanzar la puerta, pasó frente al salón y vio de refilón a su tío y a Lev que discutían, como era costumbre en ellos, frente a la chimenea de dientes afilados que protagonizaba sus pesadillas.

—Algún día te cansarás de tanto protestar —decía el tío Kolya—, pues los negocios, es evidente, te van de maravilla.

—Bueno, está claro que las políticas proteccionistas del zar han aumentado el consumo de los vinos de Crimea, pero como se confirme la futura alianza con los franceses, podrían convertirse en peligrosa competencia.

—Eso no son más que caldos aguados. Como buen borracho, lo sabes a la perfección. Así que olvida tus quejas y aumenta el capital de tu empresa. Puede que incluso me plantee hacer lo mismo con el de los Volkonsky.

—Ni hablar, eso sí que no, ¿nosotros dos, socios? Me niego. Eres demasiado autoritario. Seguro que al otro lado del escritorio te conviertes en un tirano y yo soy un espíritu libre.

—Puede que sea hora de domar al caballo desbocado de San Petersburgo.

Alena no entendía esa conversación; por sus palabras se suponía que estaban enfadados, pero el tono indicaba todo lo contrario. «Cosas de mayores». Los ignoró y fue directa a la cocina, de donde cogió una manzana, pequeña y verde. Le dio un mordisco y salió por la puerta trasera.

Le encantaban esos días de sol, cuando podía caminar tranquila sin más prendas que su sencillo vestido y la hierba fresca bajo sus pies descalzos. Se adentró en el laberinto de abedules, tocando con el índice los troncos más cercanos a ella. Terminó la fruta y continuó hacia delante.

—¡Luka!

El aludido se giró, agachado al nivel del suelo, con las manos sucias de tierra.

—¿Lo has traído? —preguntó él, tímido.

—Sí, toma.

Le tendió la manzana mordisqueada y él, con una corta navaja, le sacó el corazón.

—Pensé que tal vez ya no vendrías... —titubeó él.

—¿Cómo no iba a venir? Dijiste que hoy era el mejor día, ¿no?

—Sí...

Hundió los restos de la fruta con las semillas en la tierra y lo cubrió.

—¿Por qué un manzano? —le preguntó ella, agachada junto a él, atenta a sus gestos—. Hay mil plantas. Podrías haber cogido otra.

—Me gusta. Es sencillo y también será algo diferente.

Alena le sonrió. Tenía razón. Además, así su árbol destacaría entre los abedules.

Ambos se incorporaron, con la tarea concluida, y Luka soltó el aire que había estado conteniendo. Tomó la mano de Alena y habló sin alzar la mirada.

—Así, aunque me vaya, verás el enorme manzano desde tu habitación y te acordarás de mí.

Ella apretó sutilmente los dedos del niño, un año mayor, y le dio un tierno beso en la mejilla.

—Jamás me olvidaría de ti, Luka, porque sé que vendrás y te convertirás en mi marido para siempre.

Alena tiró del muchacho, colorado hasta las orejas, de regreso a villa Betulia. En su camino comenzaron a tararear una canción inventada, con sus manos unidas, y avanzaron sin percatarse de las raíces del destino que germinaban bajo sus pies.

# Agradecimientos

Son muchas las personas sin cuya ayuda no habría conseguido terminar la novela. La lista es larga, pero intentaré resumir algunos nombres que, creo, merecen estar aquí incluidos.

Gracias a mis padres, sobre todo a mi madre, por esas interminables sesiones de Skype en las que le narraba una y otra vez cómo avanzaba la historia y qué problemas me encontraba en cada capítulo. Gracias por empezar a venderla incluso antes de que estuviera acabada.

Gracias a Joaquín, por tu preocupación, cariño y compañía. Por las comidas y la paciencia infinita. Por aguantar hasta las tres de la madrugada (y más) a mi lado mientras escribía, para no estar solos. Te quiero.

Gracias a mis amigos, a los que estáis cerca y a los que vivís a miles de kilómetros.

A Diego, por leerme sea la hora que sea, mandarme su opinión más sincera y regalarme mensajes llenos de sufrimiento por lo que les pasaba a los personajes. Gracias por tu implicación y por empatizar tanto con ellos. Me robaste varias sonrisas con tus comentarios y tienes derecho a saberlo.

A Mario, por escuchar mis eternas elucubraciones sobre los personajes y sus problemas en nuestras tardes de café que, por cierto, tenemos todavía otra pendiente.

A Daniel Monreal, por tu ardua investigación para darle un fondo más real al príncipe Nikolay Volkonsky y su carrera militar. Por tus textos, fotos antiguas y dibujos de uniformes del Ejército Imperial (a pesar de ser tan complicado de localizar y con tan poca documentación disponible). El teniente primero no sería el mismo sin ti.

A don Manuel, por dejarme tener entre las manos una auténtica Colt 45



*Peacemaker* y por la intensísima clase (mitad teoría, mitad práctica) de duelos de pistola durante el siglo pasado.

A Scarlett, por supuesto, mi amada y exigente editora. Por repetirme que la novela histórica se me daría bien y, fíjate, tal vez tenías algo de razón. Sin tu ánimo, tus consejos y apoyo constantes, nada de esto habría salido adelante. Espero seguir contando con ellos durante mucho tiempo.

A la familia Escarlata y en especial a Lorena, María y Sofía. Sois geniales, simple y llanamente. Ser escritora muchas veces sería una pesadilla si no estuvierais ahí. Porque no hay nada como un par de centenares de mensajes pendientes por leer para forjar una amistad.

Por último, las horas y horas dedicadas a esta novela no habrían tenido sentido si no fuera porque tú, lector, has decidido tomarla entre tus manos y darle una oportunidad. Gracias por completar la historia de *El lamento de los abedules* con tu mirada.


*Enara de la Peña*


## ENARA DE LA PEÑA




Enara de la Peña nació en 1987, en San Sebastián. Licenciada en periodismo por la Universidad de Navarra, ha trabajado tanto en prensa escrita como en televisión. Su vocación por las letras ha trascendido a la ficción, por lo que además de haber participado en distintas antologías de relatos, también escribe novelas. *Amapola de sangre* fue su primera novela, *El lamento de los doctores* es la segunda, ambas publicadas con Escarata Ediciones.

Puedes encontrarla en:

 @Eny87

 @Enara de la Peña

 @Eny87

o visitar su blog:

[www.palabradeamapola.com](http://www.palabradeamapola.com)

## Otras obras de romántica



Ariadna lleva toda su vida huyendo. Una inquietante capacidad le permite reconocer a las terribles criaturas que se hacen pasar por humanos y eso la convierte en una amenaza a la que hay que aniquilar.

No obstante, el Bero está sola. Su irresistible vecino se ha auto proclamado su protector y ha declarado la guerra a todo el que se acerque a ella. Ariadna deberá tomar una difícil decisión: sucumbir o luchar.

Quando Butterfly conoce a Blake, un luchador de artes marciales, instantáneamente se siente atraída hacia él. Lo que Blake no sabe de ella es que vive una doble vida, y que debajo de ese encanto infantil está Mia Gabriella, la hija de un jefe del crimen organizado.

Si un momento fugaz se convierte en el comienzo de una aventura cuando el robo de dos millones de dólares vuelve a unir sus caminos. Mia va a tener que enfrentarse a su familia y su vida empezará a convertirse en un gran torbellino de acción, donde el dinero, el narcotráfico, los asesinatos y las traiciones son el pan de cada día.



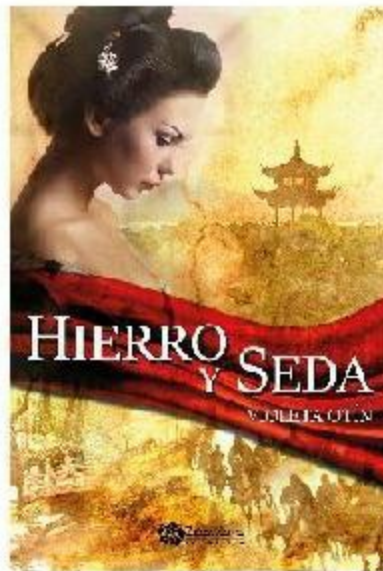


Invidia es un pasco por la historia; un canto a la rebeldía, al inconformismo, lleno de suspiros, críticas y feministas. El arte palpita en estas páginas. Los sentimientos se apoderan de los estudios parisinos a comienzos del siglo XX, y también de la protagonista: porque la única, envuelta en sábanas blancas, se deja contemplar, aunque su pose relajada esconde un pasado todavía irrequieto.

Acompaña a Victoria en este viaje lleno de sentimiento y reconcentro, mientras las máscaras clásicas del teatro muestran sus rasgos pronunciados, extrínsecos de la tragicomedia.

Desde el corazón de las estepas de Asia Central, Jizhi Laoshang ansía decirnos que a todo su pueblo que posee la grandeza de su padre. Renovar los lazos de amistad con China no representa ningún interés para él, convencido de que la firmeza y la unidad son el único camino para ganarse la libertad de sus hijos.

Todo cambiará al conocer a la que ha de convertirse en su nueva esposa. Aunque Lero representa todo lo que él desprecia, los dos se verán arrojados a una pasión que hará que sus anteriores creencias se hundan.





Un amor no correspondido. Un amor imposible. Un amor que nunca debería haber existido. El lamento de los abedules se adentra en las vidas de unos personajes, víctimas de su tiempo, cuyos caminos están predestinados a cruzarse.

Mientras un soldado es obligado a retirarse del ejército por una herida incurable, una princesa es sometida a un matrimonio no deseado. Además, a la ciudad llegan una mujer con ideas demasiado avanzadas para su época y un hombre hecho a sí mismo, considerado un extranjero en su propia tierra. Ambos se reencontrarán con su viejo amigo, el conde, que ahora oculta sus sentimientos tras una fachada de indiferencia y múltiples excusas.

Sumérgete en el Imperio zarista, cuando la era industrial traspasa los confines de Rusia y los nuevos movimientos anarquistas están a punto de cambiar la historia para siempre.

